

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

BINDING LIST NOV 1 1920

P
S
1.1
P
OTTO LIBRARY
REVISTA HISPANO-AMERICANA

CERVANTES

Madrid, Enero 1920.

PAGINAS INMORTALES

AP
60
C4
1920
enero-
abr.
VILLIERS DE L'ISLE-ADAM

RECUERDO

por Estefano Mallarmé

158321
6/1/21

Ninguno que yo recuerde, fué, por un viento de ilusión, abismado en los pliegues visibles que caían de su gesto abierto, que significaba—heme aquí—, con impulso tan vehemente y sobrenatural, impelido, como antaño este adolescente; o no conoció en aquel momento de la juventud en que fulgura el destino entero, no el suyo, sino el posible del hombre; el centelleo mental que designa el busto para siempre del diamante de un orden solitario, aunque sólo fuera en razón de la mirada abdicada por la conciencia de los demás. No sé, pero creo, al des-

pertar estos recuerdos de los primeros años, que verdaderamente su arribo fué extraordinario o que estábamos bien locos; las dos cosas quizás, y me complazco en afirmarlo. Enarbolaba también banderas de victoria muy antiguas o futuras, esas mismas que dejan caer desde el olvido de las columnas su llama mortecina aún ardiente; juro que nosotros las vimos.

Lo que quería aquel recién llegado, en efecto, pienso seriamente que era: reinar. ¿No se le ocurrió, al indicar los periódicos la vacante de un trono, el de Grecia, hacer valer al punto sus derechos a él, en virtud de feudos ancestrales, en las Tulle-rías; respuesta, que volviese por allí, llegado el momento, un minuto antes ya habían dispuesto de él? La leyenda verosímil nunca fué, por el interesado, desmentida. Así que aquel candidato a toda majestad superviviente, primero eligió domicilio entre los poetas; esta vez, decidido, decía, aleccionado, clarividente: «con la ambición de añadir al lustre de mi raza la única gloria verdaderamente noble de nuestros tiempos, la de un gran escritor.» Esta divisa ha quedado.

¿Qué relación podía haber entre doctas caminatas al soplo de robledales junto al mar; o que la soledad recogida en sí misma, en el sosiego nobiliario y provincial de algún hotel desierto del antiguo Saint-Brieux, se concentrase para surgir de allí, en forma de silencio tonante de los órganos en el retiro de múltiples abadías consultadas por una

juvenil ciencia y, esta vez, un grupo, en pleno París perdido, de varios bachilleres intuitivos para unirse; en cuyo centro exactamente cayó el joven Felipe Augusto Matías de tan prodigioso nombre? Nada enturbiará para mí, ni en el espíritu de muchos hombres, hoy dispersos, la visión del advinente. Relámpago, sí, esa reminiscencia perdurará en la memoria de cada uno, ¿no es verdad, los que asistiais? Francisco Coppée, Dierx, Heredia, Pablo Verlaine, acordáos, y Cátulo Méndes.

¡Un genio! Nosotros lo comprendimos así.

En aquel patético cóncave que, al comienzo de cada generación, para conservar cuando menos un reflejo del santo fulgor, congrega a los jóvenes, caso de que uno de ellos se revele el Electo; al punto se le siente allí presente, sufriendo todos la misma conmoción.

Vuelvo a verlo.

Sus abuelos estaban en el repeler por un movimiento a su cabeza habitual, hacia atrás, en lo pasado, una vasta cabellera cenicienta indecisa, con un aire de que allí se estén —yo sabré hacer, aunque ahora sea más difícil—; y nosotros no dudábamos de que su pupila, de un azul pálido, tomado a otros cielos que los vulgares, se fijase en la proeza filosófica próxima, de nosotros no soñada.

Ciertamente, sorprendió a aquel grupo donde, no sin razón, como entre sus congéneres había tomado tierra, tanto mejor, cuanto que a altos nombres como Rodolfo el Hermoso, señor de Villiers y

de Dormans; 1067, el fundador Raul, sire de Villiers el Hermoso, en 1146; Juan de Villiers, marido en 1324, de María de L'Isle, y su hijo Pedro I, que, extinguida la familia de los señores de L'Isle-Adam, es el primer Villiers de L'Isle-Adam—Juan de Villiers, nieto, mariscal de Francia que se hizo matar heroicamente, aquí mismo, en Brujas, en 1437, por el duque de Borgoña—, en fin, el primero de los grandes maestros de Malta propiamente dichos, por esto que fué el último de los grandes maestros de Rodas, el valeroso vencido de Solimán, restaurado por Carlos V, Felipe de Villiers de L'Isle-Adam, honor de los caballeros de San Juan de Jerusalén (la sonoridad se hace más general); a tantos ecos, después de todo, que dormitan en los tratados o la genealogía, el último descendiente pronto mezclaba otros nombres que, para nosotros, artistas unidos en una tentativa restringida, voy a decir cuál, comportaban acaso una igual lejanía aunque fuesen más bien de nuestro mundo: San Bernardo, Kant, el Tomás de la Suma, principalmente uno designado por él, el Titán del Espíritu Humano, Hegel, cuyo singular lector parecía recomendarse también con su nombre, entre otras tarjetas de visita o cartas de presentación, habiendo compulsado sus tomos en esos retiros que con una inteligencia de la vida moderna multiplicaba, en el umbral de sus días, en monasterios, Solesmes, la Trapa y algunos imaginarios, para que la soledad fuese allí completa (porque entrado en la lucha y la producción,

sólo puede aprenderse a sus expensas, la vida). El leyó considerablemente, de una vez para todas y los años por venir, sobre todo, cuanto se refería a la grandeza eventual del hombre, ya en historia, ya interna, a saber en la duda aquí de una realización, en otra parte, en concepto de promesa, según la religión, porque era prudente.

Nosotros, por una veleidad diversa, nos habíamos agrupado, simplemente para afinar una vez, antes de legarlo al tiempo, en condición excelente, con el acorde deseado y definitivo, un viejo instrumento alguna vez falseado, el verso francés y muchos se mostraron en esta tarea expertos tocadores de laud.

A la muestra un poco herrumbrosa del «Parnaso Contemporáneo» tradicional, el viento la ha descolgado, ¿de dónde sopla? Nadie puede decirlo, indiscutible; la antigua métrica francesa (no me atrevo a agregar la poesía) sufre, en el instante presente, una crisis maravillosa, ignorada en toda época, en toda nación, donde, entre las más celosas reformas de todo género, nunca se toca a la prosodia. Sin embargo, la precaución parnasiana no permanece ociosa; facilita el punto de mira entre la refundición, toda de audacia, romántica, y la libertad; y marca (antes que se disuelva, en algo idéntico al clave primitivo de la palabra, la versificación) un juego social o sometido al ritmo fijo.

Estas miras eran de un interés menor para un príncipe intelectual del fondo de una landa o

de las brumas, y de su reflexión, surgido, para dominar por algún medio y atribuir a su familia que había esperado más allá de los tiempos, una soberanía creciente, cuasi mística—pesaba poco en aquella frágil mano, retorta de verdades cuya efusión debía iluminar—, no significaba apenas, salvo la particularidad acaso que aquellos estudiantes en rarezas profesaban, no siendo más el verso que un verbo perfecto, vasto, nativo, una adoración por la virtud de las palabras; ésta no podía ser ajena a quien venía a conquistar todo con una palabra, su nombre, a cuyo alrededor ya veía, a decir verdad, materialmente encenderse de nuevo el candelabro, hoy discernible para nuestro solo espíritu. El culto del vocablo que el prosador iba tanto y más que nadie a solemnizar (y el cual no es, aparte toda doctrina, sino la glorificación de la intimidad misma de la raza, en su flor, el habla), estrechó al punto un lazo entre los pocos y él; no que Villiers desdenase el desplegarse la palabra en verso, guardaba en algún baúl, con la venera de Malta, entre los pergeños de captación del mundo moderno, una colección de poesías, ya visionaria, de la cual creyó oportuno no decir palabra, entre aquellos esmaltadores y grabadores de gemas, prefiriendo hacerse cargo a hurtadillas, actitud que en un principiante denota carácter. Aun después de un lapso hizo lapidario su entusiasmo y pagó la bienvenida entre nosotros, con «lieds» o cantos breves.

Así vino, eso era todo para él; para nosotros la

sorpresa misma —y siempre años, en tanto arras-tró el simulacro de su vida, y años, hasta los precarios recientes postrerós, cuando en casa de uno de nosotros el timbre de la puerta de entrada suscitaba la atención con algún sonido puro, obstinado, fatídico como de una hora ausente en los cuadrantes y que quería perdurar, invariablemente se repetía para los antiguos amigos envejecidos también ellos, y pese a la fatiga presente del visitante, cansado, rendido, aquella obsesión de la llegada de antaño.

Villiers de L'Isle-Adam se mostraba.

Siempre aportaba una fiesta y lo sabía; y ahora eso se hacía más hermoso quizá, más humildemente hermoso o punzante, aquella irrupción de los antiguos tiempos, incesantemente alambicada que la primera en realidad; a pesar de que el misterio por el abandonado antaño, la vaga ruina a medias desplomada sobre un suelo de fe, allí se hubiese para siempre apilado; ahora bien, uno sospechaba para sí de otros secretos no menos negros y siniestros, y de cuanto asaltaba al desesperado señor, perpetuamente evadido del suplicio. La munificencia con que él pagaba el refugio, luego que se quitaba la intemperie del exterior, así como un basto sobretodo; la alegría de reaparecer él, muy correcto y casi elegante, a pesar de las dificultades, y de contemplarse en la certidumbre de que en la casa, como en muchas, sin preocupación de fechas ni días, ni de años, le esperaban; es menester ha-

berlo oído, durante seis horas a veces. ¡Se sentía retrasado, y para evitar las explicaciones, encontraba resúmenes elocuentes, saltos de pensamiento, y tales sobresaltos, que inquietaban el lugar cordial. A medida que en el cuerpo a cuerpo con la contrariedad menguaba, en el aspecto del hombre vuelto mezquino, algún rasgo saliente de la aparición de juventud, a lo que él no quiso nunca ser inferior, él lo centuplicaba por su juego, con dolorosas alusiones; y significaba para aquéllos a quienes ni una inflexión de aquella voz y ni aun el silencio mismo resultaba ajeno. Yo tenía razón, antiguamente, en proceder así, en la exageración causada acaso por la dilatación de vuestros ojos ordinarios, cierto, como un rey espiritual o como quien no debe existir; aunque sólo fuera para daros de ello idea. Histrión verídico, lo fui de mí mismo ¡de aquél que nadie alcanza en sí, salvo en momentos de rayo, y entonces lo expía mientras vive, como yo; y bien sabéis que eso existe (de lo que sentisteis por mí la impresión, puesto que héme aquí consciente y me expreso ahora en el mismo lenguaje que sirve, entre los demás, para engañarse, conversar, saludarse) y en adelante lo percibiréis como si, bajo cada una de las palabras, el oro apetecido y tácito al envés de toda locuacidad humana, ahora aquí se disolviese, irradiado, en una veracidad de trompeta inextinguible por su superior fanfarria!

Se callaba; gracias. Tú, ahora que has hablado, se comprende.

Madrugadas con indiferencia arrojadas a aquella velada mortuoria de un hombre de pie junto a sí mismo, el tiempo se anulaba en aquellas noches; él lo apartaba con un gesto, así como a medida su inagotable verba, como se borra, cuando ya ha servido; y en aquella falta de repique de instante percibido en reales relojes, él parecía toda la lucidez de aquel espíritu supremamente neto, aun en deliberaciones poco comunes, sobre algo misterioso, fija cómo sería el tardío desvanecerse, amplificado hasta el espacio del timbre anunciador, que había hecho decir al huésped: —Es Villiers, cuando, debilitada, una milésima vez se repetía su llegada de antaño, discutir ansiosamente consigo mismo un punto, enigmático y postrero, sin embargo a sus ojos claro. Una cuestión de hora, en efecto, extraña y de gran interés, pero que tienen ocasión de plantearse pocos hombres aquí abajo, a saber que acaso él no habría llegado a la suya, para que el conflicto fuese tal. Si, considerando la historia, había sido puntual ante la asignación de la suerte, en modo alguno intempestivo ni reprehensible; porque no es contemporáneamente a una época, de ningún modo, como deben, para exaltar el sentido, advenir aquellos a quienes su destino encargó de ser su expresión desnuda; son proyectados muchos siglos más allá, estupefactos, para que testimonien de lo que, normal en el instante mismo, vive tarde, magníficamente, por la añoranza, y encontrará en el destierro de su nos-

tálgico espíritu, vuelto hacia lo pasado, su visión pura.

La Penúltima.

¿Palabras desconocidas cantaron sobre vuestros labios, girones malditos de una frase absurda?

Sali de mi cuarto con la sensación propia de un ala resbalando sobre las cuerdas de un instrumento, rampante y ligera, que reemplazó una voz pronunciando las palabras sobre un tono descendente: —La Penúltima ha muerto—de suerte que

LA PENÚLTIMA

concluyó el verso y
Ha muerto

Se desprendió de la suspensión fatídica más inútilmente en el vacío de significación. Di unos pasos por la calle y reconocí en el sonido «nulo» la cuerda tirante del instrumento de música, que estaba olvidado, y que el glorioso Recuerdo, ciertamente, acababa de visitar con su ala o con una palma y, el dedo sobre el artífice del misterio, sonreí e imploré con votos intelectuales una especulación diferente. La frase volvió, virtual, desprendida de una caída anterior de pluma o de rama, en adelante al través de la voz oída, hasta que al fin se articuló sola, viviente de su personalidad. Yo

iba (no contentándome ya con una percepción) leyéndola en fin de verso y, una vez, como un ensayo, adaptándola a mi lenguaje; luego pronunciándola con un silencio después de «Penúltima», en el cual encontraba un penoso deleite: —«La Penúltima»—, luego la cuerda del instrumento, tan tensa en el olvido sobre el sonido «nulo», se quebraba, sin duda, y yo añadía a modo de oración: «Ha muerto».

No dejé de intentar un retorno a pensamientos de predilección, alegando, para apaciguarme que, ciertamente, Penúltima es el término del léxico que significa la anteúltima sílaba de los vocablos, y su aparición, el resto mal adjurado de una labor de lingüística, por la cual cotidianamente solloza de interrumpirse mi noble facultad poética; la sonoridad misma y el aire de patraña asumido por la premura de la fácil afirmación, eran una causa de tormento.

Hostigado, resolví dejar a las palabras de triste índole vagar sobre mi boca, y fui murmurando con la entonación susceptible de pésame: —La Penúltima ha muerto, está muerta y bien muerta la desesperada Penúltima—, creyendo con eso satisfacer la inquietud, y no sin la secreta esperanza de sepultarla en la amplificación de la salmodia cuando, ¡horror!—de una magia fácilmente deducible y nerviosa—sentí que tenía mi mano reflejada en una vitrina de tienda, haciendo allí el gesto de una caricia que desciende sobre algo, la voz misma

(la primera, que indudablemente había sido la única).

Pero donde se instala la irrecusable intervención de lo sobrenatural, y el comienzo de la angustia bajo la cual agoniza mi espíritu antaño señor, es cuando vi, al levantar mis ojos, en la calle de los Anticuarios, instintivamente seguida, que estaba delante de la tienda de un guitarrista vendedor de viejos instrumentos colgados de la pared, y por tierra, palmas amarillas y las alas hundidas en la sombra, pájaros antiguos. Yo escapé, extraño, persona condenada a llevar probablemente el luto de la inexplicable Penúltima.

ESTEFANO MALLARMÉ.

R. C.-A., ad litteram traduxit.

POEMAS INVERNALES

Canción de final de otoño.

Las hojas que fueron verdes y luego doradas, ante nuestros balcones, han caído ya todas. Nuestra estancia ya no está velada por su tenue cendal, que era tan grato y ponía otro velo ante los velos tejidos en los telares de los hombres. Ahora ya las hojas de estos árboles no tiemblan estremecidas ante nuestros ojos ni dan un dulce viso de eterna primavera a nuestros sueños. Ya todas han caído, y mira ¡oh, hermana, que sobre mi hombro te inclinas, diríase que ha sido perdida una juventud! ¡Diríase que un velo virginal ha caído a los suelos! Pero, mira también, ¡oh, hermana mía!... Ahora que ellas se fueron, por entre las ramas escuetas de estos árboles, semejantes a los leños de los husos en que se tejen los tapices; por entre estas ramas escuetas, de pronto, ¡cuántas cosas que nunca habíamos visto, cuántas luces, cuánto azul, cuánta nueva belleza en este otoño árido!...

Salutación a enero.

Hasta mi casta soledad te siento llegar como al tálamo de una virgen, ¡oh, enero, casto, amable! Te siento llegar hasta mí y ceñirme con tu frío abrazo las duras costillas, que hace tanto, tanto tiempo, no se muestran desnudas. Te siento llegar a mí como una virgen y estremecer con tu frío abrazo toda mi larga castidad solitaria. Agosto era tibio y plácido, y yo me dormía en sus brazos dulcemente, no obstante la liviandad profusa que a mi alrededor sembraba en la noche; pero tú, ¡oh, casto enero! me estremeces en todos los anillos de mis vértebras, y haces que se erice hasta el vello recóndito. ¡Oh, casto enero! Para mirar tus nevados paisajes, despierto del largo sueño de mi abstención, y ergo mi cuello y veo antorchas nupciales sobre la tierra blanca. Despierto estremecido de mi largo sueño, ahora que todo duerme, ahora que los amorcillos han buscado un refugio y no abren su arco en medio de los jardines. Despierto de mi largo sueño en mi páramo cándido, florido de alcanfor, y abro mis ojos todo atónicos; despierto estremecido por ti, sacudido por ti, y mi corazón de célibe, mi corazón intacto, quisiera multiplicarse de pronto. Quisiera verter un tibio raudal sobre la tierra, ahora que las fuentes se han helado y suspenden en el aire un arco duro; quisiera correr a los encuentros, ahora que la tierra está desierta. Y tur-

bado y triste, me reclino en tus brazos, ¡casto enero!, que me ciñes más amorosamente que tu moreno hermano agosto; me inclino en tus brazos y, al través del cúmulo de intactos cendales, me yergo solamente para verte a ti, ¡oh, casto enero!, cándido amante de las vírgenes y de los célibes, que nos haces sentir toda nuestra fuerza interior, toda nuestra energía contenida, guardada para una primavera—segura acaso—como las duras lanzas de las fuentes... Me reclino en ti, ¡oh, enero!, ¡oh, dulce y casto enero!, que nos haces temblar de un sobresalto púdico, para hacernos sentir más larga y dulcemente la cándida dicha de nuestro sueño solitario, de nuestro letargo virginal en las noches tan largas, bajo el cúmulo de los blancos cendales...

Invierno ya.

¡Invierno ya! De nuevo esa divina frialdad en el aire y esa extraordinaria claridad en las estrellas... Hay un olor de sahumerio en el aire, y las calles de los arrabales, frente al campo, tienen ya ese barro negro y blando como amasado, que perdurará todo el invierno y se hará blanco y duro en primavera... ¡Oh, la ternura de este barro negro, surcado de huellas, y cómo es dulce caminar sobre él!... Barro negro de invierno, barro negro que se hará rubio a los rayos del sol, y que en la tarde dará un encanto pastoril a estas calles últimas... Barro ne-

gro de invierno, negro como la mirra, de un corazón más tierno que el asfalto y que los claros espejos impasibles, espejo penetrable sobre el cual las estrellas brillarán más claras y las nubes claras pasarán, haciéndose más blancas, como para envolverlo mojado en blancos lienzos y marcarán más visible su tránsito y sobre el cual los plenilunios abrirán hoyos de una láctea blancura... Barro negro de invierno, surcado de huellas, y astros y besos de lluvia, en el que los niños hundirán sus chitos los domingos y las mujeres volcarán sus braseros, piadosas, y que se hará blanco y duro en primavera como una senda formada con panes de incienso...

Invierno en los barrios pobres.

¡Oh, la noche de invierno en los barrios pobres, cuando se extinguen todas las luces industriales, hasta las de las tabernas, todas, excepto las que brillan en el fondo de los zaguanes de las casas profundas y misteriosas, llenas de lechos en todas sus estancias, y sobre la calle estrecha y vaga un desmesurado cedazo cierne la claridad blanquecina de la madrugada de invierno! ¡Oh, el hechizo dulce y triste de la noche de invierno en estos barrios pobres, blancos de niebla, iluminados—cuan desde lejos—por el brillo roto de las constelaciones, o por las farolas de los viaductos fugitivos llenos de

sombras vagas y lentas, como enamoradas de las piedras y de los muros! Un borracho, de rojo semblante, llama quedamente a la puerta entornada de una taberna, aplicando sus labios, en actitud de ósculo, a la rendija estrecha por la cual un reguero de vendimia se filtra. Un grupo de hombres rudos, trajeados a la usanza de los trajineros, con recias zamarras pastoriles y ajorcas de esparto en los tobillos, un grupo de hombres que han dejado sus lechos, más blancos que sus cuerpos, en las posadas del barrio, avanza por el centro de la calle, curioseando con la lentitud recelosa de los días de mercado y erguidas largas varas rurales, las vagas asambleas de meretrices. Un niño sólo, apoyado en un quicio, mira con grandes ojos a las estrellas. Una vieja sentada en un umbral medita cosas—cuán terribles—que la ponen atónita... Y en el silencio de la noche, junto a las casas siempre abiertas, junto a las casas todo alcobas, se oye la voz anónima, suplicante y mimosa, la eterna voz que dice: Ven conmigo esta noche...

Las mujeres de las rondas.

Bajo el frío viento que hiere sesgado mis enjutas mejillas, pienso--¡cuán vivamente!--en esas mujeres pobres y tristes y de una juventud seca como una

vez, que tienen sus casas en las rondas, frente al campo; casas de muros blancos, con sus habitaciones al ras del suelo, por donde corre de lo alto un arroyo turbio como formado de lágrimas. Ellas están sentadas sobre el poyo de las puertas, con los pies casi hundidos en ese arroyo de lágrimas, como aturcidas ante el día blanco y frío, de una humedad de lluvia que no acaba de llorar. El viento frío las besa en las mejillas y aviva los braseros que encienden ante sus puertas, y las penetra todas hasta transirlas y pasmarlas. Ellas callan y se extasían frente al día triste, y permanecen así solas, sobre sus calles en pendiente, mostrando, con la ingenuidad con que los niños muestran el vientre, sus caras de máscara, muy encarnadas como de embriaguez o muy pálidas de ictericia, con antiguas lágrimas cuajadas, bastas y olvidadas de haber sido besadas y pegadas, atónitas bajo el viento que las besa pasando de largo.

La noche suntuosa.

En la soledad de la noche, ¡oh, el hechizo de pensar que arrastramos la noche, como una larga cola suntuosa bordada de rosas de oro, que prolonga obscura y dulcemente la blanca iniciación de nuestro cuello pálido y envuelve fastuosamente nuestro cuerpo—fastuosa y piadosamente—, nues-

tro cuerpo lastimoso, propio para ser perdido entre las nubes de los sahumeros o bajo las cubiertas de las mesas cargadas de frutos! ¡Oh, el hechizo de este pensamiento de arrastrarte, oh, noche, como una larga cola fastuosa, pesada y bella, cuya solemne rigidez retarda aún más nuestros pasos tan lentos! Sí, te arrastro ¡oh, noche, noche larga y pesada, como un manto tirante, bajo el cual mis hombros se agobian dulcemente y mi cuello tiene un calofrío de oro, como una larga cola recamada, que tira de mí y hace mis pasos lentos, como una larga túnica, larga, larga—¡cuánto!—, que prolonga indefinidamente el adiós de mi espalda y hace mi vago tránsito tan solemne y tan grave como un cortejo múltiple.

Luces de domingo.

Tarde de domingo de invierno... Las luces rojas de la estación brillaban como un haz de quietos fuegos artificiales, ante la niña sola, que tiritaba, sola en el quicio de la tienda cerrada, pensativa y extática, llena de la resignación doliente de las criaditas todavía no núbiles. La ciudad estaba lejos, y ella tenía sólo ante su largo calofrío, la estación con sus faros rojos y verdes; la estación, semejante de lejos, en la tarde, a una noche anticipada, llena de estrellas. Ante la niña, en aquel extremo de barrio, pasaban aún algunos grupos de domingo; pero

era demasiado pequeña para ser mirada; los ojos de los hombres todavía no entibiaban sus transidas mejillas. Y en el quicio de la puerta, mientras tornaban los amos, insignificante e ignorada, permanecía con las mejillas puestas en la frescura del muro, casta caricia para su rostro virginal. Y miraba a la estación, abismada en el éxtasis de sus luces rojas y de sus luces verdes, cohetes de feria, luciérnagas del campo, estrellas... ¡Y acaso, ingenuamente soñaba, que tanta luz sólo se había encendido para alumbrar su soledad y caldearla, brasero prodigioso!

Evocación de otro invierno.

Bajo el cielo de invierno pienso con ternura en el tiempo en que tú has de brillar en ese mismo cielo, roja estrella, ¡oh Antares!, prodigio de la noche de marzo. Cuando te vea brillar, ¡oh, estrella roja! nuevamente en el cielo de marzo, mis ojos se han de nublar de llanto y te has de hacer más grande al través de mis lágrimas... tú, ¡oh estrella tan grande! Recordaré la noche en que, por vez primera, atentamente, te vi abrir la guirnalda de fuego de tu áureo escorpión, sobre estas calles de los barrios bajos que ahora cubre un cielo rosado y sobre aquella plaza honda y tranquila como un lago que se abre al pie de una calle empinada alto y

negro calvario. Tú brillabas sobre la plaza, ¡oh, Antares! rojo y amarillo, dulce como una naranja partida. Brillabas sobre la plaza, trémula de músicas finales de carnaval, brillabas sobre los hombres que vagaban lentos y sobre el desfile de las últimas máscaras y sobre mí, que te miraba atento. Se te veía brillar desde lo alto de aquella calle en cuesta, donde las casas tenían rejas cuadradas y grandes. El aire estaba lleno de dulzura ya, y se aspiraba en la noche esa fragancia grave de los inciensos que se queman en la Semana Santa. Las calles eran claras de otro modo que ahora, claras de una luna que hacía brillar cristales enjutos y llenaba de una dulzura seria el silencio y la quietud de los hombres. Tú refulgías sobre todo, como una gran bengala roja y amarilla, último prodigio de la noche. Y yo—un año más joven—te contemplaba como un estudiante de Astronomía, desde lo hondo de la plaza, dormida en el sosiego de la noche, vagando romántico y lento entre las luces solitarias del baile del arrabal y ante los umbrales de las casas blancas, en cuyos poyos había criaturas acurrucadas dulcemente, cansadas de velar a la noche, aún tan larga.

Tarde de domingo.

... Y se querría—¿no es verdad?—en esta tarde de domingo—mientras la lluvia sobre la ciudad cae

tan dulcemente, o el viento besa el sueño largo de las fachadas—tener alguien a quien visitar, alguna amiga joven o algún amigo enfermo, de una enfermedad juvenil y leve. Sería bello ir allá en la tarde del domingo, al través de las calles claras, llenas de mujeres de pechos conmovidos, y subir a la casa, con el umbral tan limpio en este día, y notar, aun dentro de la casa, en un florido silencio o en una modesta pulcritud, la tierna y solemne emoción dominical. Sería dulce llegar allí, tímido y acogido, después de tanto tiempo y sentarse en la ancha silla baja de enea y poner los pies sobre el el borde del redondo brasero, donde las mujeres sueñan con las mejillas enrojecidas y las faldas huecas.

Y mirarlo todo en silencio, con los ojos atónitos, y mirarlo todo—el armario de luna, más diáfano que ayer; la ancha cómoda, cuyos cajones entreabiertos dejan ver la ropa blanca removida por la primogénita, y los cristales de las ventanas, tan claros sobre la vaga tarde—. Las mujeres hablarían quedamente de sus ropas, de los atavíos que atenúan, sus cansancios, y alguna, de visita también, engalanada de domingo, se erguiría para mostrar su traje nuevo. Y alguna diría: —Pero, ¿habéis visto cómo tengo las manos? Y las mostraría quemadas del invierno. Y nosotros, amigos nada más, permaneceríamos silenciosos, oyéndolo todo en silencio—en el silencio del domingo—, calentándonos sobre las brasas amortecidas, impregnándonos

de la ternura de las mujeres, sintiendo un dulce ardor en nuestras mejillas rasuradas.

Sagrado pánico.

En medio de la noche, ¡oh, el tierno espanto de mirar este cielo de invierno, tan tirante y diáfano! ¡Oh, el espanto de inclinarse sobre este cielo tan claramente opaco como un profundo espejo de lunas emplomadas! ¡Cielo de invierno, tan duro y brillante, semeja un muerto lago de betún, cuyas aguas hubiesen adquirido la opaca transparencia de los basaltos que se rayan interiormente de líneas claras y largas! ¡Inmenso espejo de mármoles oscuros, en el que las estrellas, bajo el aire quieto, brillan con la fría dureza del oro congelado! Aunque esté tan alto sobre mi frente erguida, siento en mi corazón un tierno pánico al mirarlo. Sobre mí se abre tan claro en su opaca negrura, que mis ojos atónitos temen verse en él, como en un agua adormecida, y mi corazón aguarda el instante prodigioso en que el amor de las fuentes habrá de ser correspondido y en el cielo lejano habrán de aparecer, invertidas, estas vagas columnas de la noche, los senos de las mujeres y esta dulce cara mía, tan borrosa y amada...

Paisaje de invierno.

Cierra la perspectiva nocturna, al final de la larga calle en cuesta, un negro ciprés, esbelto y joven, que hunde su cimera en el centro de vivos fuegos de una constelación. Se le ve desde lejos, alto y fino, en medio de la noche, con su negra cabellera incendiada de astros, bello y lleno de esperanza, al final de la estrecha calle, más allá de las ventanas cerradas que parecen cuadros blancos en los muros, más allá y por encima de los tejados opacos. La noche se viste de un negror suntuoso, fino y juvenil, y las estrellas de oro recaman su cimera con rosas de fuego. Al final de la estrecha calle, se yergue así, y joven, bello, lleno de primavera, en su fronda perenne, alto, fino y triste de esperar. Y es grato mirarle así, desde lejos, árbol del Sur, ciprés de España, negra colmena de abejas de fuego, ciprés viudo de rosas, solitario y soñador, en medio de la noche, como un hombre joven de nuestro país que se embriaga de mirar a los astros... Ciprés viudo de las rosas pasadas, novio seguro de las rosas futuras, árbol soñador y triste, estás bien al final de la calle, cuya longitud fatiga los senos de las viudas, que también sueñan como tú en lutos tan finos como el negro de tus hojas. ¡Cuando sea primavera, ellas irán a sentarse, dulces y melancólicas, bajo tu ramaje, en los bancos que ahora cubre la escarcha! Desde ellos contemplarán los

juegos de las niñas y los giros de los carrousels, pondrán rosas sobre sus pechos y temblarán como tú mismo, ¡oh, ciprés! que te enredas en la red de los astros, al sentirse cogidas con sus finos lutos en las largas miradas de nuestros hombres indolentes...

El trovador del invierno.

En la noche de invierno, ¡oh, el poema de aquel hombre solo que cantaba tambaleándose en lo hondo de las calles negras, ante los balcones cerrados, blancos y fríos de luna y sobre los oídos de la soledad! ¡Oh, el poema de aquel pobre borracho, abandonado, salido quizá de una taberna de pintada techumbre, que continuaba todavía cantando su copla flamenca, en ausencia de las copas y de las palmas y de las caras coloradas de los amigos! Cantaba sólo ante los balcones cerrados, en el fondo de las calles negras, ante los lejanos reverberos llorosos... Mas la noche profunda recogía su canto y lo ponía sobre su corazón, dichosa de ser festejada, ella sola también, de ser arrullada por aquella copla perdida, ella, la nunca novia, que ve pasar de lejos tantas parejas enlazadas y oye tantos cantos dedicados a mujeres soberbias embellecidas por el viso de su velo azul. La noche profunda recogía al canto y al cantor, y haciéndose tierna y tibia, en-

volvía al alegre borracho y lo mecía, como a un ruiseñor, en la fronda azulada de su inmensidad.

Escena de sábado.

En la tibieza sabática de aquel café, era dulce—¡cuánto, cuánto!—más que todas las cosas, contemplar largamente a aquella mujer—esposa o antigua concubina, que cenaba en compañía de un hombre y le mimaba con una ternura conyugal—, tan transparente y como avivada por el prestigio del sábado. No era joven ni bella; tenía el rostro duro, y los artejos de sus manos—aquellos artejos con que descarnaba los huesos—eran flacos y largos como los de las abejas obreras; pero estaba toda transfigurada por la dulce alegría del sábado, enajenada por la pluralidad de las luces y de los espejos, alborozada por la festiva blancura de los manteles y por el acontecimiento de cenar fuera de casa. Estaba llena de gratitud para el hombre, y le partía el pan y le descarnaba con sus rudos artejos los huesos de las chuletas y seguía con ojos atentos y atónitos los giros de la viril mirada distraída. Se adivinaba cuánto amaba al hombre; cuánto le amaba con todo su corazón, con todo el árido ímpetu de sus huesos y cómo procuraba hacer graciosa para él su figura de harpía. Hablaba apenas; pero en su silencio había toda esa tremenda pasión callada de los tálamos antiguos; y se presentía cómo en la noche

conyugal amaría fieramente aquella hembra sin belleza. Y era dulce, era dulce verla erguida y cobijante junto al hombre cansado, huraño y adusto para todos nosotros: para él sólo tierna, brindándole manjares y frutos a falta de una fresca hermosura, recordando a las madres que templan con su boca la sopa del pequeño, haciendo pensar en el misterio enorme del amor todo huesos y en los abrazos descarnados que buscan directamente el corazón...

Calofrío invernal.

En la madrugada indecisa, con qué dulzura te acojo, ¡oh, divino calofrío invernal, que haces temblar las vértebras de mi cuello y te prolongas a lo largo de mi cuerpo como un hilo sutil y fino, con que el tiempo, mi único amor, me quisiera enredar! Con qué emoción te acojo, ¡oh, frialdad juvenil!, ¡oh, casto y frío temblor, más dulce que un hálito ardiente, semejante a un hilo de perlas, sobre mi cuello sin collares! ¡Más que todos los fuegos eres grata tú, divina y trémula frialdad, que anuncias la mañana y conmueves mi corazón de un sobresalto tierno como el de la noche, que ahora siente frías de pronto sus pálidas estrellas! ¡Más que todos los fuegos eres grata tú, casta y pura frialdad, que nos traspasas de una larga emoción! Nuestra alma te conoce, ¡oh frío de juventud y de aurora, cuyo tac-

to hemos sentido sobre todas las cosas bellas, cuyo hálito hemos sentido en los instantes supremos, bajo la bóveda del paladar! ¡Oh, frío divino!, encendemos hogueras para calentarnos; mas la llama más viva está transida de tu frescor, y la dicha más honda está transida de tu frialdad. Te hemos sentido en la infancia lejana, en el primer asombro de nuestra alma, en el primer éxtasis cuya fijeza hacía frías las pupilas de nuestros ojos; el primer beso ardiente que recibió nuestra juventud estaba traspasado de ti y las primeras manos que estrechamos con un amor ingenuo estaban frías entre las nuestras. Divinamente fría era la cera, cándida de los primeros cirios y las rosas del primer mes de mayo, en la clara mañana que aún no doraba el sol, y la misma mañana era fría, divinamente fría, en medio de aquel ardor que hacía pesadas a las abejas. ¡Oh, misterioso calofrío, te conocemos desde antiguo y te hemos sentido sobre nuestro cuello y sobre nuestra alma como un trebo de oro en el cáliz en que bebíamos la dicha; las lágrimas son ardientes y escaldan las mejillas; mas los besos de la verdadera felicidad son de un frío que traspasa los huesos y guarda mucho tiempo fresca nuestra boca. Te hemos sentido, ¡oh, frío divino, divina frialdad de valle y de montaña, como un áureo ornamento de nuestra juventud; bajo la llama de todas las caricias, tú traspasabas nuestro cuerpo! Juventud es frío, y en su pecho dorado hay un surco transido de frialdad; y son frías las primeras rosas,

la miel en su álveo cándido, el velo de la virgen, el corazón de la granada intacta y mi alma solitaria que aún es maravillosamente joven.

Luna de enero.

A lo largo de las calles, sin luz, en la madrugada, ¡oh, el largo calofrío casto de esta luna de invierno, fría y lejana, tan pura, en lo más alto de los cielos! ¡Oh, el largo calofrío de desierto del reflejo de esta luna sobre el suelo enjuto y árido, que sólo se florece de sus pálidas rosas! ¡Oh, la emoción terrible y fría de esta luz espectral que traspasa los huesos y llega hasta los páramos del alma, hasta esos paisajes medrosos que no nos atrevemos a mirar! ¡Luz de desvanes y de estancias destartaladas, fría en los cristales fríos y en las aguas y en la tierra desnuda y seca! ¡Luz pura y blanca, de una terrible castidad para el retorno; luz que nos baña la frente y nos envuelve como una larga paletada de cal; luz blanca, claridad de sudario y de tapia blanca; triste claro de luna en la ciudad desierta; claridad de yermo, que alumbra y hace sentir el movimiento de las sombras más leves a lo largo de la noche y da un sentido triste y póstumo al contacto en nuestras manos de esa llave fría que nos abre la puerta de la casa!

Soledad de invierno.

Bajo el cielo tan lejano, ¡oh, nosotros solos, solos en el fondo de estas calles de la tierra, tan honradas y oscuras, alumbradas por un astro muerto y por frías luces que desfallecen; solos, definitivamente solos, sin el gran Dios de nuestra infancia y sin los dioses menores de nuestra juventud; solos con nuestro tenebroso enigma tan claro y nuestra pobre alma mortal, que ha de abandonarnos también en la esquina de los adioses; solos, pues, con nuestra atónita congoja, demasiado grandes para inspirar piedad a ninguna criatura; demasiado grandes para que las cariátides de piedra desnuden por nosotros sus pechos y las viudas humanas nos llamen hijos suyos; hombres ya, sin derecho a las lágrimas, ni a los besos; sin otra madre ya que la tierra última, ni otro padre que el tiempo, y sin hijos tampoco que calmen con su gracia nueva la amargura de nuestra antigüedad; solos, pues; tan solos en la madrugada, en la soledad absoluta, que no se puebla ni de sombras y no aguarda ninguna compañía, en la soledad rayada de largos surcos fríos, en la soledad destartalada, que la aurora hará más triste con su frío reflejo en un espejo puesto en un rincón y en un suelo sembrado de papeles rotos!...

Plenilunio de invierno,

Sobre la ciudad, la noche, esta noche de invierno, serena y silenciosa, esta noche de plenilunio, era como una larga fiesta. Relucían las calles, vestidas de blanco, como si hubiesen sido rociadas de cenizas aún tibias, blancas como están los caminos en la primavera. La luna tendía tapices blancos en las aceras, sobre las cuales las mujeres de la noche, las mujeres a cuerpo, no tocadas de ningún velo, iban y venían lentamente, con una canción entre los labios. Por todas partes voces se elevaban para alabar la noche de invierno, la noche tan clara y dulce. Las puertas de las tabernas se abrían ampliamente sobre el suelo claro, y los hombres que se retiraban ya, deteníanse, extasiados, para mirar la luna llena, madre de toda aquella luz. Era lento el paso de los que caminaban, lento y sonoro en la ciudad transparente, clara toda ella, como iluminada por bengalas blancas, que hiciesen más vivo y roto el correr de las fuentes, y más cándido el blanco de los muros. Por todas partes voces se elevaban, discretas, para alabar la noche de invierno; y al través de las calles yo pasaba lento y solo, recogiendo todos esos laudes en mi corazón, emocionado de sentirte alabar, ¡oh, mi noche de invierno!, emocionado de verte tan mirada, mirándote yo también, ¡oh, mi noche!, discretamente, con mis

ojos atónitos, como aquellos tan vivos de las raposas que te miran así, tímidamente emboscados en la hierba tupida, trémula de su tibio hálito.

Visiones de febrero.

Febrero... En el cielo nocturno, tras la fuga de las nubes blancas se muestran ya las estrellas de la primavera y del estío... La Virgen, con su espiga dorada; la sierpe, semejante a una infantil cometa, escorpión con su curvo haz de fulgores. Arturo Denebola y la Virgen han formado ya su perfecto triángulo de fraternidad. El cielo nocturno tiene ya el aspecto con que hemos de verlo, por tanto tiempo, lejos de la ciudad, desde los arrabales, junto a los puentes denegridos, sobre los altozanos áridos, cuando una languidez aún juvenil nuble dulcemente nuestros ojos y nuestras manos, viudas de caricias, se complazcan en destrozar briznas de yerba. Como ahora en la ciudad las vemos, desde el fondo de las calles en que azulea una tímida aurora, las veremos entonces; pero más largamente, desde los páramos de la soledad, floridos de violetas, sentados en las suaves colinas, desmadejados como mujer, ciñéndonos en nuestro hastío puro, como en un velo largo, largo. Las veremos brillar en el gran cielo despejado, con sus luces tan vivas, que una estiva ternura nublará también, de cuando en cuando, como un sahumero más tenue que los del invierno.

no. Ellas entonces nos mirarán también y participarán de nuestro puro júbilo. Inclınadas sobre nuestra frente, al mirarnos, más felices que sus hermanas las estrellas de invierno, verán la ciudad iluminada, las casas de ventanas abiertas, la hermosura desvelada de las mujeres, los bellos juegos de los niños, los abandonos de los enamorados y los ojos, llenos de nostalgia, de las mujeres solas que se ciñen las rodillas con los largos brazos y desfallecen agobiadas de sentir tanta estrella gravitando sobre sus pechos tiernos...

Pierrot y Ella

A lo largo de las calles, en este dulce mes de febrero, ¡oh, la belleza larga y fina del pierrot juvenil, del ambiguo pierrot, pálido como un amigo serio, bajo cuya finura se adivinan los senos comprimidos y ocultos que anhelan revelarse, y los cabellos recogidos que se escapan hacia la nuca! ¡Oh, el encanto del pierrot —¿blanco o negro?—, en el que ella tan delgada y sutil estaría tan bien, con su seriedad triste, con su pálido perfil enjuto florecido de soñados besos, con su aire núbil y cenceño de virgen!... Se la sueña en estas noches claras, en que la ciudad está conmovida de músicas; se la sueña, vestida de pierrot, grave y adusta, consumida de un fuego sólo adivinado, mostrando la larga y firme línea de sus corvas, sería como un amigo,

dejándose conducir en silencio junto a los muros blancos del reflejo de una luna velada. Se la sueña más hermética que nunca, en su fino traje de seda, más esquivada en el repudio de sus faldas; más abrasada, y más fría que nunca, rechazando con una voz ronca nuestros madrigales, y retorciendo ambiguamente con sus finos dedos nuestra mano atrevida... Se la sueña —¡oh, cuán tierna y desesperadamente!— a la vista de estas mujeres que abandonan en la madrugada los cálidos teatros, y que efímeramente marcan sus largas siluetas sobre los blancos muros; se la sueña, bajo las sedas de los pierrots, amigos de su fina figura, caminando junto a nosotros, callada y seria, equívoca y ambigua, con los cabellos recogidos, sobre la nuca lisa, toda encendida misteriosamente en sus huesos, dejándose conducir sin palabras, ebria de música, de juventud última y de anhelos, hacia el lugar donde nuestra mano, en un ímpetu loco, encresparía su recogida cabellera para devolverle en un instante, su empañado prestigio de mujer...

La blancura luminosa de las nubes

Las grandes nubes blancas de febrero han cubierto—bandada maravillosa— todo el amplio cielo nocturno. Han velado la luna y las constelaciones con blancos velos silenciosos; y están sólo ellas, llenándolo todo, en el amplio horizonte. La ciudad

está sólo iluminada en la noche de invierno por ellas, sólo iluminada por su vaga blancura, por el incierto resplandor de aurora, que al través de sus largos cendales se difunde. Las largas calles espejean su candidez tranquila, y se hacen luminosas por el blanco reflejo, a la manera de las lagunas, que en los campos serán espejo de la noche velada. Semejan lagunas las calles blanquecinas, silenciosas y quietas, en cuyo yermo asfalto se miran las nubes blancas. La noche se hace vaga en la ciudad como en los campos blanquecinos, y la mente se cansa y se pierde pensando cómo estas blancas nubes serán letras y claras sobre las aguas dormidas de las lagunas; cómo alumbrarán el sueño secreto de las aguas con su cándido brillo, y qué blancas flores de almendro prenderán en las zarzas de las colinas. Ellas, en tanto, pausada y dulcemente cubren la ciudad toda y borran los límites negros de las cosas, haciendo blancos los muros negros y los tejados negros; aclarándolo todo, iluminando las oscuras calles, sin reverberos, con la sola claridad de sus cándidas urnas. Han velado la luna y las constelaciones; y sólo ellas lo llenan todo, en la noche. Y sobre la ciudad suspenden—¿hasta cuándo?—sus nevados cendales, haciendo blanco el negro sábado urbano, ciñendo de linos sus sienes encrespadas, y prolongando, en la madrugada indecisa, el cándido encanto de las visperas invioladas, no rasgadas todavía por ningún dardo doloroso, no rayadas siquiera aún por

la fina y larga espina de una estrella, blancas y luminosas como los velos lisos ante las ventanas.

Soy mujer

En mi memoria, como una luz, estará siempre encendida y vibrará por siempre la voz de anunciación misteriosa con que aquella mujer, irguiéndose sobre la tiniebla de los muros en la madrugada, y entreabriendo los pliegues de su disfraz carnavalesco, murmuró al oído de aquel hombre embriagado: —Soy mujer.

Vagaba la misera en la sombra, envuelta en un ambiguo traje carnavalesco, en un traje de colores para ser más nueva y más notada aquella noche, a la salida de los bailes, en cuya luz excesiva no quería ella arriesgarse, para ser vista entonces de los hombres que salen solos, dando traspiés, como si se hubiesen embriagado con la música de los vales. Y en aquella hora, bajo el cielo, vagamente rosado, en la tiniebla de los muros, ella se brindaba al hombrecillo que, desorientado por su disfraz ambiguo, no se atrevía a tenderle los brazos y la miraba ávidamente, con un temor supersticioso a incurrir en los grandes pecados. Y ella, poniendo sus labios sobre la cara atónita, y entreabriéndose el seno, con un misterioso tono de íntimo júbilo, de secreto y profundo orgullo, le decía: —¡Soy mujer! ¡Soy mujer!— Es decir, puedo ser

amada y festejada por ti; pueden ser míos tus besos, tus rosas, tus monedas...

Y como ella hablaba, parecían vibrar sistros festivos y encenderse antorchas en la sombra...

El índice vivo.

En la noche de Carnaval, a la hora en que, bajo las estrellas que palidecen, se deshacen los cortejos que salen de los bailes, encontré una mujer que caminaba renqueando junto a los muros batidos por el viento de la madrugada. Caminaba sola, con una gran premura difícil, a un tiempo deseosa de alcanzar la casa y el lecho, y retenida en su fuga por el dolor de sus pies cansados. Se adhería a los muros para defenderse de cualquier seguimiento que pudiera atraerle su disfraz, y caminaba evasivamente, sola, máscara sin fortuna, gimiendo de cansancio. De pronto, no pudo más y se descalzó los zapatos y, con ellos en la mano, prosiguió su fuga más ligera. Y era terrible verla caminar así, fugitiva, tan franca en su cansancio, tan desmadrada y rendida. Alguien quiso hablarla, y ella lo rechazó con una voz ronca, ¡tan desfigurada por el loco gritar en los bailes! Quería sólo llegar pronto a casa y aliviar sus pies entre sus manos y envolverlos entre las cosas más suaves y tiernas. ¡Pobres pies doloridos! En aquella hora, el cansancio de la pobre mujer medía toda la locura del Carnaval, era

una cosa grandiosa y terrible. Hacía pensar en los hoyos enormes que a aquella hora se abrirían en los lechos desvencijados, en los largos sueños que se iniciarían hasta la otra noche... Evocaba, índice vivo el cansancio terrible de las vendimias y la fatiga de esas noches de Semana Santa en que los nazarenos enmascarados se duermen en las calles y los acólitos, agitando sus incensarios, desfallecen bajo el aire fresco.

Nubes, nubes.

En la madrugada, bajo el cielo entoldado de nubes, ¡oh, la dulzura de caminar todavía, divinamente sólo, como un desasido de un sudario, por las calles desiertas de los barrios pobres, silenciosos y quietos, como dormidos, al fin, con una cara alargada hacia el lejano rayo de luna! ¡Oh, la dulzura de pasar así sólo ante estas claras perspectivas de marina, bajo las urnas de los reverberos extintos, en cuyos cristales se transparentan las nubes lejanas ante las puertas cerradas cuyos alda bones simulan la mano apretada y dura de la suerte; ante las puertas abiertas de los harenes de umbrales ya diáfanos y desiertos; ante las mamparas de los cafetines, donde se adentra el azul de la noche y hay cabezas que se adormecen! ¡Oh, la dulzura—otra vez y siempre—de pasar así, ebrio y atónito de silencio y de calma, por la soledad de

estos barrios pobres, bajo los arcos de las plazas blancas de nubes y de sentirse dentro del vago sueño de la noche, en esta hora de besos cansados y de miradas entornadas de sueño; en esta hora última, en que ya todo amor tiene un tálamo y en que la mano cansada de la noche apenas puede retener sus blancas nubes que se desvanecen lentamente sahumadas por el olor del romero que asciende de las tahonas!...

Himno nocturno.

¡Oh, noche de invierno, larga y lenta, más bella que la noche de estío, tan breve; noche tú, tan larga, que por tanto tiempo retienes tus estrellas sobre tu seno; tus estrellas claras y frías, que nos miran tan largamente y por tanto tiempo, nos retienes a nosotros mismos, errantes y perdidos—¡cuán dulcemente!—entre tus negros velos; noche de invierno, para la que, es remoto y tan soñado, el abrazo del alba y el clarear de los altos cristales; noche tan larga como un sincero amor, tan quieta y lenta en tus obscuras vías; noche larga, larga, rehacia como una viuda para el tálamo de la aurora; fiel para el amor de tus negros paisajes; noche larga, larga, más larga que el día, larga para un largo poema, para un abrazo largo, para un adiós de muchos besos; noche tan larga, para que todo se haga ya recuerdo antes de ser ausencia y para

que las rosas de los sueños se florezcan tres veces; noche larga y atónita de la misma largueza, que tanto tiempo nos retienes contigo, ¡oh, bien distinta de la noche de estío que nos despide con un único beso apresurado, mientras tú nos llenas de besos y de besos y bordas para acompañarnos lentamente de rosas y de rosas tu negro velo de viuda, con el mismo ritmo lento con que nosotros bordamos nuestro velo de sueños; noche de invierno larga, larga y triste, que dejas tanto tiempo tus largas trenzas negras pendientes de tu seno sobre la tierra que te contempla atónita y te resistes tanto tiempo a ver el rostro de la aurora, merecerías, ¡oh noche, que en tu seno oscuro florecieran las rosas de junio y en tus manos ardiesen largamente las nupciales antorchas de agosto! merecerías, ¡oh, noche, que te fuesen dadas las gavillas de efímeros júbilos que tan loca y prontamente disipan tus hermanas de estío! para que las guardases, largo tiempo, largo tiempo, sobre tu corazón estremecido y las defendieses—aún, aún—de la impaciente avidez de la aurora!...

A mi lecho.

En la noche de invierno, te contemplo ahora con un éxtasis cándido, ¡oh, lecho mio virginal, nieve cuajada en un marco más amplio que el de un espejo y que, sin embargo, podrías reflejar mi cuer-

po, grabado en tu blancura cada noche como en un sudario reiterable! ¡Oh, lecho mío, que en el estivo tiempo me turbabas como una colina florecida de vides, haciéndome pensar en la mujer de que están grávidos mis sueños, ahora en este tiempo casto, sahumado por la hermana, entibiado por el calor de un ascua pura como las encendidas en las aras, me atraen tan dulcemente como un gran regazo indeterminado, y yo siento el ansia de hundirme en tus surcos de nieve! Ahora eres, verdaderamente, un lecho virginal, digno de abrigar el misterio de mi destino enrollado, ¡oh, lecho!, que a mí sólo recibes cada noche, como una mar nevada que recibiese un témpano; lecho inviolable y cándido, que nunca podrías ser una pira y que sólo me invitas con ese halago tibio, pero inocente, de un regazo materno. Ahora tú eres, verdaderamente, un lecho puro, sobre el que nunca podría caer una anémona y te haces digno de recibir mi cuerpo aún encogido por la costumbre de la cuna. Y yo siento anhelo por acogerme en tu clausura, preservadora, como la de los cofres rellenos de alcanfor y de hundirme en tus ondas, sobre las que siempre sobrenado, tal esa cabeza que ninguna nieve alcanza a sepultar. ¡Oh, lecho blanco, semejante al espejo que las nodrizas tienen entre sus senos—así esas santas que muestran entre cristales una viscera milagrosa—, lecho semejante a una cuna inviolada, ahora eres digno de recibirme, y yo sé qué cosa tan magnífica soy en el hueco de tu mármol, donde sólo mi propia tibie-

za me abriga! Yo sé que ahora, tú me vistes de infancia y me muestras de lejos inaccesible a las mujeres que aún no podrían ser nodrizas, incapaces de contentarse con la contemplación de una rosa enrollada. En tu seno ahora, mi madeja carnal vuelve a enrollarse, ¡oh blanca rueca maravillosa, que mil mujeres querrían hilar!

Tú absorbes todo mi secreto, me tapas de nuevo cual en el tiempo pueril y me sustraes a los brazos de las que desean algo más que un caracol diminuto que orne marginal la orilla de los ríos infantiles. Ahora de nuevo, encogido en la actitud de los embriones, soy un misterio entre muchas envolturas, ¡oh, panoja maravillosa!, y para llegar hasta mi fruto esquivo sería preciso remover también muchas faldas hojas blancas. Tus bordes son ¡oh, lecho!, un límite insuperable ante el que muchas mujeres arrodilladas tienden los brazos, ornando la estancia nunca nupcial, apenas desligable con el nombre de alcoba, de coros suplicantes, que te magnifican. Ahora estamos rodeados, ¡oh, lecho!, de mujeres que espían nuestro misterio, perplejas ante nuestra blancura, presintiendo que un pomo de deleites pueda verter el sueño que ellas desde lejos auspician, sobre este mar nevado, que su soplo unánime y ardiente, no derretiría...

Incitación primaveral.

... Bajo el peso de mi tristeza solitaria, todavía mis pies, hundidos en el barro de la desolación, quieren encaminarse hacia el lugar florido donde están las mujeres, hacia la clara y enjuta colina de los abrazos. Naturaleza compasiva como dulce madre, se acuerda también de mí en esta noche clara y desde los arrabales solitarios quiere llevar mi cuerpo, conducido suavemente, hacia las alcobas abiertas, donde me aguarda un placer en el que yo he de tener la mejor parte. Naturaleza se acuerda de mí esta noche que las mujeres se engalanan y ungen sus cuerpos para ofrecerlos una vez más a las heridas del amor; y así como en ellas hace revivir más ornado de gracias la belleza antigua, así en mí, su hijo predilecto, resucita la olvidada fuerza, trenzándola en giros tan múltiples como los que las manos hábiles de las mujeres imprimen a las largas cabelleras en torno a las sienes. Resucita la madre mi fuerza viril y despierta la medula dormida en el hueco de mis huesos; y, para darme ánimos, hace vibrar el crotato que, desde la infancia, llevo suspendido como un talismán, más abajo de las tetillas infecundas. Y halagüeña y mimosa me conduce a las encrucijadas donde las mujeres vagan con los senos erguidos y con vientres que se recortan en las sombras como símbolos, y me lleva ante los balcones abiertos, iluminados por

antorchas nupciales. Y me dice: ¿has de estar triste tú esta noche en que rien valerosas las pobres mujeres sucubas; tú, mi hijo predilecto; tú, el incubo, cuya misión es aguijar los corceles de rosadas grupas? Habla así la madre en mi oído; y las palmas de mis manos se abren ávidas, llenas de una veleidad dominadora. Y desde el fondo de mi desolación me yergo, aguzado como una caña. ¡Oh, hombres; pero nosotros los vencidos, aún podemos gozar una victoria irreprochable sobre las espaldas curvadas de las mujeres!

El río invisible y presente.

Si las gasas de la niebla han enjugado aparentemente todo el agua del río, haciéndolo invisible, una palabra nuestra bastará para colmarlo nuevamente; bastará que pronunciemos la palabra *río* para que nuestro corazón se llene de frescura y para que nuestras manos, en la arena antigua, nuevamente empapada, vuelvan a encontrar las conchas diminutas, vestigio de nuestros priapos infantiles, cuya forma inocente no asusta a las niñas. ¿Qué importa que las nubes, echando todos sus velos sobre el agua, hayan aumentado la labor de las lavanderas? En la casa donde tú recuerdas al antiguo río perdido entre los árboles, el agua anega los suelos enjutos y es preciso dormir en lechos que tengan la forma socorrida de las barcas, como

las cunas de los hijos de los marinos. Las paredes están salpicadas de una frescura que hace revivir las flores desteñidas; ríos caudalosos, sólo que hilados en los husos del viento, pasan por nuestras manos, cuando las mostramos a la lluvia; tenemos conchas rebosantes para bautizar a ese niño que no quiso nacer. El río extraviado está entre nosotros; ha dejado su lecho simplemente, pero se recoge en el bastiaterio de nuestras manos; y las mujeres tienen sus senos tan frescos como nuestros párpados. Sigue huyendo bajo el puente de nuestras cejas, y las rosas que abandonaron sus orillas, se abren ahora en nuestro pensamiento. Sobre tus rodillas, mientras un hilo blanco devanas, yo le veo reposar, tal un cordero de vellones mojados; las estrellas de los braseros se hacen más vivas y lejanas, al mirarse en sus ojos, y la almohada del lecho está formada de sus cintas desenrolladas. Cuando venga la primavera, por el balcón abierto, lo arrojaremos como una larga cinta, para que de nuevo llene su lecho, en el que las niñas juegan. Mas en el claro espejo será siempre inmortal, e inclinándonos sobre él, despojados de velos, las manos que buscan conchas diminutas, nunca tornarán vacías, y las luces que en él se encienden, nos reflejarán como pescados.

Plenilunio.

Bajo el plenilunio de invierno, en la ciudad desierta, camina con el espanto de esta luna nueva que lo llena todo y apaga el brillo fraternal de las estrellas. Brilla en la ciudad desierta como en el campo, con un fulgor tan largo y quieto que parece eterno, llenándolo todo, espejeando en los cristales, prendiendo antorchas en el marco cuadrado de las puertas, llenándolo todo como si sólo ella existiese. La ciudad parece anegada en una ola cándida de cera congelada. Y se siente espanto de tanta luna... ¿Es que tú sólo existes en el mundo? ¡oh, luna! La memoria se hunde en el laberinto de los recuerdos y en la última arcada en aquella de la que no se puede pasar, sólo te ve a ti, ¡oh, luna!, llenando, grande y clara, el gran patio de la casa antigua, llena de silencio, donde han estado sentados los padres y los hermanos. Después de la última palabra, tú, ¡oh, gran pájaro silencioso!, recoges en tu garganta todo sonido y asumes en tu luz las últimas volutas de los sahumeros. Tú, ¡oh, luna!, cuando se han apagado los fanales y todos duermen, lo llenas todo tú sola y haces vibrar las viejas vigas, traspasadas de luz por ti. La casa parece un desierto entonces, y tanta alegría nupcial, tanto natalicio, sumen su recuerdo en tu lumbre serena. ¿Es que la madre y la hermana de la madre viven

y se visten de blanco para perderse en la blancura de tu inmenso silencio? En los días de duelo, ¿es que las mujeres de la casa mesan sus cabellos para que tú los hagas blancos y su recuerdo viva en la albura de tus finos rayos? Toda nuestra vida está llena de ti, como un desierto en lo antiguo del tiempo, y ahora, y siempre, ¡oh, luna de sementeras y de sepulcros! Pensamos en los padres y en la vida pasada, nos inclinamos sobre lo pasado hasta sentir vértigo y sólo a ti te vemos. ¿Es que tanta vida sufrida y gozada sólo ha servido para poblar de ecos tu silenciosa claridad? Tanto hermanito malogrado, tanta amada criatura llorada, la palidez del padre, la dulce sonrisa de la hermana de la madre, tanta flor puesta sobre los cabellos, tanto grano de incienso arrojado a las ascuas, ¿sólo ha servido para realzar la belleza de tu manto de oro? He aquí que ahora todo se ha desvanecido y sólo tú quedas, con tus tristes fulgores y tu callada música, alumbrando, en la ciudad desierta, un cortejo de sombras que apenas empañan tu serena luz. Y se diría que todo ha sido un sueño de tu plenilunio. Nuestra alma, embriagada de tanta memoria lejana, sólo te encuentra a ti, ¡oh, eterna luna!, y siente el ansia de preguntarte por los padres. ¿Es que tanto recuerdo se calcina en tu lumbre? ¿Es que la hermana viva sólo existe y se viste de blanco para ser recordada una noche en otro plenilunio? Y yo mismo, ¿no existo sino para mirarte? He aquí que tú ahora te asomas como antes al patio de nuestra

casa antigua y alumbras las estancias en que todo ha cambiado, con una luz inalterable, bajo la cual otras criaturas, mujeres doloridas, vírgenes que tienen en su mano un pandero tirante, hombres de grave rostro, usurpan los antiguos nimbos familiares, y tú tan sólo eres la misma en los espejos y en los muros blancos,* ¡oh, luna misteriosa y eterna!, que a todo sobrevives, como esa ceniza fría, y, sin embargo, brillante, que las manos encuentran siempre, único vestigio de una pira extinguida...

El consuelo.

Ahora, ¡oh, tarde de invierno!, para consolarme de mi triste clausura, lejos de tus prados y de tus ríos y de tus celajes sobre los puentes, me mostrarás aún tus paisajes urbanos; me mostrarás tus ramos de luces estremecidas en el crepúsculo, tus ramos de luces, más numerosos hoy y más vivas que nunca, como si se hubiesen encendido en tu sol de domingo; me mostrarás las mujeres de mejillas rosadas, que salen despeinadas de los bailes públicos, y aún estremecidas de los largos abrazos; me mostrarás tus parejas, que hoy caminan más unidas que nunca y se detienen indecisas ante los ramos de las fruterías; me mostrarás, ¡oh, tarde de domingo!, tus flores caídas en las calles, y esa alegría que vibra aún en el aire obscuro y que prolon-

ga el crepúsculo indefinidamente en las nubes rosadas, a lo lejos...

La tibieza impensada

Y de pronto, ahora, en el café, ¡oh, amigos!, ¿de dónde ha venido esta cálida ráfaga inesperada que aclara el cristal de los espejos y hace temblar, multiplicadas en su fondo, las luces en racimo? ¿De dónde, de qué misterioso y caliente corazón, de qué maravillosa fuente nunca helada, de qué eterno verjel tropical de palmas y aves del Paraíso, o de qué eterna voluntad de misericordia, cuya prodigalidad nunca se agota, llega a nosotros este aire tibio que pone un vaho sobre nuestras frentes y nos hace olvidarnos súbitamente del invierno? ¿Viene acaso del corazón apasionado de esas mujeres lejanas que en los rincones inclinan sus mejillas hacia los labios de los hombres jóvenes, consumidas de brasas interiores mientras nos miran tan serenamente, o viene acaso del corazón encendido de las estrellas rojas que allá afuera palparán sobre los tejados? ¿Algún hada buena nos habrá recordado, o es que en el Olimpo los dioses trasnochadores vierten una ambrosía cuya tibia fragancia llega hasta nosotros los mortales? He aquí que de pronto, aunque es invierno —¿por cuánto tiempo aún?—

un aire largo y caliente pasa por nuestrás mejillas. Se funde la escarcha en los cristales, y las mujeres, con un bello abandono americano, dejan adormecerse sus codos desnudos sobre la cándida frialdad de los mármoles. Una amplia sonrisa quieta brilla en todos los rostros. Diríase que van a entreabrirse los frutos de bronce que sostienen las núbiles cariátides. Y las luces de oro brillan desmelenadas, más grandes y vivas, como si se nutriesen de un aceite aromático derretido de pronto.

El invierno en el Sur.

Aterido de frío, en el último muro de esta ciudad del Norte, en el que se apoyan mujeres y ancianos que tiemblan, pienso en el buen invierno de nuestra ciudad del Sur, dulce y clemente como una primavera menor; en el buen invierno, fácilmente apiadable, que rinde su rigor al tímido conjuro de las brasas que enciende una hermanita y se deja abrigar como un niño, bajo el leve mantón que da a todas las mujeres un aire maternal. Pienso lleno de nostalgia en el buen invierno del Sur, blanco únicamente de sol y que aún tiene rosas y campánulas, sólo que más frescas, y por tanto más puras que las de la primavera. Nunca, en el tiempo matinal y pueril, quemó con un fuego glacial las

yemas de mis dedos floridos, ni fué sobre mi carne más fresca que el contacto del alcanfor fragante. Tan sólo un grato calofrío era a lo largo de mi espalda, en la blancura de los lechos sahumados, primer estremecimiento de la carne pueril, entre las manos no demasiado tibias de las nodrizas y las madrinas aún no del todo restañadas del agua salobre de los baptisterios—¿no las dota ya el sexo de una concha salobre?—, motivo fácilmente justificable de pedir un beso más ardiente a los labios maternos, que siempre retienen la temperatura de las rosas, causa de júbilo pueril en la mañana, al romper un puro témpano de hielo, desvanecible pronto, en la gran tina de las azoteas. Sólo un motivo de variedad ornamental era el invierno en el Sur, en la casa que las mujeres decoraban con paños más oscuros, recogiendo los largos velos del estío para hacerlos pañuelos sahumados del nuevo templo infantil; pretexto tradicional para encender las brasas en que la alhucema y la mirra se consumen, llenando con las humaredas de sus tules los vanos espacios entre las columnas y la amplitud de los grandes techos, prestando velos enjutos y tibios a las mejillas demasiado frescas de las mujeres; pretexto ingenuo y admirable para alterar la monotonía de un verano demasiado largo y devolver su prestigio a las cosas bellas demasiado tiempo contempladas en plena claridad. El invierno era—y es y será siempre—en el Sur, una pausa aliviadora, un modo menor, para hacer tolerable la gran sinfo-

nía estival, demasiado larga, un silencio oportuno en el cántico numeroso de la tierra, un medio de enriquecerse también así, emulando un instante— ¡pero cuán lentamente!—la belleza del Norte, un modo de tener también sus brumas y su silencio y su cimera de nieve; un medio de reconciliarse con las telas no demasiado finas, con el fuego, con los regios armiños, pues que la púrpura es demasiado habitual.

El Sur tiene también su invierno: las mujeres encorvadas se sientan ahora junto a la lumbre, se dejan calcinar por su aliento las piernas, obscuro madrigal, y empañar por los sahumerios el rostro demasiado claro; las nodrizas y las madrinas extienden, compasivas verónicas, sobre las llamas, pañales infantiles; la ventana matinal se florece de una flor nueva, la escarcha; y las puertas siempre abiertas, las efusivas puertas del Sur, se cierran. Es invierno en el Sur. Más ¡qué invierno! El florecimiento y la fructificación estivales no se han interrumpido; sólo han adoptado otros modos más discretos; un vivo estío se mira, atenuado, en los espejos invernales; en los surcos del fuego frutos inagotables se calcinan y en los senos de las madres la miel inextinguible no llega a coagularse nunca. La tibieza del Sur persiste, como una misericordia, al través de todos los signos engañosos, y no deja que ningún témpano, demasiado largo, selle los labios de ninguna de sus fuentes. Esa misericordia la encontraréis, espontáneas, en las

aguas templadas que siguen manando sin interrupción, en los vinos cuyo ardor persevera. El invierno en el Sur es un medio de renovar la belleza demasiado vista, de realzar con un nuevo valor el precio de un hálito tibio, de un regazo materno, de un abrazo nupcial. El invierno es en el Sur el leve calofrío que hace tiritar a los niños un instante, a la vista de las engañosas colinas nevadas de los lechos y a las vírgenes, encogidas bajo la caricia súbita y turbadora de una prenda íntima, blanca como las ramas de alcanfor: el beso, demasiado frío, que halaga las mejillas de los solitarios. Pero, ¿qué sabe nuestro Sur de invierno! Si los que ahora se apoyan, temblando de un largo temblor, en este muro de diciembre del Norte pudiesen emprender los caminos del Sur, una tibia piedad, cada vez más misericordiosa, les saldría al encuentro; copos fundidos, cándido reguero, irían dejando caer de sus cabellos en cada jornada; cada tarde se encontrarían más cerca de la primavera; sus manos se abrían dulcemente del todo, rosas prematuras; besos ardientes curarían su mejillas; y en el Sur, finalmente, desdeñarían con un gesto superfluo, el sentarse junto a los sahumeros inútiles...

R. CANSINOS ASSÉNS.

CUENTOS ESPAÑOLES

LINAREJOS

I

En la placeta de la ermita.

Distraídamente hacía ella descansar el calderillo de cobre en el gastado borde de la fuente, y miraba balancearse su repleta pesadez sobre el fondo curvo. Lo volcaba luego, con intencionada pausa, por escurrirle la última perla, el último brillante redondo de su cristalino tesoro. Y lo elevaba entre sus inquietas manos morenas, brindando su vacío a los chorros que saltaban, vivos, chispeantes y vocalizadores de la taza superior, o laxa de repente de soportar tan abrumadora plenitud, lo dejaba hundirse al fondo de sombra verde moteada de luz, para hacerlo volver a subir, derra-

mando al sol hilos de oro líquido y sartas de gemas, grave, lento, rehacio de la cadena enmohecida que le sujetara al brocal...

Los eslabones caían goteando sobre la piedra, con un chirrido bronco y plañidero que estremecía cada vez a la joven. No así aquellas palabras que asediaban sus oídos, buscando el camino de su corazón. Ellas desfallecían, rotas al choque de su indiferencia, y entrecortadas por el fresco aire de la tarde conforme las iban pronunciando, a raudales, los labios de un hombre machucho y feo.

Reclinado en el margen de la fuente, él devoraba a la muchacha con el ansia inmensa de sus ojos pardos. Nunca, hasta entonces, parecíale haber amado tan de verdad, con tal frenesí, con tan desesperada y cruenta necesidad de saberse correspondido en su pasión. Y su alma se destrozaba en aquella manifiesta apatía, cual el mar en la dureza de las rocas escarpadas. En vano sus ojos suplicantes semejabán jadear, con su misma voz quebrada:

—¡Linarejos!... ¿No comprendes que te quiero?

Ella... jugaba con el agua, sin cuidarse de su tortura, sin escuchar el inacabable rumor de su ruego. Y en los intervalos silenciosos triunfaban sobre la tarde y la indiferencia, y el dolor, la clara música de la fuente y la sinfonía del aire entre la fronda nueva de los álamos en la placeta.

Después de haber callado mucho tiempo, prosiguió la voz del hombre:

—Si viera en ti alguna repunansia... algún asco,

como si fuera yo un apestao... u odio siquiera, como contra un malhechor o un bicho venenoso, me conformaba... por ser ya eso un sentir, ¿estamos? Pero lo que me abochorna, lo que me mata, Linarejos..., lo que me abrasa el resueyo y me repudre el corasón, es que no hagas tú dingún apresio de mí pa ná..., que valga yo menos pa ti que ese calderiyo que acabas de tirar de la mano. ¿Si me temieras siquiera?...

—¿Temerte?—inquirió ella con énfasis.—. ¡Nunca se me ocurrió!... Yo no le tengo miedo a *naide*...

Lo dijo inopinadamente, asaeteándole con su obscura mirada cargada de enojos, aunque una oleada de sangre le teñía de rubor las mejillas, la frente y hasta el triángulo de pecho y garganta visible por encima de la pañoleta carmesí. Era esbelta, baja de estatura, cimbreña. Su piel morena tenía aquella claridad del oro tostado, que es como un rayo solar aprisionado en la carne. Negros eran los ojos expresivos que derrochaban viveza y energía, y negra era también la lisa cabellera, que brillaba con los mismos reflejos azulados que los que espejean en el plumaje de la golondrina. Cuando no se hallaba, como ahora, arrebatada por la emoción, el mórbido colorido de su semblante sólo se avivaba por el jugoso rojo apagado de los labios y por la negrura de las cejas, tendidas sobre los bellos ojos con la recta fiereza de un reto. La barbilla era demasiado amplia para acusar en su carácter la humilde sumisión. Las nerviosas aletas de su breve nariz vibraban ahora de indignación, al revolversse la muchacha contra aquel hombre que, una vez más,

había intentado reanudar su plegaria amorosa, su desesperado lamento...

—No te tengo miedo, Pacorro; pero haces bien en suponer que te despresio... Cuatro veses van con esta que te he dicho que no te quiero pa novio ni pa ná; y vuelvo a repetirte que, el que lo sea, será a gusto mío... ¿Quieres ser mi novio... tú... que no eres más que un chulo?... Tú... que no sabes serle fiel a ninguna mujer... Tú no tienes más que majeza... Tú no tienes pasión que sea verdá... tó te lo domina el vicio, el vino, el juego... No sabes ser honráo, ni desente, ni trabajaor, como mi padre... No sirves más que pa la juerga... y bien sabes que no te digo ninguna noveá. Y ahora... ahora que te ha dáo por creerte enamoráo de mí, por ensimica de tó lo demás me dejas ver que eres un mansina cargante... y recargante... que a tóas horas entoua la misma cantinela...

—¡Porque te quiero con tóa mi alma, Linarejos!—la interrumpió él con vehemencia—. Por eso te paezco pesáo... porque te quiero con tó mi corasón, virgen hermosa... Y has de ser mía... porque lo he juráo...

—¡¡No jures!!—le interrumpió ella a su vez, con inusitado calor—. No jures... que has llegáo tarde... Tengo ya mi novio..

—¡¡Mentira!!—le contestó él, y era esa palabra un grito de sorpresa y dolor.

—Tan verdá... tan verdá como que la Virgen nos mira desde allá arriba—replicó ella, tornando los ojos a la fachada de la ermita, desde la cual la esculpida efigie de la Virgen de Linarejos ha mirado pasar

generaciones enteras de mineros que buscaron el plomo y la plata en las peligrosas entrañas negras de la tierra. Desde allí también, entronizada por sobre la portada, ella ha contemplado las muchedumbres renovarse cada primavera, y reunirse para festejarla, en su placeta circuida de álamos y acacias, y hacerse de sus estadales en la ventanita de antiguo herraje abierta en el costado de la ermita...

Porque a esos lejanos días—cuando Linares se hallaba en el apogeo de su riqueza, y dicen que el oro circulaba con más frecuencia que hoy la plata y eran desconocidos en el distrito los tranvías y teléfonos, la maquinaria eléctrica y los cables aéreos, las lavas mecánicas y la utilidad del aire comprimido—, a esos tiempos desvanecidos, corresponde este cuento. Entonces la fuente de piedra, de doble taza y ancho margen alisado por el agua y la intemperie, y mermado a trechos por las navajas que afilaban en él los mineros que pasaban por allí... aquella vieja fuente, en medio del recinto, y cuyos calderillos encadenados todavía brindaban frescura y solaz al sediento, a su antojo lo llenaba todo con el murmullo de su clara voz. Y los bajos muros de granito, redondeados por arriba y decorados con enormes bolas pétreas, todavía ofrecían descanso al fatigado, sobre sus amplios bancos de piedra... Y la placeta de la Virgen, soñolienta entre el canturreo de sus aguas y la apacible sombra de sus árboles, seguía siendo un lugar sacro, apartado y tranquilo, donde fuese posible apuñalarle el corazón apasionado a un hombre con las palabras sin misericordia

de una mujer... tras de un silencio en el que se oyó jadear a ambos, semejantes a dos enemigos que acechasen el momento oportuno para agarrarse de nuevo y despedazarse.

—Ya ves—dijo ella, al fin—, ya ves cómo tenías que parecerme poca presona cuando te comparara con Sebastián Giner.

—¿Ese es tu novio?—inquirió Pacorro.

—Ese—replicó ella, estirando su menuda estatura e irguiendo la negra cabecita con orgullo.

—¡¡Ese!!—comentó Pacorro, que se desternillaba de risa.

—¿Por qué te ríes?—le gritó Linarejos por encima de sus estrepitosas carcajadas, y acercándose a él con los puños crispados y la cara demudada de ira—. ¿Porque él es guapo como un rey... y tú más feo que Picio?—¿Porque él es alto... y tú, una chispa de ná?—¿Porque él es trabajaor... y tú un gandul?—¿Porque no tuvo más novia que aquélla que se le murió... y tú no sabes querer a una mujer tres horas seguías?—¿Porque ahorra su dinero... y tú te lo pierdes al tute?—¿Porque él no prueba el vino... y tú eres más curao que una cuba?... Pues mira tú, Pacorro, *por tó eso le quiero yo*. Y porque es honrao y desente, y guapo mozo, y buen amigo, y más valiente que el Cid... Conque, ¡¡ya lo sabes, condenao...!!

Y respirando fuerte, y pisando duro, Linarejos recogió las vasijas que llenó primero en la fuente, y se marchó a su casa, sita en un olivar cercano, al borde del camino que conduce a las minas.

II

Los rivales.

Desapareció la indignada mujercita. Por ningún lado se vislumbraba ya su pañoleta carmesí, su falda celeste, ampliamente fruncida en la cintura, su bruñida cabecita con el lucido manojó de flores blancas. Pero pasó mucho rato... mucho... sin que Pacorro apartase los ojos del punto donde la vió salir de la placeta. Todavía creyó escuchar su cálida voz, tan pronto estridente como profunda en los arranques de su coraje desbordado. Sus palabras sin piedad, seguían zumbándole en los oídos, y sentía el fuego de sus pupilas quemarle la vista y chamuscarle hasta las pestañas...

—Estoy como aleláo—se dijo el infeliz, esforzándose al fin por recobrar su espíritu. Mas, aunque recogió la talega de la comida, que dejó en el brocal de la fuente, y se puso en marcha para la mina donde tenía que «entrar de endoble», esas palabras crueles le perseguían, haciendo inseguros sus pasos, como los de un embriagado.

En el fuero de su conciencia, se vió precisado a confesar que cada palabra que dijo Linarejos iba recargada de indiscutible verdad; y, sin embargo, conforme se le serenaba el juicio, tornábasele más taciturno y más torvo su humor. Así él, siempre alegre y

guasón, se presentó entre los compañeros, en la mira, estirado, ceñudo y silencioso.

En el fondo de los ojos le ardía un puntito de luz lerdá y rojiza. Cerraba los dientes con tal fuerza, que una blanca faja mortecina señaló en su semblante descompuesto y aturrullado, el esbozo de la quijada. Los compañeros de su misma edad se abstuvieron de acosarle con bromas y chirigotas, adivinándole víctima de algún grave acontecimiento, y dispuestos a esperar a que él se desahogara. Y los más jóvenes, que imprudentemente comentaron entre sí:

—¡Malas pulgas trae ese! — y olvidando bajar la voz para decir aquello, enmudecieron cuando él se revolvió contra ellos. ¡Tan imponente era su silencio, tan formidable su aspecto y su mirar!

Allí estaba también Sebastián Giner, listo ya con su hatillo para bajar al hondo, y aun así, un guapo mozo de real presencia. Pacorro tuvo que reconocer, con una rabia reconcentrada, que también sobre este punto le sobraba la razón a Linarejos. Aquel mocetón fornido, alto, armonioso de formas, de ojos azules y rubio pelo ensortijado, rebosando salud y gozando fama de sobrio, de buen amigo y mejor hijo... valía más que él... él... Pacorro Ibáñez... con su cuerpo mal desarrollado y endeble, con su salud minada por el vicio más bien que por los azares de la faena, con su larga historia de reyertas y fugaces amoríos, más o menos vergonzosos, y el recuerdo imborrable de aquella pobrecita madre, ciega por tanta pena, por tanta lágrima como él le proporcionó... ¿Cómo podría

su Linarejillos adorada... su inmaculada virgen de oro... vacilar un instante en su elección?... ¡¡Bruto de él, que no lo comprendió más pronto!!

Pero con todo, mientras más convencido se sentía, mayor y más reconcentrado se hacía aquel odio frío que, por momentos, le inspiraba Sebastián, el amigo y camarada de ayer. A los dos, y a Fernando Mejías—un hombre grave y equilibrado—correspondía la «entrada», y los tres, metidos en la «jaula», que se deslizaba entre las negras paredes húmedas del pozo, llegaron al fin a la «planta» donde se metía una «calderilla». La atmósfera del fondo estaba recargada de humedad y de las íntimas emanaciones de la honda tierra desgarrada. La falta de ventilación pesaba sobre los pulmones de Pacorro, le comprimía aún más el corazón henchido de complejas emociones. Se ahogaba en aquella densidad, aunque llevaba desabrochada la camisa de bayeta, y al descubierto el velludo pecho ennegrecido.

—Oye, tú... ¿dónde estuviste que tanto calor traes donde ya sobra?—le preguntó Sebastián riéndose.

—¡¡En el infierno, mequetrefel!—replicó el otro, con mal talante. Y Sebastián, soltando el picomarro para erguirse y mirarle al que de tal modo le hablaba, se ofuscó a su vez y soltó un inconveniente. Así, pues, una palabra dió lugar a otra, más acerbadada, y seguidamente resonaron en el estrecho recinto del trabajo maldiciones, insultos y blasfemias, y Fernando Mejías se vió en un trance para mantener en equilibrio la paz entre los dos antiguos amigos.

Seguía adelante el trabajo; pero de vez en vez, volvía a recrudecerse la mala voluntad que buscaba hacer hincapié en las pasiones de aquellos hombres, aunque Mejías todavía sostuvo su papel de pacificador. Surgió el último disgusto cuando estaba casi terminada la carga de los barrenos. Bastó un pretexto insignificante, lo suficiente para que Pacorro y Sebastián, cara a cara, pálidos y excitados, estuviesen prontos a matarse. Los separó Mejías, más pálido que ninguno, pero autoritario e inflexible. El protestó.

—¡Ea, señores! Esas cosas se ventilan en el campo, al aire libre, y no aquí, donde, de tos modos, estamos al alcance de La Negra. ¡Que se acabó, he dicho! ¡Ea, a guardarse esas herramientas, y al trabajo, que ya es hora que peguemos los barrenos!

Se dejaron mandar por el espíritu equilibrado. Pero fué una paz ficticia, en la que los rescoldos de aquellos rencores, recién surgidos, consumían de impaciencia a Pacorro y a Sebastián. Cada cual ansiaba arrebatarse la vida al otro; cada cual acariciaba con el pensamiento la afilada navaja, tan al alcance de la mano, que le libraría del enemigo insoportable.

Ya se encontraban en la galería de arriba Fernando y Pacorro, esperando que Sebastián prendiera fuego a las mechas, allá en el fondo de la calderilla... y les diera el aviso para subirle fuera de la zona peligrosa. Los candiles encendidos que habían colgado allí cerca, iluminaban todo lo inmediato al torno con una luz temblorosa y fantástica. Por el vacío negro que tenían a sus pies, subía, semejante a un extraño incienso, el

vaho que la tierra expelía por sus heridas. Y allá, en lo último de su negrura, podían distinguir la llama del candil de Sebastián, débil y vaciladora, cual una estrellita perdida en la noche infinita.

Llegó el aviso. Mejías y su compañero se inclinaron sobre el torno y trabajaron con alma, pues la calderilla llevaba sus quince metros de profundidad... y Sebastián, a ahorcajadas en el lazo al final de la cuerda, no era ninguna pluma, en cuanto a su peso material. Le veían más claramente, con cada vuelta del torno, destacarse en la obscuridad. El hatillo blanco semejaba hacer claridad en derredor suyo. Ya distinguían su «sombrero inglés», sus manos, la forma del candil... Ya sólo faltaban por liar tres o cuatro metros de la cuerda cuando, de pronto, le vieron desaparecer. Como si sufriese un vértigo, se habían desprendido sus manos de la cuerda, y el mozo se había desplomado sin que nada pudiesen hacer los compañeros para evitarlo.

Fernando quedó petrificado de horror, fijos los ojos en el negro vacío, incapaz de proferir un grito ni ofrecer un socorro, colgado en el torno y a pique de caerse por la calderilla también. Era un estorbo para Pa-corro, y en menos tiempo del que se necesita para contarle, éste le asestó un golpe en el pecho que le sentó en el suelo, sin resuello, pero apartado del peligro. Con la presteza del pensamiento buscó después la navaja, y, abierta, la colocó entre los dientes, descolgó uno de los candiles, y enganchándolo en el dedo pulgar, saltó a la escalera de hierro colgada en la pared

de la calderilla. Con una velocidad maravillosa, con una certeza serena e increíble en un hombre de su nervioso temperamento, Pacorro descendió la escalera. Y su cerebro formulaba un solo ruego, su corazón concebía una sola imagen:

—¡Linarejos!... por ti... mi vida...

Tocó el fondo. Adivinó en aquel bulto informe al infeliz de Sebastián, y una súbita y maligna alegría torció sus facciones... ¡un instante nada más! Sin vacilar, cogió la navaja con la mano y se acercó a los barrenos. La mecha ardía, se corría presurosa hacia la dinamita. Estaba peligrosamente cerca... y Pacorro la partió con presteza y habilidad. Y cuando se hubo cerciorado de haber apartado todo peligro de una explosión, entonces fué al socorro de Sebastián, reforzando su voluntad con la misma plegaria de antes.

—¡Linarejos!... Por ti... mi vida...

Y Sebastián, por uno de esos milagros que guarda la Madre Tierra para sus adentros, vivía aún. Estaba atontinado por el golpe, pero cuando lograron subirle a la superficie y recobró el conocimiento, se vió que sólo sufría unas contusiones y unos leves rasguños.

—¡Total... na!—le dijo Pacorro a Sebastián con su antiguo buen humor y tono bromista, dándole un golpe amistoso en el hombro. Sebastián le cogió la mano, y ambos se miraron a los ojos. Así borraron los odios de las pasadas horas. Y Sebastián dijo a Pacorro:

—¡Gracias, tú!

—Dáselas a Linarejos—le contestó, riéndose, el otro.

III

El adiós...

Transcurrieron muchos días sin que nadie pudiese dar cuenta de Pacorro. Pero en una tarde de mayo volvió a pasar por la puerta abierta del tío Lucas, el padre de Linarejos, dueño del olivar y de algún que otro sembrado.

Desde el mismo tranco que aislaba a la entrada del camino, partía el ancho portal, empedrado de «chinas» redondas, que facilitarían el paso a los mulos de labranza, y atravesaba la casa para alcanzar un corral de amplísimas dimensiones. Este lucía un embaldosado por delante de la puerta, un parral por encima, y, a corta distancia, unos poyetes enjalbegados, donde grandes hileras de macetas floridas prestaban un aire de patio rústico al aseado lugar. Simultáneamente ocultaba esa frondosidad, a los cerdos que engordaban allá, en el fondo del corral, y a las gallinas que alborotaban entre el piar de sus hijuelos, y a los múltiples artefactos de labranza que entorpecían el paso. Un enrejado de caña, cubierto por un cortinaje de enredaderas, completaba esa separación.

Desde el camino, a lo largo del portal, dibujada a contraluz y de perfil sobre aquel tapiz de hojas verdes translúcidas de sol, vislumbró él a su virgen de oro tostado... Un largo rato recreó los ojos en la anhelada visión, mirando cómo ella cosía—en los raros

intervalos en que no quedaba suspendida la aguja en el aire—, sentada junto a las flores, con su blusa blanca, ligeramente escotada, y una rosa anidada en la negrura de su cabellera, la vió absorta en sus pensamientos... La vió volver la cara más de una vez, hacia el cielo intensamente azul... y asemejarse su rostro entonces al de un sediento que, a largos sorbos, aplacase la fiebre de su garganta en un claro manantial. Cada vez sentía él que una fuerza inmensa le empujaba hacia ella, su poderoso imán... y de pronto, sin saber cómo sucedió, se halló en su presencia...

Cual si le hubiese estado esperando, ella se irguió despacio sobre los pies, dejó caer la costura y se le acercó un paso. Un leve temblor estremecía su cálida voz profunda, al decirle:

—Te debo gracias, Pacorro... por lo de Sebastián...

—Ná me debes tú, chiquilla... ná más que el adiós que vengo a pedirte—fué su contestación.

—¿Te vas?—preguntó Linarejos entonces, con inexplicable desaliento—. ¿Cuándo?... ¿Adónde?... ¿Por qué?...

—Encontré trabajo allá en las minas de Cartagena. Me voy esta misma noche. Dime: Adiós, Pacorro de mi alma...

—¡Valiente disparate! Eso... ya sabes que no te lo diré en jamás.

—¿Y si te lo pío con mucha necesiá... de limosna?—insistió él, echándose el sombrero para atrás y extendiendo los brazos en un gesto desesperado.

—¿De limosna?—repitió ella, sonriendo irónica-

mente—. Limosna se da por caría y ná más. Tú...

—La nesesito... Linarejos. Sí, virgen bendita; la nesesito yo como el hambriento el mendrago de pan. Dime... Dime tú... con tu boca... Adiós, Pacorro de mi alma....

—¡No; ya dije que no!... ¡No!... *¡No!*—protestó ella, muy queda la voz, muy vehemente el ademán, muy encendidas las mejillas y rebeldes las negras pupilas airadas. Él escuchaba su decir sin moverse ni parpadear, pero su semblante iba perdiendo ya el color, y su voz no se dejó ya dominar al inquirir:

—¿No?... ¿Y me lo dices tú, criatura? ¿Tú? E inclinándose de pronto sobre ella, como si estuviese obscurcida su vista, preguntóle de callando:

—¿Y si te lo pío como pá que La Negra no púea echarme las garras ensima... allá... en las entrañas de la tierra?

—¡Tampoco!—le contestaron los rojos labios húmedos, al plegarse con dureza.

—Entonces... entonces, Linarejillos... has de decírmelo... asina... ¡No has dejáo más remedio... mujer!...

La había cogido dulcemente por una mano, y semejante a quien guía un ciego o una criatura desvalida, le dirigió los pasos hacia él, hasta tenerla a su lado, de frente, y en tal forma que su costado izquierdo casi rozaba el costado izquierdo de la joven.

Atónita y muda de coraje, quiso apartarse ella de su proximidad... sólo que sus ojos furiosos se quedaron enredados en el inmenso dolor que reflejaban

aquellos otros, pardos y afligidos; y la amargura que demudaba el nervisoso rostro descolorido del hombre, no le permitía ya recobrar su consciente voluntad... Así, hubo de acercarse más a él, y, adivinando su deseo, reclinar el corazón sobre el corazón varonil, con un dulce suspiro de abandono. Así, también, hubo de retenerla él, largamente, sin enlazarla... sin acariciarla... sin besarla... mientras sus miradas se confundían, absortas...

Y ella descansaba en él, como por su misma voluntad, temblando al sentir el frenético palpar de aquel otro corazón repercutir en el suyo y tirar de su alma como si anhelase absorberla... llena de asombro al sentir correr como lumbré por sus venas la fuerza magnética de esa grave pasión que, hasta entonces, sólo supo despreciar...

Y se colmaba de silencio ante aquel tumulto impensado... Y era, al fin, como si el amor de Pacorro le hubiese devorado el corazón, dejando en su pecho un inmenso hueco que manaba sangre... y un dolor exquisito... y un tormento sin fin ni remedio...

Y él dijo:

—Tu corasón ha entráo en mí como una paloma blanca que recobró su nío... ¡Mira cómo palpita!... Y yo creí que no tenías corasón... ¡Mira, mira... cómo me hace temblar... cómo aventá con su aleteo tó lo malo que ennegreció mi alma... cómo me santifica con su blancura virginal!... ¡Y yo... que creí que no tenías corasón... Madre Santísima!

—Pacorro, yo... yo...

—Tú... estate ahí... quietecica, virgen mía... porque esto... esto es pá tóa la vida... ¿Comprendes?... Y ahora... ¿me dirás adiós?

—Pacorro...—sollozaba ella, levantando hacia él sus labios inseguros, su cara seria y pálida donde las lágrimas corrían a su antojo. Más él, apartando ligeramente los cabellos que sombreaban su frente, y bendiciéndola con su mirada, le dijo quedo:

—Besarte, no, paloma... sólo sentir tu corasón vivir adrento del mío... sólo sentir el temblor de tus alas...

—¡Pacorro mío!...

—De tu alma... dilo...—suplicó él.

—¡De mi alma!... ¡Adiós!—le respondió.

Entonces, apartándose un poco y reclinando su frente un solo instante sobre el pecho de la amada, le dijo él con una infinita y última ternura:

—¡Adiós, bendita virgen mía! En tóa la vida no podrás volver a sentir frío en el corasón... y en el mío late el tuyo... Ya es rasón pá vivir...

CARLOTA REMFRY DE KIDD.

Linares, 1919.

Poetas Hispanoamericanos

Irás sobre la vida de las cosas...

Irás sobre la vida de las cosas
con noble lentitud; que todo lleve
a tu sensorio luz: blancor de nieve,
azul de linfas o rubor de rosas.

Que todo deje en ti como una huella
misteriosa grabada intensamente;
lo mismo el soliloquio de la fuente
que el flébil parpadeo de la estrella.

Que asciendas a las cumbres solitarias
y allí, como arpa eólica, te azoten
los borrascosos vientos, y que broten
de tus cuerdas rugidos y plegarias.

Que esquives lo que ofusca y lo que asombra
al humano redil que abajo queda,

y a fines tu alma hasta que pueda
escuchar el silencio y ver la sombra.

Que te ames en ti mismo de tal modo
compendiando tu ser cielo y abismo,
que sin desviar los ojos de ti mismo
puedan tus ojos contemplarlo todo.

Y que llegues, por fin, a la escondida
playa con tu minúsculo universo,
y que logres oír tu propio verso
en que palpita el alma de la vida.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.
(Mexicano.)

Adiós a los que se quedan.

El avión de siete hélices
no hace ruido sobre la ciudad
Pero los relojes de todas las torres
van muy atrasados
Desde la de Santa Cruz el índice del Maestro
nos mostró la hora del mundo
Madrid
En el árbol más alto del Cerro de los Angeles
creció el racimo de corazones maduros
El último atardecer enrojecido de coraje
ha cubierto el cielo de nubes
Mas aún está fresca la aurora

que se pegó en el muro ruinoso
La nave de mil alas
—cuchillo del mar sin surco—vuela
cortando ondas perezosas
Los pañuelos ondean—Arco iris
Qué más quieren
si de brazos sobre el alba abierta
y saltándonos todos los días sueltos
les tiramos fotografías de otro siglo
qué más quieren
si hemos roto nuestras cuerdas jóvenes
y todo el aire es de ellos
Con hilos de miel sutil
construimos nuestro arco
El violín no tiene caja
Todo el mundo puede
hacerlo vibrar en su casa
Ahí de los buenos músicos
Cabezas maravillosas han cantado
bajo las alas de los aeroplanos
El gallo sin garganta
despertó a una bandada el día de su día
Nosotros vestimos sus plumas
esas plumas que no se ven
Las aves de más alas
roto ya su caparazón
levantan el vuelo
La nave siempre avanza
la mar—inmóvil cola—
Olas alborotadas

forman cumbres de hielo
La máquina echa humo
Hombres ataviados
con el manto que asciende
Hay ojos que se nublan
La campiña huye
Los sauces que se cruzan
con los altos cipreses embarcados
dan al aire un murmuri admonitorio
Vieja voz del paisaje sobre el mundo
El viento abrió sus nidos
y nos llegan confusos sus mensajes nómadas
Fracaso = Descarrilamiento
Mas ya hace mucho
que todas las vías se rompieron
Manos entre la llama
aportan corazones encendidos
Grecia
Cervantes
Perseo
Ultra
La pira arde sola
Iluminó auroras tras el mar
Nos llegan vagones de combustible
Esa mano en la bruma
canjea lo que se ve
por billetes de nacimiento
El cristal de aquella ventanilla está empañado
No se puede subir la vidriera. Continuemos
El mundo

quién llevará esos libros
Adelante
Mi corazón
Llevamos a Dios en nuestro equipaje
Equipaje que no se abre
No lo busquéis en los horizontes sin bridas
Kilómetro 200 = *Greguerías*
Estación sin gente
Kilómetro 100.000.000
Ved ya acusada tierra
No arrojéis hombres al mar
Mas nadie desembarque
No se puede calmar sin cuentas de colores
y collares falsos
El freno ya no existe
y no hay estación digna de ti
He ahí acción sobre nuestras cabezas
La luna
Deben quedar atrás
todas las estaciones
Siempre
Siempre.

A Montes, Larrea y Diego. Fogoneros iluminados.

S. RIVAS PANEDAS.

El poema de la Soledad.

Soledad... Soledad... ¿Cómo cantaste?
¡Oh, tú la madre de mis rimas todas!

Soledad... Soledad... Silencios hondos
y el desfile no visto de las horas...
Quietud que al alma eleva y vuelve pura
y hace sentir las más etéreas ondas...
Claro de luna en el camino yerto,
aire de abril en las desiertas frondas...
Nueva Castalia en el cansado espíritu
que yermo estuvo en su terrible noche;
Hada-madrina que a tu ahijada diste
—cuando su vida estaba toda rota—
un libro en que leer, un pensamiento
y una cuartilla en que escribir sus trovas.

* * *

—Dime, golondrina: ¿dónde, errante, vas?
—Es invierno y parto en busca del Sol.
—¿Vas hasta muy lejos?
—Voy hacia las tierras de Nuestro Señor.
—Largo es el viaje.
—El invierno es peor.
—¿Puedo yo ir contigo?
—¿Tienes alas?
—No.
—Entonces, hermana...
—Golondrina, ¿y yo
qué hago en este invierno sin luz ni calor?
—¡Buen hermano, a todos
nos protege Dios!

XAVIER BÓVEDA.

El pensador.

DE RODIN.

Con la frente caída sobre la mano ruda,
el Pensador se acuerda que es carne de las huesas,
carne fatal, delante del destino desnuda,
carne que odia la muerte, y tembló de belleza,

y tembló de amor, toda su primavera ardiente,
y ahora, al otoño, anégase de verdad y tristeza.
El «De morir tenemos», pasa sobre su frente,
en tono agudo bronce, cuando la noche empieza.

Y en la angustia, sus músculos se hienden sufridores.
Cada surco en la carne se llena de terrores.
Se rompe, como la hoja de otoño, al Señor fuerte

que le llama en los bronces... Y no hay árbol torcido
de sol en la llanura, ni león de flanco herido
crispados como este hombre que medita en la muerte.

El niño solo.

A SARA HÜBNER.

Como escuchase un llanto, me paré en el repecho,
y me acerqué a la puerta del rancho del camino.
Un niño de ojos dulces me miró desde el lecho,

¡y con una ternura inmensa me embriagó como un
(vino!

La madre se tardó, curvada en el barbecho;
el niño, al despertar, tanteó el pezón de rosa
y rompió en llanto... Yo lo estreché contra el pecho
y una canción de cuna me subió, temblorosa...

Por la ventana abierta, la luna nos miraba.
El niño ya dormía, y la canción bañaba,
como otro resplandor, mi pecho enriquecido...

Y cuando la mujer, trémula, abrió la puerta,
me vería en el rostro tanta ventura cierta
¡que me dejó el infante en los brazos dormido!

GABRIELA MISTRAL.

(Chilena.)

Cervantes, amigo

Entre los seres del sexo fuerte, del sexo que une a la virilidad milenaria la dulzura evangélica en el fantástico escenario de la creación, el más fantástico espectáculo a través de las divinas luces interiores del ser humano, cuando éste todo lo encuentra en él limpio y reluciente, como lo ven los ojos de los niños; los que se destacaron plástica y espiritualmente por su armónica encarnación y sobrenatural relieve, como nacidos de entrañas más puras, han sido denominados genios por los otros innúmeros mortales.

Un autor—me parece recordar bien, que ha sido Hernández Catá—, ha escrito con graciosa amenidad que todos los demás hombres no genialmente distinguidos, la humanidad común de nuestros iguales, absortos y sorprendidos al encontrarse por el mundo con la gloriosa apariencia de esos hombres extraños, maravillosos y hasta sublimes y comprender ante sus obras y sus grandezas, sus pasiones y sus pensamientos, de lírica estética, que eran los verdaderos hom-

bres, los ha llamado genios por no saber denominar los hombres vulgarmente entre tantos de relativa certeza asemejados y salvar la natural amargura de la palabra definición, que nunca hubiera sido mejor aplicada.

Por esto hemos llamado genios en vez de hombres a muchos grandes hombres u hombres verdaderos, a los seres más representativos del Hombre. No hemos de detenernos en la cita de nombres, porque no cultivamos la estadística enciclopédica. Pero sí hemos de sacar otra vez de entre ellos, para traerlo y honrarlo, por cuanto nos honra en nuestra casa, al genio literario Miguel de Cervantes. Y algo serio hemos de decir de él, que dijo tantas regocijadas cosas, ya que de muchos hombres serios no hay nada regocijado que decir.

Esto de que Cervantes era un genio ya lo sabíamos, es verdad. Lo sabíamos desde niños, por nuestros padres, por nuestros maestros, por nuestros libros de bella forma y precioso fondo, por el lápiz de los dibujantes y la pluma de los estilistas, por el mismo señor Don Quijote, por el verbo y por el mármol, la palabra y la acción. Y porque hablamos a veces un poco regular el castellano.

Ya adultos, sabemos que Cervantes era un hombre verdadero, acaso ese mismo del Kempis, «que hoy es y mañana no parece», pero quizá también ese hombre, en fin, que por encima del Kempis y del tiempo, y tal vez del sumiso Clavileño aparatoso ha llegado hasta nuestros días no todavía muy cansado de correr

aventuras, desfacer entuertos, vengar agravios, florear mozas, parar en ventas, morar en mesones, visitar castillos encantados, alegrar duques, fraternizar con soldados, fantasear con poetas y desenmascarar a caballeros de celada, rodela y armadura, ha llegado hasta nuestro tiempo y está entre nosotros invisiblemente como un muerto bienamado, con su ingenio y su tizona, su galanura y su hidalguía, su melena y su capa, su gorguera y su cruz de hermano trinitario.

No todos los que le habéis imaginado así, tan romántico, tan mosquetero y tan clásico, seguramente como era, le véis bien ahora cuando permanece como una sombra. La vida pasa muy de prisa; pero por la eternidad se camina harto despacio, blandamente, en silencio, con ese silencio impalpable y esa sigilosa blandura de los inmortales, algo soñadoramente parecida a esas luces que se pierden a lo lejos, en la sombra, irradiando en lo misterioso.

Cervantes, como Cristo, al lado de nuestro corazón, está junto a nuestra palabra. Si éste era la palabra misma, aquél es su expresión más genuina. No le vemos bien porque es como una sombra en el silencio misterioso, como un suspiro en el viento es nuestra palabra. Y está a nuestro lado como un buen amigo nuestro, más amigo aún de nosotros que esos amigos de la infancia que todavía viven en la larga edad, porque es un amigo de infinitamente antes de la infancia.

Sabemos, pues, que fué un hombre inmenso, un ge-

nio; recordamos que fué soldado, poeta y caballero. Miles de veces nos describieron en crónicas y pergaminos, libros y documentos, sus aspectos más vitales; cómo vivió, cómo amó, cómo pensó, cómo murió; sus cultos íntimos de viviente y sus interiores querellas de enamorado; sus sueños de fantaseador y de loco, de artista y de aventurero. Y aunque sabemos también que tuvo amigos, quizá muchos, incontables, inúmeros, poco se nos ha dicho de cómo los estimó, de cómo sintió esa dulce palabra amigo tan desacreditada, tan vieja y tan poco clásica en estos tiempos *bolcheviques*.

Por su valía incomparable, inimitable mérito y excelsa genialidad, nos aventuramos a suponer, no ya los infiuitos amigos que tuvo y mereció en vida, sino que él fué un amigo de todos, humilde y devoto, afectuoso y sincero, valiente y fiel, de los señores y los menestrales, los hidalgos y artesanos, los príncipes y los poetas, el pueblo y los niños, como casi un hermano, como su otro hermano mayor, el santo de Asís.

Este aspecto de Cervantes, amigo, leal en la amistad, aunque desengañado y perseguido, envidiado y maltrecho, no se ha estudiado todavía ni comentado líricamente. Aún no nos lo transmitieron antañonas plumas inspiradas en aquélla de oro; a través de su vida asendereada y bizarra, desentrañando anécdotas y sucedidos, novelерías y aventuras, podemos ver cómo era amigo el que era casi hermano como el Galileo y como el Santo. Cervantes era algo más que un

buen amigo, de tan amigo verdadero como era. Tanto, que sobre sus libros hízose amigo eterno. Sabemos de él que, como todos los corazones de fuego para el amor y para la amistad, amor de almas, fué tan grande como para andar por la vida y para escribir la historia de *Don Quijote de la Mancha*.

Leyendo su vida, otro libro más de caballerías y de aventuras, la *Biblia* de un solo hombre, pues la *Biblia* es el libro de aventuras de la Humanidad, veremos más de una vez cómo le traicionaron en cortes y en conversaciones, en público y privado, le negaron en escritos y lugares, por ser eso tan sutil que se dice «amigo».

¡Con qué psicológica y levísima tristeza de comprensión, de amargura y de ironía sonreiría a Ruiz de Alarcón, amigo suyo, cierta vez que éste esquivara cobardemente el verle y el saludo, vuelto del Oriente argelino, ante la presencia inesperada del coloso que, por serlo, había de ser mirado tantas veces como un sér menor, por los menores mismos, los únicos iguales en inferioridad.

Navarro Ledesma, un amigo que tuvo Cervantes en el siglo xix, de la clase de los eruditos, entre los que, a decir imparcialmente, no los tuvo muy acendrados, nos muestra y resucita muy imparcialmente al «amigo Mateo», misterioso amigo incomparable de Miguel en cárceles y calles, secuestros y encrucijadas, infortunios y traiciones; casi como Cristo resucitara a Lázaro, y Fernández y González a cierto desmedido personaje muerto al áspero relente de una página.

Hay que suponer qué clase de amigo tan inapreciable sería Cervantes del amigo Mateo, esa especie de Fantomas poderoso y dramático, real y raro, en el siglo de la caballería, como de tantos otros en la ocasión y en el peligro, que más en éste y mejor se nota por estar mejor dispuesto, la amistad verdadera, noble pasión del alma.

Cervantes tiene, como esas piedras preciosas que conocemos por solitarios, múltiples facetas de luz. Esas piedras preciosas, solitarios de luces no brillan, sin embargo, en la sombra eterna como brilla esa inextinguible luz esplendorosa de los grandes solitarios. Brillan si acaso en el espacio, no en el tiempo. El tiempo y el espacio son la gloria infinita del cielo y de la tierra. Los hombres como Miguel de Cervantes viven en esa eterna gloria más allá del tiempo y del espacio, que es más allá de la vida y de la muerte.

Pero todo esto lo sabíamos ya, lectores amigos. Sabíamos que fué soldado, poeta y caballero, cristiano y pecador, enamorado y artista, aventurero y loco, genio y escritor, vivo y muerto, no por ser hombre precisamente, sino que fué hombre, genio que decimos, por ser todo esto.

Y ahora se nos ocurre recordar que también fué amigo, a más de los estimables contemporáneos suyos, de los privilegiados que retrató su pluma inconfundiblemente en novelas y poesías, y aún andan en lienzo y en romance con su brillante perfil de maravilla.

¡Qué tendrá la verdadera y eterna amistad de estos predilectos hijos de Dios, amigos nuestros, que ha-

biéndonos legado toda su alma y toda su vida en toda su obra, al evocarlos en el mágico país del ensueño y del recuerdo, y buscarlos como con un inextinguible deseo de que volvieran a existir y encarnar de nuevo, parecen haberse ido allá tan lejos donde, a pesar de que ni siquiera llega a alcanzarlos el azul horizonte de nuestro pobre camino, todavía nos tienden inefablemente la mano!... ¡Aquella otra mano del divino manco que tiene en su palma, como una gota de celestial rocío, una minúscula pluma de oro!

ANGEL SUÁREZ

Modernos poetas mexicanos

Enrique González Martínez.

Enrique González Martínez cierra el ciclo, abierto gloriosamente por Manuel Gutiérrez Nájera, de los modernos grandes poetas mexicanos. En su país es considerado, sobre todo por la juventud altiva e iconoclasta, como el poeta máximo, como el *maestro*; y, si hemos de decir verdad, con ser tan firme y unánime esta consagración, no ha logrado, en cambio, su renombre traspasar las fronteras mexicanas con la resonancia que le es debida, viniendo la combinación de sus dos, los más vulgares apellidos, a no decir nada en el extranjero, a no despertar ningún eco, sino en aquellos espíritus que nada ignoran. Es que el austero retraimiento de su vida, la fiera dignidad de este hombre ilustre, su aristocrático desdén por todo lo que pudiera parecer reclamo, le han mantenido hasta ahora en una discreta penumbra. Luego, el aisla-

miento, este mortal y suicida aislamiento en que viven los pueblos de Hispanoamérica, ha hecho lo demás, para que figuras de esta magnitud permanezcan como veladas, mientras tantos falsificadores de gloria se ostentan orgullosos usurpando pedestales que no les pertenecen. Pero un día viene siempre en que se revisan los valores, y entonces la caída de los falsos ídolos es tan ruidosa como ruidosa fué su exaltación, y su hundimiento es definitivo. Se realiza esto obedeciendo a una ley de selección que podrá tardar, pero siempre llega, en virtud de la cual prevalecen sólo los que verdaderamente valen.

Para nosotros, hemos de confesarlo, la personalidad de González Martínez constituyó una deslumbradora revelación. Resonaba confusamente en nuestro espíritu este nombre; pero, cuando en nuestro viaje a México nos pusimos en relación con los intelectuales de ese gran país, vimos que por muchos se proclamaba a González Martínez como el primer poeta contemporáneo de su patria. Y eso que, por fortuna, todavía alentaba la divina inspiración de Amado Nervo. Desde entonces, constituyó en nosotros una preocupación principalísima el conocer la personalidad y las obras de aquél a quien tanto enaltecían los mejores de sus coterráneos. No nos fué difícil este conocimiento, que produjo en nuestra alma análoga sensación de dulce sorpresa y puro gozo que debe sentir el que, estudiando Astronomía y contemplando el infinito

cielo, descubre un astro esplendoroso, hasta entonces para él desconocido; o el que, escudriñando las entrañas profundas de una mina, encuentra una argentina veta con la que no contaba al bajar a las misteriosas reconditeces de la tierra. Eso, estrella esplendorosa, guía y norte mental, y rico filón de superbas delectaciones, espera un espíritu comprensivo la obra substanciosa, plena y honda de este creador de belleza, que tiene atisbos, rasgos, toques y notas frecuentes de poeta universal.

La mayoría de los poetas de lengua castellana, sobre todo los nacidos en América, han sido poetas formales, externos, epidérmicos, que se han limitado a copiar la realidad o a transmitirnos estados de alma; pero sin ahondar en el misterio inquietante de la naturaleza, del espíritu y de la vida. A esto, nos atrevemos a afirmar, se debe, en gran parte, la escasa universalidad de nuestra lírica, que descansando casi exclusivamente en el ritmo, no es sino un cosquilleo del oído, que se destruye al ser traducido, no subsistiendo ningún contenido ideológico. Desde la inmortal elegía de Jorge Manrique, síntesis la más acabada del sentimiento y de la idea filosófica de la España de fines de la Edad Media, que empieza a sentirse acariciada por las divinas auras aurales del Renacimiento, hasta la ironía acerba y la prosáica concisión de Campaamor, que refleja en su obra el materialismo implacable y desolado que sobrevino, como una reacción, al desvanecimiento crepuscular del Roman-

ticismo, son relativamente pocos, dentro de la lírica, los poetas cuyo ideario pueda tener la consistencia necesaria para significar un aporte de consideración al acerbo del pensamiento universal. La ideología española se manifiesta íntegramente en otra forma estética más complicada: el Teatro, en el que se contiene toda el alma de la raza.

Las ideas son, ciertamente, patrimonio del género humano; pero al pasar de la universalidad a cada raza, a cada pueblo, toman un matiz, un tono diferente, modificados por la psicología de las diversas colectividades, la cual imprime a las primeras el sello distintivo de sus características. Aun sin decir nada nuevo, reflejar ese matiz, reproducir ese tono, inquietar, sugerir, hacer pensar, he aquí la ardua misión reservada sólo a muy contados poetas de la más elevada alcurnia mental. A estos raros y altísimos espíritus, que son los únicos que quedan luego que pasa hacia el olvido la gárrula y abigarrada caravana de los otros, pertenece Enrique González Martínez, artista y pensador selecto, de quien diríamos que es un poeta-filósofo, si no estuviera tan desacreditado este noble calificativo.

Sin antecesores ni precedentes, no sólo en la literatura de su patria, pero ni en la española, surge en una apartada provincia este singular espíritu cuya voz unciosa comienza a decir cosas profundas al oído de sus contemporáneos. Y aparece así, de pronto, sin balbuceos, ya formado, maduro, sin mos-

trar reminiscencias de nadie, sin recordar a ningún otro poeta, sin entronques espirituales en su patria ni fuera de ella, aunque en la vasta cultura que deja adivinar se vislumbre los principios cardinales de la moderna filosofía. Cerebro poderoso, sensibilidad exquisita, riquísima fantasía pródiga de bellas imágenes, fundidos armoniosamente, integran la personalidad de este poeta dilecto, que tiene el raro don de emocionarnos siempre, interesando a nuestra inteligencia tanto como a nuestro sentimentalismo y a nuestra imaginación con la magia de su numen, que se expresa con ese acento de suave y firme persuasión, propio tan sólo de aquéllos que han llegado a adueñarse de los secretos de su arte. Así, con este pleno dominio de la poesía, nos dice cosas tan bellas y tan buenas; él nos ha incitado a buscar en todas las cosas un alma y un sentido oculto, sin fiarnos de las vanas apariencias; él nos ha dicho que «hay que torcer el cuello al cisne de engañoso plumaje, y que hay que mirar al sapiente buho, que aun cuando no tiene la gracia del cisne, su pupila clavada en la sombra interpreta el misterioso libro del silencio nocturno»; él, presintiendo el actual movimiento renovador que se opera en la poesía castellana, y que no es sino una fase de la eterna evolución creadora, anunció que: *«mañana los poetas cantarán un divino verso que no logramos entonar los de hoy... mas todo será inútil, todo será vano; será el afán de siempre y el idéntico arcano y la misma tiniebla dentro del corazón...»* Ha afi-

nado su alma hasta *«llegar a escuchar el silencio y ver la sombra»*; y recogiendo en su sensorio todas las palpitaciones de la naturaleza, nos las devuelve hechas poesía, una poesía musical, en la que la melodía no proviene del simple ritmo externo, sino de la armonía interior engendrada por el acoplamiento perfecto y la acompasada sucesión de superiores y depurados momentos espirituales, que despertando en el lector otros análogos, llega a producir la más pura emoción estética. Es un poeta hondamente humano y ampliamente universal, en cuyo verso traslúcido y sereno no se retrata el abigarramiento pintoresco ni arde el fuego que llamea y crepita en la mayor parte de los poetas americanos. Espíritu ajeno al medio, canta al margen de la nacionalidad; pero tampoco su depuración llega al misticismo franciscano de Nervo. Es muy de este mundo y muy de su época. Dice su verdad a los hombres, en la forma más bella; encuentra en todo poesía; los asuntos, al parecer más humildes y vulgares, los exalta y magnifica con su numen y su don; y sembrando idealismos a su paso, va este gran espíritu por sobre la vida de las cosas con noble lentitud serena. Su voz es suave, su gesto es parvo, su paso es blando; por ésto esta noble figura no ha despertado el efímero aplauso del pueblo cosmopolita; pero, o mucho nos equivocamos, o vendrá un momento en que el mundo reconozca que en el legendario país del Anáhuac ha sonado la voz profética de un poeta supremo.

En Guadalajara, capital del Estado de Jalisco, y una de las principales ciudades de México, nace, en 1871, Enrique González Martínez. Siendo niño aún, ingresa en el Seminario de su ciudad natal, y allí su alma, como flor de invernadero, se abre al calor saturado de incienso de un ingenuo misticismo. Pronto reacciona su intelecto hacia el materialismo, y abandona el Seminario para seguir las más contrapuestas disciplinas: se dedica a estudiar Medicina en la Universidad, y frecuenta las clínicas, los hospitales, los laboratorios, los anfiteatros, donde, como dijo otro poeta: *«la fábula enmudece y la voz de los hechos se levanta y la superstición se desvanece»*. En la Facultad de Jalisco obtiene el título profesional, y luego la cátedra de Fisiología. Pero, espíritu inquieto, ansioso de lucha y de vida, no se conforma con la mansa quietud de la cátedra, y marcha a otros Estados a ejercer la profesión por los pueblos. En Mocorito, obscura y pequeña villa de Jinaloa, que será por esto célebre en los anales de la literatura mexicana, publica González Martínez sus primeros libros, que son una revelación, atrayendo la mirada sorprendida de los intelectuales del país hacia el ignoto médico de provincia que tan grande poeta supo mostrarse desde el primer momento, y funda la revista *Arte*, en la que define su credo estético y predica su evangelio de Belleza. A la capital de la República no va González Martínez hasta 1911; pero, como antes había llegado su espíritu, encuentra abiertas

todas las puertas y allanado el camino del triunfo. En la ciudad de México fundó la revista *Argos*, y luego la revista *Pegaso*; fué redactor-jefe del extinguido *El Imparcial*, el más importante diario de la metrópoli; ocupó la Presidencia del Ateneo, y, durante un corto período, la Subsecretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes. En la actualidad es profesor de Literatura española, en la Escuela Preparatoria, y de Literatura Francesa, en la Escuela de Altos Estudios. La Real Academia Española le ha nombrado ya su socio correspondiente.

El cronista tuvo el honor de conocer personalmente al Doctor Enrique González Martínez en una ocasión gratisima. Se trataba del homenaje que los poetas mexicanos ofrecieron a Villaespesa, consistente en una gira al mágico y ensoñado lago de Xochimilco. Evoco nostálgico el recuerdo inolvidable de aquella sortilega alborada de mayo, en la que—según el decir de Rafael López—iba la mañana toda de azul, sentada en la proa de nuestra barca, contándonos un cuento; en la que iba el sol, todo púrpura, resucitando jóvenes decires en los labios de los más viejos; en que iban los mozos, como en los versos de Anacreonte, «coronada la frente de verbena y henchido el corazón por los deseos», con la divina audacia de la primavera en las lirás y en los corazones». Así, de esta manera lírica, hicimos el viaje, desde la población de Xochimilco, a través de los canales que bordean las floridas y clásicas *chinampas*, verdaderos jardines flo-

tantes de alucinación y maravilla, hasta una poética isla, en la que se había preparado un banquete cuyo menú estaba exclusivamente formado de platos nacionales, rociados con el viejo licor de la Reina Xochil, que no era otro que el agradable y tan calumniado *pulque*. Sentados alrededor de una mesa redonda, en fraternal conviabilidad, teniendo por fondo una fantástica decoración de lagos y volcanes, los poetas mexicanos hicieron, a la hora de los postres, al poeta español, la lírica ofrenda de sus versos. El primero en recitar fué González Martínez, que era quien presidía. Le vemos levantarse de su asiento, sacudiendo su negra y ensortijada melena, *una explosión de anillos de azabache*; clavar muy hondo en el azul del lago, a cuyas orillas estábamos, su mirada penetrante; afianzarse con mano nerviosa los lentes de oro; acariciarse con gesto elegante su bigote de mosquetero, y con voz grave y varonil, sin dejar de ser dulce, decirnos una poesía honda, inquietante y sugeridora, como todas las suyas. Al terminar su canto el magno poeta, el temblor sagrado de la emoción corre al través de los nervios de los oyentes, que ovacionamos al insigne portalira. Luego dicen sus cantos inspirados Efrén Rebolledo y Rafael López, Rubén Campos y Puga y Acal, Manuel de la Parra y Núñez y Domínguez, López Velarde y José D. Frias, Jesús Villalpando y Javier Xorondo, Gómez Palacio y Borja Bolado, J. A. Muñoz y Guillermo Rubalcava. Por último, Villaespesa, formidable sone-

tista, improvisó uno muy bello, dedicado a sus hermanos los líricos ruiseñores del Anahuac. Terminado el ágape, los invitados recorrimos los más hermosos parajes de la comarca. En uno de esos paseos deliciosos, el Doctor González Martínez tuvo la bondad y nos hizo el alto honor de apoyarse en nuestro brazo, y con acento amable platicó con el cronista de literatura americana, tema en el cual el maestro revelaba un dominio plenario.

Así es de luminoso el recuerdo que el cronista guarda, entre los más hermosos de su pasado, de la ocasión en que tuvo la fortuna de departir con hombre tan ilustre, del cual, Alfonso Reyes, que es sin disputa, en la actualidad, el primer crítico literario de México, ha escrito lo siguiente:

«Este poeta pone música a todos los instantes de su vida, y sobre la escala de sus notas los hace deslizarse hacia ese misticismo central que los coordina. Su poesía es como su vida: hay en ella algo que yo llamaría *castesianismo poético*; una constante referencia a las primeras evidencias del espíritu. El poeta sale al mundo, se asoma a la naturaleza, hojea los libros, saluda a los hombres, cultiva un poco su viña diariamente, y luego huye por los senderos que sólo él conoce, hacia el sagrario del silencio. Allí tienen que acabar todas las poesías, porque el alma misma enmudece. Allí llega con el tesoro de sus visiones recién robadas, corrige los valores, los pesa; y el alma asimila calladamente las nuevas emociones, y así va creciendo en per-

fección. Esta es su poesía y esta es su vida.»

Este espíritu superior, que al par que gran poeta original es uno de los mejores traductores de los poetas extranjeros, sobre todo franceses, y un prosador de primera fuerza, tiene publicados hasta hoy los siguientes libros, que forman una obra orgánica, definitiva, sin un desfallecimiento, sin un tropiezo, siempre en ascensión gloriosa hacia una suprema plenitud:

Preludios (versos); *Lirismos* (versos); *Silentes* (versos); *Los senderos ocultos* (versos); *La Muerte del Cisne* (versos); *La hora inútil* (versos); *Jardines de Francia* (versiones de poetas franceses); *El Libro de la Fuerza, de la Bondad y del Ensueño* (versos), *Manuel Gutiérrez Nájera: Su vida y su obra* (biografía).

CÉSAR E. ARROYO.

VIDA INTELECTUAL DOMINICANA

El angustioso momento presente de la vida dominicana es de extremada penuria mental. Se explica, en gran parte, tan lamentable estado de cosas por las excepcionales circunstancias políticas en que se encuentra el país. En cierto sentido vivimos todavía espiritualmente de la herencia acumulada de más de tres centurias de infecundo coloniaje. Parece imposible darnos cuenta exacta de nuestra actual actuación literaria sin antes remontar la corriente del tiempo y ponernos en íntima comunicación con nuestra existencia rutinaria y monótona de ayer. En nosotros vibra aún, fuertemente, la vieja alma colonial, repleta de ideas de coerción, de autoritarismo, de centralización asfixiante, de intolerancia, de supersticiones, de rutina, sin ninguna bien acentuada tendencia a las

iniciativas espontáneas y sostenidas, sin nada enderezado al desenvolvimiento libérrimo del factor individual, causa determinante de todo efectivo mejoramiento humano. De ahí que lo *nuero*, lo que aparece con visos pronunciados de innovación o de reforma, como que nos inspira desconfianza, y nuestra primera impresión, por lo general, sea rechazarlo sin previo y detenido examen, o restarle significación e importancia. Existe no sé qué vago matiz teológico y dogmático en el fondo de nuestra característica psicología. Las excepciones son muchas, y algunas de altísimo valor; pero, naturalmente, sirven para confirmar la verdad de la apreciación colectiva.

Nuestra percepción de las cosas, afirmé en un estudio acerca de nuestro desenvolvimiento literario, aun en las últimas clases sociales, es comúnmente fácil y clara; pero nuestra potencia de evolución es escasa, cohibida o atrofiada por inveterados hábitos de pereza mental, contra los cuales urge provocar una reacción oportuna y provechosa que, gradualmente, sin violencias ni exclusivismos, estimule la acción intelectual y destruya preocupaciones y convencionalismos entorpecedores de todo empeño de positivo adelanto. Esa reacción contra lo mucho de anacrónico y obstaculizador que flota en nuestro ambiente social, sin lesionar en lo más mínimo lo castizo y peculiar, que debemos observar a todo trance, parece, a primera vista, cosa que excede en mucho a nuestras fuerzas. Sé bien que lo que fué, lo que formó la atmósfera moral de nuestros antepasados, ejerce muchas veces

sobre nuestra imaginación un atractivo intensamente romántico. Sentimos a cada paso la atracción, la fascinación que emana de ese pasado, al cual, por efecto de la lejanía, revestimos, acaso incurriendo en error, de exterioridades serenamente luminosas. En la mayor parte de los casos, sin embargo, como el héroe del viejo poeta clásico, debemos taparnos los oídos para escapar a la seducción de sus cantos de sirena...

Es necesario, con urgencia inaplazable, convencernos de una vez para siempre de que todos los puntos de vista del conocimiento humano han radicalmente cambiado, que lo muerto bien muerto está, y que en la hora actual nuestro deber principalísimo consiste en aceptar de lleno las realidades evolutivas del momento presente para mirar de frente, y sin debilidades mentales, lo porvenir. Supervivencias mentales de otro tiempo, huecas e inútiles, mejor o peor disimuladas por artificios intelectuales, resultan ya de todo punto insuficientes para operar saludables transformaciones en el organismo colectivo. Nuestro tiempo no es, ni puede ser, de quietud monástica, de indiferencia islámica, sino de acción, de actividad creadora, de concertadas energías viriles, de cuanto se requiere para dar calor y sano impulso a una agrupación social que no quiere ser de las últimas en la luminosa vía trazada por sucesión e innegables adelantos mundiales.

Como la de todos estos pueblos latino-americanos, la vida intelectual dominicana, en todas sus formas de expresión, no tiene ni puede tener nada característico

que le imprima especial fisonomía. Detrás de exterioridades más o menos brillantes, de aspectos de mayor o menor resultante modernidad, atísbase, sin necesidad de ser muy zahorí, algo muy arraigado de tradicional y convencional que teme o aparenta temer el contacto con muy visibles realidades mundiales peculiares de la hora presente. Nuestro raquítrico movimiento intelectual parece, por impotencia intrínseca, no prestarse a la producción de concreciones literarias que traduzcan artísticamente las dolorosas dudas y acerbos inquietudes del alma moderna, ni tampoco nos permite la orientación resuelta de esa misma alma hacia rumbos de probada eficacia para el mejoramiento general en lo que toca a cosas del espíritu. El medio parece cohibirnos, por no verlo con buenos ojos, creyendo que lesiona determinadas creencias o preocupaciones, cuanto atañe a la expresión libérrima de algo muy individual e íntimo, como es lo que tiende a romper ligaduras de cierto abolengo escolástico entorpecedoras del desenvolvimiento de la propia personalidad. Y en lo que toca a la forma quisiéramos también, en homenaje a un sendo y enmohecido ideal clásico, huir de toda palabra que huela a galicismo o tenga visos de novedosa o de cualquier innovación rítmica que rompa o modifique los moldes usuales, sin pensar que en muchas ocasiones esas reformas no representan sino la restauración de formas antiguas más o menos hábilmente remozadas.

Influencias distintas pueden señalarse en el desenvolvimiento intelectual dominicano del presente mo-

mento. Pero no quiero pasar adelante sin manifestar antes que, no obstante lo ya expuesto, nuestro movimiento literario, reducido y todo, abunda en representaciones personales muy altas y conspicuas, capaces de hombrarse con muchas muy celebradas de este Continente. En el lenguaje rítmico, en la excelsa poesía, culminaron, como figuras de primer orden, Salomé Ureña de Henríquez, grande entre los grandes, superior quizá, o por lo menos igual, a la Avellaneda misma, por el vigor del estro, el colorido clásico y lo amplio y moderno de la idea; José Joaquín Pérez, nuestro mejor lírico, de noble y robusta vena poética, evocador genial de la extinta raza aborigen; y Gastón Deligne, capaz de subir por la escala del concepto, a las cumbres más altas de que puede enseñorearse la inteligencia humana... Y en prosa contamos con el eximio estilista Manuel de Jesús Galván, autor de tan justamente encomiado libro *Enriquillo*. Es una obra bella, serena, armoniosa, clásica por el pensamiento, clásica por la forma, clásica por el estilo. Ese libro está escrito en un castellano elegante, preciso, de cierta reposada majestad, casi por completo exento de galicismos, sin neologismos innecesarios, como ya no se encuentra ni para un remedio por estos maizales... Otra personalidad intelectual, desaparecida ya como Galván, fué el Padre Meriña, quien durante varios años fungió, puede decirse, como director de nuestro reducido mundo intelectual. Fué Presidente de la República, y años después Arzobispo. En los dos volúmenes de sus *Obras*, publicados poco después de su

muerte, refléjase su convicción inquebrantable en la eficacia de determinadas orientaciones del pensamiento humano. Fué un gran orador, orador por encima de todo. En su misma prosa elocuente, cálida, personal, hay casi siempre como dejos de arengas o de sermones.

Las escasas dimensiones de este breve estudio me constriñe a mencionar sólo algunos de nuestros escritores de singular valía arrebatados más o menos recientemente por la muerte. Merecen, ciertamente, recordarse por sus indiscutibles merecimientos Mariano A. Cestero, notable escritor político; José Gabriel García, autor de una *Historia de Santo Domingo*, la más completa que poseemos, y de varios volúmenes de carácter histórico; Ulises F. Espailat, varón austero y probo, patriota de subidos quilates, cuyos escritos coleccionó y publicó, en un tomo, la benemérita Sociedad *Amantes de la Luz*, de Santiago de los Caballeros; Francisco G. Billini, quien desempeñó meritoriamente la primera magistratura del Estado, autor de *Engracia y Antoñita*, novela de costumbres nacionales que se lee con placer; Rafael Abreu Licairac, a quien se deben dos o tres obras de relativa importancia; José Lamarche, pensador de intensa cultura filosófica; Eugenio M. Hostos, quien, aunque nació en Puerto Rico, aquí residió durante largo tiempo, y en esta tierra duerme para siempre. Fué un verdadero sabio a la moderna, desligado por completo de ataduras escolásticas, y con una visión científica de muy personal urdimbre positivista.

Merecen mencionarse, entre los ya desaparecidos, otros más, como Manuel M. Gautier, estadista clarividente y práctico, aunque mediano escritor; Francisco X. Amiama, quien en la prensa periódica dilucidó con competencia y acierto importantes cuestiones económicas; el general Luperón, benemérito luchador por la independencia nacional, quien escribió una *Autobiografía*, obra voluminosa en tres tomos, curiosísima por más de un concepto; el general Casimiro N. de Doya, historiador; César N. Penson, docto en asuntos gramaticales y lingüísticos, autor de *Cosas añejas*; Miguel Angel Garrido, periodista de combate, fogoso, irreducible, caído a destiempo, es una de nuestras más atractivas y simpáticas figuras literarias.

En su hermoso volumen *Siluetas*, vibran con restallidos de látigo la protesta indignada, el apóstrofe rudo, los candentes anatemas. En sus páginas aparece vivo y palpitante el temperamento tribunicio de Miguel Angel Garrido, hecho de una sola pieza, forjado para el combate rudo, inquieto, inflexible. Su ardiente amor a la justicia y cierta magnanimidad ingénita dulceifican un tanto la acerbidad de algunos de sus juicios... Rafael Deligne, hermano del poeta Gastón, autor de *En prosa y verso*, sobresalió como crítico sagaz y castizo. Aristides García Gómez fué un escritor netamente castizo, un si es no es arcaico... Dificulta una obra de depuración crítica el hecho de que mucha parte de la labor de nuestros hombres de letras está esparcida en revistas y periódicos de duración efímera. Los libros, entre nosotros, son excepciones, puede

afirmarse. Producciones dispersas al azar, muchas extraviadas o perdidas, no presentan margen para, desde puntos de vista críticos, medir los quilates de una personalidad literaria de singular merecimiento. La literatura vive e irradia en el libro. En él está su forma de expresión más completa y definitiva. El libro únicamente presenta base sólida para la consagración definitiva de reputaciones literarias más o menos discutidas. Eso no quita que existan escritores y poetas de producción copiosa aún no recogida en libros que merezcan la preferente atención de la crítica seria y concienzuda. En Santo Domingo se da con frecuencia el caso.

Anciano, lleno de achaques, recluido en su hogar, Emiliano Tejera, figura intelectual muy meritoria, continúa siendo como un símbolo de suprema austeridad republicana. La *Exposición* dirigida al Congreso Nacional acerca del proyecto de estatua a Duarte, paréceme lo más elocuente y cálido que ha producido su pluma. Es digna de especialísima mención su monografía *Los restos de Colón*. Los argumentos que en ella aduce se me figuran irrefutables. Su hermano Apolinar ha escrito unas muy interesantes y eruditas *Rectificaciones históricas...* Federico Henríquez y Carvajal, y Francisco, su hermano, son dos valiosísimas figuras de la intelectualidad dominicana. El primero, el *maestro*, como generalmente se le llama, es autor de muy celebradas producciones literarias. Es maestro, orador, periodista. Una gran inteligencia unida a un gran corazón. Su hermano Francisco, un verdade-

ro sabio, autor de valiosos trabajos académicos, fué el último Presidente que ha tenido la República. Pasó por nuestra política personalista sin que la más leve mancha cayese sobre su laticlavía de austero patriocio... En la hora actual, Fabio Fiallo es nuestro poeta de más alta nombradía. Algunas de sus poesías han sido traducidas a idiomas extranjeros. Le falta para ser un gran poeta una visión más amplia y completa de la vida. La preocupación exclusiva de la mujer se advierte de continuo en sus rimas. Un escritor de mérito, Arístides García Mella, ha dado a la publicidad *Tiempo perdido*, libro lleno de interés y sano humorismo.

Manuel A. Machado es orador de desbordante elocuencia, filólogo consumado y notable estilista. Andrés J. Montolio es también escritor distinguidísimo. Lo mismo que Machado, ha publicado folletos de alto interés nacional. Américo Lugo, escritor sólido y brillante, goza de merecida fama fuera de aquí; es de los pocos escritores nuestros que se conocen en el extranjero. Ha escrito páginas admirables, dignas de figurar en la mejor *Antología*: En su libro, *A punto large*, trata magistralmente asuntos de verdadera importancia. En uno de sus celebrados libros hay un estudio muy interesante acerca de la obra del insigne Montalvo, *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes...* Prosista excelente y orador tribunicio es Eugenio Deschamps. Poeta notable es Enrique Henríquez; su composición *Miserere* ha sido justamente encomiada. Arístides Fiallo Cabral es autor de trabajos científicos muy cele-

brados. Hay otros escritores de verdadero mérito, pero hace muchísimo tiempo que no trabajan.

Hastidados o descorazonados, parecen haberse alejado definitivamente del abierto palenque de las letras... Tulio M. Cestero ha sido la representación más cabal entre nosotros del movimiento artístico contemporáneo en sus más llamativos aspectos. Nuestra producción literaria se ha distinguido siempre por su medida, su circunspección, su apegamiento a formas tradicionales de abolengo clásico. En parte de ella adviértese la tendencia a fundir elementos clásicos o tenidos por tales con modalidades de carácter romántico, pero sin traspasar cierta medida, sin llegar a exagerados extremos. El concepto del modernismo literario ha tenido mucho de vago y de impreciso. Ya lo creo que no se reduce, como para muchos, a tales o cuales innovaciones de forma, a determinados refinamientos de expresión, a robustecer un léxico enteco, a aumentar con palabras novedosas un vocabulario empobrecido, sino que consiste, principalmente, en la reacción permanente de nuestra sensibilidad y nuestra inteligencia ante aspectos dinámicos del alma moderna en perpetua evolución. Tulio M. Cestero continúa siendo modernista en lo que toca principalmente a la forma. Al principio, al iniciarse, extremó los procedimientos, con asombro y escándalo de muchas gentes temerosas de lo *nuevo*; pero su actitud revolucionaria ha ido modificándose con el tiempo, hasta llegar últimamente, en su libro *Hombres y piedras*, a un procedimiento artístico equilibrado y sereno. Su

peculiaridad como escritor es la nota pictórica, intensamente pictórica. En su último bello libro, *La sangre*, hay derroche de luz, portentosa riqueza de colorido. En ocasiones carece de mirada introspectiva, de hondo análisis psicológico.

José Ramón López se distingue como *conteur* fácil y ameno y como sociólogo de observación detenida y profunda. Es también uno de nuestros más notables periodistas. A Moscoso Puello se deben páginas jugosas de especulación filosófica como el *Discurso del cinematicismo*. Domingo Villalba y R. Reinoso, cultivan con profundidad y acierto elevados asuntos filosóficos. Félix M. Nolasco es periodista fecundo y ameno... Mujer de amplia cultura y galano estilo, Mercedes Mota reúne condiciones muy apreciables para el cultivo fructuoso de importantes asuntos literarios. Algunos dominicanos residentes en el extranjero mantienen a gloriosa altura el renombre intelectual de la patria. En muy preferente lugar están los hermanos Henríquez Ureña. Pedro, el mayor, reúne a dotes de crítico de penetrante y segura mirada, una erudición vastísima, perfectamente depurada. En su libro principal, *Horas de estudio*, analiza con perfecto dominio del asunto aspectos diversos del movimiento intelectual contemporáneo. El otro hermano, también de merecida fama continental, Max Henríquez Ureña, ha publicado libros de prosa y verso muy merecidamente celebrados. Manuel F. Cestero es un prosista verdaderamente correcto, elegante y ameno. Enrique Deschamps goza de verdadero prestigio en Espa-

ña e Hispano-América. Dos libros de inspiradas poesías lleva publicados Osvaldo Bazil, Cónsul de la República en Barcelona.

De esa juventud entusiasta y batalladora, varios cayeron recientemente en el gran surco. La muerte, inmisericorde, los ungió con un beso supremo. Ulises Alfau fué un intelectual de gran mérito. Sus *Cartas a la juventud* dan de ello elocuente testimonio. Raúl Abreu fué escritor admirable, de frase tersa y centelleante. Arturo Freites Roque dejó tras sí, *Inexorable*, un ensayo muy apreciable de novela. Ricardo V. Sánchez dió a la publicidad dos libros de bastante mérito. Su pensamiento se apacentó de continuo en recónditas honduras espirituales. Fué el primero en preconizar aquí el nietzchenismo. La influencia de Nietzsche orientó decisivamente su espíritu... De más no está repetir que aquí, descontando, naturalmente, una que otra excepción, no se ha extremado nunca la tendencia innovadora. Nos gusta una especie de medida, de justo medio aristotélico. Los neologismos eurescados, los descoyuntamientos arlequinescos, los malabarismos de lo que se dió en llamar *decadentismo* (ya hoy nadie menciona la palabreja), no nos causaron sino estremecimientos de desdén o de burla. El romanticismo, conservando cierto lejano sabor clásico, constituye nuestra más señalada fase de orientación literaria. Pero ese romanticismo es más formal que esencial. No es el muy humano y perdurable que fluye directamente de lo más íntimo del sér y pone en relación estrecha nuestra sensibilidad con nuestra

vida, determinando actos de singular relieve personal, sino un romanticismo como de temas, de motivos, exterior en cierto sentido, que, en la mayoría de los casos, es mera y pasajera expresión de pura *literatura*.

Estudio metódico y reflexivo falta en muchos de nuestros escritores jóvenes. Algunos, ofuscados por impresionismo de última hora, seducidos por el canto de sirena de modas pasajeras, no han consagrado todavía su atención y sus facultades perceptivas a cosas fundamentales del conocimiento humano, sin lo cual es cosa imposible formarse una verdadera personalidad literaria. No falta entre ellos quien, o quienes, piensan inmodesta o pedantesca que se puede alcanzar sin larga y empeñosa labor la cima iluminada del éxito. Pero no pocos estudian y laboran en un sentido plausible de evolución en que se exulta e intensifica la vibración de lo más íntimo e inconfundible de nuestro ser personal... En la hora actual contamos con poetas jóvenes, finos cultivadores del ritmo bello y expresivo: R. Pérez Alfonseca, Emilio Moral, Primitivo Herrera, Federico Bermúdez, Furey Pichardo, Enrique Montaña, Juan B. Lamarche, Pablo de Castro, José Onésimo Polanco, Gabriel Morillo, otros más pueden citarse en ese número. Uno de esa pléyade, Apolinar Perdomo, poeta fácil, de muy íntima vibración pasional, sensual, murió hace cosa de pocos meses... Arturo Logroño ha escrito un libro de historia patria y pronto dará a la publicidad el segundo. Es escritor ameno y orador celebrado... Rafael

Damirón hace buenos versos y ha estrito dos apreciables ensayos de novela. Ha obtenido también triunfos como autor dramático. Juan S. Durán es admirable *chroniqueur*; Vigil Díaz, autor de *Góndolas*, resulta un prosista ingenioso y raro, muy quintaesenciado en ocasiones... Gustavo A. Mejía es escritor que ahonda. Ha publicado un libro de cuentos ingeniosos y bellos. Por su sabor criollo han sido muy aplaudidos los cuentos de José M. Pichardo. Aunque ya perteneciente a una generación muy anterior, M. de J. Troncoso de la Concha merece citarse con justiciero encomio por sus narraciones, en que hace vivir aspectos muy atrayentes de nuestra vida nacional.

Al grupo denominado *El Paladión* pertenecen los escritores que empiezan, los de la última nave, como quien dice. Distingúense entre ellos como legítimas esperanzas: F. Prats Ramírez, C. Sánchez y Sánchez, C. Lugo, R. Paino Pichardo. Algunos más. La prisa con que ha sido escrito este trabajo me ha hecho, sin duda, incurrir, sin quererlo, en algunas omisiones. Procuraré subsanarlas más tarde en otro trabajo.

FEDERICO GARCÍA GODOY.

(Dominicano.)

ARTES PLASTICAS

Los Bellos Oficios: Exposición de cerámica.

Cuando emprendía la tarea de organizar la Exposición de Bellos Oficios, que se celebró el año pasado en los salones del Círculo de Bellas Artes, cierto amigo muy querido y admirado me reprochaba que pusiese mi entusiasmo y mi devoción en esa empresa. Recuerdo que me dijo: —Tu amor al Arte te lleva a una conclusión paradójica: destruirlo, porque el Arte no se puede democratizar, por ser producto de individualidades seleccionadas por la educación, la sensibilidad y la cultura.

Al pronto, no comprendí lo que quería decirme, y le rogué que me explicase sus palabras, pues me parecía absurdo que queriendo exaltar el Arte y trabajar por su desarrollo y esplendor, hiciese todo lo contrario y contribuyera a su empobrecimiento y decadencia.

Confieso que sus explicaciones, lejos de convenirme de la tesis que defendía, me afirmaron más en mi criterio. ¿Quién de los dos estaba en el error?

—Con el más noble afán—afirmaba—no te fijas que lo que persigues es el fomento de la industria en detrimento del Arte; es decir, que vas a reemplazar lo bello por lo útil. Sigues la trayectoria de los propugnadores de la democracia, que tienden al progreso de las cosas y causan la decadencia de las almas.

Pero, en mi sentir, esto no es exacto. En primer lugar, con mi propaganda en pro de los Bellos Oficios, no buscaba otra cosa que realizar una labor de cultura y de educación, precisamente para crear un ambiente más favorable al desarrollo del Arte, y en segundo, no podía entenderse de ninguna manera que pensaba sustituir a lo bello con lo útil. En todo caso, mi intención sería la de querer armonizar y fundir en lo que fuera posible lo bello y lo útil, para que ambos términos no siguieran siendo antitéticos e irreconciliables.

Me decía yo: hoy el Arte sólo es comprendido y apreciado por unos pocos, y se sostiene gracias al capricho de unos pocos privilegiados de la fortuna y unos cuantos devotos de la Belleza. Hay una multitud de artistas que viven en la penuria o en la languidez, sin que a sus obras se las dedique aquel aprecio que debieran merecer. ¿Cuál es la causa de esto? No puede ser otra que la ineducación existente. ¿Qué es necesario hacer para

que tal estado de cosas se remedie? Destruir la indiferencia de las gentes hacia las cuestiones artísticas y oponer al invasor industrialismo, que todo lo seca y lo pervierte, una fuerte corriente de idealidad que vaya de arriba abajo y penetre insensiblemente en todos los corazones y los haga emotivos y delicados. Es menester, pues, no considerar al Arte como un valor aislado, sino concederle un valor social, hacer que penetre en todo, se extienda a todo y todo lo conquiste.

Y recordé el ejemplo magno de Grecia y el no menos esplendoroso del Renacimiento, cuando una muchedumbre de artífices, con su labor muchas veces oscura e innominada, creaba el estado espiritual preciso para que los grandes artistas fuesen de todos amados y sus obras por todos apreciadas.

Solamente fomentando el Arte en todas sus manifestaciones, es como lograremos también que los hombres, conquistados por el sentimiento de la Belleza, honda, profundamente arraigado en su conciencia, sean mejores. De modo que la labor que nos compete realizar a los que de asuntos del espíritu nos ocupamos, es la de procurar, por cuantos medios sea menester, que nunca deje de tener el Arte—que al fin no es más que el sentimiento de la Belleza—el predominio indispensable; es decir, que en todo momento sea el faro que guíe a la humanidad hacia el Bien y la Abnegación.

Por esto, pues, no participo yo de los temores de mi amigo, que juzgo pueriles y equivocados. Nunca

he creído en la incompatibilidad del artista con esas labores que hoy se ha apropiado la industria, desnaturalizándolas y desvirtuándolas.

La campaña emprendida con los Bellos Oficios no tiene más finalidad que la de combatir el utilitarismo y proscribir el industrialismo, las dos plagas de la moderna sociedad.

Tan necesario es el Arte a los Bellos Oficios, como éstos a aquél, porque todo es uno y lo mismo. Mientras aquél se dirige—o pretenden hoy que se dirija, puesto que su origen y desenvolvimiento no fué así—a las almas excepcionales capaces de sentirlo y comprenderlo, los Bellos Oficios se dirigen a todos y moldean los espíritus y llevan el influjo de la delicadeza y de la sensibilidad aun a los más groseros.

Fomentan el Arte, porque no tiene duda—para mí no la tiene—que si las gentes saben apreciar el gusto del más pequeño utensilio familiar, están en mejores condiciones para percibir las excelencias de un cuadro o de una estatua.

No podemos negar tampoco los progresos industriales de la época en que vivimos y, por lo tanto, ante el peligro que representa el aumento creciente de la mecánica, que todo lo convierte en producto de fábrica, hemos de alzarnos para destruir sus efectos. A los propios artistas es a quienes más interesa esto, puesto que de seguir en el absentismo que se recrudeció durante el siglo pasado—la peor época, en su segunda mitad, para el arte his-

pano—y que todavía se observa actualmente, lograrán que el gusto público se pervierta de manera irremediable a causa del espíritu mercantilista de los años que corremos.

Basta tener presente que en los tiempos en que los Bellos Oficios tuvieron una gran preponderancia, marcaron el auge del Arte en general, y cuando se presentó la decadencia de aquéllos, sobrevino indefectiblemente la de éste. Y ello es tan fácil de comprender, que nos creemos relevados de todo razonamiento y de toda explicación.

El Arte no es patrimonio de unos cuantos, sino de la comunidad humana; por eso no hay que restringir sus directrices, sino que hay que ampliarlas, de tal modo que llegue a todos, sin distinción de clases ni posiciones.

Apoyado en ésto, creo que es esencialmente preciso llamar la atención del público y de los artistas hacia lo que se han llamado las Artes menores, para sacarlas de la postración en que hoy viven e infundirlas nuevo aliento.

Así lo ha comprendido también el Círculo de Bellas Artes, por cuanto a la deferencia que conmigo tuvo al cederme sus salones para celebrar la Exposición de Bellos Oficios, ha añadido la iniciativa de organizar por su cuenta una Exposición de ceramistas actuales.

Semejante iniciativa merece los más calurosos aplausos. La cerámica es una de las industrias artísticas de más ilustre abolengo en nuestro país, y

que mejor merece los esfuerzos que se hagan para que recobre la brillantez que en pasadas épocas tuvo.

Ahora bien, creo que no debe limitarse a esas iniciativas del Círculo de Bellas Artes, y puesto que dispone de medios, debe continuar prestando su atención a las demás Artes llamadas, impropia y obscuramente, decorativas, para evitar algo que entre nosotros ocurre con mucha frecuencia, y es que, puesto de relieve algo, todos lo secundan y lo imitan, como si no hubiese otras cosas que hacer. Véase lo ocurrido con los dibujos editoriales y con los muñecos de trapo, por ejemplo: la mayor parte de los artistas se hicieron dibujantes de Revistas y constructores de muñecos. Y ahora puede que todos pretendan hacerse ceramistas, con lo que se convertirá en mal el beneficio que se pudo obtener.

La Exposición organizada por el Círculo de Bellas Artes ha servido para dar una idea muy halagüeña del estado en que se halla la cerámica española, en la que, a pesar de ciertos rutinarismos muy fáciles de destruir, existen algunos valores personales de muy alta consideración.

Entre ellos se destacan: el nombre ilustre de Daniel Zuloaga, el más artista de todos, que, no contento con haber creado una cerámica de estilo propio, quiere también fundar una estirpe de grandes ceramistas, y del casi desconocido José Guardiola, que se reveló al público madrileño como ceramista

de magníficas condiciones artísticotécnicas en la pasada Exposición de Bellos Oficios.

La cerámica de Zuloaga se distingue porque no tiene concomitancias de ningún género. No sólo es esencialmente española, sino también genuinamente personal. La ha creado el artista de su propio sentimiento, inspirándose en los motivos que la realidad le ofrecía. Y ha realizado ese milagro que creía imposible el amigo a que antes me referí, de fundir admirablemente lo útil y lo bello.

Así como a su sobrino Ignacio se le pudo considerar en determinado período el primer pintor español, a Daniel Zuloaga se le puede considerar el primer ceramista español, y no sólo eso, sino el más español de nuestros ceramistas. Y aún podría añadirse, sin temor a ulteriores rectificaciones, que el más artista también.

Los hijos siguen sus huellas, sin apartarse de las normas y las directrices marcadas por el padre, con lo que trabajan para la mayor gloria de éste.

José Guardiola no es tan original, ni tan español, ni tan buen ceramista; pero esto no quiere decir que le falten otros elementos para hacerle estimable.

Tiene de plausible que pone en su trabajo una unción realmente religiosa, y esto le llevará, con la práctica continua, a destacarse como un maestro del género.

Influenciado profundamente por las corrientes pseudoclasicistas que imperaban en el siglo XVIII,

su cerámica se resiente en los motivos ornamentales de originalidad; pero, en cambio, logra dar formas y relieves muy bellos y coloraciones a veces muy delicadas. Guardiola es, ya queda dicho, un clasicista, de lo cual se deduce que toda su educación es puramente museal. Y, sin embargo, como siente el Arte, nos hace disculpar esto que en otro se consideraría un defecto. Y eso también nos hace perdonar los defectos notorios de sus obras por falta de dominio técnico, que le será fácil adquirir.

Estos han sido, en verdad, los nombres que se han destacado en el Certamen, cuyo conjunto, por otra parte, era acreedor de los más sinceros plácemes, ya que con él daba la cerámica española una magnífica prueba de vitalidad.

BALLESTEROS DE MARTOS.

BIBLIOGRAFIA

Historias inverosímiles, por Juan Papini.—Editorial América. Madrid, 1919.—¿Son historias en el recto sentido de la palabra, estos relatos de acción escasísima, en los que sólo intervienen el autor y algún que otro personaje tomado casi siempre de la poesía?

No lo son, indudablemente. Pertenecen más bien a la categoría de *ensayos* filosóficos, en que tanto abunda la literatura de estos últimos años.

Una idea, o una observación psicológica profunda y sugerente, desarrollada en forma narrativa, sirve de tema a estos ensayos. La novedad consiste en que la acción suele desarrollarse entre personajes famosos ya conocidos del lector. Hamlet, Don Juan, el Judío Errante y el mismo respetable señor Demonio, son los interlocutores de cuyas bocas se sirve el autor para poner de relieve los frutos de su fina observación introspectiva.

La forma es clara, poética (es casi seguro que el

autor hace versos), llena de amenidad y matizada con un suave humorismo que perfuma el libro con un aroma sano y optimista. Es, pues, una lectura recomendable, que deleita y hace pensar, pero que tiene el defecto de no ser para todos. De fijo que Don Juan Ramplón, empedernido lector de folletines y entusiasta admirador de Muñoz Seca, se queda dormido a la tercer página.

J. H. P.

* * *

José Enrique Rodó, por Gonzalo Zaldumbide.—Editorial América. Madrid, 1919.—El estudio crítico que del insigne escritor uruguayo ha escrito nuestro admirado colaborador Gonzalo Zaldumbide, es digno de la gran figura a quien se consagra. Zaldumbide pone, una vez más, de manifiesto, su cultura, su sensibilidad y su talento, que le reputan como uno de los críticos mejor dotados, más conscientes, hondos y responsables de cuantos escriben en español. Mucho se ha escrito ya sobre el autor de los «*Motivos de Proteo*», pero este trabajo de Zaldumbide se destaca por el emocionado, sincero y serio análisis de las características morales e intelectuales que definían al maestro.

* * *

Temas, por Marcelino Domingo.—Editorial Monclús. Tortosa, 1919.—Integran este sugerente libro conferencias, discursos y artículos pronunciados y

publicados por el batallador diputado republicano por Tortosa, que, a pesar de su juventud, ha logrado dar un gran relieve a su figura dentro de la vida pública española. Recogidos ahora en un tomo, ofrecen a la reflexión del lector diversos aspectos de los problemas políticos y sociales planteados hoy en la realidad de nuestra patria y que constituyen lo que viene llamándose su decadencia.

* * *

Juglerías, por Francisco Iribarne.—Editorial Monclús. Tortosa, 1919.—Breves comentarios sobre múltiples asuntos; este libro de Francisco Iribarne reúne las suficientes condiciones para retener la atención del lector e interesarle en su lectura.

* * *

El Divorcio, por Manuel Góngora Echenique.—Editorial Monclús. Tortosa, 1919.—Estudio jurídico y social encaminado a probar la necesidad de implantar en nuestro país una ley como la del divorcio, tan contrariamente juzgada en España.

* * *

En esta hora única, por Marcelino Domingo. Editorial Monclús. Tortosa, 1919.—Como en *Temas*, discutir Marcelino Domingo acerca de lo que es necesario

hacer para que «en esta hora única» salga España del marasmo en que vive y se incorpore a la realidad del mundo y se ponga a la altura de las circunstancias, como tiene derecho, no sólo por su incomparable historia, sino, más principalmente, por el caudal de energías que latén desaprovechadas en el seno de la nacionalidad. Prosista correcto, se distingue Marcelino Domingo por su percepción serena de los asuntos, sus cualidades de pensador constructivo, y su vehemencia de propagandista, de hombre sincero y entusiasta, que pone al servicio de su país la juventud y la inteligencia, hasta la propia comodidad, impulsado por un noble anhelo de remediar sus males y dar ocasión a que resplandezcan sus virtudes.

* * *

Pierrette se divierte, por Antonín Reschal. Traducción de Antonio G. de Linares.—Editorial V. H. de Sanz Calleja. Madrid, 1919.—La trilogía, que tiene por personaje central a *Pierrette*, guarda una estrecha analogía con las célebres *Claudinas* de Collette Willy. Para nosotros, las *Claudinas* merecerán siempre la preferencia, aunque no hemos de negar a Antonín Reschal las indudables dotes de novelador que posee.

* * *

Vistas de Europa, por Enrique Gómez Carrillo.—Editorial Mundo Latino. Madrid, 1919.—En el libro IV

de las obras completas del admirable escritor Enrique Gómez Carrillo, publicado por la casa editorial Mundo Latino, se insertan unas encantadoras, unas bellas vistas de Europa, que surgen con una emoción sutil y con una fragancia suave y elegante. El viajero contempló las ciudades, al pasar, con un hondo amor, y sus ojos quedaron llenos, impregnados de todo el color y aromados con toda la esencia particular de cada país.

* * *

Pour moi seule, roman par *André Corthis*.—Paris, Albin Michel, editeur.

La interesante escritora que firma sus obras con el pseudónimo de *André Corthis* y que, francesa de raza, es también algo nuestra, pues en España pasó su infancia y posee nuestra lengua y un conocimiento profundo de nuestra literatura, acaba de publicar una nueva novela que confirma brillantemente una reputación ya tiempo consagrada. En todas las publicaciones que cultivan la novela, ese género tan francés, el nombre de *André Corthis* aparece con una frecuencia que es su mejor elogio; al fundarse ahora en París, bajo la dirección de Henri de Regnier, la colección de *Le Roman Littéraire*.—¿La Novela Literaria es su adaptación española?—en la que ya figuran obras de escritores como René, Boylesve, Francis de Miomandre, Pierre Benoit y Lucie Delarue Mardrus, no podía faltar la novela intensa y apasionada, feme-

nina y sutil que suele darnos la autora de *Le Pardon prématuré*. *Para mí sola* es un libro tan lleno de emoción e interés, que elude el juicio sumario y mucho más el resumen. Es un bello libro que, dicho sea en su honor, ha de tener un público seguro: las mujeres. Y también han de leerlo cuantos sienten el anhelo de profundizar en la psicología femenina, sólo por una mujer descubrible y revelable.

REVISTA DE REVISTAS

Boletín de la Real Academia Española.—Hemos recibido el número correspondiente al mes de diciembre, que contiene el siguiente sumario:

I. D. Javier Ugarte.—II. Cuestión literaria. ¿Quién fué el autor del «Diálogo de la Lengua»? (continuación), por Emilio Cotarelo.—III. Blanco White y Draconcio, por Fernan-Coronas.—IV. El teatro en Valladolid (continuación), por Narciso Alonso Cortés. V. Documentos. Inventarios aragoneses de los siglos xiv y xv (continuación), por M. S. y S.—VI. Noticias biográficas de doña Ana Cervaton, por M. S. y S.—VII. Miscelánea etimológica, por Vicente García de Diego.—VIII. Catálogo de autos sacramentales, historiales y alegóricos (continuación), por Jena-ro Alenda.—Acuerdos y noticias.—Bibliografía.—Índice del tomo VI.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

CERVANTES

Madrid, Febrero 1920.

LOS DEBATES LITERARIOS

«La Atlántida», de Pedro Benoit, y «Ella» (She) (1)
de Rider Haggard.

LO QUE DICE BENOIT

Soy actualmente objeto de la siguiente acusación: haber utilizado o *plagiado* para componer mi novela *Atlántida* una novela inglesa de sir Rider Haggard, *She*.

Por el momento, la única respuesta que a esa acusación de hecho conviene, es una respuesta de hecho: no sé inglés—*She* no está traducida al francés—, no conozco *She*. Sólo conozco de ella los

(1) Recién editada la traducción castellana de esta obra, debida al director de la Sección española de esta Revista (Madrid, «Las Grandes Novelas Contemporáneas», Ediciones Españolas), creemos interesante la publicación de estas declaraciones de P. Benoit.

textos fragmentarios publicados por los periódicos, textos no autenticados ni comprobados por mí. No podrá establecerse una discusión probatoria de esos textos hasta que el público y yo no nos hallemos delante de una traducción francesa íntegra del libro.

Entretanto, no puedo, ni quiero más, que aportar al debate mi testimonio sobre la manera cómo mi novela fué concebida, preparada y llevada a cabo.

I.º—CONCEPCIÓN.

De 1892 a 1907 viví en Túnez y en Argelia. Desde mi infancia he oído hablar de los Tuareg, y mi imaginación hubo de ser excitada por ciertas historias tíficas, sobre todo por la de una misión que en el centro de Africa llevaron a cabo dos franceses, de los cuales sólo uno volvió, sin que nunca haya podido ponerse en claro cómo murió su compañero. Esa es la idea que ha servido de base a *La Atlántida*. No hay otra.

Cuando en enero de 1918 decidí escribir una novela con este recuerdo, comencé por buscar un sitio del Africa central donde pudiera desarrollar la acción de esa novela. Necesitaba una región que estuviera inexplorada aún. Y me resolví por el Haggar. Adquirí entonces el libro de Lanier, titulado: *Africa, Trozos e cogidos de lecturas de geografía*, que contiene bibliografías excelentes. Encon-

trá bien pronto (página 43) esta palabra maravillosa, el *Atlantis*. Comprendí que había encontrado mi argumento. Un argumento análogo al de *Koenigsmark*: un drama muy moderno, que se desarrolla paralelamente a un enigma histórico. Este procedimiento permite dar a las construcciones imaginativas más desordenadas el apoyo constante de la historia. Tal es la concepción de Merimée. Eso es lo que he procurado continuar al aplicarlo a mi novela, actualmente en vías de publicación, titulada *Por Don Carlos*.

El primer libro que me procuré después fué *Critias o la Atlántida*, de Platón, que me ha dado el epígrafe de mi libro. En él he tenido la satisfacción de comprobar:

a) Que la conformación del reino legendario de la Atlántida, podía avenirse perfectamente con la disposición orográfica del Hoggar (véase el mapa de que me he servido, publicado por orden del ministro de Trabajos públicos, para el estudio de comunicaciones férreas entre Argelia y el Senegal). Los círculos montañosos concéntricos del Hoggar corresponden a los círculos de tierra y de mar establecidos por Neptuno.

b) Que el *Critias* no estaba terminado. Yo tenía, pues, la suerte de completarlo a mi gusto y del modo más favorable para mis creaciones. Desde aquel instante la genealogía de Antinea, descendiente de Neptuno y reina del Hoggar, se fijó en mi espíritu.

Conviene que yo insista sobre el personaje Antínea, toda vez que esta Antínea no sería más que una réplica a la *She* de Rider Haggard.

Desde 1906 yo tenía la idea de hacer una novela cuya heroína fuese una reina egipcia y cuya acción se desarrollase en una necrópolis. En aquella época prestaba mi servicio militar en el 1.º de zuavos, en Kolea. Durante las expediciones distinguía, dominando el horizonte, la misteriosa pirámide de piedra, conocida en el país con el nombre de *Tumba de la Cristiana*, de aquella extraña Cleopatra Selene, hija de Marco Antonio y de Cleopatra (véase la *Atlántida*, página 347). Varios amigos que me conocieron entonces, y cuya amistad conservo, podrán atestiguar, si ello fuese preciso, que me oyeron hablar con frecuencia de este proyecto de novela. Después, esta Cleopatra Selene se ha convertido en mi Antínea.

Sin embargo, la historia de los oficiales franceses enamorándose de la descendiente auténtica de los atlantes, no me satisfacía por completo. Entonces fué cuando utilicé la teoría de la doble hipótesis, tan empleada por Merimée (véase Lokis, la *Venus de Ille*), la hipótesis banal ocultando la hipótesis sublime. Tal vez esta hija de los dioses y de los reyes no era otra cosa que la bastarda de un polaco borracho y de una meretriz del barrio Marbeuf. Muchos críticos—entre ellos los Sres. Camilo Maucclair y Jorge Le Cardonnel—me reprocharon esta innovación como una falta de gusto que rompe el

equilibrio de la novela y llega incluso a convertir en opereta un magnífico tema trágico. ¿Es preciso decir que no lamento hoy esta variante que apenas tiene precedente en la novela inglesa?

... Algunas palabras sobre el nombre de Antínea. Lo he tomado de Carlos Maurras, suprimiendo la *h*. He de añadir que la discusión etimológica que se sostiene en la novela acerca de este nombre se la encargué a un gran amigo mío, el Sr. Ernesto Marx, antiguo alumno de la Escuela Normal Superior, profesor de Retórica en el Liceo de Douai, pues yo tengo el griego casi olvidado. Hay en la *Atlántida* una frase textual que le pertenece.

Volvamos al asunto de la obra. Lo que más trabajo me costó fué encontrar el medio de que un oficial francés pudiese matar a su compañero. La cosa era escabrosa, y además estábamos en plena guerra. La realización de este hecho no le ha extrañado, sin embargo, a nadie. Y es porque en Francia el amor parece disculparlo todo, y el brazo del asesino, en la persona del capitán de Saint-Avit, estaba armado por el amor. Creo que esta idea es muy poco inglesa.

2.º—EJECUCIÓN.

El plan de la novela estaba completamente terminado en sus grandes líneas en febrero de 1918 (fecha en la cual Marcel Prévost tuvo la bondad de pedírmela para la *Revue de Paris*). Procedí a mi do-

cumentación, y me puse en relaciones con M. Froidevaux, secretario de la Sociedad de Geografía de París, el cual tuvo la amabilidad de abrirme la Biblioteca de la Sociedad. Comencé a escribir mi libro en junio. En ese momento yo tenía otras preocupaciones que la de ser acusado algún día de plagio. El ímpetu alemán estaba en toda su fuerza. Pido autorización para traer a la memoria un recuerdo: El domingo, 14 de julio, día en que se contuvo el ataque contra Gouraud, escribí el artículo XI. El cañón monstruo hacía sus disparos. «Bien, he aquí que comienzan las diabluras»—escribí para señalar el acontecimiento— (*La Atlántida* página 185). Es una frase que me asombraría mucho encontrar en *She*.

La Atlántida quedó terminada en septiembre de 1918.

3.º—ORIGENES.

Permitaseme mencionar, desde luego, las que me son propias, las que en la Soborna se intitulan *indicios de primera intención*.

Hijo de un oficial, a la edad en que otros muchachos oyen hablar de Fontainebleau o de Saint-Cloud, yo escuché hablar de Radamés y de Tombuktú. Los nombres de Flatters, Leufant y Morés, eran para mí como héroes maravillosos, pero que oía diariamente de la boca de los oficiales que los conocieron; tal es el origen de esa mezcla de ima-

ginación y realidad que se encuentra en *La Atlántida*. Me acuerdo de que en Gabés, siendo muy niño, un jefe targui, que había ido con no sé qué embajada, me levantó sobre sus brazos, y vi de cerca «su rostro cubierto de velos y sus profundos ojos sombríos» (*La Atlántida*, pág. 128). Más tarde, siendo soldado, fui de convoy desde Berruaghia a Boghar, con los disciplinarios y guerrilleros. Les oí cantar en la noche africana (*La Atlántida*, página 49). Estudiando en la Escuela de Letras de Argel, seguí los cursos de Estéfano Gsell, el historiador del Africa del Norte, actualmente profesor del Colegio de Francia, y de Emilio Gautier, el explorador de ese Hoggar que no pretendo haber inventado.

En cuanto a mis fuentes de *segunda mano*, hélas aquí sencilla, secamente, pero todas.

En primer término, la tesis de Schirmer sobre el Sahara (París, 1893) y el libro de Duveyrier sobre los Tuareg del Norte (París, 1864). Estas son las dos obras fundamentales sobre la materia. Yo las conocía casi intuitivamente.

Siguen: los *Tuareg del Oeste* (Argel, 1888), del capitán Bissuel, con un mapa que me ha servido mucho; Foureau, *Mes Missions dans le Sahara* («Bull. Soc. Geog.», Marsella, 1896); Duveyrier, *Désastre de la mission Flatters* («Bull. Soc. Geog.», 1881. —De aquí tomé la idea y el nombre de un personaje muy importante de mi libro, el guía Cegheirben-Cheij—. De Escayrac de Lanture, *Mémoire sur*

le ragle ou hallucination du dessert («Bull. Soc. Geog.», 1885, tomo 1); Gautier, *La conquête du Sahara* (París, 1910); Gautier et Chudeau, *Missions au Sahara* (París, 1908); capitán Aymard, *Les Touareg du Sud* (París, 1911); Estéfano Gsell, *Histoire de l'Afrique du Nord*, tomo 1 (París, 1918). Todo esto por lo que se refiere a la parte *tuareg* de la documentación.

Para la parte *Atlántida*, de Platón, naturalmente, el *Timéo* y el *Critias*; Plutarco, *Vida d'Antonio* (retrato de Cleopatra, del cual me serví para *Antínea*); Berlioux, *Les Atlantes, Histoire de l'Atlantis et de l'Atlas primitif* («Ann. Fac. des Let. de Lyon, fascicule 1.^{er}). Añado, para la parte del *embalsamamiento*, ¡que tanto se me ha reprochado!, el libro del doctor Variot, *L'Antropologie galvanique* (París, 1890), y una preciosa notita del libro de Schirmer, que me ha permitido establecer un caso entre los Tuareg y el Egipto: «... La manera completamente egipcia con que los Sonrhai embalsamaban a sus muertos, nos mueve a creer que esas relaciones fueron anteriores a la introducción del Islam» (*Le Sahara*, pág. 333, nota 4).

Para las polémicas entre el pastor Spardek y el profesor Le Mesge, la *Histoire générale de l'Eglise*, del abate Nouret, tomo v.

Para la parte *Segundo Imperio*, *Memorias del conde Horacio de Viel-Castell*, H. Fleischmann, *Napoleon III et les femmes* (París, 1913), y añadiré aún el *Moniteur des Dames et des Demoiselles* (febrero,

1863), de donde he *copiado* textualmente la composición de Clementina, madre probable de Antinea (*La Atlántida*, pág. 239).

He acabado con esta rara enumeración. Todas las notas, todos los borradores, todos los planes que me han servido para escribir mi novela, en el orden que acabo de indicar, están en mi poder. Yo los entrego a la discusión que se ha originado, con la esperanza de acabar de una vez con un escritor del cual no se ha podido hacer leña por los procedimientos de crítica literaria habituales y plausibles. Esas notas, esos borradores, esos planes, los pongo a la disposición del árbitro que el mismo sir Rider Haggard elija de la Academia Francesa.

PEDRO BENOIT.

LAS COSAS GRAVES

El suicida del sábado.

En la encrucijada que interrumpía la calle en aquel sitio, una de esas encrucijadas en que los destinos se dividen y que en medio de la noche atraen con su influencia fatídica los torpes pies de los vagabundos, se habían arremolinado aquella noche de sábado negros grupos de gente. Hetairas, mendigos, vendedoras de suertes y trasnochadores retardados estaban allí, formando una masa compacta, los hombros unidos, quietos y ávidos, como los que se exponen al calor de los vaporarios públicos. Y estaban allí también los borrachos del sábado, alegres y pródigos, pero con algo de fúnebre en sus sombreros abollados; los borrachos del sábado, de las puñaladas y las caídas mortales.

Llenaban todos el hueco de la encrucijada, cuyas cuatro esquinas eran cuatro tabernas, y en cuyo centro se alzaba un farol de luz opaca, como los

que arden en la lejanía de las afueras, bajo la cual las rojas paredes de aquéllas tenían un tono trágico de carnicería. Era aquél un cuatrivio fatal, que formaba un remanso de obscenidad y de embriaguez entre las dos amplias vías mercantiles, al cual, en medio de la noche, bajaba toda la mala vida de la ciudad, a la hora en que los rostros de las mujeres fatigadas se asemejan a espejos enlutados, que tienen un presagio de muerte en sus lunas sombrías. Y en aquel momento la multitud, reunida, susurrante y misteriosa, daba a la encrucijada el aspecto de alarma y de inquietud que hace pensar en una tragedia reciente, cuando las ventanas de los pisos altos se abren con precaución.

Los grupos negros se habían estacionado en el centro de la calle, y parecían rodear algún bulto yacente. De la masa confusa salían rumores contenidos y misericordiosos, algo así como una letanía de espanto. Y decían: —¡Pobrecito! ¡Por qué se habrá matado!—. Y las cortesanas se inclinaban para ver mejor al muerto, hendiendo los grupos de curiosos con sus cabezas de sábado, brillantes de bandolina y monumentales. Y una vendedora de suertes, de edad indefinible, de un rostro de estatua deformado por la intemperie, murmuraba: «¡Por qué habrá ido a matarse allí, en medio de la gente alegre!». Y todos los que la escuchaban parecían atarazados por el enigma de aquel hermano, que en una noche de sábado había ido a matarse a una taberna, quizá buscando un buen consejo en el al-

cohol, o impulsado por un deseo pueril de no estar solo en el supremo instante. ¡O quién sabe si para advertir a un mundo que se divierte acaso demasiado de la eterna existencia del dolor, quebrando su vida como la copa de una libación funeraria!

En aquella noche de sábado, de embriaguez y de concupiscencia, el fruto mortífero había madurado en el corazón del suicida, y había ido a llevarlo allí, entre las copas y los cantos. Unos vagabundos referían cómo había sido: había entrado, había pedido unas copas, y de pie, en el mostrador, entre los grupos de bebedores y de rameras, se había disparado un tiro en el pecho. Por un momento habían cesado los cantos y los gritos; dos muchachos del establecimiento se habían apresurado a sacar el cadáver, y a rastras, luchando con la extraordinaria pesadez de la muerte, le habían llevado no lejos del farol, y allí le habían dejado, mientras corrían a buscar un coche, para conducirlo a la Casa de Socorro, como a un accidentado o como a un hombre ebrio, simplemente necesitado del amoníaco.

Y allí estaba el cadáver del infortunado hermano, sobre el suelo, no lejos de la taberna, tras cuyas puertas, cerradas por temor a la justicia, continuaba un poco atenuado, el estruendo sabático. Allí estaba sobre el suelo, y la multitud le rodeaba y él estaba en medio de ella, como un panal maduro en una colmena hendida; y en torno de él, todos anhelantes, parecían saborear la acidez de un fruto

acerbo y estaban impasibles sobre él como abejas pesadas, nutriéndose de su espanto y de su misterio. Y en silencio los más, parecían medir la profundidad de su misterio, como hacen los que se inclinan sobre las cisternas. Y en medio de ellos, él estaba allí mudo e indiferente como un simulacro, como un símbolo, con ese aspecto de pelele que un minuto de muerte da a los seres vivos y reales. Y en un momento, se había hecho ya remoto y falso como una parábola.

Era el suicida un hombre vulgar, decentemente vestido y parecía amortajado definitivamente bajo este tópico. Por entre los pies de los que le rodeaban, se veían sus pies y su cabeza rígida, entrelarga, maravillosamente alargada en un momento por la muerte, semejante a las de esos fetos que se extraen con los forceps. Cerca de él había rodado su sombrero, un sombrero negro, abollado como una cara flagelada, enormemente amargo e inútil, como una cáscara que conserva el molde del fruto. Y esto era todo lo que se veía de él tras de la gente que le ocultaba; y en torno de él la multitud se aglomeraba como las moscas, sobre las tartas.

Los mozos habían ido a buscar un coche, y mientras volvían, en los grupos se comentaba aquella oficiosidad. Era evidente que se trataba de mixtificar lo ocurrido, por temor de los daños que una desgracia semejante podría traer a un establecimiento alegre. Se quería trasladar al muerto a la Casa de Socorro y hacer creer que había fallecido

en el trayecto, y algunas personas protestaban. Se hablaba del respeto que merece el cadáver, presa reservada al juez de guardia, que nadie sino él debe tocar, y se acusaban unos a otros de falta de valor cívico por tolerar tal atropello. Un señor, de aire trivial, vestido de claro, se inclinó sobre el muerto, y después de tomarle los pulsos, declaró que estaba muerto, y las protestas se repitieron. Y entretanto el cadáver seguía allí, indiferente a todo, como una parábola nocturna, y como una ofrenda profundísima, para los que rondan en la noche a caza de presas y para las cortesanas del sábado, que buscan un amante fácil. Y más de un borracho del sábado estuvo a punto de enredar sus pies entre los pies del muerto, y los coches, que llevaban una carga alegre a los colmados, hacían un cerco en torno a él, porque un cadáver en la noche, es semejante a una trampa para las raposas desveladas.

Mientras llegaban los mozos con el coche, el sereno de la calle, un anciano sólido y recio, semejante a una tosca simulación milenaria, se acercó a custodiar el cadáver, y de pie, junto a él, con su farol pendiente del largo lanzón, tenía el aspecto de los que en las eras preservan de las aves algún fruto ópimo. Y a la luz del farol pudo verse entonces el cadáver, en toda su madurez amarilla, como un fruto sazonal de espanto: y los que estaban allí agrupados percibieron entonces toda su terrible significación y tenían los ojos fijos en él como

un espejo, y de tal manera se saturaban de su horror, que sus labios se torcían como los de aquéllos que han saboreado un licor demasiado fuerte. Y algunos que acaso una vez habían acariciado culpablemente propósitos suicidas, las cortesanas, hartas de correr por la pista del pecado y los tenebrosos vagabundos, parecían tener sobre sus espaldas, como un castigo, el espantoso simulacro.

Aquel cadáver yacente, alumbrado por un farol, era una advertencia tan fuerte en medio de la noche, que al cabo su presencia empezó a hacerse incómoda a la gente y murmuraban ya de él, y los pasajeros de la calle, los hombres alegres del sábado que llegaban, atraídos por la luz del custodio hacia aquella amarga presa, en espera de algo más dulce, como un tonel desventrado, o una mujer desmayada, protestaban malhumorados de aquel encuentro que les amargaba su alegría. Y todos los que en el primer momento habían prodigado su compasión al suicida, ahora ya hablaban enojados contra él, porque en la profundidad de la noche, aquel hosco cadáver empezaba a ser un inquietante misterio. Y en las palabras de la gente había algo de rencor contra aquel hombre que había querido con su muerte tornar opacas las antorchas del sábado.

Al cabo llegó el coche y la multitud respiró aliviada. Venía el cochero jugando la fusta alegremente, y ofrecía su coche al cadáver con jovialidad mercenaria. ¡Bien vas a cargar!—le dijo un

compañero, y él sonrió con cinismo. Estas palabras comunicaron su jovialidad a la multitud que se dispuso a presenciar con cierta mordacidad el trabajoso embarque del difunto. ¡Oh, cómo fué difícil! Habían traído una silla de la taberna próxima y sobre ella le sentaron; y tenía sobre ella, rígido y vestido, el aspecto siniestro y grotesco de un ajusticiado. Le habían cubierto la cabeza, rotunda como una cucurbitácea con el hongo abollado, y este detalle daba a su figura una apariencia innoble y repulsiva, como la de los borrachos que han ido a rodar al suelo. Más de una vez su cuerpo rígido se escurrió de la silla y más de una vez el hongo negro cayó, de su inerte cabeza, hacia el arroyo y volvió a ella más abollado y más sucio, hasta que al fin se lo pusieron sobre la rodilla como otra cabeza más. Por último, entre los mozos y el sereno, cogiéndole cada uno por un brazo, lograron mantenerle erguido sobre la silla, y con la cabeza suspendida sobre el respaldo, tenía la gracia doliente de los árboles en espaldera.

El resto de la operación se hizo ya ante la franca mordacidad del público, que la presenciaba como si se tratase de izar un piano por un balcón. Toda piedad había ya desaparecido, y la multitud, congregada, observaba ahora todo lo ridículo del cadáver trasnochador, sorprendido en medio de la noche, sin vida entre los vivientes, semejante a un beodo que ha perdido su camisa. Aparecía ahora como un infractor, como un culpable, el hombre

que se había quitado a sí mismo la vida, y las mujeres viejas, que tenían callos en las manos como los hombres, y habían sufrido muchas veces los dolores de la maternidad, y los vagabundos entenebrecidos, cuyas bocas estaban negras por toda clase de manjares repulsivos, contemplaban con una alegría maligna el aspecto visible del hombre que había esquivado la amargura de la vida, y en torno de él se agitaban zumbones como aldeanos que han descubierto una raposa henchida de miel. Así miraban al cadáver hallado en medio de la noche como en un escondite, tosco, siniestro y ridículo, semejante a un dormilón que se despierta de improviso, y gozaban como una consolación para su vida atormentada el sello de ridículo con que la muerte clandestina y culpable le había marcado.

Y reían, libres ya de todo miedo, robustecidos por la última lección del cadáver, mientras los mozos y el sereno lo colocaban en el interior del coche, con el cuidado con que se acomoda una garrafa llena de licor, y doblaban sus pies rígidos y erguían su cabeza maleable. Y las viejas alcahuetas, y las jóvenes cortesanas, lanzaban epigramas al cadáver, tales como flechas a un odre, entrometiéndose entre los hombres para hacerles sentir la tentación de su carne y obligarles a reír, bajo sus bigotes. Y los faunos reían, reían y torcían los ojos y el espinazo hacia los frescos senos, y las manzanas de oro de la vida volvían a madurar, más preciosas que nunca, sobre el yermo negro de la muer-

te. Y todos, cortesanas de frescos senos, borrachos del sábado y vagabundos elípticos, parecían reunirse para zaherir en nombre de su torpeza o de su vino, al hombre que había querido esquivar definitivamente sus fiestas. El embarque del cadáver terminó entre las risas francas de la multitud que, estupefacta al principio, empezaba ya a hormiguesear en la calle oscura, movida de sus instintos torpes, como moscas en una llaga. Y cuando la fúnebre carroza arrancó, con briosos chasquidos de fusta, del fondo de aquella calle de tabernas y mancebías, cualquiera lo habría tomado por uno de aquellos alegres coches cargados de torpeza y de embriaguez, que tantas veces salían de ella para continuar más adelante una noche de sábado. Y la gente reía, pensando en el alegre compañero que el médico de guardia iba a tener aquella noche de sábado en la cama de hierro de la clínica hasta que alborease la mañana.

Así, escoltado por las risas de los vivos, marchó el macabro coche, llevando al muerto sostenido por los mozos y el sereno, que había afianzado su lanzón en el estribo, y al galope inseguro de sus pobres corceles, marchaba tambaleándose como un coche de fiesta. La mueca de la muerte se borró en un instante y las tabernas de la calle volvieron a abrir nuevamente sus puertas a los bebedores del sábado y las cortesanas volvieron a ofrecer a los pasajeros sus senos como bandejas.

Pero... en la alta noche, cuando todo se reposa

y se fija en los negros espejos, un siniestro misterio hizo vagar largamente en torno a la fatal encrucijada a los perros de la luna y a los vagabundos, cuyo olfato es tan fino como el de los canes.

El cáncer y mi juventud

¿Cuántos años seguidos he visto yo, siempre en el mismo sitio, sosteniendo con el costado alguna esquina estratégica, tal esos santos tutelares que sostienen una torre o un convento por ellos fundado, siempre en acecho de un protector efímero, a ese hombre de la nariz cancerosa? Antes conservaba su nariz, su nariz entera como un trofeo intacto, aunque recubierta ya por un tafetán encarnado, de ese rojo alegre y vivo de los paraguas. Pero ahora ya apenas si en su rostro queda un vestigio del atributo ciranESCO; y el tafetán, negro ahora, como si el rojo juvenil y jovial fuera ya un rosicler inoportuno, se le hunde cada vez más adentro, marcando en su cara la sombra de una sima. Esta tarde le he visto, siempre en su esquina estratégica, e involuntariamente, ante aquel vestigio que se extingue, como ante una belleza familiar que desaparece, he hecho el terrible cálculo temporal. ¿Cuántos años seguidos he visto yo a a este hombre del cáncer, desde la era del tafetán rojo a la del tafetán enlutado? ¿Diez, acaso quince? Sí, durante toda una juventud le he visto un día y otro,

siempre en su esquina y en su actitud de acecho, mostrando a las miradas, como un ex voto tierno y suntuoso, esa pobre nariz más lenta en derretirse que un incienso.

Yo era joven entonces, aún no había sido amado, aún no me había llenado de recuerdos. Y él tenía ya su cáncer, que era entonces todavía un cáncer juvenil, más bien pueril, pues aún no se le daba claramente su nombre terrible y era sólo un pretexto para lucir ese parche rosado y una vaga aprensión para enternecer a las almas compasivas. Quince años ha necesitado, quince años lentos, medidos por las horas de todos los relojes, ha necesitado ese cáncer, entonces incipiente, para desarrollarse en toda su pavorosa voracidad, para roer poco a poco como un mendrugo desabrido, esa nariz humana, tan fácilmente mensurable. Quince años de esperanzas y ensueños y temores y sobresaltos. Quince años, durante los cuales han florecido treinta veces las rosas, y millares de veces se han encendido y extinguido las lámparas nupciales, y locomotoras de largo aliento se han cansado de recorrer el mundo. Quince años, durante los cuales yo he dejado de ser enteramente joven.

Longevidad terrible, no alcanzada aún por muchas vidas humanas, y a la que mi juventud no ha sobrevivido. Contemplando ahora ese tafetán negro, indicio ya y vestigio, tal ese farolillo apagado junto a una zanja, mil recuerdos antiguos vienen a mí, como si anidados en esa nariz consumida se le-

ventajas de pronto para buscar albergue más seguro. Y todos ellos se compendian en el terrible pensamiento de que mi juventud no sólo fué medida por el hilo de oro de los relojes de ocho rubíes, ni por la cera derretible y primaveral, tal un témpano deshelado, de los candelabros votivos, ni por el corazón de una amada prematuramente mortal, ni por el simultáneo y cruento despertar de las entrañas de las vírgenes, sino que también lo fué por el lento laborar, ya irreparable, de ese cáncer, anidado en una nariz humana. Y, ¡cosa sorprendente al descubrirla de pronto! Entre las cosas bellas o simplemente altas o sólo cotidianas, cuyo recuerdo perdurará siempre marcando la fecha y el lugar de una juventud desvanecida, que prontamente se hace inverosímil; entre las torres eclesiásticas, con cimeras de estrellas—tal un ciprés nocturno—, y las estatuas erguidas de dioses antiguos y desnudos y las rosas nuevas vislumbradas al paso, esa nariz, cubierta por un tafetán sonrosado, perdura á también magnífico y pavoroso trofeo, de horror atenuado por un rosicler benigno, comparable al de las casas nuevas en la noche.

Siempre será cierto que mi juventud fué medida por la labor despiadada y magnífica de un cáncer y que entre las cosas bellas y preciadas que ella consumió con voracidad divina, tan sólo hoy lamentable, juntamente con la guedeja cercenada de la cabeza de una muerta, podría figurar esa nariz evaporada; pensamiento de una grandeza intolerable,

por el cual esa nariz sería una ofrenda más que me hizo el destino, una ofrenda más preciosa que todas las demás, y mi juventud sería magnificada soberbia y espléndidamente por ella, de un modo antiguo y bárbaro, como lo es cada día mi integridad por los brazos mutilados que me tienden los mendigos, mi supervivencia por los ataúdes de las dos de la tarde y mi última belleza por las miradas atónitas y suplicantes que me dirigen las ciegas, mostrándome un platillo de cobre para que en él deposite mis ojos. Pensamiento de una grandeza demasiado espléndida para no ser dioses, que me agobia como una tiara demasiado pesada, y al mismo tiempo me halaga y aterra, hoy ha hecho que todas mis vísceras palpiten, al presentir con pavorosa evidencia, que ese cáncer podría ser—y lo es sin duda—no menos que ramos de rosas o patenas de empañados oros, la ecuación lírica de mi juventud, hoy ya como esa nariz, enlutada...

R. CANSINOS-ASSENS.

CURIOSIDADES DE HISTORIA LITERARIA

El periodismo francés del siglo XVIII

Se ha dicho por muchos que los franceses, aunque son escépticos, no son tolerantes, y buena prueba de ello la tenemos en la abierta oposición que durante todo el siglo XVIII se manifestó, no sólo entre los *nouvellistes* y los literatos, sino que también entre éstos y los verdaderos periodistas. ¿Quién no recuerda las amargas burlas de Voltaire contra la Prensa de su época? Literatos hubo, y no de los de ideas moderadas, sino de los más tachados de ideas disolventes, que no ya la legitimidad de la Prensa periódica, pero la misma libertad de imprenta pusieron en tela de juicio; y aun algunos, como Rousseau, la negaron de plano y abominaron de sus frutos, como se ve por este pasaje del sofista ginebrino, tomado de su famoso discurso sobre las ciencias y las artes en relación con las

costumbres, y que reza textualmente: «Considerando los desórdenes afrentosos que la imprenta ha causado en Europa ya, y juzgando del porvenir por el progreso que el mal hace uno y otro día, fácil es prever que los soberanos no tardarán en tomarse, para expulsar el terrible arte de sus Estados, tanto cuidado como se han tomado para introducirlo en ellos. El sultán Achmet, cediendo a las importunidades de algunas supuestas personas de gusto, había consentido en establecer una imprenta en Constantinopla; pero no bien la Prensa empezó a producir, la destruyó y lanzó a un pozo sus aparatos. Dícese que el califa Omar, consultado sobre lo que debía hacerse con la biblioteca de Alejandría, respondió en los siguientes términos: *Si los libros de esa biblioteca contienen cosas opuestas al ALCORÁN, son malos y hay que quemarlos; si no contienen más que la doctrina del ALCORÁN, hay que quemarlos también, porque son superfluos.* Nuestros sabios han citado este razonamiento como el colmo de la absurdidad. Poniendo empero, a Gregorio el Grande en lugar de Omar, y al Evangelio en lugar del ALCORÁN; la biblioteca hubiera sido quemada y su incendio acaso constituiría hoy el rasgo más hermoso de la vida de aquel ilustre Pontífice.»

En 1631 no había en Francia más que un periódico semanal, la *Gazette de France*, fundada por Teofrasto Renaudot, y cuyo principal interés radicaba en las noticias referentes a la salud del monarca. En 1665 vió la luz el *Journal des Savants*, y en 1762 aquel *Mercure Galant* tan maltratado por Labruyère en el

capítulo 1 de *Les caractères*; pero se ocupaban exclusivamente de ciencia y de arte. El primer diario, en el recto sentido de la palabra, fué el *Journal de Paris*, cuya publicación se inició en 1777. Ahora bien; no vaya a creerse que el desarrollo de la Prensa (aun de la consagrada únicamente a la literatura) agradaba a los gobernantes, a los poderosos, a las *gens en place*, ni siquiera a las *gens de lettres*, sino muy al contrario. Los literatos más conocidos eran los primeros en protestar contra los periódicos. Voltaire perseguía a los que le atacaban, y la Academia Francesa no podía tolerar que los periodistas y el público se divirtieran a costa de los individuos que la formaban. Cuenta Bordeaux a este propósito que, habiendo publicado el *Journal de Bruxelles* (25 julio 1776) un artículo de Linguet, en el cual éste se burlaba donosamente de la Academia con motivo del ingreso en ella de Laharpe, fueron los inmortales a quejarse al Gobierno, solicitando de él que se prohibiera la entrada en Francia del citado periódico. El Ministerio intervino, y obtuvo que expulsasen a Linguet de la redacción del *Journal*; pero el agudo cronista marchó a Londres, fundó los *Annales Politiques*, y la emprendió nuevamente con la docta Corporación. Nuevamente también los inmortales se quejaron e hicieron gestiones cerca de Amelot, ministro de la Casa Real, y a quien, así como a todo el Gobierno, atacaba Linguet sin temor alguno en su periódico. Los inmortales estaban indignados. *L'administration peut-elle supporter l'introduction en France d'un pareil ouvrage?* Pero esta vez no

lograron el mismo éxito que antes, pues según les manifestó el ministro de la Casa Real, el monarca y su familia no leían más periódicos que el de Linguet, y no era cosa de privarles de ese pasatiempo. En compensación, la Academia obtuvo, en 1783, la supresión del *Journal de Monsieur*, redactado por Geoffroy y el abate Royon, sin otro motivo que el de haber hecho ese periódico, de una de sus sesiones, un poco respetuoso *compte-rendu*.

Los escritores y publicistas del siglo XVIII francés ponían atención a las noticias políticas de correspondencia privada, y no hacían peso de las que el periodismo les remitía; quiero decir, que juzgando por de poco tono las informaciones de los papeles públicos, y dejándolas a la confección de los negociantes o asalariados y a la curiosidad de los ociosos, mostraban tener en menos el escribir en la Prensa; canonizaban a sus redactores de incipientes, y ni aun a su crítica literaria y científica concedían beligerancia. Mientras en Inglaterra los «ensayistas» eran los mejores autores de la época y *The Morning Post* (rival de *The Times* y fundado en 1772) alcanzó, desde sus primeros días, una gran distinción literaria, y en él colaboraron con frecuencia Coleridge, Southey, Young (más tarde Wordsworth y otros literatos ilustres), en Francia el perinclito Montesquieu, en la cviii de sus *Lettres persanes* se burló muy a su sabor de los *journaux* y de los *journalistes*, dirigiéndoles ataques tan insidiosos como a los *nouvellistes*, y cargando la mano precisamente sobre las publicaciones de esa índole que hacían

crítica literaria o científica. Sus palabras son éstas: «Hay una especie de libros que no conocemos en Persia, y que están muy de moda aquí: los periódicos. Al leerlos, siéntese uno lisonjeado en su pereza y satisfecho de poder recorrer treinta volúmenes en un cuarto de hora. En la mayor parte de los libros apenas el autor ha hecho los cumplidos ordinarios, cuando ya los lectores se sienten llegados al extremo de sus apuros, porque él hace entrar en una materia sumergida en medio de un mar de palabras. Éste quiere immortalizarse por un *in-doza*; aquél, por un *in-quarto*; otro, que tiene más vastas inclinaciones, no se contenta con menos que con un *in-folio*, con lo que extiende su asunto en proporción, y lo hace sin piedad y sin tener para nada en cuenta la fatiga del pobre lector, que se desvive por deducir lo que el autor ha cuidado tanto de amplificar. Yo no sé «qué mérito habrá en componer semejantes obras, y no haría tanto, en verdad, aun proponiéndome con plena deliberación arruinar mi salud y a un librero». Y a renglón seguido dice con terrible desenfado: «La sinrazón de los periodistas está en que no hablan más que de los libros nuevos, como si la verdad fuese nueva nunca. Me parece que hasta que un hombre haya leído todos los libros antiguos no tiene ninguna razón para preferir los nuevos. Y si los periodistas se imponen la ley de no hablar más de las obras recién salidas del taller literario, se imponen también la ley de ser enojosos en grado sumo. Se abstienen por sistema de criticar los libros de que dan extractos, y, en efecto: ¿quién

es el hombre lo bastante atrevido para crearse diez o doce enemigos todos los meses? La mayoría de los autores se parecen a los poetas, que sufrirán una tempestad de palos sin quejarse, pero que, poco celosos de sus costillas, lo son en gran manera de sus obras, respecto a las cuales no pueden admitir la menor crítica. Conviene, pues, guardarse mucho de herirles por tan sensible lado. Los periodistas lo saben tan bien, que hacen todo lo contrario: comienzan, pues, por elogiar la materia tratada—primera insulsez—, y de ahí pasan a los elogios del autor, elogios forzados, por cuanto tienen que habérselas con personas de grandes alientos, prestos siempre a hacer valer su razón y a abatir a golpes de pluma a un periodista temerario.»

Así pensaba y así escribía el varón aclamado por la posteridad, excelso oráculo de la ciencia jurídica y gran milagro de su época. De lo que asevera puede inferirse cuánto era el desprecio que los grandes espíritus del siglo XVIII francés sentían por el *journalisme*, cuya vida era casi nula, por lo precaria. Pero, como nota un autor citado anteriormente, si el periodismo apenas existía antes de la Revolución, había, sin embargo, una *opinión pública*, y una opinión pública singularmente poderosa y activa, que vemos manifestarse en el siglo XVII, durante la Fronda, bajo Mazarino, y que sumisa y dócil bajo Luis XIV, levantó la cabeza y murmuró y gritó, y se agitó durante el curso del siglo XVIII, rechazando obras teatrales, libros y hombres; haciendo fracasar la *Phèdre*, de Racine; ele-

vando a las nubes el *Contrat social*, de Rousseau: imponiendo a Nécker. Su rumor, primero sordo y neutralizado, después agudo y radical, se hizo sentir en todos los acontecimientos graves y en todos los vaivenes políticos. A partir de 1789, ella fué la que dirigió, desde el *Palais-Royal*, todos los grandes movimientos revolucionarios, y las jornadas del 5 y 6 de octubre y del 10 de agosto.

Nos encontramos, pues, en la presencia de un hecho indisputable y curiosísimo. El verdadero periodismo político de Francia se propagó oralmente por los *nouvellistes* antes de propagarse en letras de molde, y coexistió por siglo y medio con el empleo de la imprenta en el noticierismo y en todas las manifestaciones de la Prensa, como han coexistido y coexisten el canto y el fonógrafo, la pintura y la fotografía, el buque de vela y el de vapor. ¡Y qué información tan concienzuda era la información aquélla, que seguía paso a paso las noticias y estaba enterada de todos los rumores que, no sólo en Francia, pero en el extranjero, circulaban. Comparadas con ella, las cartas de Madame de Sevigné (que por estar escritas para la galería y pasar de mano en mano han sido designadas como *nouvellisme écrit*) son débiles esbozos de periodismo. El *nouvelliste* era algo más completo y, desde luego, más profesional. El autor de la *Novellomanie* definía al *nouvelliste* como *un homme qui sait tous les jours les plus fraîches nouvelles*.

El gremio de los *nouvellistes*, que en su nacimiento y primera evolución había sido el resultado y el refle-

jo de una *anarquía espontánea*, al decir de Taine, acabó por ser, en el siglo xviii, una *anarquía organizada*. Cada reunión de *nouvellistes* era un *club* al aire libre, y, según la expresión de Young, que los trató de cerca, *chaque heure y produisait sa brochure*. En vísperas de la Revolución el número de *nouvellistes* aumentó con la fermentación de los espíritus, y su punto principal de reunión fué el *Palais-Royal*, donde se preparaba (y nadie ignora por los efectos de qué modo) la opinión pública. No sin motivo se ha notado que esta organización oral de la opinión pública es casi una revelación hoy día para quienes no han profundizado en la erudición de lo consuetudinario. «A medida que el Estado francés se centralizaba (observa Bourdeaux), nadie en provincias se contentaba ya con noticias locales, y ningún parisién se contentaba tampoco con noticias de su barrio. Se dice que la necesidad crea el órgano. Aquella curiosidad insaciable creó los *nouvellistes*, que comprendieron la necesidad de la información e hicieron de ella un oficio, bien que, más curiosos que sus mismos clientes, este oficio no les resultaba lucrativo, sino costoso. En su respeto a la noticia y al público, se constituyeron rápidamente en un cuerpo distinguido. Aquél de entre ellos que daba una noticia falsa se hallaba obligado a desmentirla y hacer el sacrificio de su amor propio... ejemplo que nuestros periódicos están muy lejos de haber seguido». El mismo autor llama la atención sobre lo singular y extraño de aquella organización informativa de gaceta ambulante, cuya fuerza llegó a ser tal,

que el Gobierno enviaba agentes a los lugares públicos (jardines y cafés) en que los *nouvellistes* se reunían. Había *nouvellistes policiers* que relataban los *propos entendus*, y *nouvellistes officiels* que acreditaban las informaciones del Ministerio. El *nouvelliste* tenía sus emisarios en el extranjero, sus corresponsales en provincias, sus afiliados en la corte, en los Ministerios, en las Embajadas. No de otro modo las agencias o los enviados especiales comunican en nuestros días con sus periódicos. Y el campo de información era tan vasto, que muy pronto los *nouvellistes* se especializaron, y cada uno eligió una rúbrica. E insistieron en los *nouvellistes d'Etat*, que en nuestros días serían los periódicos políticos más considerables y buscados, porque refrenan la paz o la guerra. A su lado, los *nouvellistes, du Parnasse* regentaban la república de las letras divulgaban noticias necrológicas sobre los grandes escritores, y decidían por anticipado las elecciones académicas. Los críticos dramáticos de nuestros periódicos eran entonces los *nouvellistes dramatises*, llamados por Gresset *chenilles de théâtre*, y que entonces como hoy se apasionaban por tal actriz contra tal otra, porque *Paris a toujours traité paternellement ses cabotins*: ¡hubo entre ellos alguno que declaró admitir la Opera, a condición de que en la Opera no se cantase!... Podrían todavía nombrarse los *nouvellistes militaires* (que eran abates o viejos soldados, generalmente), encargados de explicar sobre la arena los planes de campaña; los *nouvellistes voyageurs*, que informaban sobre los países remotos; finalmente los *nouvellistes*

turlupins, que tenían a su cargo las buenas palabras y los subterfugios, porque aquéllos periodos orales ni aun estaban desprovistos de la *nouvelle à la main*.

EDUARDO GONZÁLEZ-BLANCO.

SEFARD

Letras hispanoisraelitas.

UN POEMA INTERESANTE.—LAS EDADES DEL HOMBRE.
BEN ADAMAH

En la página 344 de su *Antología de poetas líricos castellanos*, publicó D. Marcelino Menéndez y Pelayo un curioso poema titulado *Las edades del hombre*, tomado del acervo de la poesía popular judeo-española de las comunidades sefarditas de Turquía.

El poema, en la forma en que lo reprodujo el ilustre polígrafo, es como sigue:

«Las edades del hombre.

Cantar quero una farsa
que nos sea por membranza
contar todo lo que pasa
por la cabeza del hombre.

Desde que nace el chico
hasta años cuatro o cinco
como se crea el pollico,
así se crea el hombre.

¡Quién lo abraza y quién lo besa,
alegría de la mesa:
cuando a hablar ya se envesa
de verlo se gusta el hombre!

En los brazos de su padre
y en los pechos de su madre,
como la rosa que se abre
así asemeja el hombre.

Dicen, ¡si veráis su gracia,
cual os sea la ganancia!
Ni en Venecia ni en Francia
no lo vido ningún hombre.

Cuando tiene los diez años,
todos sus hechos son daños,
de destruir y romper paños
que nos abastece el hombre.

Lo que quiere habla y dice,
y no hay quien le avise,
dicen: tendrá años quince,
de suyo se hace el hombre.

Cuando ya va por los veinte,
se hace un león fuerte.
En casar su tino mete
por entrar en cuenta de hombre.

Ya casó como podía,
alcanzó lo que quería,
Esto es toda su alegría,
que ha de alegrarse el hombre.

Antes que pase la añada,
la mujer le queda preñada;
si son dos (de) una entrada,
malo lo escampa el hombre.

Y va todo (lleno) de dolores,
huindo de los deudores;
se le perde las colores
de la cara del hombre.

Se quema como la brasa,
empeza a vender la casa;
de aquí empieza la causa
de atemarse el hombre.

Huie (*) en aquel instante,
le demanda casa aparte,
aquí empieza el combáte
de la mujer con el hombre.

(*) Acaso en vez de Huie deba leerse mujer.

Cuidados por muchas bandas,
empezan con las demandas;
halébis (*), puntas y randas
que lo destruyen al hombre.

Cuando tiene los cincuenta,
tiene dolores sin cuenta,
la vejez que lo apreta
y gobiernos del hombre.

De sesenta ya empieza
a trócarle la fuerza;
ya tiene el pié en la fuesa:
¿Qué espera más el hombre?

De setenta, como loco,
todos lo toman en poco.
Se le afloquece el meollo
de la cabeza del hombre.

Se le deblan los ochenta,
se le nublan los ojos,
empeza a buscar anteojos
para atinar al hombre.

Cuando tiene los ochenta,
en un cantón se asenta,
de nada le hacen cuenta,
ni lo cuentan por más hombre.

(*) Trajes, palabra hebraica.

Los noventa ni enmento,
ni en cuenta os los meto;
ya se conta como muerto,
no se conta más por hombre.

Si todo esto sabemos,
¿En qué nos lo contenemos?
si en riqueza, diremos
no lo escapa al hombre.

Quien quiere escapar de penas
haga bien con manos llenas:
texubá (*) y hechas buenas
es lo que escapan al hombre.

Y todo esto no cabe
en hombre que ya sabe:
cuanto más viejo, más sabe,
cuanto más viejo, más hombre.

Cuanto más se envejece,
más y más en *sejel* (**) crece,
de ver sus caras parece
malajim (***) en forma de hombre.

No os rabéis tan presto,

(*) Gloria, palabra hebraica.

(**) Sabiduría, palabra heb. a.

(***) Reyes, palabra hebraica.

porque, hablo deshonesto:
por mí hablo todo esto,
no lo dije por ningún hombre.»

El Sr. Menéndez y Pelayo apostillaba la reproducción de este poema con la siguiente nota:

«Esta composición humorística es, seguramente, muy moderna e indica la triste decadencia a que ha llegado la musa judaicocastellana en las comunidades de Turquía. Parece que de estos versos, con chistes como de almanaques, se componen allí bastantes.»

El gran erudito ignoraba sin duda que los versos por él transcritos son traducción de un original hebraico que se incluye, por lo general, en todos los libros de *Kippur* del rito sefardi, y se canta en las sinagogas entre el *musaf* y la *minha*. Este poema original, de autor desconocido, lejos de ser una obra de decadencia como indica el Sr. Menéndez y Pelayo refiriéndose, sin saberlo, a su traducción, es un dechado de inspiración y de métrica, tanto que, por esto y por la fecha probable de su elaboración (1020-1070), ha sido atribuido por algunos eruditos israelitas al príncipe de los poetas judeo-españoles, a Ben Gabirol.

De este parecer es el poeta y erudito lusitano José Benoliel, que ha hecho del original hebraico la siguiente primorosa y fiel versión castellana:

Edades de hombre.

Tenga el hombre presente que ha venido
Del polvo, como cuanto vida encierra:
Que al fin al fin, en tierra es convertido
Todo aquello que viene de la tierra.

I

¡Vive y prospera! dicen al infante
Que el primer lustro alcanza, ya entre risas
Creciendo, como crece el rutilante
Sol matutino entre olorosas brisas;

Ya plácido durmiendo en dulce sueño
Sobre el túrgido pecho de su madre;
Ya travieso, llorando, o ya risueño,
Caballero en el cuello de su padre.

II

Al yugo abrumador de la doctrina
¿Por qué obligar el niño de diez años?
De prisa, ¡ay! bien de prisa la mohina
Ciencia vendrá del mundo y sus engaños.

Habladle con cariño y con dulzura,
Que amor con el castigo reconcilia;
Pues sólo hay en el mundo una ventura:
la que el niño disfruta en su familia.

III

¡Qué días de deleite y de poesía
Los del joven que veinte primaveras
Hacen ágil de cuerpo y fantasía
Más que el corzo que salta en las praderas!

Ni a consejos atiende de censores,
Ni le prenden razones en sus lazos;
Cadenas, sólo encuentra, aunque de flores,
De casta virgen en los tiernos brazos.

IV

A los treinta, en las redes cae luego,
Que femeninas manos le han armado;
Pues mientras todo le parece un juego,
Se ve, sin saber cómo, ya casado.

Casado y maniatado, sin apresto,
Cual a lluvia desechas, día a día,
A caprichos y gustos se halla expuesto
De la esposa y los hijos a porfía.

V

Activo y resignado, a los cuarenta,
Firme en su puesto, humilde en sus deseos,
Bien o mal, con su suerte se contenta,
Ilusiones dejando y devanéos.

VI

A los cincuenta, con pesar profundo,
Volviendo hacia el pasado tristes ojos,
Nos encuentra en los encantos deste mundo
Sino quimeras, lágrimas y enojos.

VII

Que os diga el que a sesenta inviernos llega,
Como en hielo, se mudan sus ardores.
Como su sangre a circular se niega.
Como achaques le cercan y dolores.

Mezquino es cuanto engendra y miserable,
Ni rama ni raíz echan sus obras:
De la vida en la lid incontrastable
Auxilio no le dan, sino zozobras.

VIII

Si sus años dilata hasta setenta,
Ni oído es su dictamen ni acatado;
Es para amigos carga violenta,
Para sí mismo y para su cayado.

IX

Sin memoria, sin ojos y sin dientes,
Quien a ochenta arrastró su pobre vida,

Escarnio es de vecinos y parientes.
Si vino es hiel, ponzoña es su comida,

X

¿Y después? ¡Ay!, la vida ya no es vida,
La luz del sol se muda en noche oscura,
Y aunque el triste entre vivos aún resida,
Ya abierta ve a sus pies la sepultura.

.....

¡Feliz del que, sin quejas ni protestos,
Haciendo el bien, pasó, como extranjero,
Por este mundo, con los ojos puestos
En el otro más alto y verdadero!

—

Sin compartir en absoluto el juicio, acaso algo aventurado, del Sr. Benoliel, en lo que se refiere a atribuir la paternidad del poema a Ben Gabirol— para eso haría falta una exégesis más minuciosa y una aportación de datos más precisa y convincente, si puede cualquiera apreciar—, cuánto dista la traducción que D. Marcelino Menéndez y Pelayo, tomó erróneamente por original del verdadero poema hebreico, digno en realidad, de ser atribuido a un gran poeta, y situado en un siglo de oro.

R. CANSINOS-ASSENS.

CUENTOS ESPAÑOLES

El barbero de Uralde.

El barbero de Uralde, durante las horas en que no tenía clientes a quienes afeitar o cortar el pelo, hacía suelas de alpargatas y pensaba. Es que el barbero de Uralde no era un barbero cualquiera, pues, según decía él, era nada menos que la primera imaginación del pueblo; como es natural, teniendo semejante imaginación, no podía pensar en cosas chiquitas, había de pensar por fuerza en cosas grandes. Su idea principal, quizá su única idea, consistía en que el pueblo debía levantarle una estatua en la calle Mayor, vestido con la blusa blanca que se ponía los domingos a la mañana y con una navaja de afeitar en la mano. Esta peregrina idea danzó en la succulenta imaginación del barbero durante muchos meses, durante muchos años quizá y quizá, quizá siempre; pero él, definición integral del hombre ecuánime y sensato, no se la comunicó a nadie, ni al más fiel de los parroquianos. Pero un

año, al llegar las elecciones a concejales, sacaron mayoría sus amigos los republicanos, y entonces creyó él que era la ocasión propicia para hacer pública su pretensión, y dispuesto a ello, una noche, después de que tomaron posesión sus correligionarios, se presentó en mi casa. Yo, al verlo entrar, lo único que se me ocurrió, fué decirle que no tenía callos, ni que necesitaba afeitarme, y él se ofendió un tanto, y con tono grave me dijo que no venía a verme como profesional del sobo del cabello; le traía un asunto transcendental para los intereses del pueblo.

Se sentó, encendió un cigarrillo y me comunicó su idea, la peregrina idea de la estatua. Luego me miró temeroso y me pidió parecer.

La idea del barbero me entusiasmó, me pareció muy lógica, muy sensata. Salamanca tiene una estatua a Fray Luis de León; Zaragoza tiene otra a los Mártires de la Independencia; en Guetaria hay una al navegante Elcano, y en Uralde no hay estatua ninguna, y esto no debe consentirlo un pueblo de la altura de Uralde. ¿Qué dirán los forasteros al ver que no tenemos estatua ninguna?—le dije yo—. No, no, en Uralde necesitamos una estatua, y como eres tú el primero que ha pensado en esto, tú debes ser el de la estatua.

Él sonrió satisfecho, y me aseguró que me afeitaria gratuitamente en lo sucesivo.

Unos días después presentamos en el Ayuntamiento un escrito firmado por el barbero y yo soli-

citando que le levantasen una estatua. Los republicanos, en vista de que la instancia estaba firmada por el barbero y yo, que somos los fundadores del Casino republicano del pueblo, no se atrevieron a oponerse; pero los carlistas empezaron a gritar llamándonos locos; mi amigo se asustó, pero yo me encaré con ellos y les dije que no accedían porque eran unos reaccionarios, y la estatua significa progreso. Los republicanos que se enteraron de que la estatua significaba progreso, se pusieron a discutir a mi favor, y en dos o tres sesiones borrascosas les convencimos que Uralde necesitaba una estatua. Los carlistas transigieron, pero con una condición, y era que le hiciesen la estatua sin navaja en la mano, porque como toda la comarca sabía que el barbero era republicano, al verlo con una navaja creerían que estaba desafiando a los carlistas y esto no podían consentirlo ellos. Aquí transigimos nosotros; los carlistas tenían razón; lo de la navaja en la mano era desafiarlos, y en vista de ello, decidimos que en vez de una navaja tuviese una brocha de jabonar.

Y la estatua se hizo.

* * *

La estatua ha sido la perdición de Uralde. Desde que se hizo, el barbero no quería trabajar y tenía razón. Cómo un hombre, todo un hombre que tiene una estatua en la calle Mayor, va a cortar los callos a un tendero. Sería una falta de consideración

para el mármol, y los barberos son gente muy considerada. Pero lo grave, lo insólito del caso, era que en Uralde no había más que un barbero y no quería trabajar. Y, por lo tanto, todos los vecinos tuvimos que dejarnos la barba y unas melenas tan largas como quisieron crecer. Por si esto fuera poco, nos atacó una epidemia de callos y de juanetes que tuvimos que arrastrar durante mucho tiempo y salir a la calle con zapatillas aunque lloviese.

Como el barbero no trabajaba, no podía comer, y como no era cosa de que se muriese de hambre, el Ayuntamiento tuvo que señalarle una pensión para que pudiese vivir con esplendidez, pues un hombre que tiene una estatua no puede desenvolverse en la modestia. Los vecinos aguantamos pacíficamente esta nueva carga municipal, mientras seguían creciendo nuestras barbas y nuestras melenas, y el formidable imaginador y detestable barbero continuaba fumando y bebiendo sin dejar de comer a cuenta nuestra.

Por todas estas extravagancias, Uralde adquirió cierto prestigio de cosa rara en Norte-América, y los americanos, ávidos de conocer cosas extrañas, venían en fantásticas peregrinaciones a conocernos, a estrechar la mano del barbero, a contemplarnos a nosotros con barbas y melenas, cual si fuésemos bichos raros sin domesticar. Nos hacían fotografías y hasta películas, y las grandes revistas norteamericanas publicaban curiosas informaciones sobre Uralde y sus habitantes, acompañadas de

multitud de fotografías. ¡Aquello era una pesada broma internacional!

Con una de estas extrañas peregrinaciones llegó un americano muy pintoresco, muy simpático y muy rico, al que hizo mucha gracia la peregrina idea del barbero con todas sus consecuencias. El americano estuvo mucho tiempo entre nosotros y cada cuarto de hora nos sacaba una fotografía y nos regalaba puros de sortija y nos emborrachaba con whisky. En una palabra, que se reía de nosotros. Pero, por fin, tuvo que marcharse, y al despedirse le dijo al barbero:

—Usted ser un barbero muy castizo.

Y tan castizo le pareció, que se lo llevó consigo. Como Uralde no podía estar sin barbero, pues, por decoro, aunque fuese de los que no trabajaban como el anterior, necesitábamos uno, y el americano, muy complaciente, nos prometió que tan pronto como llegase a su tierra nos enviaría un paisano suyo.

Pasó el tiempo, y una tarde llegó el barbero americano. Era un señor muy alto, que cortaba el pelo y afeitaba con unas máquinas de poleas y de fuerza eléctrica como las que hay en San Sebastián para cocer pan. En un principio tuvimos miedo, pero luego nos acostumbramos y nos hicimos clientes del barbero, y este gesto de valentía tuvo un desenlace grotesco, pues, como no nos entendía lo que le decíamos, cuando íbamos a cortarnos el pelo nos afeitaba y a la inversa. Y un día, cansa-

dos de las bromas del propietario de la fábrica de cortar el cabello, lo ahorcamos colgado del cuello de la estatua, y luego cogimos a la estatua y al ahorcado y los tiramos al mar.

Al día siguiente tragimos un barbero de Zunroaya, que cortaba el pelo como Dios manda, y aunque no era tan buen barbero como el de la estatua, en cambio tenía menos imaginación.

M. CIRIQUIAIN GAIZTARRO.

LOS INÚTILES

En mi casa teníamos un gato grande, blanco, viejo. Lo había traído mi hermanito, y por no disgustarle, lo estuvimos manteniendo por algún tiempo. Pero era un gato feo, antipático, inútil. No servía para limpiar la casa de ratones, al contrario, la ensuciaba constantemente con sus orines y excrementos. Porque para él *no había clases*, ni cortesía, ni distingos. En los dormitorios, en el despacho, en el comedor, en la sala de recibir, en todas partes, hacía el indiferente y cínico sus aguas menores, y lo que es peor, *mayores*, cuando sentía necesidad de ello. Y no fueron bastante a impedirse los gritos, y aun los palos que le propinaba la criada mientras, enfurecida, barría las inmundicias. ¡Gato más sucio! Además, no comía casi nada, pues era harto remilgado en su yantar, y no se dejaba acariciar de nadie sin gruñir ni arañarle. Por ello todos fuimos poco a poco odiándole, hasta desearle mal, incluso mi pequeño hermano que lo trajo. Y el pobre animal, presintiendo quizá esta malquerencia gene-

ral, iba siempre por los rincones, asustado, solo, como un amargado.

Hasta que un día, casi «en consejo de familia», durante la comida, se acordó, *por unanimidad*, deshacerse del felino. Y aquella misma noche se cogió, se lió en un saco y se le dejó abandonado en las afueras de la ciudad. ¿Qué sería de él? ¿Quién sabe! Tal vez pereciera, o tal vez tuviera vida errante, de aventurero, de golfo...

Pero he visto siempre en tal hecho algo así como un símbolo, una indicación de lo que en la vida se debía hacer con individuos semejantes al gato de mi anécdota, mejor dicho, de lo que se hizo y se hará. Grecia mataba a los niños que nacían enclenques, débiles y raquíticos. Así depuró y perfeccionó su raza, y estuvo muy cerca de realizar el admirable ideal de fuerza y de belleza que la animaba. Ello resultaba un poco, quizá demasiado, cruel, mas preciso y justo. ¿Por qué no se repite hoy?

¡Tantos infelices inútiles como hacen una vida triste y aciaga, de continuo sufrimiento, y que, además, molestan, perjudican grandemente a quienes han de convivir con ellos y son causa de retrocesos y degeneraciones sociales! Son los fracasados, son los vagos, son los enfermos, son los de naturaleza y complexión insuficientes...

Pensad un poco en su interior y amargo sufrimiento al considerarse impotentes para emprender ninguna obra útil, productiva; pensad también en la esterilidad de sus vidas, que, al no hacer nada progresivo,

constituyen una rémora, un obstáculo formidable para toda bondad y para todo ideal; y pensad también en que este escepticismo y pesimismo abrumadores que ellos padecen, los extienden sobre los demás, sobre los sanos, sobre los fuertes, que sólo optimismo, entusiasmo y fe deben tener, que deben sonreír a la vida y disfrutar de ella y hacerla más grata con sus producciones, con sus alegrías... ¿Cómo desear que todo ello pueda seguir ocurriendo, sin recurrir, para cortarlo, a remedios crueles, pero enérgicos y definitivos?

Hace algún tiempo— era en los tiempos *d'avant la guerre*—se planteaba en un emocionante e intenso drama francés este problema tremendo: Cuando un enfermo, herido de muerte, atacado de incurable enfermedad, harto de sufrir pida al médico un veneno que acabe de una vez con la dolencia y con su ya inútil vida, ¿debe aquél acceder a tal deseo? Y hay quien contesta afirmativamente...

Análogo a éste, pero más grave, es el hecho general a que yo me refiero. Porque no se trata ya de un enfermo sólo, aislado, que no perjudica grandemente, sino que son muchos, muchos enfermos que van contagiando a los demás y sembrando a su alrededor, cual metélicos miasmas, desolación, amargura, abatimiento...; más aún: que recavan y crean seres más infelices y más degenerados que ellos todavía. Y así va empobreciéndose y debilitándose cada vez más la raza. Y así la vida, siendo la misma, parece cada vez más negra, más desagradable y más odiosa. Y en este caso,

por muy duro que sea el decirlo, yo creo que no son ellos, ciertamente, quienes deben pedir la muerte, sino que es el médico, ¡es la sociedad quienes—para seguridad de todos y depuración de la raza—deben eliminarlos de grado o por fuerza!...

El doctor Madrazo, en un notabilísimo y valiente artículo, pedía que en los matrimonios presidieran ya como hoy, sólo el interés y la conveniencia, sino la salud y la belleza únicamente. Y ese gran literato que se llama Rafael López de Haro, quiere que los hijos lo sean del placer sano y fuerte. Y es cierto; hijos del placer sensual, naturalmente, pero normal y digno de dos seres que se aman y que son bellos y sanos; no del placer libidinoso y sucio de quienes, llenos de lacras y de miseria buscan en él, no una espiritual satisfacción, sino sensaciones nuevas y deleites execrables...

Pero esto no basta. Se precisa más aún, la total expulsión de los inútiles, de los perjudiciales. Y de este modo el tipo humano se irá perfeccionando más cada vez.

Porque—y volviendo al hecho que al principio relataba—, así como al echar al gato de casa ésta quedó limpia, alegre y tranquila, al extirpar a los degenerados la Humanidad resultará más alegre, más sana, más perfecta...

¿Que es duro, cruel, doloroso y trágico? Bien, es cierto; pero ya Grecia, la divina y admirable, nos dió el ejemplo que hoy muchos tratan de imitar...

ALFREDO JARA URBANO.

POETAS HISPANOAMERICANOS

Lamentación.

¡Oh, la belleza azul de mi Montaña!
El Ande inmoble de frontón severo,
la eucarística albura del nevero
que casi en oro cenital se baña!

El noble lustro de la antigua hazaña,
el claro timbre del solar austero,
y el recuerdo infantil con su reguero
de perlas puras que el dolor no empaña!

Amor filial que en ápices superbos
mira el hechizo del natal miraje.
¡Y los pesares en el alma acervos

de no poder ajusticiar su ultraje

al ver graznar señoreados cuervos
en el azul glorioso del paisaje!

HUMBERTO TEJERA.

(Panameño.)

Poemas para instrumentar.

ENTONCES

La vida nacerá de entre las ondas
como la llama brota de tu boca.
Y las cruces que cuelgan del firmamento
girarán como locas

Pon tu frente en la hélice
de mi aprisionamiento

Nuestros dúos sostenidos
volarán escoltándonos
por el iturzaeta pentagrama telefónico

Nuestro parabrisas
se estrellará de faros y de millas
Y al quemar el primer beso
los cohetes de guerra
izarán sus banderas

CRONOS

En el cubo sin fondo
van cayendo una a una
las gotas del péndulo

El péndulo es el pulso de la noche
Y los rosarios ruedan
extrayendo en sus norias
corazones de madre y de novias
He buscado mis llantos
Villanos Me han robado
Como en una bandeja petitoria
deposité mi frente
La luna colegiala
en camisón de dormir
apagó de un soplo los relojes
Y de mi corazón
una
a
una
van
cayendo
todas
las
hojas

CETRERÍA

He aquí que los violines
los insectos
que ganaron la cúspide
se lanzan a volar
Sobre los mares y los cementerios
se inicia una ovación de bofetadas

Mi capitán
resucitan los muertos

El arco iris de risas
flecha sus arpones
a las bandadas de arpegios mensajeros
cogidos de las manos

Los ríos empinados como serpientes geysers
empiezan a trepar por los cohetes
Los delfines acróbatas

agitan sus cabelleras
que se esfuman en nieblas de perfumes

Más allá Más arriba

Las amazonas centrífugas de las ruletas
brindan sus corazones baladores
que se abren en acordes circulares

Montadas a la grupa de los planetas
van a caza de estrellas

Y tú patinadora

sobre mi paralelo

Haz añicos tus valsés sobre el hielo

Alzaremos de un salto

a todo el mar como una trompa épica

Y las esquivas muchachas nadadoras

arrancarán los astros

enterrando sus restos en cenizas de espumas

GERARDO DIEGO

Santander, noviembre 1919.

Un juicio de Rodó sobre Galdós

Una novela de Galdós.

A EDUARDO FERREIRA

La más excelsa de las facultades del artista es la que, haciéndole sólo partícipe, entre los hombres, de un sublime atributo de la Divinidad, le convierte en generador de seres vivos, sobre los que no tiene poder la codiciosa mano de la Naturaleza, y que no han de ser gobernados por otra ley que la que en el instante de la concepción les fija e impone el creador impulso de su albedrío. Arrebatar el fuego sagrado que enciende la llamarada de la vida será siempre la insaciable aspiración, la martirizadora inquietud del arte grande, titán rebelde para quien la Naturaleza, dueña de la vida, desempeña el papel del tirano Júpiter del mito. Si se concede que las almas de artistas componen, dentro de la humanidad, una aristocracia, un patriciado de las

almas, la aristocracia mejor, la superioridad jerárquica entre esas almas, fuerza es reconocerla a las que crean, a aquellas a quienes ha sido concedido el don genial de la invención. Hay las que alcanzan a crear un héroe inmortal, o una acción imperecedera en la que intervienen varios héroes, dotados todos ellos de eterna vida; y hay, por encima de esas, las que vivifican series enteras de ficciones, «multitudes de almas»: las que realizan, con su inmensa obra, un mundo dentro del mundo; aquellas que parecían inspiradas por una sublime envidia de la Naturaleza y de su infinita capacidad creadora.

Comunicar individualidad y ser inextinguible a un alma distinta de la nuestra, en la que no reproduzcamos, al idearla, ni nuestro carácter ni nuestras pasiones, y cuya vida ficticia haya de ser tan palpitante y tan intensa como la de las criaturas de la realidad, y aun, sin llegar a tanto, volcar el alma propia en la envoltura de un héroe imaginado que la perpetúe y la levante sobre la miserable fragilidad de la arcilla de que estamos hechos, como se perpetúa el alma satánica de Byron en sus Corsarios y sus Laras, es ya ser un creador. Pero llamarse Shakespeare, Molière, Walter Scott, Dickens, Balzac, y dar ser y movimiento, con soberano empuje, a una multitud entera, en la que, como en abreviada imagen o compendio del conjunto humano, aparezcan, con todos los caracteres de lo real, las luminosas de la existencia y sus sombras, la virtud y el vicio, el odio y el amor, las pasiones

buenas y las malas, es para mí tan alto y portentoso triunfo, que pienso que el orgullo humano no puede aspirar a una más completa y deslumbradora realidad de la tentación del Paraíso: *Seréis como dioses*, porque dentro de nuestra condición no cabe mejor ni más cumplida manera de crear.

Dos clasificadores laboriosos—Mrs. Cristophe y Cerfberr—penetraron, no ha mucho, en la profundidad de la obra inmensa del creador de *Eugenia Grandet* y *El padre Goriot*, y presentaron luego a los dos mil personajes que tejen la trama de aquella inmortal epopeya de la realidad, cuidadosamente ordenados, estudiados y descritos, como en los diccionarios biográficos de hombres célebres, en un voluminoso *Repertorio de «La Comedia humana»*. Algo semejante se hará en el futuro ordenando la multitud varia y enorme de *Les Rougon Macquart*; algo semejante se ha hecho ya acaso con Dickens; y análoga tarea de clasificación y de estudio realizará algún día la erudición española con ese otro mundo formidable e inmenso de Galdós, que abarca, desde la pintoresca muchedumbre de los *Episodios*, hasta el revuelto mar de la vida contemporánea, palpitante en la cavidad de cien novelas.

¡Mundo verdaderamente inmenso y formidable! Respecto de Galdós, y limitando esta observación a los contemporáneos nuestros, yo sólo me atrevería a señalar en Zola y en Tolstoy (invertid si os place, el orden en que he escrito esos dos nombres, y acaso haréis justicia), ejemplos de una superiori-

dad de fuerza creadora. Y avanzando más, yo no me comprometería a encontrar en la novela contemporánea, nombre que, fuera de esos dos, merezca estar más alto. Es cierto que esta superioridad podría ser victoriosamente impugnada, valga el ejemplo, por los adoradores de Daudet (ídolo mío, aunque no para las ocasiones de las plagarias grandes), en cuanto a la espiritualidad, a la gracia, a la fineza, al hábil arte de contar, a todas esas condiciones que, dentro de la novela española, podríamos llamar *alarconianas*, consagrando de nuevo un calificativo que ya tiene su significación distinta y peculiar en la tradición del viejo teatro; pero para mí es indudable que el arte de Galdós respira en un ambiente más amplio y más abierto que el del autor de *Numa Roumestan*; en un ambiente donde se escucha más cercano aquel soplo de augusta y bienhechora libertad que azota las ásperas cumbres de Cervantes y Shakespeare.—Es cierto, también, que en su filosofía de moralista y de *sociólogo* echará acaso de menos el lector devoto de Tolstoy, la originalidad profunda, la innovadora audacia, el sello personal, la profética intuición de lo distante; pero hay en ella un hermoso sentimiento de amor, un grande instinto de justicia, y hay un criterio constantemente límpidos, un criterio ecuánime y sereno, en el que el *buen sentido* deja de ser vulgar y se convierte en fuente sana y apacible hermosura.—Es cierto, todavía, que fuera vano buscar, en los procedimientos de estilo, la cultura preciosa, el es-

tudio hondo y sutil de los secretos musicales de la expresión, ni de la plasticidad virtual de la palabra; o aquel trabajo de perfección y exactitud que conduce, por ejemplo, a la prosa tersa y transparente de *Madame Bovary* o de *Pepita Jiménez*; pero sería difícil hallar, entre los contemporáneos, quien tuviese más identificado con la esencia de su naturaleza literaria, ese grande arte de la «naturalidad exterior», no concedido a muchos de los más jurados naturalistas; el arte de la grande, humana y conmovedora sencillez, que habla a todos embelleciendo el lenguaje de todos, y que llega a inspirar, aun a los refinados y exquisitos, el envidioso sentimiento de Diógenes, cuando arrojó de sí la copa hermosamente trabajada, viendo al pastor beber el agua en el hueco de su mano.

Y en la grandeza cuantitativa, y en el inmenso efecto de conjunto, de la obra, sólo el maestro de Medán puede reivindicar, sobre Galdós, el primado entre los contemporáneos. Con nunca interrumpido impulso, la ciudad interior de esa estupenda fantasía se puebla de nuevas torres y de nuevas gentes. La fecundidad, que es la más relativa de las cualidades literarias, equivale a la posesión de un don altísimo cuando escribir significa crear. Mediana condición en el viejo Dumas, es maravilla en Balzac y en Dickens. La fecundidad de Galdós es de la alta calidad de la de estos últimos; es de las positivas y las grandes, porque es de las que responden a esa irresistible necesidad de producción que se mani-

fiesta con el poderoso empuje de un organismo que desempeña la ley de su naturaleza.

Plantea uno de los personajes de *L'Immortel* de Daudet esta cuestión interesante: —Si acaso Robinson hubiera sido artista, poeta, escritor, ¿hubiera creado en la soledad, hubiera producido?— Y al doblar de la página, otro de los personajes de la novela —el artista Vedrine—, resuelve la cuestión contestando a quien le pregunta por qué trabaja si no ama el aplauso ni la gloria. «—Pues por mí, dice el noble escultor, por mi gusto personal, por la necesidad de crear, de espontanearme—.» He ahí la brava respuesta de un artista de raza. Imaginad al autor de los *Episodios* en la isla desierta, y su vena asombrosa podría agotarse por la imposibilidad de la observación social, perenne venero de su arte, pero no por falta de estímulos creadores. —D. Pedro Antonio de Alarcón, personificó en el triste ocaso de su vida, y personifica Tamaro en las contemporáneas letras de España, ese raro dominio de la voluntad sobre la energía instintiva de la vocación, que es necesario para que se condene o se resigne a la inactividad y al silencio del artista que todavía es capaz de producir. Perdamos el temor de que Galdós, aun cuando un día la decepción llegue a su espíritu, encuentre en su voluntad la misma fuerza. ¡Ah, no! El grande y querido maestro no se llevará consigo a la tumba —como se jactaba de hacerlo, en su retraimiento soberbio y melancólico, el autor de *El sombrero de tres pi-*

cos—, personajes íntimamente delineados que no se hayan hecho carne en el papel. Galdós se acompañará siempre de nosotros, los lectores, para las confidencias de su fantasía.

Aún duraba en nosotros la vibración de la lectura de *Nazarín* y de *Halma*. Y he aquí que un grupo nuevo y pintoresco, lleno de resalte, de color y de vida, desciende ahora de las fraguas del gran novelador, a incorporarse en el conjunto de su muchedumbre imaginada. Observémoslo.

* * *

Señala un crítico sagaz, a propósito también de *Misericordia*, y entre las similitudes que enlazan el genio del profundo observador de las *Novelas contemporáneas* con el de las *Escenas de la vida parisiense*, el interés concedido por ambos grandes artistas de la realidad al problema de las dificultades de la vida, como anchuroso campo de observación y rica materia *novelable*, siempre fecunda en dramática virtualidad. Muchas son, efectivamente, las novelas de Galdós que giran alrededor del problema económico en la vida burguesa. *Misericordia* puede contarse entre las más originales y más hermosas novelas de este grupo; pero, además, están comprendidos, en la extensión de la realidad en que se desarrolla, ciertas extremas regiones de la inferioridad social, ciertos círculos del infierno de la humillación y el abandono, a que había descen-

dido pocas veces el espíritu del autor de *La desheredada*.

Considerándola con el criterio realista, es el poema prosaico de la escasez y la miseria; de la miseria, en sus manifestaciones, moral y materialmente, más despiadadas y más duras: desde la osada y franca que se personifica en *Almudena*, en *Pulido*, en la *tía Burlada* —en la turba famélica «que se echa, a la puerta de los templos, el paso de la caridad»—, hasta la tímida y vergonzante que se oculta en el desolado retiro de doña Francisca Juárez de Zapata —la empobrecida señora que vive, sin saberlo, de la caridad que implora para ella a los feligreses de San Sebastián una criada compasiva—; o se parapeta tras la elegancia marchita y la mal simulada distinción de don Francisco Ponte, curiosísimo ejemplar de *lyon* caduco, trágicómico traicionado de la fortuna, galán venido a menos, que disfraza los rigores de su decadencia lastimosa salvando con esfuerzo heroico las apariencias de su dignidad pasada y recordando, melancólicamente, sus aventuras de mundano y sus buenos éxitos de declamador en las románticas tertulias de los tiempos de *Flor de un día*.

Pero, además de llevar en sus entrañas la prosa verdadera de la pobreza miserable, lleva también la nueva novela de Galdós la balsámica poesía de la misericordia. Encarna esta poesía en la figura, a veces vulgar, a veces sublime, de una anciana humilde y piadosa, que, con la abnegación del obs-

curo y anónimo soldado para quien no se cosechan, después del combate, los laureles, es heroína y mártir en la batalla de la vida. Yo no vacilo en poner esta grande alma imaginada en el número de las más preciosas creaciones de quien ha dado al arte tantas otras que no morirán. Si la *Nina* de Galdós es una figura que yo igualaría, sin vacilaciones, a las más originales, a las más nuevas, a las más llenas de interés y más radiantes de hermosura, que sea dado encontrar en el *santoral* realista...; porque también tiene el realismo su santoral: el de los héroes moralmente hermosos que han sido amasados con el barro de la verdad y la vulgaridad humanas. Como en la «Feli cité» de Flaubert, la vulgaridad tiene en ella el artístico precio que da valor a la tosquedad del material en que ha de trabajarse, cuando esa tosquedad es necesaria o conveniente al efecto que se procura. La ignorancia de la propia sublime abnegación; la naturalidad en la práctica del sacrificio, como en la de cualquier acto trivial y usado de la vida; la conformidad, de mártir o de inconsciente, para admitir la ingratitud y resignarse a la injusticia de la pena, son otros tantos elementos que, empequeñeciendo intelectualmente la figura de Nina, la realzan, por lo mismo, y la engrandecen moralmente, hasta tocar en los límites de la sublimidad.

Nunca de manera más oportuna que a propósito de esta figura de Galdós podría señalarse—como Menéndez Pelayo en la del *Pae Apolinar* que ima-

ginó el gran novelador de la Montaña—, «aquel sello de primitiva grandeza que realza a la fuerza del bien cuando se desenvuelve sin conciencia de si propia». Y la absoluta y constante sencillez, la nunca interrumpida llaneza del cauce prosaico en que esta mansa onda de belleza moral se desenvuelve, hacen que ella penetre y se insinúe de tan suave y callada manera en el ánimo del lector, que no es sino después de haber avanzado un tanto en la acción de la novela, cuando él repara que ha debido adorar, desde las primeras páginas, la adorable santidad del alma de Nina. ¡Arte grande y hermoso—aun para los que nos encontraríamos, haciendo examen de conciencia, un poco amigos de lo refinado y de lo extraño—, el que consiste en obtener y realizar sin salirse de los medios sencillos que ofrecen los aspectos comunes de las cosas, las grandes energías dramáticas y los grandes efectos! ¿No ha definido Galdós uno de los caracteres y uno de los secretos peculiares de su talento poderoso, cuando habla, a propósito de la singular fachada del templo en que comienza la acción de su novela, de la necesidad de encontrar y percibir el «encanto y la simpatía que fluyen, a modo de tenue fragancia, de las cosas vulgares, o de algunas de las infinitas cosas vulgares que hay en el mundo»?

Después de la de Nina, la figura dominante del cuadro, sin duda, la del moro ciego y mendicante, para quien ella, en medio de las angustias con que atiende al socorro de su propia ama desvalida, en-

cuenta todavía tesoros de amor, tesoros de caridad, en su infinita espontaneidad piadosa. Bien trazado está este personaje, aparentemente fácil de presentar y virtualmente rico en fuerza e interés, en realidad, difícil y de delicado empeño, si se atiende a la obra magistral que ha sido necesaria para conciliar, en su sencillo carácter, con la exactitud del estudio la belleza moral y la simpatía, y en su propio informe lenguaje, la naturalidad y la verdad con el efecto artístico que no marra nunca en la pintoresca incorrección de sus palabras. El nuevo libro llega así a valer tanto, en las páginas que Nina y Almudena motivan, como la obra de su grande estirpe novelesca a que más íntimamente se parece: tanto como *Nazarín*. Y la pasión del ciego por la anciana misericordiosa—de la que sólo puede adorar el alma abnegada, a la que acaso imagina dueña de una envoltura digna de ella por la juventud y la hermosura—, hace pensar en la idea de que fluye la profunda belleza ideal de *Marianela*. Como Pablo Penáguilas, el moro de *Misericordia*, cree instintivamente en la armonía necesaria de la belleza del alma y la del cuerpo. Y ciego para la realidad corpórea, la sombra eterna de sus ojos se convierte para él, como para el enamorado de Marianela, en la dicha de poder amar plenamente—con el alma, con los ojos, únicos en él sensibles, del espíritu—, lo que sólo para el espíritu es amable.

Son, sin duda, esos dos magistrales caracteres,

lo más hermoso, lo más profundamente interesante, lo de mayor empeño en el libro; pero, además, en lo accidental, en lo formal, en los episodios, en el diálogo en las descripciones—lo diré antes de señalar el mérito y verdad de algunas de las figuras secundarias—, ¡cuánto hay que notar y que aplaudir; cuánto hay que irresistiblemente detiene la atención de la crítica *acusadora* de bellezas! Admirable es, en las primeras páginas, la descripción de la estampa caricaturesca de la iglesia de San Sebastián, «fea y pedestre como pliego de aleluyas, o como los romances de ciego»; risible preciosidad arqueológica, ante la cual el Galdós que recibió en herencia del «Curioso Parlante» la pasión local y la manía escudriñadora del viejo Madrid, encuentra, para abogar por la conservación de aquella vieja reliquia, la razón ingeniosa de que «la caricatura monumental también es un arte». Prodigiosos, como imitación artística del lenguaje zafio y plebeyo, son algunos de los *parlamentos* de las mendigas, y están divinamente trazadas sus figuras. Hay grande habilidad en el relato del pavoroso descenso de la empobrecida ama de Nina. Tiene un brillante colorido, legendario y fantástico, la relación de las visiones y las ceremonias supersticiosas del moro. Y admirables de estudio y de observación, y llenas de gracia, entre melancólica y burlona, son las páginas en que Ponte alienta los nostálgicos anhelos de opulencia de Obdulia, y ambos disfrazan, en sus coloquios, la miserable realidad, gracias a los sue-

ños dorados tejidos con las reminiscencias de los tiempos buenos y las vanas esperanzas de un futuro imposible... ¡*Naturalidad* gloriosa! Para la realidad de esta manera reflejada; para la observación que de tal manera penetra en las entrañas de la realidad, y para el arte poderoso que con semejante energía la representa, ¿quién se atreverá a decir que haya pasado la oportunidad, o que haya de pasar alguna vez; ni quién dejará de sentirse—cuando así se entienden las cosas—tan enamorado de lo real y verdadero como en los tiempos en que equivalía pronunciar, en literatura, esas palabras, a reivindicar un derecho y a desafiar para una lucha?—Porque es realista de la realidad inmortal y porque nunca vinculó su arte con lo que en el naturalismo de escuela hubo de exclusivo, de falso y transitorio, e hizo de ese naturalismo una de las más inexplicables—iba a decir una de las más odiosas y más absurdas—, entre las intolerancias humanas, nada tiene que temer el arte de Galdós de las *oportunidades nuevas*, de las reacciones justificadas y fatales del criterio, el sentimiento y el gusto; y puede ahora conciliar perfectamente con la consecuecia a su firme *tradición* de realismo, el «espíritu nuevo» que penetra todas sus últimas creaciones y las comunica una alta significación ideal.

Creo haber aludido, en alguna parte de este artículo, a la profunda verdad de observación y al arte primoroso que hay en algunas de las figuras

secundarias que en la obra intervienen. La de Doña Francisca Juárez y la del a un tiempo lastimero y graciosísimo Ponte, no pueden quedar sin un encarecimiento excepcional, por mucha que sea la superficialidad y rapidez del examen que se haga del conjunto. Ambas rivalizan en vida y en relieve, y están armónicamente enlazadas en el cuadro por la identidad de los motivos de que adquieren su interés novelesco y por el fondo común sobre que sus caracteres se destacan, sombreado por los reveses de la suerte y la infidelidad de la fortuna tornadiza. Para pintar estas fases prosaicas y desconsoladoras de la vida burguesa: las que proceden de los efectos morales de la escasez en las almas formadas en el hábito de la abundancia, o torturadas, por la tentación, con la ansiedad febril de poseerla, fué siempre maestro el pincel del gran observador a quien debemos los dos magistrales estudios de *Lo Prohibido* y *La de Bringas*. En tal intento, la figura de Obdulia tiene también rasgos felices. Y magistralmente dibujado está, asimismo, el carácter de Juliana, cuya mediocridad *burguesa* de virtud presta a la abnegación de Nina el realce de su contraste con las poco simpáticas limitaciones del «prudente equilibrio» y del «término medio», y cuya entrevista—tan admirable y concisamente narrada—con la criada misericordiosa, en la escena final, es de una intensa sugestión y de un nermoso sentido. Aun en las figuras más subordinadas del cuadro—v. gr., la de los mendigos que

aparecen en las páginas primeras, sobre el fondo de aquella tan donosa descripción de la Iglesia de San Sebastián—, rara vez deja de poner la mano del maestro el trozo primoroso que lo denuncia.

Pero el grande interés y la escogida belleza, el perfume de íntimo encanto que se desprende de esta novela de Galdós, y la significación peculiar que la hará destacarse dentro del grupo novelesco que mantiene, a partir de *Realidad* y de *La Incógnita*, una tendencia nueva en la constante transformación de su talento, están en esa admirable creación de Nina: ejemplo, que será inmortal, de cosas grandes obtenidas en el arte por medio de cosas vulgares y pequeñas; ejemplo de *lo sublime en lo vulgar*, que, a la manera de la vieja criada cándida de *Un cœur simple*, parece iluminado por una sonrisa *evangélica*, piadosa, del arte grande y humano, al inclinarse, desde las alturas, para reflejar un rayo de luz sobre los pobres, sobre los débiles y los humildes; sobre aquéllos cuya virtud es opaca y cuyo bien realizado no aparece, sobre los desamparados y los ignorados del mundo!

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

1897.

En la muerte del Maestro

Galdós en América.

La España de la que se separó América con un desgarramiento doloroso, tras fiera y tenaz lucha, en la que de una y otra parte se hizo derroche de valor, temeridad, audacia, sacrificio; fué la España absolutista, fanática, agotada y decadente de los peores días de Fernando VII; fué la España de los cortesanos degenerados y de los políticos corrompidos; fué la España de la *leyenda negra*, con todo su cortejo de pavores; fué, en fin, la España de Goya, maltrecha y ensangrentada, trágica y caricaturesca.

América, a pesar de estar amordazada, había bebido en las fuentes de la Enciclopedia, conocía los *Derechos del hombre*, siendo precisamente las doctrinas de la Gran Revolución las que hicieron germinar la idea emancipadora. Bolívar, el Padre Hidalgo, Miranda, San Martín, habían leído a los filósofos franceses de fines del siglo XVIII, siendo las

enseñanzas de éstos las que armaron los brazos de aquéllos con las espadas de la libertad.

Al triunfo de los patriotas americanos surgió en sus pueblos un estado caótico y desenfrenado, muy próximo a la anarquía, hasta el punto de hacer dudar a los mismos libertadores si habían hecho bien o mal con su obra. Divididos esos países en mil banderías, envenenados de malas pasiones, corroídos por el militarismo y el caudillaje, hubo de pasar todavía mucho tiempo hasta que, sedimentándose el légamo de los bajos fondos que por efecto de la conmoción habían subido a la superficie, se encauzaran esas corrientes sociales por sus propios cauces, haciendo posible el advenimiento de una verdadera democracia y la normal y digna convivencia de esos pueblos, dentro de la comunidad de las naciones.

El período subsiguiente en América fué de reconstrucción, de convalecencia; luego de restañada su sangre y cicatrizadas sus heridas, el cuerpo social, lenta y paulatinamente, volvía a la vida física, primero, y a la vida internacional, después. Su restablecimiento fué difícil, premioso: el tránsito del vasallaje a la plena libertad fué demasiado brusco para que no se resintiera ese organismo colectivo, que presenta los caracteres sintomáticos del crecimiento forzado, artificioso, como a un niño a quien se le hiciera crecer por procedimientos mecánicos y antes de que su organismo hubiera llegado a su completo desarrollo, se le ejercitara en las plenas

funciones del hombre. Pero las energías latentes que en el fondo de su naturaleza guarda la magnífica raza nuestra y su pasmosa virtud de asimilación, la salvaron de esa crisis en el Nuevo Mundo, y personificada en pueblos jóvenes y vigorosos, continúa rindiendo a la civilización todo el mago contingente que de ella exige la humanidad.

Mas siendo indiscutible la unidad de raza, que aunque dividida en varias agrupaciones completamente independientes y soberanas, en lo político no forman en la Península Ibérica y en gran parte de las tres Américas, sino un sólo todo nacional, con idénticos origen, espíritu, destinos; era indispensable, para la plena realización de sus altísimos fines y de sus ideales supremos, la perfecta inteligencia, el mutuo acuerdo entre la nación progenitora y sus hijas de América. A este fin contaban con un medio inapreciable: el idioma. Pero el idioma, con ser un instrumento divino y un lazo insustituible, no bastaba: había divorcio de ideario entre la América recién independizada y la España de la primera mitad del siglo XIX; y siendo el idioma nada más que la expresión de ese ideario, es evidente que poniendo de manifiesto la diferencia anímica, no tenía la eficacia necesaria para establecer por sí sólo la anhelada unificación.

Así, en aquella época, a pesar de haber reconocido España la personalidad independiente de las naciones formadas por sus antiguas colonias, un aislamiento mortal y un recelo que hielas mantie-

nen separadas a España y a la América española. Es que aún latían los últimos vestigios de la lucha, y sabiéndose opuestas en ideas y sentimientos, se miraban como antagónicas las hermanas. Pero, poco a poco, el hielo fué derritiéndose al calor de un elevado sentimiento, y fundidos en el crisol de la historia los nuevos conceptos de solidaridad, fueron cayendo hechos cenizas los prejuicios con todo lo que encerraban de negativo y estrecho, y la idea de una patria magna cristalizaba fuerte y esplendorosa, en un avatar magnífico de la gran Hispania que, fundada en los esenciales elementos que integran la nacionalidad, se yergue triunfante sobre todas las divisiones políticas de esa super-nación, a la que aguardan incalculables y supremos destinos.

Para llegar a este resultado, que ya es un dogma en la conciencia de cuantos piensan alto y sienten hondo y expresan sus pensamientos y sus sentimientos en lengua española, ha habido necesariamente que empezar por el conocimiento mutuo. Sin conocerse, no era posible amarse, menos unirse. Medio por excelencia de todo conocimiento es el Arte, que no es otra cosa que la expresión idealizada de la realidad. Siempre ha tenido el Arte una gran misión histórica, como verbo y definitiva concreción de una raza. En el caso que examinamos de una Hispania máxima, patria ideal de cien millones de espíritus, la influencia del Arte ha sido decisiva. Desligados los pueblos del Nuevo Mundo del poder

político de España, siguieron siendo sus tributarios en el pensamiento, porque una cultura no se improvisa, sino que es la resultante de una evolución de siglos. Y si América ha hecho aportaciones preciosas, no sólo a la literatura española, sino a la literatura universal, no tiene, en cambio, un acervo literario completo como el de España. El desarrollo estético se realiza por etapas, y América está en la edad lírica, que es la primitiva, al paso que España ha terminado el ciclo de su evolución en todos los géneros, sobre todo en el dramático, que es el más complejo, y aún ha creado otros nuevos. Las figuras geniales que, fuera de la línea, han surgido en América, son las excepciones que confirman esta ley evolutiva. Por otra parte, siendo el idioma lo que caracteriza y personifica a una literatura, para el Continente hispano-americano y para España, no hay sino una literatura: la literatura castellana, una de las más vastas y grandiosas del mundo en todos los tiempos.

Pasada la lucha por la emancipación, y aún dentro de esa misma lucha, los literatos americanos siguieron siendo profundamente españoles. Recordemos solamente dos casos, por ser de los más característicos: Bello y Olmedo, patriotas de la independencia americana, son por sus obras dos perfectos clásicos españoles. El público americano siguió y sigue hasta ahora nutriendo su espíritu, preferentemente, con la literatura española. Así, en aquel período subsiguiente a la lucha por la li-

bertad, para aplacar los recelos no extintos, apagar el rescoldo pasional, para borrar los recelos y los enconos, nada contribuyó tanto como la literatura del Romanticismo, aquella literatura de penacho y oriflama, que pletórica de fuego, de luz y de pasión surge, como una hoguera sagrada y fascinante, alumbrando con sus llamas la visión maravillosa de la España legendaria y caballeresca. La dramaturgia encendida del Duque de Rivas, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Zorrilla, entusiasmo hasta el delirio a los públicos de América, que admiran el valor heroico, el desprecio a la vida, el sentimiento del honor, el culto a la mujer, la prontitud para el sacrificio y todas las otras virtudes de la raza inmortal, que era carne de su carne, sangre de su sangre, alma de su alma, tan admirablemente retratada en las leyendas de Zorrilla y en las arrogantes, gallardas y sonoras estrofas de Espronceda. El Romanticismo enseñó a admirar a España, y la admiración es un gran camino hacia el amor.

Apagados los fuegos radiantes del Romanticismo, triunfa sobre el pavés del pensamiento el Realismo, que surge, como reacción natural, al desbordamiento de la fantasía que significaba el movimiento anterior. El Realismo encarna, principalmente, en el género literario más amplio y universal: la novela. Tímidos son, en su comienzo, los ensayos realistas; sus primeros representantes, como Fernán Caballero, apenas si se atreven a

reflejar la vida con todas sus tremendas realidades; vienen luego D. Juan Valera y Clarín, artistas admirables; Pereda, novelista fuerte, de raza, pero circunscrito, regional. La época moderna y la raza española reclamaban para expresar la totalidad de su ser, la aparición de un genio que fije para siempre las características nacionales, reflejando en su obra la psicología y la civilización españolas en todo lo que tienen de substantivas y eternas.

Este genio de España, de la raza, fué D. Benito Pérez Galdós, que había nacido en la capital de las Islas Afortunadas, en 1843, y cuya muerte llora hoy el mundo.

Tuvo la virtud creadora que hace a los hombres como dioses, porque dan vida a seres inmortales; y para vaciar sus conceptos se valió, principalmente, de un género literario, el más complejo y vasto: la novela, que, muerta la epopeya, es, como dice Rodó: «la épica inexhausta y proteiforme de nuestro tiempo, orbe maravilloso donde caben todo lo infinito de la imaginación y todo lo infinito de la realidad». En el portentoso monumento literario levantado por la pluma creadora de Galdós, se contiene íntegramente la España moderna, con todas sus grandezas, con todas sus pequeñeces, con todas sus virtudes, con todos sus defectos. El público hispanoamericano devoró los libros de Galdós, encontrando en ellos las esencias de su alma; y como en todas las obras del maestro hay siempre un anhelo de regeneración, late siempre un afán de

mejoramiento y de progreso, el público del Nuevo Mundo, en su mayoría tan liberal, tan avanzado, tan modernamente orientado, no pudo sustraerse a su mágico influjo, y acabó de reconciliarse con España. En este sentido, Galdós, que nunca fué a América, que no trató casi en sus innumerables libros de asuntos americanos, reviste una importancia enorme. Con su obra humana, profundamente humana y españolísima, ha hecho por la unión ibérica más que un siglo de política y diplomacia. Esta trascendencia, efecto del genio que alcanza a realizar con su obra más de lo que se propuso, no ha sido hasta ahora, o a lo menos no lo sabemos, estudiada por nadie. Sin fuerzas para examinar esta magna significación, sin tiempo ni espacio, apremiados por la dolorosa actualidad como escribimos este mal pergeñado artículo, lo único que haremos ahora es señalarla discretamente, apuntarla, que, como la personalidad y la obra galdosianas son permanentes y engendrarán, como las de Cervantes, una copiosa bibliografía; no faltará quien estudie, en el porvenir, este aspecto interensatísimo y cual ninguno trascendental del maestro: cómo ha influido la obra de D. Benito Pérez Galdós, síntesis de su raza y de su patria, en el concepto mundial de España, y, sobre todo, en las relaciones hispanoamericanas, haciendo conocer y amar a la Madre Patria fuera de las fronteras nacionales.

En nuestro humilde concepto creemos que nadie, así, en absoluto, nadie, después de Cervantes,

sin falsear un punto la realidad de la que es el más devoto y fiel de los amadores, ha logrado dar una sensación más acabada, recia, fuerte, honda, duradera y saludable de España, no sólo por el fondo de su obra, trasunto perfecto de la vida española, sino también por la forma, que siendo de la más alta calidad estética, es la más espontánea y natural, la más fresca y jugosa; en su obra está el castellano de nuestros días en todo su esplendor, y se manifiesta caudaloso, rico, sonoro, razonado, perfecto, después de una evolución de siglos.

La personalidad del maestro glorioso es tan inmensa, varia y compleja, y su obra tan pasmosa, fecunda y vasta, que maravillan. El sólo es una época, y su obra la literatura de toda una raza, hasta el punto de afirmarse, y con razón, que si por efecto de una catástrofe cósmica desapareciera, en el porvenir, la Península Ibérica, seguiría España existiendo moralmente en los innumerables libros de Galdós esparcidos por el mundo entero. Imposible resulta, pues, ni aun en atrevida síntesis, presentar en conjunto la personalidad y la obra del genio de la España contemporánea, con el fin de señalar la misión educadora y la benéfica influencia que han ejercido en el extranjero, particularmente en lo que atañe a las relaciones hispano-americanas. Se impone, por tanto, la más común y grande de las divisiones, señalando, primero, la influencia del Galdós novelista, y luego, la del Galdós dramaturgo.

La primera fase es la más representativa, la más genuina; la segunda, nos atreveríamos a afirmar que es la más genial. Ambas se completan, y en medio de una multiplicidad que pasma, manifestada en centenares de volúmenes, presenta una unidad perfecta: la del supremo espíritu que los ha creado y los informa, infundiéndoles un aliento eterno.

La primera fase, como todos sabemos, comprende las *Novelas de la primera época*, los *Episodios Nacionales* y las *Novelas españolas contemporáneas*.

En las Novelas de la primera época: *La Fontana de Oro*, *La Sombra*, *El Audaz*, *Doña Perfecta*, *Gloria*, *La Familia de León Roch*, está representada la lucha tremenda que sostienen, de una parte, la sociedad española, fanática, terca, retrógrada e intransigente, y de otra, las ideas liberales que, emanadas de la Revolución Francesa, se difundieron en el ambiente europeo por la fuerza expansiva del pensamiento, pugnando por infiltrarse en el medio español que, oponiéndoles una resistencia tenaz, hace surgir muchas veces la tragedia. Esta misma lucha, aunque no con tan negros tintes, con tan fieros caracteres, existía en América, entre los restos del Coloniaje, que se batía ya en retirada, y los principios libertarios que, embriagados con la gloria del triunfo, habían hecho surgir en algunos países gérmenes de libertinaje. El público americano se entusiasmó con estos libros, en los que veía expuestos sus mismos conflictos de conciencia, sus mismos problemas, sus mismos casos psi-

cológicos, simpatizando, desde luego, con aquéllos personajes de esas novelas, en los que su creador y padre había querido simbolizar el espíritu de una España modernizada y libre.

Marianela, que a esta época pertenece, es una cosa aparte, un idilio de ternura y de amor desesperado, que con sus delicadezas y la honda e irremediable melancolía, que a raudales como de lágrimas, brota de sus páginas, maravilló y encantó al público americano, de suyo tan sentimental. Así, las desventuras de la pobre *Nela* han hecho llorar a las mujeres americanas, tanto como el casto idilio interrumpido por la muerte, de la *María* del colombiano Isaacs, esa otra obra maestra del sentimiento humano. La obra galdosiana, que no estaba olvidada, ni mucho menos, tuvo un brillante avatar sobre el tinglado de la antigua farsa, cuando la maestría escénica de los Quintero la adaptó a la dramaturgia, llevándola en triunfo por todos los teatros de lengua castellana. Nosotros hemos tenido oportunidad de ver la adaptación de *Marianela* interpretada en diverros lugares de España y América, y no acertaríamos a decir en dónde conmovía y emocionaba más; lo cual supone otro dato a los abrumadores que existen para proclamar la unidad psicológica de Hispanoamérica.

Los *Episodios Nacionales* constituyen la obra céntrica, el arco toral del formidable y grandioso monumento galdosiano. Allí está, pero no estereotipado y momificado como en las páginas de la

historia, sino viviendo, vibrante, la España del siglo XIX; y está en toda su integridad, en todo su ambiente, con todos sus detalles. Millones de seres de todas las categorías sociales, de toda clase y castadura, obran y proceden como en la vida, de la que dan una sensación perfecta. Nunca la reconstrucción histórica ha culminado tan alto como en este caso, en alas del genio que tiene la virtud tautúrgica de la divinidad. España inmortal está allí; y si no aparece soberbia y prepotente como en los tiempos en que no se ponía el sol en sus dominios, es porque por fatalidades históricas y cumpliéndose inflexibles leyes a que están irremisiblemente sujetos todos los organismos, así individuales como sociales, se acentuó aún más, en el pasado siglo, la curva que se inició a la muerte de los Reyes Católicos, llegando al trágico fin de su descenso con el desastre del 98.

Así, pues, si estos libros, que son a manera de grandes frescos murales pintados por un moderno Miguel Angel, no deslumbran dando la sensación de lo épico, el escalofrío de lo sublime, es porque no lo da la realidad de la época, de la cual el mayor artista que la reprodujo es un devoto fiel y apasionado. Extinguidos los fulgores radiantes de la Independencia, adviene una realidad gris, anodina, cansada y mísera, en la que el país lucha y se esfuerza por desatarse las ligaduras que le impuso la reacción y marchar a compás de los tiempos, en armonía con el espíritu del siglo. Esta rea.

lidad es la que le tocó vivir y reproducir al maestro. Brumoso, sombrío, de irremediable decadencia es el espectáculo que se presenta ante sus ojos escrutadores; viciado, difícil de respirar es el ambiente que le envuelve; discordante, áspera, clamorosa, la voz que escucha es la voz del agotamiento. Pero, a pesar de todo, en medio del desbarajuste, tras tantas crisis, después de tantas caídas y tantos fracasos, hay algo allí regenerador que fermenta y vive y evitará una rota definitiva: es el genio de la raza que alimenta fuentes insospechadas e inexhaustas de energía vivificadora y salvatriz. Este principio fecundo e inapreciable, que dormaba en el fondo de la conciencia española, fué tomado con unción sacerdotal por el maestro y exaltado por él a la categoría de un predicado divino en el que residía el secreto de una gloriosa epifanía. Así, al narrarnos las pavoras del *Terror de 1824*, los fragores de las *Tormentas del 48*, las miserias de los *Duendes de la Camarilla*, las desdichas de *la de los tristes destinos*, las angustias de *la España trágica*, el fracaso de la *Primera República*, siempre hay algo que se salva, que permite fundamentar un anhelo, tener una esperanza. Y la fe en una España mejor se hace convencimiento por la virtud persuasiva del genio, en el alma de los propios españoles, que sólo por el hecho de creer en su mejoramiento, ya laboran por él; pues, como dijo el poeta: «quien no espera vencer, ya está vencido»; y en el alma de los hispanoameri-

canos, que empiezan a amar a la Madre Patria, la que, a pesar de sus desgracias, no estaba, ni mucho menos, irremisiblemente perdida.

En las *Novelas Españolas Contemporáneas* se refleja con toda su fuerza, luz, relieve, colorido y movimiento, la vida del estado llano español, de la burguesía, de la clase media, nervio y substractum de la nacionalidad. El escenario por el que pasan unas hacia el bien, otras hacia el mal, y en el que se agitan, se afanan, sufren, gozan, viven y mueren esas vidas anodinas; pero inmortales por el aliento que supo infundirlas el genio de su creador, es la Villa y Corte de Madrid, corazón de España; pero el vaso en que se aposentan esas almas está formado del mismo barro étnico que contiene otros millones de almas idénticas desparramadas al través de los vastos dominios de uno y otro hemisferio por los que el genio conquistador de España supo, en días gloriosos, desparramar la fuerza expresiva de su espíritu. De esta manera, esas narraciones que parecen locales, resultan casi universales: veinte países se ven retratados en ellas. Aparte las diferencias de localización, el pensamiento de esas novelas y los problemas que en ellas se suscitan, son perfectamente comprensibles en los lugares más distantes, recónditos y apartados de la América, porque la esencia anímica nos es común, como nos es común el idioma, ya que el idioma no es una ánfora en la que se puede verter cualquier contenido, sino que es consubstancial con el espíritu del pueblo que lo

formó y dió vida. España y América, históricamente solidarias, identificadas en psicología y lenguaje, sintieron y se emocionaron, pues, con la acción de *La Desheredada* y de *El Amigo Manso*, de *El Doctor Centeno* y de *Tormento*, de *La de Bringas* y de *Lo Prohibido*, de *Fortunata y Jacinta* y de *Miau*, de la *Incógnita* y de *Realidad*; de los *Torquemada* y de *Angel Guerra*, de *Tristana* y de *Halma*, de *Misericordia* y de *El Caballero Encantado*. Y la comprensión fué tan plena, la compenetración fué tan perfecta que, pueblos geográficamente tan distantes como los ultramarinos, pero moralmente tan unidos, vieron como en una pantalla cinematográfica, pero de una cinematografía del futuro, policroma y parlante, proyectadas sus existencias cotidianas, llegando a vivir esas obras y hasta a reconocer como antiguos amigos y conocidos a los personajes y tipos que en ellas se mueven y actúan. Diríase que la calle de Alcalá, por obra de un mágico prodigioso, se alargaba, se alargaba en lo imposible, hasta llegar a Buenos Aires, lo mismo que la calle de Toledo, hasta llegar a México... Corrientes caudalosas y ricas de realidad y fantasía que emanaban del corazón de España eran sangre de las maternas entrañas que se infiltraba en el organismo de las hijas, savia del viejo tronco que iba a alimentar a las nuevas plantas en el Nuevo Mundo florecientes, quedando así completada y consolidada una creación histórica cuatro veces secular, que ha dado por resultante una excelsa patria máxima.

En el Teatro, el genio de Galdós se remonta en vuelo aquilino hasta alcanzar las inaccesibles regiones a las que sólo les había sido dable llegar a Sófocles, Esquilo, Eurípides, Shakespeare, Calderón. En la culminación de la sublime curva que va de *Realidad* a *Santa Juana de Castilla*, hay una obra cumbre, que es como el sol de un maravilloso sistema planetario: *El Abuelo*, tragedia intensa y peregrina, de sentimiento y de realidad, en la que se manifiesta en toda su avasalladora grandeza el alma noble y generosa de la raza; obra única en la historia de la dramática que no contiene intriga amorosa; casi todas, se puede afirmar, de una manera general, están construídas sobre la base erótica: representan el conflicto de una mujer entre dos hombres (o de un hombre entre dos mujeres); y, sin embargo, interesa y emociona como ninguna otra, ya que, a pesar de no presentar el eterno tema de la atracción de los sexos, ni haber efusión de sangre, contiene todos los elementos de una tragedia eterna, humana y universal, y representa el triunfo de la ley del amor sobre todas las leyes, todos los prejuicios, todas las fórmulas, todas las preocupaciones que la humanidad se ha creado para complicar y hacer aún más dolorosa esta mísera existencia. Dignas hermanas de esta obra singular y portentosa que vivirá en la dramaturgia universal al lado de las mayores creaciones de Shakespeare, son: *Realidad*, maravilla de verismo, de humanidad, de análisis psicológico; *La loca de la*

casa, que exalta el sacrificio del ensueño, que es, precisamente, el más duro y doloroso, y prueba que el mal es necesario en la vida, porque «sin él los buenos no sabrían qué hacer ni podrían vivir»; *La de San Quintín*, en la que el modesto vidente y apostólico, presintió, veinticinco años ha, el tremendo problema social que hoy conmueve al mundo en sus cimientos, y lo resuelve de la única manera posible: por medio del amor, que es el bálsamo de todos los dolores y el gran nivelador de todas las desigualdades; *Los Condenados*, aquella obra desconcertante y genial que, rechazada por modo absurdo en la noche de su estreno, en 1894, fué aclamada con delirio por el público al ser revisada en el Teatro Español, al cabo de veintiún años, en 1915; *Doña Perfecta*, adaptación escénica de la célebre novela; *Electra*, la que triunfó ruidosamente y tanto y tanto apasionó a los públicos de España y América, llegando a ser un símbolo y una bandera política; la obra exaltada hasta el ditirambo y denigrada hasta el desprecio; la discutida, la calumniada, la comentada con apasionamiento por hombres empeñados en adjudicarle los más extraños sentidos esotéricos sacados de sus estrechos mages, como si en ellos hubiera podido caber la concepción del genio que forjó su creación saturada de amplios ideales redentores, con primordiales miras estéticas, pero sin perder de vista la misión sociológica del Arte.

Alma y Vida, fantasía poética, plena de idealidad

y de ensueño; *Mariucha* y *Pedro Minio*, de generosas tendencias sociales; *Amor y Ciencia*, la admirable comedia dramática, injustamente olvidada, en la que se esboza una moral nueva, contraria a los prejuicios y a las preocupaciones del antiguo concepto calderoniano del honor caballeresco; *Gerona*, adaptación del grandioso episodio, canto a la heroica e inmortal ciudad; *Bárbara* y *Casandra*, tragedias intensas y emocionantes; *Celia en los infiernos*, henchida de idealismos, una de esas obras amplias, apostólicas y sociales, como las del abuelo Tolstoy; prédica inspirada en el bien de los desvalidos, escapatoria al país de la quimera; bello sueño de igualdad, en el que los de arriba y los de abajo se unen por el amor fundiéndose al sol de la justicia; *Alceste*, arreglo del inmortal drama de Eurípides, que al surgir en la escena moderna aparecía como remozado, por obra de la magia artística del gran autor español, que introduciendo discretas y ligeras variantes en el texto griego, lo amolda a maravilla a la arquitectura teatral moderna, haciéndole representable; empeño que el insigne maestro sí pudo realizar, ya que la obra del genio sólo por el genio puede ser tocada; *Sor Simona*, aquel prodigio de sentimiento y de verismo; alguna o algunas otras piezas que no recordamos por el momento; y, por fin, *Santa Juana de Castilla*, remate y compendio del grandioso templo dramático, la postrer obra del maestro, en la que se manifiestan en todo su esplendor la singular manera y

las características del teatro galdosiano; teatro grande, eterno, vasto, inconmensurable y aun algo caótico, hasta dar la sensación de estar escrito con garra leonina.

Todas estas obras han recorrido y recorrerán los escenarios todos donde se eleve la sonora majestad de la lengua española, dando la sensación de una España fuerte, honda y perdurable, con grandes virtudes y un cuantioso caudal de reservas espirituales; y serán a manera de fuentes inexhaustas de purísimas aguas vivas, en las que se abrevarán las almas sitibundas de idealismos; de piedras miliarias que marcarán una gloriosa y fecunda época literaria: de antorchas eternas, que alumbrarán el sendero innumerable por el que marchan los pueblos hispánicos hacia la Meca de su progreso indefinido.

Galdós novelista, Galdós dramaturgo, Galdós apóstol y maestro, Galdós genio, ha sido el épico soberano de la raza hispánica en la Edad Moderna. Acaba de verificarse su tránsito a la inmortalidad; está, por tanto, muy cerca de nosotros esta sin par figura para que podamos verla en toda su grandeza. Mas, a medida que pasen los años, los lustros, las décadas, los siglos, irá creciendo, agigantándose, hasta romper con su frente las nubes y aparecer como una cumbre espiritual, divina, como hoy aparecen atalayando todos los horizontes de la historia: el padre Homero, Virgilio, el Dante, Cervantes, Shakespeare, Gohete, Balzac, aquéllos que

en su obra lograron encarnar la civilización de la época en que vivieron. Así como en los cantos de la *Iliada* y de la *Eneida* están contenidas las edades heroicas, las culturas griega y romana; en la *Divina Comedia*, los siglos febriles, teológicos y torturados de la Edad Media; en el *Quijote*, la vida española en los albores de la Edad Moderna; en la dramaturgia shasperiana, la ideología inglesa; en el *Fausto*, toda la filosofía germánica, y en la *Comedia Humana*, la vida prosaica de la Francia burguesa, después de extinguidos los fulgores de su última epopeya; en la totalidad de la obra galdosiana, verdaderamente épica, se encuentra la vida total de una raza durante un siglo de su existir, de tal manera, que quien quiera documentarse en lo futuro sobre la fisonomía, aspecto y modalidades de la España contemporánea, y conocer la estructura y matices del castellano actual, tendrá, por fuerza, que acudir a las fuentes galdosianas, que estarán fluyendo eternamente. Y como la raza que habita y anima ese cosmos literario está esparcida en la extensión de dos mundos, formando veinte pueblos, y estos pueblos crecerán, crecerá también en valor y trascendencia esta peregrina y singular epopeya, no heroica, porque los tiempos no lo han sido; pero sí novelesca y plena de una vida desbordante.

Quedará así sellada áurea y perdurablemente la unidad anímica de todos los pueblos de habla castellana; unidad que se ha patentizado a la muerte

del anciano sublime que fué su síntesis, su verbo, su conciencia: cuando el cuerpo inanimado que fué alcázar de aquel excelso espíritu, en hombros de su pueblo más amado, del pueblo de Madrid, envuelto en el sudario emocionante—sangre y oro—de la bandera española y cubierto amorosamente de flores por manos femeninas, cruzaba la Puerta del Sol y la calle de Alcalá, aumentando su cortejo de centenares de miles de personas por los millones de seres que creó su fantasía, camino de la tumba cristiana que le esperaba abriendo maternalmente los brazos de la cruz; un estremecimiento doloroso pasaba en ese momento por las *vértebras enormes de los Andes*, cruzaba el Océano innumerable, y prestando un eco continental al *¡Viva Galdós!* que surgió espontáneo de la turbas al paso del cadáver, vino, transformado en un gran beso de amor, a besar las manos y la frente creadoras del genio tutelar de la raza, que ya puede reposar tranquilo en el tiempo: al pie de su sepulcro glorioso, veinte pueblos hacen centinela!...

CÉSAR E. ARROYO.

ARTES PLASTICAS

Revista de Exposiciones.

En el ya indecoroso saloncito del Ateneo—resulta extraño que esta importantísima entidad cultural no tenga con más esmero cuidado su salón de Exposiciones—ha expuesto el pintor cubano E. Olivera treinta y cinco cuadros, casi en su totalidad retratos.

Olivera es un pintor modesto y probo. Dedicado a la especialidad del retrato, podría decirse que ha escogido como norma de su pintura las aburguesadas y correctísimas maneras de Moreno Carbonero, Benedito—¡con cuánta tristeza escribimos este nombre!—y Anselmo Miguel Nieto, entre otros varios que les van a la zaga, pisándoles los talones. Y en su mérito se ha de decir que muchas veces nada tiene que envidiar a los modelos escogidos, pues como los de éstos, sus retratos reúnen todas las cualidades necesarias para agradar y complacer al público que se dedican. Bien entona-

dos, todo escrupulosamente hecho: el bordado de la casaca, los ricitos de la frente, el rojo de los labios, la flor en el búcaro, etc., etc., responden por completo al criterio de que el retrato ha de halagar al retratado y su familia, allegados y amigos, por lo común, personas pertenecientes a la buena sociedad o a las llamadas «gentes de orden», que no gustan de que se les torture el pensamiento, se les contrarie su elemental estesia, y se les interrumpa sus plácidas y lentas digestiones.

Lo único que sentimos en este caso es que Olivera, como pintor cubano, no nos dé ocasión para intentar un estudio acerca de las corrientes pictóricas de su país ni nos brinde el medio de sentirnos interesados por lo que en materia artística pueda haber de curioso y atrayente en la bella isla antillana.

Por lo demás, no hemos de regatearle el aplauso al ver el acierto con que ha escogido un camino que tanto dinero y fama ha dado a unos cuantos pintores españoles bien hallados con su estómago.

Claro está que nosotros hubiéramos preferido que, en vez de decir que el Sr. Olivera era un émulo de Moreno Carbonero, Benedito, Maximino Peña y otros por el estilo, poder hablar extensamente de la personalidad de un pintor cubano que nos traía alguna inquietud nueva, algún aspecto flamante, algún matiz inédito de aquella inolvidable tierra que la sangre española fecundó para siempre.

Federico Ribas, el sugestivo y exquisito dibujante que en Ducas y Kirchsner modeló su espíritu y afirmó su técnica, ha celebrado una Exposición, con el más resonante éxito, en el recogido y elegante saloncito de «Arte Moderno», marco apropiado para las elegancias, entre mundanas y galantes, de sus lápices sutiles y magistrales.

No nos extraña el nuevo éxito alcanzado por Ribas. Además de ser un gran dibujante, uno de los primeros dibujantes españoles, quizá el que podamos mostrar con mayor seguridad a la consideración de la crítica mundial, por lo mismo que es el menos español de todos ellos; además de todo eso, repetimos, ha escogido unos temas tan llenos de atractivos, que no pueden por menos de cautivar.

Ribas es el dibujante por excelencia de las mujeres; posee el secreto del ritmo y del encanto femenino, mezcla de perversidad y de exquisitez, amalgama de elegancia y de placer. Pero sus modelos no los extrajo de la cantera nacional. Provienden de otros medios exóticos, donde se produce tal floración junto al borde del pecado.

Sus dibujos parecen arrancados de láminas inglesas y francesas; tal sabor tienen ultrapirenaico.

Ribas no tiene de español más que el nombre; fuera de eso, nadie le creería nacido en esta tierra tan poco dada a la refinada coquetería, a la voluptuosidad alquitarada, a la frivolidad galante y suntuosa. Y su arte se aspira como un perfume afrodisíaco.

En varias ocasiones hemos hablado de él como verdadero especializado en este género, y hemos dicho que le creemos como el mejor, como el más perfecto profesional de las artes decorativas aplicadas a la ilustración y al cartel. Por eso ahora nos creemos relevados de todo intento exegético y crítico, y nos limitamos a consignar el hecho de haber celebrado una Exposición con el más halagador de los éxitos.

* * *

En el «Salón Artístico» ha expuesto Enrique Vera 63 paisajes. Hace poco más de dos años expuso en la Casa Iturriz 73. Estos datos nos hablan muy elocuentemente de la laboriosidad del notable pintor toledano.

En esa laboriosidad, que no faltará Zoilo que critique, encuentro yo la causa del dominio que sobre su arte ha alcanzado Enrique Vera.

Digo que no faltará Zoilo que critique, porque andamos por una época tan desquiciada, que ya nadie se entiende ni sabe lo que es bueno ni lo que es malo.

Tan dados estamos a vivir en opinión de los demás, que hoy resulta crimen el poseer disciplina y criterio propios.

La mayoría de nuestros artistas creen que el mérito y la pericia sólo se logran dogmatizando alrededor de una mesa de café, o mesándose las melenas con posturas interesantes, perezosamente retre-

pados en los sillones y sofás de Centros y Ateneos. Tal vez porque, como dijo Pascal, la pereza les hace creer que son dioses venidos a menos.

Enrique Vera no cree lo mismo, sino todo lo contrario. Él, que es un espíritu solitario, cree que el artista sólo logra el dominio y la personalidad en el constante trabajo, en el estudio perenne.

Porque no vale figurarse que se es genio. Hay que ponerse a prueba y luchar a brazo partido con cuanto se oponga a nuestra ansia de conquista.

Por eso el espejuelo de la popularidad no le ciega, y por eso no ve turbadas sus horas por la duda que atormenta y anonada y la incertidumbre que constriñe y sujeta. Debido a ésto su nombre no es muy conocido, no ha alcanzado todo el relieve que debiera tener. Mas eso no le importa. Está seguro de su triunfo definitivo, pues sabe que lo fundamental es ser, porque lo demás viene por añadidura más tarde o más temprano; pero indefectiblemente, como algo fatal, fijado por el Destino. Y semejante rara cualidad es admirable en un hombre que, siendo joven, no lo es tanto para no sentirse preocupado por el porvenir.

Sólo la serenidad, que permite perfeccionar nuestros medios de acción, es capaz de lograr el triunfo verdadero.

Como la Exposición pasada, esta nueva ha sido de todo punto notable. La diferencia que hallo entre una y otra, es que en la que acaba de celebrar abundan más los cuadros en donde se revela el maestro.

Y al decir maestro, doy a la palabra todo el valor expresivo y analógico que tiene; porque sólo es maestro aquél que ha alcanzado el dominio absoluto sobre cual quier materia.

Vera es un enamorado del paisaje. Su errante ascetismo, en vez de hacerle concebir los delirios de un Greco o un Ribera, o las exquisiteces del Renacimiento italiano, le lleva a sentir el paisaje, a amar las bravezas de las rocas, el múltiple capricho de los celajes, la gaya policromía de las florestas. Por natural propensión busca lo típico y lo pintoresco, y se esfuerza en darles la justa y debida expresión, sin alardes de colorista, sin fanfarrías de perspectiva, sin petulancias de originalidad.

Su arte no es chillón ni vocero; pero sí noble, mórbido y, sobre todo, ponderado, con esa grave y reflexiva ponderación, no exenta a veces de arrebatos y deliquios, propia de los hijos de Castilla.

Con toda sinceridad se limita a trasladar al lienzo lo que sus ojos ven y lo que su corazón siente. Y ello le da ocasión de mostrarse vario y entonana, fuerte y suave, delicado y enérgico.

Es posible que se encuentre en el laborioso pintor toledano y en el admirable pintor de Toledo un comedimiento excesivo, como si temiera incurrir en pecado de atrevimiento o audacia. Tal vez esto suceda porque una a la necesidad psicológica de pintar la consideración de que sus cuadros se des-

tinan al mercado, y al mercado español, tan escaso en compradores y tan pacatos la mayoría de ellos.

De todos modos, Enrique Vera es uno de los paisajistas más estimables de la actual generación. Lo confirman las sesenta y tres obras que acaba de exponer, en todas las cuales hay algo que admirar, principalmente la identificación del artista con el paisaje tratado y el acierto que suele tener para escoger los temas pictóricos que le brinda la Naturaleza, de la que se muestra rendido servidor.

BALLESTEROS DE MARTOS.

Exégesis de la lírica del más allá

De las reminiscencias.

El poeta que ha escrito sonetos perfectos, ese ya no puede ser nunca un lírico iconoclasta. Debe seguir escribiendo sonetos perfectos.

Llevará al verso nuevo un sedimento retórico.

En cuanto a las reminiscencias, si son de una escuela inmediata—pongamos aquí el preciosismo—, dan siempre al verso nuevo un aire *demodée*.

La escuela inmediata—Rubén Darío, Valle-Inclán, Villaespesa, etc.—, crea un ciclo de belleza. En su tiempo estaba bien. Rubén Darío, Valle-Inclán, Villaespesa, etc., llegarán a ser arcaicos—Arcipreste de Hita, Berceo—o antiguos—Leconte de Lisle ya es antiguo—si se resisten a la escuela ponderación de cada siglo.

Hoy, el poeta, al construir el arte nuevo, debe desprenderse de toda reminiscencia.

Debe aligerarse.

Y, sobre todo, no debe tener historia. Debe nacer virgen al arte nuevo.

Compréndeme. Aquel que haya hecho una labor anterior, dentro del arte formal clásico, no puede crear.

Estilizará, continuará, superará a un poeta anterior o a un ciclo lírico.

El arte más antiguo.

Y, desde luego, aquel que continúa el arte inmediato—D'Annunzio o Rubén Darío o Valle-Inclán o Rachilde, que de todos estos poetas noto intensas influencias en los nuevos poetas de «Grecia»—, aún está muy lejano de la lírica del más allá.

Los poetas más próximos al arte nuevo son aquellos que fueron a buscar motivos en los primitivos, o que, por lo menos, escriben con el simplicismo de los primitivos.

Hay más aproximación entre una tabla de Siena y Picasso, que entre Picasso y los Impresionistas, que es la escuela inmediata.

Entre el arte rupestre y los artistas rusos más avanzados hay gran identidad.

Revolución lírica.

Toda revolución debe ser un gran salto, hacia adelante o hacia atrás, que es lo mismo. Ya hemos visto cómo se juntan los extremos.

El nuevo ciclo se conseguirá por la revolución, no por la evolución.

Desde las épocas muy lejanas en el tiempo, cada nuevo ciclo se abrió con una revolución. Porque la evolución es siempre una continuación.

Hay que recordar: Los simbolistas y los parnasianos en Francia. Los del 98 en España.

(Los del 98, por ejemplo, fueron a buscar los motivos primordiales de su emoción a Berceo, en el Arcipreste de Hita, en el Greco, en Castilla, en Cervantes, cosas inéditas para la generación anterior.)

Porque tienen que luchar con lo que priva, las escuelas renovadoras tienen algo de religioso.

Aun los hombres más comprensivos—esos hombres solitarios—no pueden comprender por qué tienen una sensibilidad de su triunfo.

Los creadores de una nueva forma de arte son vilipendiados, son despreciados por esa cosa absurda y horra de emoción que se llama crítico; son silenciados por la masa amorfa, por la mediocridad del público, que no quiere turbar su ánimo si no es con la música a que está acostumbrado.

Villaespesa, cuando escribió «La copa del Rey de Thule», aparecía como un horrendo iconoclasta. Hoy, este libro, nos parece ingenuo e inocente. ¡Y ya les parece bien a las señoritas de pueblo!

¿Y Rubén Darío? Aquel nefando innovador, con el que se indignaron tanto los inofensivos antropitecos críticos, es ya un clásico.

Yo temo que estos versos de las últimas escuelas líricas, que ahora se nos aparecen enigmáticos y paradójicos, lleguen a parecerles «bonitos» a las señoritas de pueblo, dentro de diez o quince años.

Todo se va haciendo clásico... o cursi, simplemente.

De cada escuela de éstas irán quedando en las antologías dos o tres poemas.

Es lo fatal. La evolución lenta del mundo es a costa de grandes revoluciones parciales.

Conceptos y preceptos.

Eugenio d'Ors dijo, aún recientemente, que la escultura y la arquitectura eran dos artes posthistóricas. Quería decir que no se podría salir de las normas dadas por los anteriores.

Esto era una negación de los escultores del espacio, del movimiento, del dinamismo.

A mí, sin embargo, Boccioni me parece una cosa perfectamente seria.

Me figuro que otro tanto debió haberse dicho antes de aparecer Rodín.

Hay que ser algo visionario.

¿La belleza es una?

¿No serán prejuicios estos conceptos que tenemos de todas las cosas?

¿Cuál es la verdadera belleza?

Desde cuatro siglos antes de J. C., el concepto del arte es un círculo vicioso.

Unos a otros, fueron trasmitiéndose las normas de arte, y los antiguos conceptos y preceptos.

Nosotros creemos que ésto o aquélio es bello, no porque lo creamos realmente, sino porque somos casi una máquina y no tenemos instinto de rebelación.

Así como la fe es creer en lo que no vimos, esto es creer en lo que no pensamos.

Por herencia, se nos comunican los conceptos, los sentimientos. Yo creo eso.

El concepto de las cosas se convierte en costumbre.

¿No habrá en la entraña del Futuro un nuevo concepto de arte?

Para Eugenio d'Ors, en la arquitectura y en la escultura no hay posibilidades.

No se puede decir nada.

Todo el momento está lleno de posibilidades, y toda vida es momento. Hasta en la muerte hay posibilidades.

Quizá nos llegue a parecer esbelta una torre que estuviese al revés.

Xenius recordaba la creencia que había de que Wagner cerrara en la música todas las posibilidades. Debussy, Richard Strauss o Pratella, han avanzado ya en el futuro, intentando poseer el enigma.

Igual en pintura.

Igual en literatura.

Hay que destruir el concepto clásico, que parece cerrar todas las posibilidades de un arte nuevo.

Del adjetivo.

Aún encuentro en estos versos nuevos adjetivos antiguos.

El adjetivo es quien da carácter al poema.

Véanse los adjetivos en los versos de Unamuno o de Juan Ramón Jiménez.

Hay adjetivos que dan sensación de épocas. Adjetivos griegos, de la Edad del Romance, florentinos, decadentes.

En los últimos poetas de Francia nótase la casi absoluta supresión del adjetivo.

No podrá darse la impresión vibracionista, la inquietud moderna, usando el adjetivo antiguo. Siempre tendrían los versos reminiscencias de retoricismo.

Las palabras desnudas, solas.

Las palabras, como nos dijo Rimbaud en un soneto, tienen su color.

Un pintor, con los colores elementales, compondrá una sinfonía luminosa y trémula.

El verso nuevo debe ser compuesto con las palabras más vivas, más ágiles, sin adjetivo inútil.

Y con las palabras más actuales... Cervantes de-

bió haber escrito con las palabras de su tiempo. No creo que haya sacrificado la emoción por incluir una palabra arcaica. Estas palabras más expresivas y más actuales, llegarán a hacerse arcaicas. Azorín, aparte de la emoción que tienen sus libros, no creo que tenga un valor trascendental como rebuscador de palabras exóticas.

Elementos de expresión.

La literatura cantada con los signos del (.), de la (,), de los (:), de las (!) y de las (¿?).

Los últimos poetas han renunciado generosamente a estos elementos de expresión... por inexpresivos.

Es quizá una de las más admirables innovaciones de estos poetas.

La expresión se reduce a la *nuance*. Para expresar los más temblorosos matices, ¿bastan unos cuantos signos, demasiado elementales?

Además, el arte tiene una belleza subjetiva.

La belleza está en la interpretación de la cosa, no en la cosa misma. Véase Emerson.

Haciendo desaparecer estos signos inexpresivos, se proclama para siempre la libre interpretación de la prosa y del poema.

Pérez Escrich, cuando quería hacer exclamar patéticamente a un personaje, le ponía a la palabra o

a las palabras que fuesen, tres admiraciones. Así:

—¡¡¡Madre!!!

—¡¡¡Hijo mío!!!

¿Pero era esto suficientemente expresivo?

Claro que para los lectores incultos—los Críticos, por ejemplo—, especialmente para ellos, los menos poetas, debían poner una

ADVERTENCIA

«El buen sentido del lector sabrá subsanar la ausencia de todo signo de expresión.»

Del simplicismo.

Yo le tengo dicho a Cansinos-Assens—Sugerdor y Exhortador—que una de las cualidades esenciales que advertía en la nueva lírica francesa, eran sus islotes aislados de simplicismo.

Quiero ratificar y amplificar esa observación.

En Revardy, en Apollinaire, en Huidobro—y ¿por qué no en algunos de los neófitos de España?—encontré imágenes delicadas, tropos sencillos, versos de libro primitivo, entre los versos nerviosos, desvertebrados, paradójicos, vibrantes.

Lograr la emoción con una nueva sencillez más hiperestésica: He aquí la norma.

El motivo de las estrellas.

Vicente Huidobro era un preciosista.

Vicente Huidobro había escrito libros como «Las Pagodas Ocultas», donde se exaltaba la belleza de la forma.

Pero Vicente Huidobro adivinó.

De su época de preciosismo aún restan en sus versos nuevos antiguos motivos líricos.

Por ejemplo, el motivo de las estrellas.

Desde aquel verso:

ha prodigado el motivo de las estrellas.

Claro que el motivo de las estrellas será actual siempre.

Pero, ¿no nos recordará otros ciclos líricos?

El motivo de la luna ya está desprestigiado. Ya no hay tropo posible. Están agotados todos los variantes. Ni resulta actual la imagen de mi amigo, que decía:

«El disco de hojalata de la luna...»

Yo veo repetido en exceso el motivo de las estrellas, tanto en Huidobro como en sus discípulos.

Motivos a elegir.

Apollinaire decía que se precisaba una literatura que correspondiese a los nuevos inventos, a la industria, a la física, a la química.

Caminarían, simultáneamente, si la literatura eligiese motivos en las cosas nuevas.

Hay un peligro. Que las máquinas, por ejemplo, desaparecen al aparecer otras más perfectas. Salvador Rueda escribió una oda al barómetro.

Pero todo está en los motivos a elegir.

Hay cosas nuevas que tienen ya una belleza efectiva y permanente.

Los aeroplanos, la radiografía, los rayos X, los acorazados, el mar—el mar aún está inédito—, las combinaciones químicas, el álgebra, el vértigo, y todo en relación con el sentimiento de cada uno.

¿Pero será posible que sea un latino quien interprete esto?

Marinetti es tan retórico como D'Annunzio.

Ha sido un hombre de la raza sajona quien avanzó más en el futuro, y fué Walt Whiman.

Somos una raza antigua.

¡Raza sajona, la de los grandes destinos!

Subjetivismo y objetivismo.

Toda la inquietud moderna, a través de nuestra alma.

La cosa exterior se convierte en objetivismo.

La emoción sentimental en subjetivismo.

O sea la interpretación de las cosas, por el objeto y por el sujeto.

Quizá el paradoxismo de la última lírica francesa radique en eso: En el salto continuo del subjetivismo al objetivismo y viceversa.

CORREA-CALDERÓN.

EL CICLO DE LAS INQUIETUDES

El tormento sin fin.

Nunca como ahora he sentido el peso que es sobre mi corazón el recuerdo, tenaz e ineludible, de la Amada que, con sus trajes claros y lisos como túnicas nuevas, hizo más puro y sereno mi amor, que era, antes de que mis ojos perdidos ya en innumerables miradas se posasen turbados en Ella, un continuo vibrar, por el misterio de mi juventud, de cantos antiguos e insaciables.

Nunca como ahora que ya la he perdido para siempre, y como una venganza su último suspiro irremediable ha apagado definitivamente las antorchas que perennes alumbraban los caminos que habían de hollar mis pies ligeros por un primer deseo de los amores de las mujeres, y que hacían más alegres las cosas por la virtud fascinadora de los re-

flejos, nunca como ahora que Ella no puede ser ya para mí sino el recuerdo, siento un dolor tan intenso en mi corazón por haberme inclinado irreverente ante la pureza de su amor y haber roto todos los sutiles hilos que la ataban a la tierra; los sutiles hilos que jamás llegué a creer pudieran romperse por las miradas de mis ojos que tantas impurezas los había empañado; los sutiles hilos que mil veces tuve entre mis dedos, enredados por un antiguo resabio y, cruel, hice con ellos trenzas de olvido y de abandono, que me sirvieron de múltiples escalas en múltiples amores equívocos y exaltados.

Nunca como ahora, sin embargo haberla perdido para siempre, he sentido y visto tan claros y desvelados de secretos todos los encantos de las mujeres, y en todas encuentro, al través de las sombras, ese algo que sólo a Ella pertenecía, y que, no obstante, a todas pertenece, y por lo que se ha hecho más dislocado y anhelante mi deseo alado y urbano por las mujeres.

Nunca como ahora he sentido el peso que es sobre mi corazón el recuerdo tenaz e ineludible de la Amada, casta y pura, en sus trajes claros y lisos. Es tan torturante este recuerdo, que me hace ir tras de las mujeres hasta que mis rodillas se doblan, y un gran desfallecimiento me deja triste y desencantado, desvanecido como una sombra, en las esquinas de la noche. ¡Es terrible el recuerdo de la Amada, casta y pura, perdida para siempre, besada tan sólo por las estrellas!

Éxtasis infantil.

Ya tarde, cuando tan sólo quedaban gentes rezagadas y torpes en aquella gran plaza abierta sobre dilatados derribos recientes, cuando ya era una cosa triste la policromía opaca de tantas luces últimas en la noche de verbena, el matrimonio, joven aún, daba su vueltecita plácida, animados ambos por el recuerdo de la alegría, que hacía estremecer a las vecinas vírgenes, que por aquellos días hablaban con más pasión de sus novios, y sus mejillas se florecían de nuevos arreboles. Iba el matrimonio plácidamente, con esa vaguedad asombrada que tienen los artesanos en la noche, y llevaba a su único hijo, que, silencioso y como desvanecido en una mirada, les seguía cogido a la falda de la madre, con su rostro vuelto hacia aquel tobogán maravilloso, lleno de luces en lo alto, que hacía dar gritos festivos y alados a las mujeres. La madre le decía: —Anda, hijo; ve delante. Me vas a descoser la falda—. Y él se adelantaba perezoso, volviendo aún más su rostro hacia aquellas luces tan altas.

El padre se había parado, curioso, ante un juego de «habilidad y pulso», y la esposa, por encima de su hombro, miraba aquélla sencilla mesa, donde brillaban, sobre un paño blanco, esferas de reloj y cadenitas como serpientes arrolladas. Mientras, el hijo se había separado de ellos, y estaba subido en una gran piedra, mirando extasiado al cielo. ¡Oh,

aquél niño subido en la piedra más grande, que miraba al cielo en su mayor plenitud de estrellas, qué poema tan puro y exaltado era! ¡Oh, aquéllos tiernos ojos de niño, para los cuales las estrellas ya eran motivo de éxtasis y de maravilla! Miraba a las estrellas tan olvidado de sus progenitores, que se asemejaba a nosotros, que ya nos hemos olvidado de los orígenes y subimos, en la noche, a las colinas de la ciudad, henchido el corazón de pobres ensueños, y miramos al cielo tan costelado de ensueños más excelsos y líricos. Miraba el niño al cielo en su mayor plenitud de estrellas, y un goce sereno le inmovilizaba, y era como si un castigo antiguo y bíblico le hubiese convertido en piedra. ¡Qué conmovedor y ejemplar sería él, un niño, mirando al cielo costelado, verlo convertido en una dura estatua de piedra!

La madre lo buscaba: —¡Hijo, hijo! ¿Por qué te apartas de mi lado?—. Y el hijo le contestó: —Mamá, qué bonito es el cielo.

JOAQUÍN AROCA.

BIBLIOGRAFIA

Les cœurs malades, roman, par Eugène Montfort. Paris, Ernest Flammarion, éditeur.

Eugenio Montfort, el interesante escritor francés que dirige la admirable revista *Les Marges*, de la que más de una vez hemos reproducido trozos en estas páginas, ha publicado una nueva edición de *Los corazones enfermos*, la intensa novela que consagró su reputación de novelista.

La primera edición llevaba la fecha de 1904. Acerca de la tendencia de la obra, dice el autor en el prólogo que la antecede:

«He intentado en esta novela pintar los estragos del amor en las sensibilidades refinadas. ¿Es ésta una historia para personas sensatas? ¡Ay!, mucho me temo que no. Como, en efecto, aquéllas no obrarían nunca de la manera que proceden los personajes de mi libro, y Colette y su amigo no se les parecen en nada, temo, cuando menos, que Colette y su amigo no les resulten antipáticos; además, como no se les parece-

rán, su vida se les antojará falsa. Y a fe mía que eso es molesto...

Imagino de otra parte, que los enervados y apasionados en este tiempo singular, de esta época de vida vibrante, intensa, excesiva, *reconocerán* a mis dos personajes. En un momento en que tanto se extrema la brusquedad de la sensación, en que se experimenta la necesidad de exasperar nuestro ser y sentirlo agudamente—necesidad nueva, sin duda—, hasta el punto de que alguna vez hemos de preguntarnos si realmente toda la inteligencia y la civilización suma conducen a hacer del hombre otra cosa que un salvaje extraordinariamente refinado, abundan los *corazones enfermos*.

Acaso juzgarán ellos verdaderos los dos héroes de esta novela, y sentirán por ellos algo de esa simpatía y esa piedad que he sentido yo al describirlos...

* * *

Au bord du gouffre (aout-septembre, 1914); avec des documents inédits et 8 cartes, par Victor Margueritte.—Paris, Ernest Flammarion, editeur.

Libro de crítica severa y documentada, en que su autor, el gran novelista bien conocido de nuestro público, estudia las causas que condujeron a su país «al borde del abismo», es decir, a la guerra, cuyo dolor y espanto aún no se han olvidado. «Nuestro ruidoso triunfo—dice Víctor Margueritte—ha sido pagado hartó caro para que se puedan examinar las cuentas

antes de conceder su coste. Por eso renuevo hoy con este estudio militar y social de la campaña de 1914, el ensayo que intenté hace quince años en mi pequeña *Historia de la guerra de 1870-71.*» Y más adelante: «Yo soy de aquéllos para quienes el progreso no es un paréntesis entre dos matanzas. Este libro no tiene otro objeto que ayudar a despejar el próximo camino. Para que la monstruosa mortandad no se repita, sólo un medio hay, ¡sólo uno para que de la lóbrega noche la alborada surja! Que todos, según la medida de nuestros recursos, apresuremos, con el grito obstinado de Chantecler, la gran aurora en que, respondiendo a la inmensa esperanza de los pueblos, la *Internacional será el género humano!*» Hermosas palabras, que hacen un libro humano de este libro patriótico.

* * *

Au dessus de la Ville, roman, par Edmond Jaloux. Paris, édition de la Renaissance du Livre.

Edmond Jaloux es un novelista ya conocido del público español que acaba de admirar la traducción de *El demonio de la vida*. Su última novela, *Por encima de la ciudad*, tiene un interés especial para nosotros, pues la acción, intensa y apasionada que forma su argumento, se desarrolla en Granada, entre las rocas y las fuentes del Generalife. En ese paisaje singular, tan lleno de exaltación, que lo mismo puede servir para cantar el triunfo de la Vida que el de la

Muerte, dos amores: la ternura egoísta de un hermano agonizante y la tumultuosa pasión de un amigo de infancia, se disputan un corazón de mujer. Alternan así, súbitamente conducidos por el autor los dos temas antedichos simbólicamente expresados por el paisaje. Son de alabar, particularmente, el ardor contenido, la gracia elegante y el grave ritmo con que la técnica del novelista desarrolla la acción. Los personajes viven por encima de la ciudad, y la contemplan desde sus colinas o desde los miradores de su Alhambra. Una pluma cromática, pero fina y llena de contención, nos describe el paisaje y los personajes, sin abusar demasiado del sol ni de los colores. En toda la obra, hasta en el conflicto trágico que forma su alma, refléjase el equilibrio con que todas las características de Andalucía se nos ofrecen en Granada, sin demasiada exaltación ni excesiva serenidad.

R.

* * *

Emilio Carrère: «La cofradía de la pirueta». — Tomo II de las Obras completas. — Editorial Mundo Latino. — Madrid, 1920.

¿Quién como Emilio Carrère ha sabido plasmar literariamente el dolor pintoresco de las figuras piruetistas, que desde un escenario de arte e idealidad, tras ser maceradas por la vida cruel, abocaron al retablo miserable, deviniendo fantoches del hampa grotesca?

Unida a la obra poética de Carrère, y como un complemento de sus barojianas exaltaciones del andrajo, quedarán estas crudas disecciones novelescas. Iniciadas en «El encanto de la bohemia» le continúan después prolíficamente, con cierta monotonía, porque dada la analogía argumental y el común nexo temático que las prende, unido al abuso de extravasaciones y mercantilista cambio de rótulos, que Carrère las ha hecho sufrir, todas llegan a confundirse en una misma, perdiendo las distinciones características. En definitiva, todas sus novelas son una infinita jaculatoria sentimental del vivir bohemio, y todas aparecen urdidas con residuos del mismo acervo episódico y pintoresco. En «La cofradía de la pirueta» se agrupan «Bienaventurados los mansos», «La conquista de Madrid», reflejos de lacerías desgarrantes, y «El espadín del caballero guardia», sentimental reconstrucción de una leyenda madrileñista.

* * *

Henrik Ibsen: «La casa de Rosmer». «La dama del mar».—Teatro completo. Tomo X.—Traducción castellana de Pedro Pellicena. — Editorial Mundo Latino.—1920.

Ibsen tiene siempre una atracción y una densidad peculiar. De ahí que este cóncavo dramaturgo noruego, que acertó a plasmar teatralmente buidas cerebraciones y hondos conflictos pasionales, conserve, a través de la lectura, un interés rotundo. Porque su teatro

es tan sólido y fecundo que suple al complemento del escenario, imponiéndose por su propia fuerza emocional. Algo que no puede afirmarse de ningún dramaturgo contemporáneo. Así, estas dos obras: «La casa de Rosmer» y «La dama del mar», traducidas con la pulcritud y la fidelidad habituales en Pedro Pellicena, dejan, a la estricta lectura, una perdurable estela emocional en el espíritu del lector.

* * *

Tomás Borrás: «El Avapiés».—Drama lírico en tres actos. Editorial Pueyo.—Madrid.

Sólo el gesto de triunfo que supone imponer una auténtica ópera española en un escenario como el de nuestro Teatro Real, invadido de italianismos anacrónicos, es loable. Tomás Borrás, jovial temperamento literario, que ha enaltecido las derivaciones periodísticas, construyó sobre un tapiz de fondo muy siglo xix, una trama argumental amorosa bien escénica.

«El Avapiés», orlado del ritmo madrileño, y de un colorido netamente goyesco, tiene amplio campo sugeridor, para que los maestros Conrado del Campo y Angel Barrios compusieran una partitura estimable. Y si su obra ya fué criticada y aplaudida a raíz del estreno, en el Real; a nosotros sólo nos corresponde anotar la aparición en las librerías de «El Avapiés», en cuya lectura, más que un valor reconstructivo, se aprecia un interés puramente teatral.

* * *

Juan Bertheroy: «Sybaris». Novela. Versión castellana de Ballesteros de Martos.—Ediciones «Mundo Latino».

Bajo un ropaje tenuemente novelesco y en un estilo pleno de matices descriptivos, Bertheroy ha reconstruido, no arqueológica, sino anecdóticamente, la ciudad maravillosa de Sybaris. Y en sus páginas nos diatiza el encanto evocativo de aquellos días fastuosos, en que los sibaritas, al ritmo de musicales sistros y de aromas afrodisíacos, se abandonaban al espasmo epicúreo, en un sueño de voluptuosidades infinitas.

La descripción de los festines sibaritas, el idilio de Felipe y Teano, el influjo de las castas doctrinas de Pitágoras, y hasta la destrucción de Sybaris por los crotonenses, son interesantes episodios de esta novela, que deja un suave efluvio evocativo de risueños días lejanos...

* * *

Antonio Espina García: «Divagaciones. Desdén.» (Prosa).—Madrid, 1919.

El joven talento ironizante de Antonio Espina, que se nos reveló henchido de inquietud innovadora en su primer libro de versos, «Umbrales»—al que en esta misma Revista dediqué una glosa—, ha sabido conservar su independendencia, exento de veleidosas afiliaciones, aun dentro de su matiz avanzado. Y hoy, ya encontradas las direcciones de su espíritu, nos ofrenda este sugestivo libro de prosas politemáticas y

multiformes «Divagaciones. Desdén». Está repleto de inéditas perspectivas y de luminosos destellos omnimacromáticos. Este libro, en su estructura deliberadamente inconexa, ofrece la pauta del auténtico libro nuevo, vitrina expositora, cartel luminoso y pantalla cinematográfica, sobre la que desfila una teoría numerosa de figuras, momentos, sensaciones y paisajes, en un dinámico vértigo espectacular...

La calidad modernizadora de este libro resalta por cómo en sus páginas hay un alarde de franqueza, de jovialidad, de vena irónica y de linda percepción psicológica. En «Divagaciones. Desdén», en su inmensidad panorámica, naufragarán—lo presentimos vengativamente—las miradas de los lectores obtusos, envenenados de novelas consuetudinarias. Mas, en cambio, hallarán una clave secreta y una brújula nórdica los espíritus ávidos de nuevas subversiones literarias.

Imposible, en este parco espacio, subrayar los capítulos más certeros y sugeridores de este libro. Porque todo él es digno de loa. Y porque en el multiedrismo cinemático con que unos capítulos se suceden a otros, encadenados por el estilo ágil e irónico de Antonio Espina, esta obra se nos representa como una alegoría vibrátil de nuestros días burlescos, intensos y veloces...

* * *

J. Salvat-Papasseit: «Poemes en ondes hertzianes».—Publicaciones Marvella.—Barcelona, 1919.

Entre la falange catalana de poetas vanguardistas,

integrada por J. M. Junoy, J. V. Foix, Claudi Carbonell, Rafael Tobellas y el malogrado Joaquín Folguera, destaca personalmente Joan Salvat-Papasseit. Poeta, crítico y ensayista sociológico, caracterizado como intrépido lucífero, y enamorado de las últimas perspectivas ideológicas y líricas, en una convivencia intermundial. Dirigió «Un enemic del poble», curiosa «hoja de subversión espiritual», y prepara una Revista crítico electródica: *Arc-Voltaic*. Viene de publicar una sugestiva «Plaquette» de poemas, con su retrato vibracionista por Basrradas y dibujos multitudinarios de Torres-García. Este libro, a más de su valor intrínseco, tiene otro representativo. Revela hasta qué límite imperan hoy en Cataluña las nuevas modalidades líricas —impuestas entre nosotros por los *ultraístas*— y fratecidas en Francia bajo la égida de Apollinaire, Jacob, Cendrars, Reverdy...

Los «Poemas en ondas hertzianas», están *situados*, que diría el autor de «Le Shanerogame», al dintorno del instante. Son plasmaciones directas de sensaciones dinámicas y vértigos accidentales. Plenos de ritmo eléctrico y de modernidad, resaltan: «Columna vertebral», «Drama en el Port» y «54.045», que comienza:

«La dinamo turgent mou els priaps de foc
en circumval lació.

No he vist mes majestat que en lo stylo de foe
Trolley Trolley Trolley.»

El libro, tiene ya una repercusión europea, habiendo merecido elogios y reproducciones en «La Revue de l'Epoque», de París.

* * *

J. M. López-Picó: «Dietari espiritual.» Moralitats y pretextos. Segona serie.—Publicacions de «La Revista».—Barcelona, 1919.

El delicado autor de «L'Ofrena», López-Picó, príncipe de los modernos poetas catalanes, crítico de novedades intelectuales, y la figura más resaltante de Cataluña, desde su cumbre directorial en «La Revista», ha recopilado los artículos que constituyen en ella su colaboración habitual.

Al margen de su personalidad poética vibra en López-Picó una sutil ironía y una rica penetración psicológica de buen prosista. Así se nos muestra en su *Dietario espiritual*; muy sugestivo, especialmente en las semblanzas de grandes escritores—Andreief, Barrés, Claudel, Chesterton, Kipling, Gide, Dehmel, etcétera, etc.—, que antes fueron insertos en un fascículo de *Minerva*: «Escriptors extrangers contemporanis», y también en los apuntes sobre poetas futuristas y cubistas de última hora.

GUILLERMO DE TORRE.

* *

El triunfo del bolchevismo, por León Trotski.—Biblioteca Nueva. Madrid, 1919.

Conforme se dice en una nota preliminar, en la descomunal polémica con que, en todos los países, atruenan el espacio los amigos y adversarios del bolchevismo, faltaba por oír una voz: la de los fundadores y paladines de esta nueva doctrina política.

A subsanar tamaña omisión viene el presente libro, de una oportunidad y una importancia tan difíciles de superar, como que está escrito por Trotski mismo, y su objeto es no sólo historiar el movimiento revolucionario, a cuya cabeza estuvo el autor, sino también, como éste declara, dar a conocer al proletariado universal el exacto y verdadero sentido del bolchevismo ruso.

El libro va avalorado con una semblanza del famoso agitador moscovita, trazada por su compatriota y antiguo compañero el Sr. Tasin, y con unas páginas en las cuales relata Trotski sus impresiones sobre España.

La *Biblioteca Nueva* puede estar satisfecha de haber dado a la estampa un libro de palpitante actualidad y lleno de interés.

* * *

Diario Intimo, por Enrique Federico Amiel. Traducción del texto definitivo por María Enriqueta. Editorial América, 1919.

Era ya indispensable que el famoso *Diario* de Amiel

estuviese traducido al castellano, y en este sentido merece los más calurosos plácemes la «Editorial América» por haber enriquecido la bibliografía nacional con una de las obras más discutidas y comentadas de finales de siglo.

Ponerse en contacto directamente con un espíritu es siempre de una gran atracción y mucho más cuando, como Amiel, se trata de un espíritu selecto, en el cual se fundan el filósofo, el poeta y el artista.

Por lo que sugiere, por las ideas y los sentimientos que despierta y por ser una obra de recogimiento y de meditación y de balance espiritual, el *Diario Intimo*, de Enrique Federico Amiel, será siempre leído con deleite, aunque no se compartan muchas de sus ideas.

* * *

El diamante de la inquietud, novelas, por Amado Nervo. Biblioteca Nueva. 1919.

La singular personalidad del ascético poeta mejicano queda definida con trazos magistrales en las páginas admirables que Alfonso Reyes ha escrito como prólogo a este libro, donde se recogen cuatro de las más bellas narraciones novelescas que dejó escritas el franciscano autor de *Serenidad*.

B.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

CERVANTES

Madrid, Marzo 1920.

CRISTO EN LA JUDERÍA

Alegoría de la Pascua de Pesah

POR R. CANSINOS-ASSENS

Interior de una casa hebrea en un sábado de la Pascua de Pesah. Una habitación de planta baja con puerta al ghetto o al campo. En el centro una mesa, cubierta por blancos manteles, sobre los cuales la mujer de la casa ha colocado ya los manjares rituales de la cena pascual: la amarga lechuga, el jarocho y los panes ácidos. En un rincón de la estancia, un anciano venerable, de largas barbas blancas, descansa en un gran sillón, teniendo en sus rodillas un niño de pocos años, al que mece paternalmente al son de un canto monótono y dulce, con la misma ternura grave con que en la sina-

goga mecen los rabinos el sagrado *sefer*. Allá dentro óyese el rumor plácido y lento de una mujer que trajina, doméstica. La estancia está alumbrada por el fulgor grave y festivo de un candelabro de siete brazos.

La mujer, saliendo.

Abuelo, poned ya término a vuestro ensueño sin fin. Dejad de mecer al nieto, como a vuestro único bien, como a ese *sefer* que estrecháis contra vuestro pecho en la sinagoga, los días de *tefilá*, y acercáos a la mesa, en que el cordero pascual, sacrificado según el rito y aderezado en el rescoldo de un fuego puro, sobre el cual extendí la ceniza del viernes como se extiende un velo sobre el semblante, no menos bermejo de un niño dormido, aguarda vuestra bendición. Levantáos, padre mío, y llegáos a la mesa, que esta noche, cargada con los manjares rituales, es semejante a un altar; suspended vuestro canto triste, en el que un viento del éxodo alienta, destrenzando polvorientas gudejas, semejantes a penachos de duelo, y entonad las palabras festivas de la Pascua. Venid acá, ¡oh, mi único padre! Erguios en la luz del candelabro de los siete brazos. Y tomando de la mano a ese niño que ya puede andar, guíadle para que, alrededor de la mesa, describa ese círculo que es la senda abreviada del éxodo interminable que recorren nuestros pies llagados.

EL ANCIANO se levanta sin soltar de la mano al niño que contempla con ojos de asombro infantil cada uno de sus gestos.

* * *

¡De nuevo la Pascua! ¡La amarga lechuga, la miel que cura las úlceras, los panes sin levadura, puros como la frente de este niño! ¡Siempre el recuerdo del éxodo y su amenaza! ¡Siempre los grandes caminos abiertos ante nuestros pies como grandes copas ante labios voraces! ¡Tres generaciones de mi sangre moraron en esta tierra! ¡Tres generaciones descansaron en ella, en viviendas poco más estables que las tiendas de campaña que nuestros padres desplegaron en el desierto, semejantes a blancos oasis, y ya de nuevo, el éxodo se abre interminable para nuestro dolor. En vísperas de una peregrinación nueva, celebramos esta Pascua, como nuestros padres celebraron aquélla remota y primera, que conmemoran nuestros ácidos. Pero el signo sangriento que en la víspera de aquella Pascua marcó las puertas de las casas egipcias, ahora marca las nuestras, hija mía... Y somos nosotros los que lloramos a un primogénito, ¡oh, mi pobre Absalom, por el cual tú, su esposa, cortaste un tiempo tus guedejas juveniles, y hoy te vistes de un luto que nunca depondrás! ¡Oh, mi pobre Absalom, víctima del odio y de la codicia nazarenos! ¡Y en cada casa esta noche, algu-

na víctima es llorada, al consumarse el sacrificio del cordero! La amargura de la lechuga es más real en nuestras bocas que la dulzura de la miel. Y los panes ácimos han de saber a sangre en nuestras bocas... ¡Mira qué silencio en la judería! La fiesta de la Pascua se celebra esta vez casi como un rito fúnebre... ¡Ah! ¡Pobre hijo mío Absalom! ¡Pobre hijo mío Absalom!

La mujer.

¡No os lamentéis así, abuelo! ¡Callad vuestro dolor como yo callo el mío! ¿Por ventura habríais de ser menos fuerte que una pobre mujer? ¿Dudaríais acaso de mi dolor? Mas reprimo mis lloros, y los grandes gritos que querrían salir de mi garganta como agudas flechas que se clavarían en los techos, porque vos mismo me habéis dicho muchas veces que el rostro de una mujer que ofrece en las palmas de sus manos el Manjar de la Pascua, debe sonreír alegre como los ojos del que ve, al entrar en una casa, relucir las luminarias del sábado! Por eso oculto mi dolor, padre mío, y lo escondo bajo esta sonrisa, como oculto la ausencia de mi cabellera cercenada en la víspera de mi día nupcial, ¡como oculto mi cabeza pelada bajo esta cimera de una muerta con el que todos me han visto siempre! Además, ¡oh, padre!, aunque vuestro hijo Absalom, mi esposo bien amado, no esté con nosotros esta

noche, mi corazón, reanimado por las promesas de la Pascua, no se resigna a llorarle como a un muerto. ¡Quién sabe si habiendo logrado escapar a las espadas, en el asalto a la judería, escondióse en un sitio seguro, y esta noche, atraído por las luces pascuales, ha de venir a nuestra casa a compartir con nosotros los ácidos y la miel que cure su amargura!

El anciano.

En vano querrás infundirme esperanzas, ¡oh, hija mía! ¡Como a un muerto de muchos días, lloro ya a mi pobre primogénito! ¡Ninguna esperanza tengo de que torne! Y ni siquiera el consuelo de haber lavado su cuerpo y haberle vestido los blancos sudarios, y haber cruzado sus dedos en la forma de las letras rituales; ni siquiera el consuelo de haber recitado en sus oídos el *chemah* salvador, atenúa mi pesar. Mi pobre hijo ha muerto, abandonado, calcinado quizá a la manera de los gentiles, en la hoguera que destruyó tantas viviendas santas, herido quién sabe por cuántas espadas nazarenas; mis ojos se nublan al querer contarlas, como si mirasen a un cielo estrellado, ¡gloriosas heridas de martirio! Mi pobre hijo ha muerto, y yo por él lloro como por todo Israel. ¡Oh, Dios de nuestros padres! ¿Cuándo se acabará nuestro dolor? ¿Cuándo nuestras lágrimas sólo brotarán en nuestros ojos,

para refrescar unas mejillas demasiado ardorosas de alegría? ¿Cuándo el mundo se reconciliará con Israel?

El niño.

¡Abuelo! ¿Olvidáis las santas profecías que vos mismo me habéis enseñado? En la sinagoga, este año, en la fiesta de Roch Hachana, guiado por vuestra voz, que entonces temblaba de júbilo, ¿no entoné yo los versículos de Isaías que predicen la paz universal? ¿No recordáis, abuelo? ¿El león hará las paces con el cordero? ¿El águila pondrá su nido junto al de la paloma? ¿No entoné también el salmo que predice la venida del Mesías, salvador de su pueblo?

La mujer.

Sí, del Mesías que ha de venir, seguramente, puesto que aún no se ha extinguido la estirpe de David; aún hay vírgenes de esa familia en Israel. Del Mesías que nuestro corazón espera siempre, en los más tristes días, cuando nuestros ojos están más nublados de llanto. De niña, mi madre me hizo muchas veces abrir las ventanas de la casa cuando la tormenta atronaba los aires, pues creía oír en aquel fragor el estruendo del carro de victoria del Mesías.

Y desde entonces, cuando las nubes vierten su llanto sobre la tierra, y el trueno sobrecoge de susto a los *goim*, que encienden cirios y salmodian letanías acongojadas, mi corazón palpita henchido de júbilo.

El viejo, con amargura.

¡Oh, el Mesías, el Mesías! Vieja se ha hecho mi alma esperándole; casi ciegos se han tornado mis ojos. Y mi corazón ya no espera verle. Sin duda que vendrá, sin duda que vendrá un día, pues así lo anuncian palabras infalibles. Tan infalibles como las que anunciaron nuestra dispersión. Sin duda que vendrá un día; mas ¿quién alcanzará la ventura de ver su gloria? ¿Quién logrará la dicha de cobijarse bajo el lampo de luz de su espada triunfadora? ¿Quién podrá beber la alegría que han de verter las conchas de sus ojos? ¿Verán al esperado los ojos de este niño? Los ojos de mi hijo Absalom, que cubre la tierra, no podrán ya verlo. Ni tampoco los míos, ya cubiertos por el velo de la ancianidad, semejante al rescoldo del viernes con que se cubre la adafina... Hasta ahora, las palabras de la profecía infalible fueron, en labios de los gentiles, en sus bocas tirantes siempre como un arco de guerra, una flecha más contra nosotros. Sólo una vez se dijo que las profecías eran cumplidas; y desde entonces, nuestras venas sangran sin intermisión,

más punzadas por las lancetas de nuestros enemigos, que las de nuestros padres en el tiempo antiguo, cuando aún no se había dicho que un Mesías era nacido en Israel. Ninguno de nuestros enemigos fué nunca tan funesto para nosotros como ese hermano, nacido de nuestra sangre. Más víctimas le hemos inmolado a la fuerza, que a ningún ídolo antiguo. Sus aras se han teñido una y otra vez con nuestra sangre. Con carne nuestra se han sustentado los fuegos de su culto. La cruz en que, según dicen, él padeció una vez sola, no ha sido nada comparada con nuestro suplicio siempre renovado. ¿Qué fué su agonía única comparada con nuestra eterna agonía? ¡Cuánto no hemos sufrido por él! Todo lo que nuestros padres padecieron bajo el poder de los faraones y de los asirios, queda ya olvidado ante el dolor inexpresable, ante las torturas, suplicios, humillaciones y afrentas con que hemos expiado el nefasto privilegio de dar al mundo un nuevo dios! Las amarguras del antiguo éxodo, mil veces las ha apurado nuestro pueblo, y en todos los países, desde que se dijo que le era nacido un Mesías. Y nunca esa amargura fué tan viva como cuando la apuramos en esas grandes copas que llevaban esculpida la efigie de un hermano nuestro. Hoy mismo, de esta tierra que ya consideramos nuestra y en la cual habíamos erigido túmulos funerarios y templos, las dos cosas sagradas de raíces más profundas que el cedro, los adoradores de ese hermano espúreo nos arrojan, en su nombre fatal,

como si nuestra única sinagoga, apenas más grande que un nido de palomas, o que ese pañizuelo con que te enjugas los ojos, pudiese usurpar algún espacio a sus templos suntuosos. ¡Oh desgracia de Israel, contra quien se vuelven hasta sus Mesías! ¡Oh! Si inmortal verdaderamente como dicen, fuese posible verle en este mundo; si encontrarlo pudiésemos, en los caminos de nuestro éxodo, yo, huérfano de un hijo que era para mí como un padre, capaz de devolverme los desvelos de la infancia, le enseñaría mi mano senil, crispada por las imprecaciones que acaso no pudiesen salir de mis labios temblorosos...

El niño, temeroso, a la madre.

Madre. ¿Habla del Cristo? ¿Del Nazareno? ¿Dice que podríamos encontrarle? ¿La cruz se haría grande, grande para caer sobre nosotros, como otra noche? ¿No estamos seguros aquí, madre?

La mujer.

No te asustes, hijo mío. (Lo acaricia.) Y vos, padre, no habléis de ese modo, que inquieta a vuestro nieto, cuyo corazón tiembla aún, de haber visto llamas y sangre, él, cuyos ojos sólo debieron ver esa sangre infantil que brota sin demasiado do-

lor, de la yema de un dedo, en los juegos punzada. No habléis de ese modo, ¡oh, abuelo! ¡No turbéis con esas palabras, semejantes a una cabellera destrenzada en señal de duelo, el fulgor de las luminarias pascuales! Abandonáos, como yo, a la esperanza de la Pascua. ¡Viuda en plena juventud, viuda—me resisto a creerlo—, reprimo esta noche mis lágrimas, que empañarían mis ojos, para ver, en todo su esplendor, esas luces, y hago porque mi alma que sangra aparezca tan enjuta como estos ácidos, en cuya masa nada ha fermentado! ¡Haced vos lo mismo, abuelo! ¡Sentáos, finalmente, a la mesa que habéis de presidir, y partid con vuestras manos puras estos cándidos panes!

El anciano.

Dices bien, hija mía. ¿Por qué asombrarse tanto de que la desgracia, huésped en otra parte, sea como una criatura familiar en las moradas de Israel, ni de que el luto, negro en otras casas, sea púrpura en la nuestra? Dices bien, hija mía. Sentémonos a la mesa pascual. Ven aquí, ¡oh, hijo mío! Dispón tus hombros al símbolo oneroso. Cargado con los manjares rituales, en recuerdo del éxodo de nuestros padres, darás tres veces la vuelta a esta mesa, símbolo abreviado del gran desierto rojo, en el que peregrinaron las tribus. Pero antes, ¡oh, hija mía!, dime: ¿aseguraste bien la puerta?

La mujer.

Sí, padre. Cerrada está, aunque en noche como ésta abierta debería permanecer, en espera de algún hermano nuestro, demasiado pobre o demasiado solo, para procurarse las tortas ácimas. Ya sabéis que el huésped es siempre bienvenido en las moradas del destierro.

El anciano

Sí, hija mía, lo sé. Pero vivimos en una época de sobresaltos y peligros. Y hay que precaverse contra los intrusos, contra los que esconden las espadas bajo los grandes mantos. ¿No sabes, hija mía, que más de una vez la sangre de nuestros hermanos tiñó de rojo esos panes que deben conservarse enteramente cándidos como nuestra intención? Los que comulgan con un vino bermejo, tienen siempre sed de nuestra sangre. (Va a la puerta y la afianza. Tornando luego a la mesa.) Ahora, hijos míos, sentémonos en torno a la mesa pascual. Todo está en orden, según el rito. Refulge el candelabro de los siete brazos como una gavilla de júbilos. La miel se nos brinda junto al amargor de la lechuga. Ven acá, hijo mío, y cubierto con esta estola, símbolo del ható del caminante y cargado con estas bandejas, en que se con-

tienen los manjares rituales, da la vuelta a la mesa, pobre niño, que al realizar ahora un simulacro te aprestas ya al éxodo real de mañana. (Da el niño las vueltas rituales a la mesa: el anciano y la mujer le siguen con los ojos llenos de piedad y de amor.)

La mujer.

¡Oh, hijo mío muy amado! ¡Tus pies franquean el límite del reino del Faraón! Atrás quedan las pirámides, erigidas por la fatiga de tus abuelos; las pirámides soberbias, semejantes a hogueras petrificadas, desde cuya cima caras de esfinges te miran llenas de asombro y de despecho. Atrás quedan las mazmorras en que tus hermanos padecieron, los carrestantes en que trabajaron hasta extenuarse, los molinos del trigo de los que hasta sus cabelleras saltaba el polvo inmaculado de una harina que gustaban apenas... Atrás quedan todas esas vejeces, que eran nuestro invierno; mientras la nueva primavera te sonríe cándida y risueña, en la alborada que se eleva del lado del desierto... Todos tus hermanos te acompañan. Moisés indica, con su vara milagrosa, el camino que ha de conducir a la tierra prometida al pueblo de Israel; y su vara se orienta como una brújula, en la indecisa claridad matinal. Miriam, su hermana, se ha puesto todos sus collares, y en las manos sustenta el pandero, redondo y

dorado, como un plenilunio. Las olas del Mar Rojo se apartan ya, a uno y otro lado, como las cortinas de una tienda de campaña, como el ramaje de una calle de árboles, para dar paso a las doce tribus... Y mientras el pueblo de Dios se adelanta en la aurora indecisa, conteniendo apenas sus gritos de júbilo, porque aún es demasiado pronto para soltar las bandadas de alondras; un gran silencio llena la ciudad de los Faraones, y en su palacio soberbio, la hija del rey despiértase asustada como si súbitamente sintiese mermada la dulzura de sus senos y afligida recorre todos los atrios, llamando a gritos a su hermano de leche...

El niño, como recordando una leyenda.

Pero Moisés no se detiene. Al frente de su pueblo atraviesa el cauce enjuto del mar, cuyas olas encrespadas les protegen como grandes escudos. El Faraón, lleno de cólera porque se le van sus esclavos, quiere seguirlos; y en su carro de guerra, que reluce de lejos como una hoguera, aventúrase por el cauce milagrosamente enjuto. Mas de pronto, las olas hasta entonces inmóviles, desplómanse sobre él más pesadas que las puertas de su palacio, y él y todos sus guerreros quedan sepultados en el fondo del mar. ¿No fué así, abuelo?

El anciano.

Si, hijo mío, así fué el prodigio que cuentan los libros infalibles. Sepultados en el fondo del mar, quedan el monarca y sus guerreros. Mientras, los hijos de Israel, en la otra orilla, frente al desierto, sacuden sus vestiduras, apenas salpicadas de un aljófar salobre. Moisés cuenta a sus hijos y ni uno sólo falta. Amanece ya: y el sol se levanta ardiente como la zarza en que Adonai se manifiesta. El desierto muestra a los ojos de Israel su amplio camino sin senderos. Y por mandato de Moisés, todos los peregrinos afianzan el lazo de sus sandalias y el nudo de sus ceñidores, y acomodan mejor sobre sus hombros la carga—reliquias domésticas, víveres, acaso un hijo—que sacaron de Egipto. Porque delante de ellos se extiende ahora el desierto del éxodo, el desierto árido como un seno sin pechos, vacío de toda cosa como un azafate en el que nada se ha puesto. Ante ellos se extiende el desierto por el que mucho tiempo han de peregrinar, víctimas de sus espejismos y su sed, antes de alcanzar la tierra prometida, antes que los emisarios enviados al país de Canaam, vuelvan, curvadas las espaldas, bajo el dulce peso de los racimos en sazón. Frente al desierto interminable empieza para ellos el éxodo...

La mujer, con entusiasmo.

Sí, pero la dulzura de esos pingües racimos halaga ya la aridez de sus labios y exprime en sus bocas enmelados regueros. Como ebria ya de esa dulzura, Miriam, la hermosa hermana de Moisés, danza festiva sobre la piel de onagro, que sus doncellas han tendido sobre la tierra enjuta, y todas las mujeres de Israel secundan su júbilo tañendo sus panderos. Canta Miriam y magnifica al Señor, danzando a compás de los sistros y panderos, como más tarde danzará David ante el arca sagrada. Porque los pies de Israel, por llagados que estén de hollar zarzas agudas, nunca rehusan celebrar un júbilo, convirtiendo en música su fatiga; ni sus ojos, por muy henchidos que estén de lágrimas, pierden la facultad de serenarse, con la misma facilidad que este cielo de Nisan, tan pronto despejado de sus nubes. Canta Miriam, erguida la boca como una bocina, y todas las mujeres de Israel secundan su canto de júbilo. Ella, sin dejar de cantar, gira y gira en su danza, que remeda los vuelos de un ave en torno al nido.

Tiemblan con armónico tintineo todos sus collares. Hínchasele el pecho como las colinas cuando en primavera se dejan ver chisporroteando como hogueras; y las aletas de su nariz se dilatan como si ya aspirasen el aire nuevo, cargado de perfumes, que viene de la tierra prometida, de la

tierra que mana leche y miel. Enajenados de alborozo, tienden todos sus manos como si ya los mágicos ríos de la abundancia bullesen ante ellos. Y nadie ya siente la fatiga con que el hato del caminante podría agobiar sus hombres. Porque saben todos que con ellos va el poder de Moisés y la danza de Miriam. Y saben que la vara prodigiosa que Moisés tiene en su diestra, la vara bendecida por Dios que, levantada sobre el Egipto deshizo todos los artificios de los magos y trajo desde todos los confines del horizonte las plagas que dormían, aún ha de obrar nuevos prodigios en el éxodo. Y hará brotar un agua dulce y tibia de las peñas, tal la leche que mana de un seno. Y hará que del cielo descienda el maná, que sabe a todos los manjares gratos. Y florecerá de rosas el desierto y dotará de frutos a las zarzas. Y en las horas de desaliento, la danza de Miriam hará que sus pies se reanimen. Así todos se encaminan alegres hacia el éxodo, como hacia un retorno. Una columna de fuego guía sus pasos. Todo les es propicio. Y la tierra venturosa anega ya sus sueños en la dulzura de sus ríos. De igual modo, nosotros, que a un nuevo éxodo nos aprestamos hoy, debemos sonreír también a la esperanza, ¡oh, padre mío! ¿Por ventura se ha cansado el Señor de hacer prodigios o tan enojado está con su pueblo que haya de abandonarnos? ¿No celebramos hoy la Pascua como la celebraron nuestros abuelos, y no he buscado yo, encorvada por los rincones, a la luz de la cera ardiente, la

más pequeña miga de pan no ácimo, para quemarla como impura en la llama?

El anciano.

Tus palabras, hija mía, confortan mi corazón y lo refrescan como una danza en que tiemblan collares. Pero mi alma está ya demasiado cansada para seguir el giro de tus pensamientos. Mis ojos, enturbiados por el llanto continuo, no alcanzan ya a entrever la tierra prometida con sus ríos de leche y miel; tan sólo distinguen, hija mía, los zarzales del éxodo que han de desgarrar tus vestiduras y tu carne. ¿Dónde está ahora Moisés, dónde Miriam, su animosa hermana? ¿Quién obrará ahora los antiguos prodigios? Enojado está el Señor con nosotros, o se limita a compartir nuestro llanto. Tres veces al día—dicen nuestros sabios—solloza Adonai como una paloma, y tres veces ruge como un león al recordar la destrucción de su templo. Pero más bien parece que solamente llora. Y además, hija mía, ¿dónde iremos ahora que no encontremos al Nazareno? ¿En qué lugar de la tierra no ennegrecerá su sombra el viso de nuestras frentes? El velo morado del Templo que se rasgó un día, el velo enorme como un cielo, que parecía haber recogido todas las violetas del mundo, no era tan grande como esa sombra nefasta. Los cedros más altos del Líbano no son tan altos ni frondosos como

esa cruz hostil. ¡Adónde iremos que no nos alcance! Mira: ¡sus cuatro brazos abiertos como garras, abarcan los cuatro puntos cardinales! Donde quiera que vayamos, nos alcanzará.

El niño.

¡No os aflijáis, abuelito, no lloréis!

La mujer.

¡Abuelo, no llenéis así de miedo esta alma pueril! No todo el mundo es de la cruz; y en algún lugar, en nuestra Asia nativa, o en la América inexplorada, que aguarda maternal a todos los tristes, con sus manos llenas de dones, bajo el cielo abierto y en las selvas vírgenes, donde aún vibran los sonos de las primeras liras, a la orilla de ríos caudalosos y a la sombra de árboles que destilan fragantes mieles, encontraremos algún lugar en que erigir nuestra cabaña con manos tan floridas como en la fiesta de *Sucot*. Aunque mejor sería que encaminásemos nuestro rumbo a la tierra de nuestros padres, a esa Palestina sagrada, donde están las tumbas de nuestros reyes y de nuestros profetas y el lugar en que el Templo único se alzó, paraje inestimable, bien que ya sea desnudo de todos sus tesoros, semejante a ese párpado bajo el

cual se ha apagado la luz. Si en todas partes ha de alcanzarnos la desgracia, seamos desgraciados allí, en la tierra de nuestros antepasados, en la única tierra digna de que en ella se arrastren nuestras rodillas y caigan nuestras lágrimas. ¿No oísteis decir, ¡oh padre!, que los grandes de Europa iban a concedernos esa tierra sagrada, que héroes de Israel, luchando, generosos, bajo extrañas banderas, acaban de ungir con su sangre? ¿No tendremos, al fin, nuestro hogar en Palestina? Si nuestro destino es llorar siempre, ¿no podremos siquiera verter nuestras lágrimas en las urnas de los ríos que fecundan nuestra sagrada tierra?

El anciano.

Dijeron, sí, dijeron los grandes de Europa que Palestina nuevamente sería del pueblo errante. Así compensarían la sangre que Israel derramó en todos los campos de batalla, por apagar la sed de sus victorias, de sus águilas y de sus leopardos. Pero también ese último consuelo nos niega la cruz. Demasiado sagrada para todos esa tierra, no podrá suceder que vuelva a ser nuestra. Un sepulcro, el sepulcro del Nazareno, hácela más codiciada a esa tierra, hoy yerma y árida, que si en su seno encerrase miriadas de tesoros. ¡Oh, desgracia irreparable, que el mundo adore a un Dios judío! ¡Siempre, siempre el Nazareno en nuestra senda!...

Quedan un instante pensativos. A lo lejos se oye el repique de unas campanas cristianas.

El anciano.

¡Siempre, siempre el Nazareno! ¡Esas alondras que son águilas!

La mujer.

¡No penséis más en ello, padre mío! Celebremos la Pascua con el alma llena de la esperanza de ese día. ¡Mirad, ya han cesado las campanas!... ¡Oh, qué dulce remanso ahora en este silencio!

(Siéntanse todos a la mesa y se disponen a gustar los manjares rituales. Por un momento la solemnidad de la Pascua llena la casa de una luz más viva. Callaron las campanas y ahora vibra en el aire un rumor amortiguado, como de cánticos angélicos. El anciano, seducido por aquella dulzura, sonríe. De pronto, llaman a la puerta. La mujer se levanta presurosa a abrir, instintivamente movida por la caridad de la Pascua, en cuyo día la puerta de la casa ha de estar franca para todo el que a ella llame, a fin de que hasta los pobres y los caminantes extraviados puedan celebrar el simbólico rito.)

El anciano.

(Levantándose sobresaltado y conteniendo el gesto de la mujer. Con expresión de gran sobresalto.)

Aguarda, mujer..., no te des tanta prisa a abrir. Aguarda...

La mujer.

¿Hemos de detener fuera al que llama, un hermano sin duda, que vendrá de camino, una mujer acaso demasiado pobre para poner sobre los blancos manteles de la casa los ácidos y el cordero pascual?

El anciano.

(Con recelo.)

Aguarda, te digo, hija mía. ¿No sabes que más de una vez, astutamente, introdujéronse los nazarenos en la casa en que se celebraba el sábado, o la Pascua, para dejar en ella el cadáver de un niño, cuya sangre luego—insigne calumnia—dijose extraída por nuestros hermanos, para comunicar una virtud ilusoria a estos panes cándidos, en que ni siquiera es lícito el fermento de la levadura? Déjame que vea por mí mismo quién es el que llama.

(Va el anciano a la puerta e interroga:)

¿Quién es?

(Desde fuera, una voz dulce le contesta:)

Chalom.

La mujer.

¿Veis, padre mío? Con la palabra sagrada, con el voto más grato para nuestra alma dolorida, nos saluda el peregrino. Abrid la puerta, padre.

(El anciano titubea un instante, poseído de terrible perplejidad. Luego descorre poco a poco el cerrojo que cruza ambas hojas de la puerta y abre ésta con cautela infinita, procurando que el interior de la casa quede velado por su cuerpo. El peregrino se adelanta con paso lento y seguro hasta el centro de la estancia. El anciano, paralizado por el asombro, retrocede ante él y no halla fuerzas que oponer a su avance. El recién venido penetra en la sala y queda en pie ante la mesa. Es un hombre joven y triste, tan pálido bajo sus cabellos negros, que un nimbo parece rodear su semblante. Viste una larga túnica, calza sandalias y en la orla de su túnica lleva cosidos los tefilim rituales. Aunque joven, expresa su semblante un dolor de siglos. Con voz afable, repite la salutación de paz, a la que contestan todos.)

El anciano.

¡Chalom! ¡Chalom! Pero, ¿quién eres, peregrino? Dinos pronto quién eres, pues no querría que la idea que tu presencia evoca en mi alma, atónita ante lo inverosímil, llegara a confirmarse. ¡Tu nombre, tu nombre!...

La mujer.

Padre, aunque yo comparta vuestro asombro, no está bien importunar a un huésped. Dejad que repose primero. Para nosotros su nombre es Chalom. (Le ofrece una silla.)

El peregrino.

(Con voz dulce y triste.)

No es necesario que te diga mi nombre. Yo soy quien tu corazón ha adivinado. Yo soy quien tantas veces viste en sueños, pues, hermano tuyo, a pesar de todo, en tu alma enojada y hostil, me tuviste siempre, como hoy me tienes en tu casa.

El anciano.

(Con acento de horror y de iracundia.)

¡El Cristo! ¡Eres, pues, el Cristo! Mi alma, a todo asombro acostumbrada, retrocede ante esta idea como ante lo inverosímil.

El peregrino

(Con dulzura infinita.)

El Cristo soy. Como en otro tiempo, ante la sonrisa burlona del procónsul romano que me interrogaba así, te digo ahora que yo soy el Cristo...

El anciano

(Repuesto de su asombro.)

¿Que eres el Cristo? ¿Que eres el Cristo? ¿Y te atreves a penetrar en esta casa, que tu sombra ha llenado de luto, donde noche y día lloran los ojos de sus habitantes por tu culpa? ¿No ves el espanto que tu presencia causa en los que te contemplan? Mira no más cómo tiembla ese niño, ¡que ha buscado el lugar más remoto para huir de tu mirada!

El peregrino

(Con dolor inefable.)

Yo, sin embargo, he dicho: *Dejad que los niños se acerquen a mí...*

El anciano

Si, eso dijiste...; pero fué para los hijos de los extraños. Esos podrían acercarse a ti. Pero los niños de tu raza, los niños cuyos padres murieron por tu culpa, sólo espanto pueden sentir en tu presencia. ¡Tú, hermano espurio, has sido fatal para Israel, más que las plagas antiguas para los Faraones! Tú destruiste el Templo incomparable; tú rasgaste el velo morado, grande como un cielo. Tú fuiste más cruel para tu pueblo, no obstante la engañosa dulzura de tu sonrisa, que los egipcios y los asirios y los medas de semblantes adustos y cimeras erizadas. Todo nuestro dolor mana de ti. Si nuestros pies se agitan siempre sin descanso, sobre las espinas y las arenas de un éxodo interminable, es por tu culpa. Si las espadas siegan nuestros cuellos, en cosechas siempre renovadas, es por tu culpa. Si de todas partes las gentes nos arrojan, es por tu culpa, ¡oh nazareno! Y si hoy, en esta casa, antes feliz, la tristeza es una habitadora perenne; si yo lloro la muerte de un hijo, no menos digno

de vivir que tú, si esta mujer cubre con el luto de la viudez una juventud aún florida y los ojos de este niño crecen entre el llanto, como flores de agua, es por tu culpa, ¡oh nazareno! Tú eres nuestro enemigo desde los tiempos más remotos. Tú, enojoso hermano, malograste nuestro destino, cuando los viejos dioses, caducos y agotados, iban ya a morir y Adonai, nuestro Dios, iba a reinar sobre toda la tierra. Los dioses paganos murieron, pero tú te interpusiste entre la Ley y el mundo, fascinando a los hombres con tus artes de deducción, aprendidas de los magos. ¿No sabemos por ventura que robaste en el Templo el nombre de Adonai para realizar esos prodigios? Desde entonces tú suplantaste a nuestro antiguo Dios, como un niño atrevido suplanta al padre, y los siempre fieles a la antigua Ley tuvieron en ti su más cruel enemigo. Tú fuiste de nuevo el Baal y el Moloch de nuestros padres. Tú te nutriste de nuestra sangre, cimentaste tu gloria sobre nuestro dolor. Para ti fueron el incienso, los cánticos, el oro y las gemas; para nosotros, tus hermanos, las lágrimas, la humillación, la afrenta, el éxodo. Y ni una vez te apiadaste de nosotros, ¡tú, tan piadoso!...

El peregrino.

¡Y mi pasión!

El anciano.

¡Tu pasión! ¿Por ventura no sabemos nosotros que tu pasión fué una pura farsa? ¿No te protegía el talismán que robaste en el Templo? Tu pasión fué puramente figurada, ¡oh nazareno! Los ojos de tu madre, que era fiel a la Ley, y los del Cirineo que te ayudó a sostener la cruz, y los del pueblo que te contemplaba, estaban llenos de lágrimas, mientras los tuyos permanecían enjutos. Los clavos que hendían tus manos y tus pies hundíanse realmente en el corazón de tu pueblo. La esponja empapada en vinagre escocía los labios de los que te contemplaban piadosos. Tú, en cambio, sonreías en tu cruz, porque, invulnerable a las heridas, tu pasión figurada era tan sólo el medio para que luego tus hermanos pudiesen ser inmolados, a título de rescate, por sus enemigos, los romanos, entre cuyos dioses aspirabas a sentarte un día, como un nuevo Apolo, vencedor de las divinas senectudes. Esa fué tu pasión: la parodia del mito dionisiaco, cuya virtud había de divinizarte, haciéndote grato a un pueblo bárbaro y cruel, que vertía en sus fiestas indistintamente vino y sangre. Aquella pasión, figuradamente cruenta, te confirió aptitud para ser adorado por los que en los cultos de Mitra se bañaban en sangre. Pero tú mismo no sufriste, protegido como estabas por tu talismán. La pasión de tu pueblo, esa sí fué verdadera pasión. ¡Y nadie po-

dría contar las cruces de su sufrimiento!... ¿Podrías contradecir lo que digo?

El peregrino.

(Con acento de desilusión infinita.)

¿Qué podría yo decir de mí mismo que fuera creído? ¿Por ventura dije yo alguna vez que fuera dios? ¿Reclamé nunca altares ni honores divinos? ¿Tengo yo la culpa de que el sudario de mi pasión real, que atestiguan mis manos traspasadas y mi frente lacerada de heridas, fuese convertido en un lábaro por los enemigos de mi pueblo? ¿La tuve tampoco de que en la cruz de mi martirio, para afrentarme aún más mis sayones, pusiesen ese título de rey de los judíos que yo no quise asumir nunca, ávido de un reinado más puro?—aunque mejor acaso hubiera sido—¡oh, fatídico arcano!—aceptar ese nombre con que aclamado fuí y con la fuerte mano que a los mercaderes expulsó del Templo, haber quebrado los haces de la gloria romana, dando al fin nuevo cetro a mi pueblo—. Divinizado a mi pesar, yo que nunca soñé con ser un dios, ni siquiera el Mesías anunciado por los profetas—¿dije yo alguna vez esto?—, ¿puedo ser responsable de la sangre con que idólatras, siempre apegados a los antiguos cultos, me ofrendaron? Ante el pretorio de Jerusalén, que adornaban águilas paganas, yo me presenté inerme, ma-

niatado, casi desnudo, como el alma dolorida y antigua de mi pueblo. Mis manos estaban puras de toda mancha cruenta y aún tenían la fragancia de las flores silvestres, cogidas al pasar por los caminos de Galilea. La víspera de aquel día yo había celebrado la Pascua, en unión de mis discípulos, en una casa humilde como ésta, en la que una mano piadosa había dispuesto el cordero y los ácidos. Ante el representante de los ídolos, y ante los sacerdotes vendidos a su poder, que habían acatado la garra de la loba, y ante el Tetrarca que erigiera en el atrio del Templo simulacros de mármol, ante aquella gran sonrisa cruel y aduladora, yo comparecí como la encarnación de nuestro pueblo triste y doloroso, como el alma y el cuerpo de nuestro pueblo, como la sonrisa dulce y resignada de nuestra historia de pasión. Quise enternecer aquellas almas duras, apartarlas del culto de la sangre, inspirarlas el horror de sus victorias. Quise triunfar del mármol y hendirle como un corazón, en aquellos pretorios en que estatuas impasibles rodeaban mi cuerpo desnudo que temblaba. Tuve fe en la eficacia de mi pasión, en la eficacia redentora de mi sangre vertida para evitar nuevos suplicios a mi pueblo y al mundo. ¿Tengo yo la culpa de que aquellos hombres iniciados en religiones de ritos sangrientos, sólo vieses en mi pasión y muerte un trasunto de los mitos antiguos, y vencidos por la grandeza trágica de mi martirio, sintiesen la tentación de reiterarlo, como reiteraban los lutos

y efusiones de sus adonías? Ahora comprendo que era peligroso ofrecerles un espectáculo de dolor a aquellos hombres, que templaban la fuerza de sus músculos en los baños de sangre de las taurobolias. Ellos hicieron de mi pasión un espectáculo artístico, una fiesta, que no se cansaron de repetir a lo largo de los siglos. Y yo, el amigo de mi pueblo, yo que había llenado mi corazón con la amargura de sus suplicios, yo que por el número de mis dolores, era como él mismo, dolorosamente cifrado en una sola criatura, llegué a convertirme, aparentemente, en su mayor enemigo. ¡Oh, aflicción más tremenda que la que empapó mis vestiduras de un sudor frío en la víspera de mi muerte! Yo quise ser, yo era la encarnación de todos los seres que habían sufrido, sufrían y sufrirán pasión en este mundo; yo quise que mis miembros todos fueran traspasados de dolor y atormentados por todo género de martirios, para que toda víctima, en lo pasado y en lo futuro, quedase identificada conmigo y en mí pudiese ser llorada y recobrada, como lo incontable se recuerda en el número, y he aquí que hoy son los sayones los que se han identificado con mi pobre figura, no obstante todos mis estigmas de dolor. Y tú, hoy, en vez de ver en mí a tu hijo perdido, en vez de recobrarlo en mí, según mi deseo más vehemente, me miras como si yo fuese el verdugo que en su corazón juvenil clavó la espada prematura. Y ese niño inocente se aparta de mí, ¡oh, dolor!...

El anciano.

¿Y cómo podría ser de otro modo? ¿Cómo podríamos mirarte a ti los que tanto hemos sufrido por tu culpa? Entre las llamas y el humo de los autos de fe, veíamos tu efigie, sustituyendo a la loba y al águila; en el puño de las espadas que se alzaban sobre nuestros ojos, vedándoles elevar la mirada, veíamos tu cruz. En tu nombre éramos desterrados e inmolados, perseguidos por todos los medios del suplicio. Tu nombre ha sido más funesto para nosotros que los de Gog y Magog. ¿Cómo podríamos mirarte, oh, nazareno?

El peregrino.

Mas ahora yo te muestro mi efigie real; ahora yo te enseño mis manos taladradas, mi frente tachonada de heridas; mis mejillas lívidas, demacradas por los sufrimientos, pegadas a los huesos como las de los muertos que han permanecido mucho tiempo debajo de la tierra. Ahora yo te muestro mis ojos refulgentes de tanto llorar, como las estrellas después de una larga lluvia. Te descubro mi alma, ¡oh, anciano!; ¿por ventura no ves en ella bastante dolor, para que pueda ser espejo de la tuya? He sufrido, he sufrido tanto como tú y como tu hijo infortunado y como todos los que sufrieron pasión o

muerte; más que ellos, porque yo sufría mi pasión y la suya. Mi alma era el receptáculo de todo dolor; y las lágrimas de cuantos lloraban, por sus mejillas afluían hasta mi corazón como las aguas de los torrentes afluyen al gran río. En mí está todo el dolor de Israel. Yo soy el genio de dolor de mi pueblo. Soy el Cristo; pero todo judío, ¿no es también un Cristo? Lo fué tu hijo, ¡oh, anciano!, lo eres tú y lo será este niño, que ahora, con sus cabellos rizados, me recuerda mi propia imagen pueril, reflejada en otro tiempo por los lagos de Galilea. Yo soy el genio de dolor de mi pueblo, destinado a las lágrimas. Entre los demás pueblos hay seres que sufren. Pero en Israel todo corazón sufre. Y yo soy la criatura que en sí recoge todo ese dolor. Mirame bien. ¿No ves en mí la imagen de tu hijo bien amado?

La mujer.

(Con un grito entrañable.)

Sí, padre mío, él es mi esposo tan llorado. Dijérase que resurge de la tumba. La última vez que mis ojos lo vieron, tenía ya ese rostro inmensamente triste, como si presintiese la pasión que le aguardaba.

El niño.

(Vencido por la transfiguración del peregrino, llégase a él lleno de confianza y amor y levanta la orla de su traje, en actitud de filial reverencia.)

¡Padre, padre mío!

(El anciano titubea aún, perplejo.)

El peregrino.

La turbación de tu mirada demuestra que has reconocido en mí al hijo que lloras. ¿Me negarás aún un puesto en tu mesa en la noche de Pascua? Alejado tanto tiempo de mi pueblo, rechazado por la mano dura y el alma huraña de los sacerdotes de mi raza, que un día me vedaron el acceso al Templo; hoy que el Templo no existe, el Templo que ellos habían trocado en fortaleza; hoy que el culto de los fieles se recoge en cenáculos estrechos y humildes, como los que en otro tiempo me acogieron hospitalarios a mí y a mis discípulos; hoy que la dulzura, el amor y la fe están entre mi pueblo; hoy que son los míos los que sufren, los que comparecen en los pretorios, los que tiemblan como en otro tiempo temblé yo mismo ante el frío de las espadas desnudas, y desde niños soportan como una cruz anticipada el peso de un recuerdo triste, y se tornan graves por el presentimiento de la pa-

sión que les espera y si alcanzan una senectud, siempre aventurada, es con el alma triste y las manos cansadas de haber enterrado tantos muertos; hoy que el éxodo renueva para ellos la amargura de los días antiguos, como si aún los Faraones irguiesen en sus tronos la tiarada cabeza, yo descendiendo de mi cruz convertida en un solio, y rechazando un vano incienso, que trae hasta mí el tufo de las víctimas humanas y unos cánticos, cuya música no basta a acallar los lamentos de los que sufren; vengo, como en la víspera de mi muerte carnal, a celebrar la Pascua en esta casa humilde, decorada suntuosamente por el dolor. Renunciando al ensueño de redenciones inútiles, yo, el Nazareno, en otro tiempo confundido con el Mesías, vengo a compartir el dolor de mi pueblo, la amargura de su suplicio, la lenta fatiga del éxodo, el hambre y la sed de los largos caminos... Celebraré con vosotros esta noche la Pascua, y mañana, todos juntos, emprenderemos el camino del destierro... En adelante, sólo mi pueblo me tendrá; y los sacerdotes de los ídolos, en sus templos soberbios, quemarán un vano incienso ante simulacros inertes... Y cuando las almas puras quieran encontrarme, me buscarán entre vosotros... ¿Me negarás ahora, ¡oh, anciano!, un puesto en tu mesa?

La mujer.

¡Ha sufrido, ha sufrido como nosotros! ¡No puede ser rechazado de nuestra mesa pascual!

El peregrino, al anciano.

De nuevo te suplico: dame un puesto en tu mesa. E inclinando ante tu ancianidad venerable mis treinta y tres años, ¡oh, patriarca del dolor! imploro de ti la absolución porque clama mi extraviada piedad.

El anciano.

(Conmovido.)

¡Siéntate, pues, entre nosotros, ¡oh, nazareno! ¡Con mi mano abierta como una concha de llanto, en nombre de tu dolor, te bendigo y absuelvo! Ahora comprendo el error en que estábamos al rechazarte de nuestros corazones y nuestras casas, confundiéndote en el mismo horror que nos inspiraban tus sacerdotes. Al hacerlo así, nos despojábamos de lo mejor de nuestra alma y se lo entregábamos, insensatos, a nuestros enemigos. Tú eras el símbolo visible y acatado de la heroica facultad de nuestra alma, capaz de sufrir las mayores tortu-

ras antes que renegar de una fe sagrada. Tú eras lo mejor de nuestra alma y se lo habíamos entregado a nuestros enemigos. ¡Insensatos! Tú representabas nuestro desinterés por la idea, nuestro espíritu y nuestra capacidad de sacrificio, nuestra fe indestructible; todo esto encumbrado hasta la altura de tu cruz erigida sobre la última colina visible de la historia, grabado en la imaginación de todos los hombres, todo eso que era el honor de nuestra raza, el mundo entero lo acataba, lo reconocía y veneraba. Tu corona de espinas era nuestra diadema de gloria. Y nosotros rechazábamos esa diadema. Te negábamos, locos. Te apartábamos de nosotros como si fueses una sombra y no un rayo de luz. ¡Locos, locos! Y el mundo se servía de tu cruz como de un testimonio contra nosotros, como si nosotros fuésemos un pueblo duro, cruel, sanguinario y protervo; un pueblo de ojos siempre enjutos, de venas nunca desangradas. Y, sin embargo, éramos nosotros el pueblo que sufría, el pueblo de ojos siempre húmedos. Te rechazábamos con las manos y te llevábamos en el corazón. Cedíamos a los enemigos la gloria de poseerte. ¡Locos, locos! Pero ahora te recobramos, te hacemos nuestro, te mostramos a los enemigos como un testimonio. Aceptamos tu cruz, la seguimos sobre la colina más alta de nuestra historia, símbolo de las cruces innumerables en que mil Cristos ignorados murieron... (Transición. A la mujer.)

¡Mujer, abre la puerta! ¡Sal afuera! ¡Grita por

toda la judería! ¡El Cristo está con nosotros!
¡El Cristo está con nosotros, no con nuestros
enemigos!

(El peregrino se sienta a la mesa de la Pascua.
El niño, subyugado por su dulzura, reclinase en su
regazo. El anciano solloza de júbilo. Atraídos por
las voces de la mujer, figuras condolidas y gozosas
van llenando la casa.)

Muchas voces jubilosas.

¡El Cristo está con nosotros! ¡El Cristo está con
nosotros! ¡Hosannah en la Pascua de Pesah!

Poetas hispanoamericanos

El madrigal doliente.

¿Yo te he querido?... No sé...
¡Siento una desilusión!...
Y si te quise, ¿por qué?...
Mudo está mi corazón.

Rauda, te he visto pasar,
como un enigma ante mí.
Tengo ganas de llorar...
no sé si por mí o por ti.

¡Ay, pude quererte tanto!
Voy a través de mi llanto
por un sendero ignorado...

Una voz dice: ¡camina!
Llevo clavada la espina
de un dolor o de un pecado...

El madrigal de la muerte.

Pluma gentil de pavo real
para escribir los madrigales
que canten tu gracia triunfal,
florida pompa de rosales...

Amarte con idolatría
y saber por una mirada.
Partir, en galante porfía,
un corazón de una estocada...

Y viejo ya—¡oh, roja herida,
de rosas blancas encendida—,
sayal de monje me vistiera,

para seguir, después de muerta,
amándote, en alguna yerta
y descarnada calavera...

XANDRO VALERIO.

El poema de la noche.

*Si los hombres no sintieran,
los poetas escribiríamos como en chino,
porque ¡ay, el lenguaje no dice nada;
somos nosotros quienes nos lo decimos todo!*

*¡Cuántas veces
un poema escrito en la pizarra de la noche
me lo ha borrado el día!*

La ciudad duerme,
pero hay ojos que vigilan en todas partes.

Yo he sorprendido en la noche
brazos que se alargan
con más vehemencia que en el día.

He aquí el cuadro:

La noche,

El lecho,

Hay quienes sacan del fondo de su baúl
cosas que creían haber perdido.

Hay hombres
despiertos ante su corazón,
que de la amada van a Dios.

Algunos poetas sopesan
«Aguda espina dorada»
con el hondo modelo soterrado.

Está bien,
pero las bujías alumbran mal.

La amada de todos los enamorados duerme.

En el cielo hay un blanco

acribillado de flechas de miel.
Que muy bien podría servir de corona
a Ella y aun a Dios.

Algo que no es una mano
anda en las puertas bien cerradas,
pero la telepatía no existe.

Hay una dolencia
que se pulsa mejor que una guitarra,
Algunos la mecen como una cuna.

De torre a torre, hilillos sutiles
tejen sobre las ciudades el manto más tierno.

Yo, desde lo más alto,
he leído un anuncio luminoso.

Decía así:

Balneario nocturno.
Temporada perpetua.
Todas las noches se abre solo.
Duchas de lo más tibio.
En sólo quince días
se ganan lo menos
tres quilos más de corazón.
Vehículos desde las primeras horas,
conducen por los parajes
más soleados y puros.

No he de deciros nada
sino que, en la puerta, hay que dejarse lo más suelto.

A Isaac del Vando Villar.

J. RIVAS PANEDAS.

CUENTOS ESPAÑOLES

Pirulí.

Pirulí había tenido un mal día. Desde por la mañana no había entrado en su cuerpo la gracia de Dios. Llegó tarde al reparto de las sobras del rancho, y dos o tres perras chicas procedentes del limosneo se las gastó, según su costumbre, en estos casos, en otras tantas copas de aguardiente. Para engañar el hambre no hay como el amílico. Calienta el estómago y hace brotar en el cerebro ideas placenteras.

Ya el avisado lector habrá comprendido que Pirulí no era un terrateniente; era un golfo, y con todas las de la ley. Ni oficio, ni casa, ni familia. Por no tener, hasta de historia carecía. Muy apurado se hubiera visto para referir dónde y cómo habían transcurrido los veinticinco años que llevaba vividos. Diríase que acababa de nacer en aquel momento, vestido y calzado. Y perdone el ilustre ran-

a la ironía de dar este nombre a los deshilachados harapos con que cubría su cuerpo. Un cuerpo esbelto y musculoso, de color de barro cocido, coronado por una cabeza hecha de barbas y cabellos rizados, donde los ojos, redondos y muy juntos, brillaban como ascuas.

Una figura de salvaje recién llegado de la Polinesia. Un lazo de unión entre el hombre civilizado y el orangután de Borneo. El ser humano disminuido en su esencia divina y colocado casi al mismo nivel de las bestias. Para la ciudad, una mancha. Para la sociedad, un sonrojo. Para un corazón compasivo...

Pero nuestro héroe estaba en ayunas y la noche le venía encima. El angustioso silbido de una locomotora le despertó (dormía debajo de un banco cerca de la estación del Norte, con la cara sobre los brazos), recordándole la hora de la llegada de los trenes. Tenía, entre otras habilidades, la de acompañar los coches que salían de las estaciones. Los seguía con objeto de descargar y subir a las casas los bultos de peso. Los acompañaba al paso o al trote, según fueran, dando pruebas de una resistencia física admirable. Más admirable aún si se piensa que, las más de las veces, se entregaba a un violento deporte con el estómago vacío.

Acercóse, pues, a la verja de entrada a la estación y se puso en acecho. Había entrado la noche y, amparados por la obscuridad, varios compañeros de Pirulí se disponían al asalto de los viajeros.

Diríase una cuadrilla de bandidos que espera el paso de una diligencia para desvalijarla.

No tuvo nuestro hombre que esperar mucho tiempo. Acababa de llegar un tren y empezaron a salir coches cargados. Puso el golfo sus ojos de gerifalte en uno en cuyo pescante amarilleaba una maleta, y, sin fijarse en más, la dió por suya. Como signo de elección se salió al arroyo, emparejándose con el vehículo.

* * *

Momentos antes había ocupado el coche un sacerdote de elevada estatura y gesto resuelto. Era hombre como de treinta años, muy moreno, con cejas pobladas y mirar duro y penetrante. La prominencia de la mandíbula inferior acusaba orgullo y terquedad. Salvo el color, era el tipo aquilino y enérgico de los frailes de Zurbarán.

Se llamaba Fermín Ramírez y era párroco de Orbanesa, pueblo de la provincia de Burgos.

Mientras el coche subía al paso la cuesta de San Vicente, acompañado de Piruli, don Fermín, replegado en sí mismo y ajeno por completo al mundo exterior, recapacitaba con emoción sobre las circunstancias de su viaje a Madrid.

Era uno de esos momentos críticos en la vida del hombre, en que éste tiene la intuición de que su destino va a decidirse.

Al saltar del tren habían venido a su memoria aquellos versos clásicos:

Y es fama que a la bajada
juró por la Cruz, el Cid,
de su vencedora espada,
de no quitar la celada
hasta que gane a Madrid.

Porque don Fermín venía a eso, a la conquista de Madrid. Mejor dicho, a reconquistarlo. Porque Madrid había sido suyo y lo había perdido.

Y el sacerdote, en uno de esos instantes de introspección emocional, en que los segundos son años y se abarca de una ojeada todo el pasado de una vida, rememoró, punto por punto, la historia de la suya.

Había nacido en Burgos y en el seno de una familia muy modesta. Cuando era aún pequeño, falleció su padre, que estaba empleado en el Ayuntamiento de la ciudad, siendo recogidos él y su madre por su tío carnal, don Salvador, canónigo de la catedral y persona muy respetada por sus virtudes y por sus excelentes relaciones. La madre y el tío decidieron del porvenir del muchacho, destinándolo al servicio de la Iglesia. Verdad es que maldito si se ocuparon de indagar si tenía vocación eclesiástica. Fermín, por su temperamento arriscado y enérgico de hombre de acción, hubiera sido más a gusto militar o marino; pero educado a la sombra de la catedral y entre el revuelo de las sotanas, perdió muy pronto el respeto a las cosas sagradas, llegando a ver en el sacerdocio únicamente un modo lícito y lucido de ganarse la vida. Como era

muy inteligente y poseía además un tesón invencible, cursó los estudios con gran rapidez y aprovechamiento. Todos le auguraban un brillante porvenir. No tenía fe, esa sublime ceguedad de los santos y los misioneros; pero creía en la Iglesia como institución humana y aspiraba a su sostenimiento y esplendor. Sería, pues, un entusiasta defensor de la casa de Cristo.

Ya ordenado, consiguió de golpe y porrazo un puesto de coadjutor en una parroquia de Madrid. Se hallaba, por tanto, en grandes condiciones para desarrollar sus planes de ambición y medro. Porque Fermín era, antes que nada, un ambicioso; uno de esos hombres para los cuales la vida es una lucha y el premio de ella la prosperidad material.

Pero no había contado con el destino ni con las sorpresas de lo imprevisto. Llevaba un año de ejercer su ministerio cuando, de buenas a primeras, se vió envuelto en un lance escandaloso.

Una de sus hijas de confesión, señorita perteneciente a una familia aristocrática, se enamoró perdidamente de él. Muy dueño de sí, pero falto de experiencia mundana, no supo prever ni esquivar el peligro que le amenazaba. Siendo lo más triste del caso, que no fué el amor con su irresistible arrebató quien lo llevara a comprometer su honra y su carrera, sino la ambición y el desconocimiento de la realidad.

La señorita era fea, pero muy rica. Un vago y complejo histerismo la empujaba hacia la devoción.

La varonil figura de don Fermín y el trato casi íntimo fueron poco a poco transformando en humano y carnal lo que, en sus comienzos, fuera sentimiento religioso. Don Fermín se dejó querer, halagado en su vanidad y seguro de no comprometerse. Quizá cruzara por su mente la borrosa idea de ahorcar los hábitos y huir con la joven al extranjero. Pero cometió la imprudencia de escribirle y las cartas fueron interceptadas por la familia. Entonces estalló el escándalo. La dicacidad abultó el hecho, dándole proporciones que no tenía. Un hermano de la muchacha se creyó en el caso de pedir explicaciones al coadjutor. Y el suceso, en sí poco menos que insignificante, pasó a ser del dominio público, con todas las apariencias de un delito.

Para la carrera de don Fermín fué un golpe de muerte. Tuvo que comparecer ante el obispo de la diócesis y rendir cuenta detallada de su conducta. En vano trató de disculparse; las cartas estaban allí como prueba fehaciente de su culpa y no hubo escapatoria posible. En gracias a que el hecho material no se había consumado, y tenida en cuenta su excelente conducta, fué sencillamente castigado al destierro. Se le obligó a solicitar la parroquia de Orbanesa, que estaba vacante en aquel momento.

¡Así terminó el primer vuelo de aquel atrevido pájaro de rapiña!

* * *

Mientras el sacerdote, encogido en el fondo del

coche, recordaba su vida pasada, el vehículo atravesaba Madrid de punta a punta.

Primero al paso, después al trote largo. Piruli lo seguía como si fuese su sombra. Corría emparejado con él, puesta a ratos una mano en el salvabarro, o quedándose a la zaga, pero sin distanciarse mucho.

Diríase que estaba unido al coche por un hilo invisible, o que era un perro que corriese detrás de su amo. A veces, cuando la aglomeración obligaba al cochero a ir más despacio, el golfo se adelantaba un poco con objeto de hacerse ver del *señorito*. Era una de sus martingalas para suscitar la piedad y hacer que la propina aumentase.

Pero don Fermín no sacó la cabeza ni una sola vez. Llevaba el coche la capota echada y todo lo que se veía del ocupante eran los pies, calzados con botas de elástico, de cuadrada punta, y adornadas con relucientes hebillas de plata.

El vehículo y su seguidor atravesaron la Puerta del Sol y tomaron calle de Alcalá arriba. Como era a prima noche, el tránsito era aún muy numeroso. Circulaban gallardamente los tranvías o pasaban lujosos automóviles iluminados interiormente, dejando en los ojos la grata visión de hermosas damas ataviadas con pieles y sedas.

Y era un espectáculo extraño ver entre el boato y la limpieza de la brillante arteria, la medio desnuda figura del golfo que, desarrapado y astroso, corría echando los bofes.

Dejaron atrás la Cibeles, y Pirulí, tan fuerte en otras ocasiones, comenzó a sentir síntomas de cansancio. Le latía el corazón violentamente; se le agolpaba la sangre al rostro; veía mal; se asfixiaba... Pero un instinto oscuro le daba fuerzas y le sostenía en el cumplimiento de su deber. ¡Extraño deber, impuesto por la ley brutal de la necesidad!

Si don Fermín se hubiese fijado en él en aquellos momentos, quizá... Pero los ojos de un ambicioso no ven nada, fuera de su propio deseo, y el sacerdote, más ensimismado que nunca, continuaba entregado al balance de su vida interior.

Los ocho años que había pasado en el destierro, fueron para él de provechosa ejemplaridad. Había los dedicado al estudio y a la meditación. Su confianza en sí mismo y su firme propósito de medrar a toda costa se habían fortalecido. Su estancia en el pueblo habíale servido, además, para adquirir conocimiento del mundo y de los hombres. El contacto diario con la gente de campo, suspicaz y ladina, le habían enseñado a defenderse, a ser cauto, a caminar por los atajos, dejando el camino real para los inocentes desconocedores de la vida.

Decidido a salir del destierro y dispuesto a emprender nuevamente la lucha, se preparó en secreto para las oposiciones de un puesto de beneficiado que se hallaba vacante en Madrid. En ciencia, ningún opositor había de aventajarle; de eso se hallaba bien seguro. De lo que no estaba tanto era de que su nombre y la escandalosa aureola que un día

lo rodeaba, se hubiesen ya olvidado. De todas suertes, como hombre enérgico y arriscado, venía dispuesto a jugarse el todo por el todo. Si obtenía la plaza, emprendería de nuevo animoso y satisfecho el camino soñado por su ambición. Si fracasaba, si aún no había pagado por completo las consecuencias del pecado de su juventud, entonces... dejaría la carrera y buscaría otra manera de abrirse paso. La prensa, el profesorado, la política quizá... Para todo se sentía con ánimo. Y firme en su propósito de vencer, apretó los puños y volvió a repetir la clásica estrofa:

«Y es fama que a la bajada
juró por la Cruz, el Cid...

El coche se detuvo a la entrada de la calle de Villanueva. Un automóvil que cruzó a gran velocidad, obligó a Pirulí a retrasarse unos instantes. Esto dió tiempo a que don Fermín saltase a tierra, pagase al cochero y cogiese él mismo su maleta. Cuando el golfo se interpuso con los brazos extendidos, el sacerdote, sin mirarlo, esquivó el encuentro.

—Gracias. No pesa nada—exclamó.

Pirulí no tuvo fuerzas para insistir. Sintió que todo giraba a su alrededor y que el suelo se hundía bajo sus pies. Con los ojos nublados vió los revuelos de la sotana, cuya negrura le pareció llenarlo todo; luego, rodó por el suelo sin sentido.

JUAN HÉCTOR PICABIA

Mayo, 1919.

MI TÍO SOLITARIO Y SUICIDA

La muerte de El Santo.

«¡Ay, Dios mío!»—sollozaríamos si tuviéramos el ánimo teológico—. El hombre virtuoso exhala por el aliento los malos humores. Los suspiros velan el hambre de la beata. Es higiénico llorar, no contenerse. Cuando Mi Tío se suicidó, yo debí purgarme, para echar la metafísica del cuerpo. «Fuera, fuera..., pequeño»—me decía cuando me acercaba a él cariñosamente—. «Deja Al Tío»—me reconvenían mis padres—. Entonces me alejaba de la gente por razones profilácticas, pasado el miedo «a los hombres sacamantecas». Un hombre chiflado, según la opinión de los graves, me aclaró: «Tu Tío era un solitario». Estas palabras eran como un candil moribundo, no iluminaban. Las páginas que han producido estas preocupaciones novelescas—entre ellas la muerte de El Santo—están escritas en papeles diseminados que dormían junto a una calave-

ra. Parece alegórico, pero los pensamientos nacen del muerto que paseamos con nuestros huesos..., moviéndose en la lascivia de las carnes. El pesimismo es el ateísmo de la vida pagana. El aire, la luz, sangre sana, también tienen su mentira.

Es un placer la lectura de estos pliegos amarillos. De un escepticismo presentado en formas tibias. Cuadernos—con flores y mariposas muertas—olvidados de la furia de herederos. Escritos inexpresivos ante la nariz del notario.

El «Retiro» en el «Diario» de Mi Tío.

«El Retiro es en mi alma el caso de mi vida». Mi Tío sería un solitario. Escribió con individualidad. ¿Era una caricatura—huraña, literaria—absorbiendo el espacio y el tiempo? La tierra es redonda; el leproso, como el atleta, están centrados en la soledad. «El espacio —Pascal—es una circunferencia cuyo centro está en todas partes, y su circunferencia en ninguna». Este arbolito—¿habrá perdido su pureza primitiva?—tiene mi corazón, ante los ojos lejanos de Dios.

El diario de Mi Tío no tiene de el Retiro nada más que esa línea doctrinal.

Después trae materia erudita. Como yo soy sobrino de Mi Tío, no debo reirme de la erudición. Las citas es asunto de capillas de prostitutas. La carne cohabita con la mujer; el espíritu cohabita

con los hombres. El amor es incompleto. El capítulo de la carne está ilustrado por Eva, el del espíritu nos hacemos la ilusión que viene de la mujer. «¡Oh, esas espaldas..., los pechos airoso—se dice el espectador—, que sostienen las moles arquitectónicas! Ellas—las mujeres esculpidas en las alegorías de las piedras... del hierro...—, que extenuan, extienden su bandera de verticalidad... de fuerza.»

Me permitiré, como investigador de los papeles de Mi Tío, no transcribir las citas.

Mi Tío, cronista de la muerte de El Santo.

Mi Tío—¿parece que en la villa...?—ocupó su atención en la muerte de El Santo.

Omitiremos muchas páginas de sus manuscritos. Nos haremos esclavos de nuestro propósito: El que entra sin camisa a un bazar, no debe comprarse una rosa.

«El Santo—copiamos el Diario—, a la caída de esta tarde paseaba. Este Santo es más humano que «El Dios» de la ciudad...

... «El Dios» de la ciudad... era más inconsciente. «El Dios» despedía a los crepúsculos. La ciudad de... le sostenía con unos mendrugos.»

«Es extraño. En la mole vanidosa de la ciudad..., el hombre que menos tiene se hace «Dios».

«El Santo es divino entre los hombres; «Dios»

despreciaba a los hombres por admirar la naturaleza.»

«Dios» dormía radiante en los pinares, alumbrado por las estrellas.»

El Santo de la crónica de Mi Tío será el pobre loco de «La Villa». Ese ex hombre segregado, el tipo literario de los lugares.

Mi Tío, ocioso acaso por alguna enfermedad, le historió.

«A El Santo—mi tío—no se le han conocido libros.»

«Todos los días—dice el Geromo—estaba en las peñas de El Águila.»

La soledad de «toos los días» en las peñas de El Águila ocupa a Mi Tío unas hojas. Examina la herencia del místico como para una receta clínica. Mi Tío sostiene al perturbado, en el tono melancólico del paisaje, paralelo con las sombras de los locos.

Mi Tío tenía la mirada laboriosa del bloc del dibujante. Le ocupan las almas como a otros la metafísica de las cosas. La materia tiene su ley, reconocida por el teosofismo, si antes la Biblia no dijera que el pino no daría higos. El Santo sería lo que llaman los pintores una mancha, tomó cuerpo de boceto con honores de cuadro. El manuscrito de Mi Tío, solitario y suicida, da una novela, claro que un poco antieditorial. El robo no ha tentado mi pluma. Tiene el aroma espiritual de los ojos moribundos. El asunto se reduce: A que El Santo, ex hombre

por altura ética, vive dando con su voz la clave «auténtica» de la vida, en misión celeste tan ascendente, que no aprovecha para los villanos. El Santo aparece muerto en la negrura del fondo de una sima. El Código Penal no ha podido reivindicar el delito, con su justicia, para los hombres del municipio. La versión de su muerte, con ese ca suísmo del lugar, es tema opaco. «Un hombre, aquel tío»—según dicen las lenguas—, le empujó a la Caverna.

Pero a Mi Tío no se le roba el asunto.

Es inútil para el analfabeto apoderarse de un libro, como al pastor de una joya.

Flatos metafísicos.— «Aquel tío».— Vapor poético de la muerte de El Santo.

Tío es en una villa—excepción de los lazos, o mejor liquidados de la sangre o asentamientos legales—el hombre al que se le ve por primera vez.

El tío que desciende en la estación—una casita como hecha con cartones y engrudo, solitaria—con libros, ese casi siempre viene a ser: un anarquista. El deber del puesto de la Guardia civil es meterlo en la cárcel. En el pueblecito—silencioso, melancólico, hambriento—se acepta al sobrino tísico del cura. El tísico, sea sobrino o no, «está recomendado para tomar los aires» y tinter con su sangre La

Calle Mayor. Sería interesante—como adición a la sequedad del Nomenclátor—escribir el Libro de los Tíos en los pueblos. El tío más tío—el más vigilado y atacado en la milicia de los villanos—es el cobrador de contribuciones. Los santeros—con sus imágenes milagrosas: clínicas andantes—los menos. Hay otra clase de tíos tóxicos—de la ciudad, literarios, del arte—que cubren el máximo con el adjetivo: «raros».

Los manuscritos están turbios. Los renglones—letras claras, aromadas por el orden—se hacen ilegibles para el espíritu. «Estudio—rotula Mi Tío—del hombre raro». Mi Tío, literal y sencillo como un fruto sano, se hace zurdo y oscuro. Pesa como un palimpsesto en el alma. «El casuismo—Mi Tío—en el crimen». «Las paralelas y la irrealizable». Pero esta, esto: No entendemos. Como Diario, suprime la presencia del público, es una voz sin correlatividad, ni galantería con nadie.

El Santo—según una hipótesis poética de Mi Tío, desenvuelta en vapores poéticos—murió arrojado a la Caverna por el Hombre Raro.

El hecho ocurrió en el eterno diálogo del Bien y del Mal.

«Esas estrellas...—suspiraba El Santo—, estrellas hermanas.»

«El camino... del bien.»

El Hombre Raro, en sus ojos la luz del mal, callaba.

«Bajo las estrellas, rosas de jardín del infinito—

Mi Tío—, las fuerzas inexorables del sendero... transportaron a El Santo a la muerte.»

Entretanto los ojos... de Mi Tío, claros ante el paisaje, quieren ir hacia ese espíritu único, absoluto, que se persigue en la vida.

ANTONIO M. CUBERO.

Acerca de las últimas novelas de Pablo Bourget

Las tres novelas que hasta ahora lleva publicadas el Sr. Bourget, a partir de la guerra, se desenvuelven en su atmósfera o bajo su amenaza, pero no se refieren a ella.

Son tres dramas de la conciencia religiosa.

La preocupación religiosa es, indudablemente, una de las más ricas materias que pueden ofrecerse a la curiosidad del psicólogo, y se comprende con facilidad que en la época en que vivimos estudie a algunas almas con una particular insistencia.

En los últimos de sus libros anteriores, el Sr. Bourget estudia de una manera, a menudo emocionante, las tributaciones de las almas religiosas puestas en contacto con las pasiones corrientes de la vida ordinaria. En ellos se tocan asuntos de mayor elevación y de una generalidad superior.

Los tres libros recientes, no tendiendo a otra cosa, en realidad, que a establecer paralelismos entre la re-

ligión y el ateísmo, constituyen violentas diatribas contra éste y brillantes defensas en favor de aquélla.

Nada más legítimo que eso. Semejantes asuntos tienen una gran amplitud. Ningún espíritu curioso puede desinteresarse por ellos. El mundo estará formado siempre por las almas que encuentran sus consuelos en los sentimientos religiosos, y por aquéllas en las cuales estos sentimientos están ausentes.

Cuando el azar de las circunstancias provoca un encuentro entre estos espíritus incompatibles, vemos desarrollarse dramas a cuya violencia no excede ninguno de los que engendran las demás pasiones del alma.

¿Cómo no seguir con curiosidad tan vivísimos debates? Y cuando un escritor, hábil como lo es el señor Bourget, pone gran cuidado en exponerlos, si nuestra satisfacción no llega a ser completa, ¿de dónde pueden provenir nuestras objeciones?

Tal vez de su habilidad misma.

* * *

Llamamos habilidad en Bourget a un conjunto de detalles que proporcionan a su personalidad uno de los caracteres más interesantes, si no el mejor.

Ya en sus primeras obras demostró la ingeniosidad de su estructura y la destreza con que estaban urdidas las fábulas que inventaba. Hubimos de admirar esta arquitectura, o más bien esta armazón novelesca, la seguridad con que estaban dispuestos los resortes de

la composición, su fuerza y su maravillosa adaptación a la obra.

Ningún profesional de la novela fantástica posee con más perfección los recursos técnicos de su arte.

Pero las novelas del Sr. Bourget pretenden otra cosa más que pasar por ficciones fabulosas. El autor, en la época en que no se servía de la novela para sustentar o desarrollar una tesis, se proponía estudiar en ella casos psicológicos determinados. Antes de ser un doctrinario quiso ser—ateniéndonos a una de sus expresiones—«un naturalista de los espíritus».

El cúmulo de cualidades que se necesita para llegar a obtener tan distintas consecuencias sorprende, pues no es lo corriente en una novela de análisis el estar construída como una novela de aventuras; más bien ocurre, por el contrario, que puede llegar a obtenerse una absoluta simplicidad de líneas y una total carencia de episodios.

Sin embargo, esa alianza imprevista debió contribuir—como otros elementos que no se podrían descuidar en un estudio más profundo—al primer acierto del autor, y no puede afirmarse que, actualmente, el éxito de *El Sentido de la Muerte*, de *Lazarine* y de *Némesis* no deba tanto a su carácter melodramático como a la elevación de los problemas morales que en dichas obras se estudian.

Hubiera podido esperarse, en efecto, que, tocando asuntos de semejante elevación, la manera del autor se depurase; que renunciase a ciertos ornamentos exteriores y desconfiase de las complicaciones, de la

intriga y de la peripecia. No ha sido así. Estas novelas edificantes están escritas por la misma mano que escribió en un principio novelas mundanas. Sus embrollos son de la misma naturaleza—tal vez más complicados aún—y atestiguan siempre la misma imaginación.

* * *

Esta imaginación fantástica y violenta forma parte, quizá, del más íntimo fondo de las cualidades del señor Bourget, y se puede creer que no se hizo psicólogo, sino mediante un asiduo esfuerzo de voluntad. Del mismo modo se encuentran hombres cuyo temperamento les inclinaría fácilmente hacia el vicio, y que, por virtud de un trabajo constante que ejecutan en ellos mismos, llegan, sin embargo, a vivir moralmente y con honor.

Pero lo que hay de discordante en esta yuxtaposición de elementos tan poco semejantes, es el malestar que se experimenta con cualquier motivo en presencia de las obras más logradas del Sr. Bourget: *El Discípulo*, por ejemplo, o *Andrés Cornelis*. La síntesis del melodrama defrauda a los lectores que no se interesan más que por las peripecias, y su violencia molesta a los que no se cuidan más que del movimiento de las almas (1).

(1) Se anuncia, precisamente, que *Andrés Cornelis* acaba de ser adaptada al cinematógrafo. Nada puede corroborar de una manera más decisiva lo que decimos acerca del valor melodramático de la novela del Sr. Bourget. El impresionador pretende, desde

Sin duda, escritores como Balzac o Stendhal, que no son débiles psicólogos, y cuya influencia sobre el Sr. Bourguet es sensible—desde luego reconocida—, no desprecian los detalles raros ni las intrigas movidas y complicadas. Ellos también poseen una imaginación tumultuosa, pero cuyo efecto principal consiste en desleir—pudiera decirse—su asunto en el hervidero infinito de la vida que se cierne sobre sus obras. Hasta llegar al desenlace, parece que las puertas van a abrirse a impulsos de acontecimientos o de personajes imprevistos; esto se teme.

No existe esa ansiedad en el Sr. Bourguet, y en su compañía no nos sentimos amenazados por la intrusión formidable de la realidad. En todo momento, por el contrario que aquellos maestros, aísla cuidadosamente su asunto de la vida, lo separa, no expone más que un caso claramente determinado. Por ejemplo: si estudia la materia viva, la somete primero a una especie de preparación anatómica, y después la hace pasar por debajo de su microscopio de psicólogo. De aquí el aspecto taciturno y seco de sus mejores libros; ninguna gran corriente de aire o de pasión los anima; su desarrollo, rigurosamente concertado, se asemeja al residuo que se obtiene como consecuencia de una experiencia química diestramente ejecutada.

Por este detalle se parece a un escritor que, con su

luego, que los méritos psicológicos de la obra queden trasladados a la pantalla. Es posible. Menos se concibe siempre a *Domingo* o a *La Princesa de Clèves* puestos en film y conservando, no obstante, sus cualidades esenciales.

clarividencia crítica, realizó un importante estudio en sus *Ensayos de Psicología contemporánea*, a Dumas, hijo; y consideramos como descortés esta comparación, a la cual nos referiremos ulteriormente, puesto que las figuras mediocres de nuestra literatura son ya poco estimables.

Pero no nos proponemos examinar en su conjunto la obra del Sr. Bourget, y en este breve estudio sólo queremos exponer las razones que hacen nociva la habilidad del autor, no para su éxito, sino para la calidad de sus obras.

* * *

El Sentido de la Muerte, la de fecha más anterior entre las recientes obras, es también la que parece tener mayor alcance, y en ella se describen las agonías paralelas de un creyente y de un ateo.

Lazarine describe un corazón de hombre que pasa del amor de una atea al amor de una creyente.

Némesis, por último, nos presenta a un creyente que se libra del amor de una atea.

Bajo la superabundancia de episodios y de acontecimientos, la composición de estas obras aparece muy sencilla en el fondo, y dispuesta con una simetría cuyo artificio, un poco elemental, les presta oposiciones significativas. Se adivina que abundan. Se adivina, igualmente, que entre los personajes que intervienen en estas novelas, los creyentes están en posesión de todas las virtudes, y a los ateos se les atribuyera

todos los defectos y todas las debilidades. Apenas el autor les concede inteligencia a algunos de ellos; pero recuérdese que, ya en *El Discípulo*, en 1988, el señor Bourget ponía de manifiesto las deficiencias de la inteligencia.

* * *

No somos enemigos de los partidos, y no queremos reprochar al Sr. Bourget los suyos. Lo que nos parece lamentable es que todo su artificio no sirva más que para presentar a la fracción de la sociedad que piensa como él, un espejo donde pueda contemplarse con satisfacción. ¡Qué labor más superflua! ¿Acaso no debemos preocuparnos de aquéllos que piensan de distinto modo a como pensamos nosotros? ¿No es a esos a quienes debemos procurar convencer, y a quienes deberíamos demostrar los fundamentos de nuestra tesis? ¿No es, por último, su aprobación lo que nos interesa a obtener?

Por lo menos, convendría tratar con interés de las ideas adversas y considerarlas calurosamente como suyas al tiempo de exponerlas. El Sr. Bourget no es capaz nunca de realizar este esfuerzo de objetividad, y si el creyente que lee sus libros se reconoce en ellos y encuentra en ellos su modo de pensar y de juzgar el ateo, encuentra pobre toda su argumentación, puesto que la figura con que trata de representarlo carece en absoluto de exactitud y de fidelidad.

Otros pensadores católicos —Lacordaire, por ejem-

plo, o José de Maistre—no tuvieron inconveniente en hacer alusión al verdadero ateísmo y en reconocer su profunda sinceridad. Indudablemente, no lo hicieron, sino de una manera fugitiva, sin insistir sobre esta peligrosa conformación de espíritu; pero el solo hecho de hacerla constar da, por otra parte, mayor fuerza a su dialéctica y hace de ellos unos contradictores de diferente talla y de más amplia conciencia. El Sr. Bourget no quiere reconocer la buena fe del librepensador materialista (1).

Esto supera a su habilidad.

* * *

Despreciando hasta ese punto a sus adversarios, no es extraño ya para nadie la descripción que de ellos pueda hacer el Sr. Bourget. El Doctor Ortègue, Teresa Alidière y la Duquesa de Roannez tienen almas de una perversidad que, por haber inspirado las novelas donde aparecen, debemos calificar de infernales. Y consistiendo esencialmente la habilidad del autor en confundir el librepensamiento con la ausencia de

(1) En el primer capítulo de *El Demonio de Mediodía* se encuentra esta singular proposición:

«Si existiese un materialista de buena fe...» Indudablemente, esta insidiosa frase está puesta por el Sr. Bourget en boca de uno de sus personajes, y sabemos que no se debe atribuir, sino con mucha prudencia, a un autor las expresiones de sus personajes. Sin embargo, creemos no hacer un abuso de interpretación suponiendo que en este libro tan interesante las ideas del abate Lartigue corresponden, sobre poco más o menos, a las del autor.

todo sentimiento moral, estos personajes ejecutan, con una conciencia de que lo que hacen es absolutamente odioso, las acciones más equívocas o más censurables. Ortégue quiere inducir a su mujer al suicidio; Teresa Alidière, por capricho sensual, destroza la vida de Lazarine; la Duquesa de Roannez, por último, es infanticida.

Y estos son los caracteres que el Sr. Bourget atribuye a sus adversarios. Se ve que tolera aún en su corazón una cierta simpatía hacia esas criaturas; pero emplea su inventiva más cruel para sus comparsas. El siniestro cretino alcohólico y apiómano que sirve de amante a Teresa, los sombríos anarquistas que se mueven alrededor de la Duquesa de Roannez, de los cuales unos son bolchevikis y otros simples espías, no se hallan llenos de defectos sino porque representan al librepensamiento. Por un exceso de ingeniosidad, el Sr. Bourget, para hacer más sensible el horror de ciertas maneras de considerar las cosas, llega hasta hacer profesar determinadas ideas a seres físicamente horribles y deformes, como el enano Bellagamba, personaje pintoresco, indiscutiblemente decorativo y muy en carácter.

Representados por tipos tan hábilmente determinados, el ateísmo y el librepensamiento resultan verdaderos defectos. No cabe dudarlo: la conclusión es evidente desde el comienzo de las descripciones.

Tanto más cuanto que en el terreno simétricamente adverso existen criaturas a las que el autor no atribuye esplendores morales.

El teniente Le Gallie, Lazarine y su familia y Hugues Courtin están descritos tan hábilmente (concepto éste de la habilidad que repetimos con excesiva frecuencia, por ser indispensable), que no se les reconoce más que por sus virtudes. Cuando se manifiesta la terrible cólera del coronel Emery, olvidamos que la ira es un pecado para apreciar solamente en sus violencias las manifestaciones extremas de un alma apasionada y justiciera; y en un orden de circunstancias más graves, nos extrañamos de ver al Sr. Bourget inquietarse levemente por la parte de responsabilidad que Courtin pueda tener en el crimen de que es culpable la Duquesa de Roannez.

Esto, siu embargo, tiene su aplicación. Es corriente tener indulgencia con las personas a quienes apreciamos.

Lo que resulta menos comprensible es que se les dote de un alma sencilla y de una inteligencia elemental. El Sr. Bourget crea personajes íntegros, exentos de complicaciones y diferencias psicológicas. Una sola idea rige y determina sus movimientos. No se encuentra nada más artificial, menos real.

De suerte que si la acumulación de rasgos destinados a hacer odiosos a los representantes del libre pensamiento falsea sus cualidades principales de una manera arbitraria, un exceso de simplicidad y de estilación tiende a obtener el mismo resultado, en sentido inverso, con relación a las almas creyentes y religiosas.

Nuestra propia experiencia nos permite hacer cons-

tar los defectos de esta apreciación y comprobar su veracidad. Hemos podido encontrar almas religiosas singularmente complejas, creyentes, cuya inteligencia, rica y floreciente, admitía múltiples curiosidades sin que la solidez de sus principios pudiera ser amenazada por ella; seres, en una palabra, cuya rectitud y honestidad fundamentales no se parecen en nada a ese carácter sencillo del hombre honrado, un poco rústico, del Danubio, que todos los constructores de novelas o dramas oponen de un modo riguroso a las almas corrompidas, y que, según las épocas y la moda, toman el aspecto de un viajero que recorre largos itinerarios, de un explorador, de un oficial colonial, de un gentilhombre propietario o de un ingeniero. No es un gran honor para los creyentes de hoy el recurrir a este anémico procedimiento para representarlos, y no es tampoco esto mostrarse psicológicamente muy clarividente.

En cuanto al otro extremo, y si hemos de referirnos siempre a nuestra experiencia personal, guardamos memoria de librepensadores y ateos, perfectas personas honradas, que no fuman nunca opio ni matan a nadie, que tienen conciencia, una regla de conducta, principios morales y un alma estoica en todo su esplendor. Nos extrañaría mucho que el Sr. Bourget no los hubiera encontrado nunca, y nos creeríamos entonces en la necesidad de lamentarlo; pero sabemos muy bien que los ha conocido él mismo y ha hecho alusión a ellos, no en sus novelas precisamente, sino en ensayos de crítica, en los cuales Stendhal,

principalmente, figura en primera línea, y el espiritualismo, muy poco católico, de Renán, es analizado con una extraña penetración.

De aquí que el novelista no haya tratado nunca de reproducir en sus obras a hombres semejantes a aquéllos. Indudablemente, entonces hubiera tenido verdadero mérito que hubiese demostrado su tesis, y no tratándose de Teresa Alidière, de la frívola Duquesa de Roannez y aun del orgulloso Ortègue. Esto hubiera sido otra cosa. ¿Se nos dirá que el Sr. Bourget no se sentía capaz de semejante empresa? Opinamos de diferente modo: permítasenos que se lo digamos.

* * *

Creemos que si el Sr. Bourget se ha abstenido de realizar ese gran esfuerzo ha sido por otra causa. Su propósito no era el de interpretar la vida prescindiendo de las esencias personales, sino, por el contrario, el de dar de ella una imagen que estuviese de acuerdo con sus propias creencias. Se esforzó siempre por hacer entrar los detalles de la realidad en planes preconcebidos, lo que le impidió obtener la verdad incontestable.

He aquí por qué la vida intensa se halla ausente de su obra. Y en esta sumisión de la descripción al desenlace exigido *a priori*, encontramos la notable semejanza que hemos señalado más arriba entre su obra y la de Dumas, hijo.

Así, pues, al cabo de las reflexiones que nos su-

gieren sus últimas novelas, encontramos, poco más o menos, la fórmula que nos hubiera guiado en el desarrollo de un estudio general que nos hubiéramos propuesto hacer de todas sus obras. Indicio evidente de la coherencia de estas obras y de la constancia de sus directivas.

Se interpreta mal, en efecto, al Sr. Bourget cuando se quiere establecer una división en su producción; y sin pretender indagar si hay en su vida consciente con qué justificar esta distinción, es preciso reconocer que las preocupaciones de los personajes de sus obras más notables, en lo que, por la comodidad del discurso, llamamos su segunda manera, se encuentran ya presentes en las demás obras, aun en las más antiguas. Su concepción del mundo y sus ideas no han variado, sino que algunas de éstas han pasado del segundo al primer plan. Es preciso reconocer esto si queremos ser justos con este autor, ya que hay muchas personas que dejan de serlo.

Nosotros mismos confesamos no haberle atribuido siempre su justo puesto—muy digno, sin ser de los más eminentes.

Cuando comenzábamos a formar nuestros juicios literarios, Mirbeau le dirigía al Sr. Bourget una serie de esas sátiras violentas y vehementes, cuya vena lírica encerraba el secreto. Nosotros le concedíamos con entusiasmo nuestra ciega aprobación. Más tarde, comprendimos que lo que podía permitirse a un hombre de la talla y de la edad de Mirbeau nos estaba prohibido, y que, en pleno conocimiento de causa, de-

bíamos respeto a un escritor como el Sr. Bourget.

Habiendo ahora recordado su obra, la hemos visto en su conjunto, como si apareciese en sus tres últimos libros, sólida, pero con pocos atractivos; nutrida de ideas, pero impotente para nutrir abundantemente el espíritu; conteniendo más artificio que vida profunda; extremadamente hábil, y la hemos interpretado tal y como la entendemos.

Esta obra demuestra, por último, una gran ambición. El autor quiere analizar el alma y trazarle reglas de conducta. ¿Lo consigue? Refiriéndonos, por última vez, al excelente ensayo consagrado por él a Damas, hijo, nos atrevemos a decir, empleando las palabras que allí se emplean, que por haber intentado ser a la vez *moralista y psicólogo*, el Sr. Bourget no ha conseguido ser lo uno ni lo otro.

PEDRO LIÈVRE.

CÉSAR A. COMET, traduxit.

Cuentos hispanoamericanos

EL POEMA DEL DOLOR

Me la robó la muerte
y no me queda más que mi dolor.
NERVO.

A César E. Arroyo.

I

Hay algo más negro que tus ojos. —Sí—le repuse—, mi pena, y los dolores que he sufrido, y la cadena de la vida que me atormenta, y las noches que he pasado en el banco, bajo la luz amarillenta de la luna de Otoño.

Tu recuerdo, que me atormenta como un cilicio de espinas. Pero bendita tú, la que me enseñaste el sendero del dolor, la que pusiste los guijarros en el camino, la que me alcanzaste ramos de rosas

para que me hieran las espinas, y el cántaro vacío, de arcilla con sabor de lágrimas.

Yo que te había soñado en la cumbre del ideal, como Leonor, Morella, Legia, y tú, que te apartaste de mí, como una lámpara que se pierde en la obscuridad, como un manojo de lirios deshojados en la noche, como un violín cuyas notas se apagan a la media luz de una tarde de invierno.

Y hoy descansas lejos de la vida, como un mármol enterrado bajo la sombra de los cipreses funerarios en el cementerio de la aldea. Yo creo que debes sentir más frío que los otros muertos en ese cementerio del poblacho, gris como mi neurastenia, y pobre como un hastío. Y ella, que era tan frágil, tan buena, mordida por los gusanos y la podre. Yo, vagando como una sombra por la tierra, como un Cristo bohemio lleno de llagas y sangre, sin una Magdalena que enjuague mis dolores ni mitigue mis tristezas.

II

Hay temblores de luces macilentas en tu alcoba, y tú te has ido para no volver. Los heliotropos se marchitan en las ojivas de tu ventana, y las madre-selvas lloran lágrimas de rocío. Pero tú ya no estás allí; has partido por la ruta azul con pasos de hada. Yo dormía y no sentí tus pasos, ni el sonido de tus ajorcas, ni el fru fru de tus rosadas sedas, ni la

presión de tus manitas blancas que me dijeran adiós. Y aquella noche se callaron los surtidores al gemido de los buhos, y temblaron los lotos sobre el espejo del agua. Y tú te fuiste suave como un rayo de luna, como un murmullo de césped azotado por el viento. Y tu alcoba, desde entonces, está vacía y en vano repito tu nombre, y te llamo, te llamo como a la esperanza que nunca vendrá. Mis ecos se pierden en las soledades del castillo, pero tú no respondes. Sólo el viento aulla a través de las rendijas de las puertas, como un can famélico que devorara mi carne macerada de dolor...

III

«Lluvia en la ciudad y llanto en mi corazón», como en la balada del divino poeta. Y nada que me me cure el dolor de haberte perdido, y en vano que crujan mis huesos sobre la vida, hasta hacerse polvo; y sufra mi carne hasta desaparecer; ya no la veré nunca. ¡Oh, compañera de mis sufrimientos, de mi alegría, de mi dolor! ¡Oh, compañera en la hora de las anunciaciones bohemias y de las sangrantes blasfemias del rebelde! Compañera hasta la hora en que me disputó la muerte de mis manos, el lírico pecado de tu carne orquestal. Compañera en los nardos y en los lirios, y en las espinas y en el guijarro. Compañera en las idealidades y en el místico sacrificio de nuestra sangre

rebotante de juventud. Que mis poemas se enreden en tu negra cabellera de noche polar, que tus rizos aprisionen esos retazos de mi alma, que vibraron junto a la tuya, mientras pasaste por la vida, imperceptible como el vuelo de una oropéndola luminosa.

LUIS VELASCO ARAGÓN.

Peruano.)

BAJO EL ÓPALO CÓMPLICE...

Mi alma, desencantada y rota, aún trema y vibra al recuerdo candente, como un cauterio, de aquellos días de fiebre y de pasión... ¡Sobre todo, la noche aquella!... Poseídos de nuestro delirio, habíamos perdido la noción del tiempo. En el cuarto de aquel hotel provinciano donde fuimos a dar ella y yo, uniendo, por vez primera, nuestras almas, nuestros cuerpos, nuestras vidas; habían pasado las horas de todo un día y parte de una noche, sin que ni el uno ni el otro nos diéramos cuenta de la huida rauda y cautelosa del tiempo, entregados, como estábamos, a nuestros juramentos, a nuestra exaltación, a nuestras caricias, en una locura plenísima de amor...

Cuando sobrevinieron el cansancio natural, la dulce laxitud, tuvimos una tregua; y ella, la dolorosa inmolada, me dijo suavemente:

—Oye, abramos el balcón; me hace falta un poco de aire: estoy ardiendo.

—Como tú quieras—le contesté—; y fuimos hacia el balcón, cuyos batientes abrimos, asomándonos a la calle.

Una ráfaga de aire frío vino a orear nuestros rostros encendidos. Aspiramos, con deleite, aquella brisa pura y fresca, y en el balcón nos queda-

mos callados y pensativos, ante el misterio augusto de la noche. Ella estaba abrazada a mí. Como una liana, se asía a mi cuerpo su cuerpo ondulante que se estremecía, a veces, con sacudimientos nerviosos. Habíamos apagado la luz de la estancia, y, en el marco de sombra, sus ojazos de obsidiana fulgían como dos negros diamantes de perdición...

Era una noche quieta, de ensoñado encantamiento. En un cielo sereno y aterciopelado, de un oscuro azul; la luna, una luna llena y enorme, rodaba lenta y solemne. Su luz, lechosa y fría, inundaba de un fastigio brujo, idealizaba la callada rúa de la antañona e ilustre ciudad de Alcalá de Henares, que era donde nos habíamos refugiado. Al fondo, reverberando a los rayos espectrales del ópalo sideral, triunfaba esa maravilla del arte plateresco, la estupenda fachada de la famosa Universidad alcalaina que fundara el Cardenal Cisneros y que fué, en un tiempo, el más intenso y luminoso foco espiritual de toda una raza. Paz, silencio, serenidad... Allá lejos, una ventana iluminada simulaba un enorme ojo inyectado. En la calle, un perro neurasténico lanzaba aullidos lastimeros a su propia escuálida sombra. Resonaron sobre el pavimento unos pasos acompasados que, poco a poco, se perdieron. La campana del reloj de la Catedral dijo no sé qué horas con unas campanadas que eran granos de una clepsidia de dolor cayendo en el vaso sencillo del corazón...

Estábamos abrazados, de pie, en el balcón. Al

punto noté que ella iba poniéndose triste y que sentía miedo. ¿Qué temía?... No me atreví a preguntárselo. Acaso pensaba lo que yo, en la locura que habíamos hecho, en el porvenir, en la preocupación inmensa por las vidas presentes, por las vidas futuras...

Lancé en una imploración, la vista a lo alto, y me encontré con la carota redonda y blanca de la luna, que sonreía bonachona, como diciéndonos:

—Nada temáis: la vuestra es la historia eterna; idilios como el vuestro, he visto tantos, tantos...; yo misma he sido cómplice de casi todos ellos, de los cuales unos han resultado felices: otros, desgraciados. Pero es lo irremediable, lo fatal... Sin locuras como estas, la humanidad iría extinguiéndose poco a poco...

Alucinado con las taimadas frases de la señora luna, reaccioné; tomando a mi amada del talle, la empujé hacia a lentro, y besándola largamente, en la nuca, en los ojos, en los labios, la dije:

—¿Qué nos importa ya todo? ¿Por qué inquietarnos por el porvenir? Vivamos el presente. Tenemos amor: triunfaremos. Y, sobre todo, ¿quién sabe si en esta noche blanca y nupcial, en esta misma vetusta y legendaria Alcalá de Henares, seamos nosotros los que, al cabo de más de tres siglos y medio, logremos engendrar un nuevo Miguel de Cervantes?...

CÉSAR E. ARROYO.

(Ecuatoriano.)

IN MEMORIAM

ABRAHAM VALDELOMAR

Pocos días después de la sensible muerte del patriarca de la Literatura peruana, don Ricardo Palma, las letras nacionales hubieron de sufrir nueva y ruda pérdida, con el fin trágico y temprano de Abraham Valdelomar acaecido en la lejana ciudad de Ayacucho, cuando una nueva faz de su agitada y pintoresca vida comenzaba a perfilarse.

Fué Abraham Valdelomar, como ahora conviene en reconocer todos los que ayer le combatieron y discutieron, por incomprensión, malevolencia o envidia, nuestro más alto valor literario de las últimas generaciones.

A este título le dan derecho la fecundidad, originalidad y complejidad de su obra, su orientación definida, su armónico, ágil, diáfano y cristalino estilo, y la brillantez y exuberancia de sus imágenes.

En Valdelomar sugestionan, al mismo tiempo, la vida y la obra. Entre uno y otro aspecto de su personalidad, creemos descubrir un perefeto paralelismo. En esto resulta un caso excepcional, con relación a la generalidad de los literatos, en los cuales es fácil hallar una absoluta discrepancia entre el hombre y el escritor.

En la múltiple producción de Valdelomar se reflejan, invariablemente, sus sentimientos, su carácter, sus tendencias naturales, su psicología entera.

No somos de los que le consideramos un insincero porque usara muy amenudo de ciertos desplantes y fingimientos, con el ánimo de *épater le bourgeois*. La pose de Valdelomar, si tal puede llamarse a su personalísima manera de ser y de actuar, no era consecuencia de un infatuamiento necio, ni menos de un morboso deseo de demostrar la superioridad de su espíritu; estaba determinada por su temperamento esencialmente artístico, por su originalísimo sentido estético, que le impulsaba a rechazar, instintivamente, a los palurdos, los hachafos y los pachecos; y, en cambio, amar a quienes lograban comprender su inextinguible ansia de belleza, y penetraban, pronto, en su íntima subjetividad. Tampoco admitimos que fuera un orgulloso y que gozara humillando la presunción o poniendo al descubierto la pobreza intelectual de aquellos que no llegaban a hermanarse con él, como se ha querido suponer por determinados detalles de la vida del artista.

Valdelomar era esencialmente bueno y sencillo. No es cierto que hubiera falta de sinceridad en su manera de ser: obraba a impulsos de secretas fuerzas interiores, obedecía a tendencias irresistibles, hacia normas perfectas de belleza.

Aquella frase, común al conde de Lemos: «esos hombres gordos descomponen la belleza del paisaje, por eso los aborrezco», era tan sincera como su tendencia instintiva a la elegancia en el vestir, y su perenne preocupación por pulir su estilo y castigar el lenguaje. Hubo en él innata distinción espiritual, que determinó su inquietud constante por aristocratizar su persona, blasonar su origen y ennoblecer su obra toda, a la que comunicó, invariablemente, un sello característico de señorío y de elegancia.

No es, sin embargo, exclusiva esta opinión nuestra acerca del carácter de Valdelomar. Ciertamente que muchas veces, en especiales circunstancias de su pintoresca existencia, hubo de recurrir a la verdadera *pose*, con grave escándalo y contra la protesta solemne de los intonsos y los espíritus rastreros y mezquinos; pero tampoco estuvieron determinados estos raros casos, por el orgullo o la petulancia. Había en el fondo de su psiquis complicada una gran dosis de humorismo no exento de malicia y tocado aún de socarronería. En esto no escapaba a la característica tendencia del espíritu criollo, orientado hacia la sátira punzante y a la burla hiriente. Sólo que esta tendencia recibía también, al través del temperamento esencialmente aristocrático del artista, una transformación ennoblecedora. Y lo que en cualquier criollo es alegre zumba y gracejo vulgar, en Valdelomar era fina ironía, humorismo elevado y sano. De aquí que, cuando encontrara al paso un espíritu anémico, una alma plebeya o ensoberbecida, gustaba de demostrarles su endeblez, su vulgaridad y su pobreza intelectual, sugestionándolos con la afectación de ciertas maneras caprichosas. procurando así afirmar su propia distinción, frente a las ridículas actitudes de los medicces.

Pero bien pronto recobraba su verdadera personalidad y volvía a ser, para los comprensivos y los «transparentes», como a menudo llamaba a quienes le admiraban—porque habían comprendido las excelencias de su originalidad—, el mismo mozo extraordinariamente bueno, amable, ingenuo a veces, complejo y refinado otras, inquieto siempre.

Una anécdota de las más típicas de Valdelomar, bastaría a probar nuestras afirmaciones.

Cierto día, cuando el conde de Lemos trabajaba en «La Prensa», llegó hasta su cuarto, raro y suntuoso, un mucha-

cho provinciano, con apariencias de timidez y candorosidad, pero, realmente, convencido de su valer y con el magín lleno de humos de suficiencia. Solicitó hablar con el conde; éste le recibió con su acostumbrada afabilidad encantadora, y, como también solía hacer, cuando hábele brindado asiento, encerróse en el mutismo y le dejó hablar. A las primeras palabras del mozo, Valdelomar habíase percatado de su insoportable y hueca petulancia. Quiso entonces hacerle caer en el ridículo y con tan sano intento, aunque con sacrificio de su gaveta, le invitó a almorzar con él, naturalmente en el Zoológico. Sentados en la mesa, el conde comenzó a adoptar sus inconfundibles actitudes pomposas. Pidió la lista, la recorrió rápidamente y con elegante displicencia, dijo al mozo: No hay que comer. Este elenco no dice nada. Tráigame espárragos, al mismo tiempo que pasaba la tarjeta del menú a su invitado. Por supuesto, el pobre muchacho, provinciano y petulante, que sin duda no sabía pedir, optó por decidirse, tras gran titubeo, por el mismo plato. Y Valdelomar, frunciendo el ceño y con muestras de sensible disgusto, dijo entonces al mozo: «Oye, quechua, ya no me traigas espárragos». Calcúlese la sorpresa del provinciano y la secreta cólera que le ocasionaría verse así humillado.

Pero tenía razón Valdelomar en proceder de esta manera. No había derecho para que el provinciano pidiera un plato que no sabría comer. Efectivamente, a poco el mozo traía los espárragos y aquí de los apuros del muchacho para habérselas con el fino potaje. Por su parte, Valdelomar gozaba con tales afanes y se reía íntimamente de ese tonto de capirote. Terminó el almuerzo, que para el conde de Lemos no fué tal, pues que apenas había rozado las raras viandas que pidió y, despedidose que hubo del provinciano, hallóse en la calle con uno de sus íntimos amigos, a quien

invitó a comerse «un buen churrasco», porque se había quedado con hambre...

¿No es verdad que este ingenioso rasgo de la vida de Valdelomar, retrata admirablemente su espíritu irónico y aristocrático, al par que encantadoramente sencillo?

II

La obra múltiple de Valdelomar es el fiel reflejo de su espíritu. Hombre esencialmente bueno, generoso y noble, en toda su producción se nota la influencia de estas raras cualidades sentimentales. Inquieto, ansioso siempre de nuevos rumbos y sensaciones extrañas, su vida fué una constante lucha, una superabundancia de producción, un angustioso aturdimiento creador. Fué así cómo ensayó todos los géneros literarios, triunfando en todos, pero cansándose a menudo de los mismos temas. Cultivó con pasmosa facilidad, desde la crónica frívola, fugaz, nerviosa, de todos los días, hasta el cuento pintoresco, sentimental, impregnado de un hondo regionalismo, de un vivo colorido, de una encantadora sinceridad; y desde la monografía, que supone la búsqueda febril y la paciente investigación histórica, hasta el difícil y complicado arte dramático, del que nos ha dejado dos tragedias desgarradoras y sombrías. Escribió versos musicales, tristes, leyendas fantásticas y extrañas, elevadas y trascendentes concepciones estéticas. Lo que verdaderamente sorprende en este gran artista, no es su talento, realmente privilegiado; es, ante todo, su maravillosa capacidad intuitiva, porque hay que tener en cuenta que Valdelomar carecía, casi en lo absoluto, de cultura. Apenas si tuvo por afinidad de ideales o de pensamientos, uno que otro autor predilecto. Sus días de universitario fueron con-

tados y esta época estudiantil apenas si fué un accidente en su vida.

Jamás estudió en serio, porque tenía el íntimo convencimiento de que nada nuevo iba a aprender en los libros, o de labios de los maestros. «Mis profesores, nos lo dice él mismo bellamente en una admirable conferencia, fueron el cementerio de mi pueblo, el cóncavo mar, el cielo azul de la aldehuela de San Andrés de los Pescadores y, sobre todo, mi madre santa y buena.»

Y nada más cierto: esa angustiosa y perenne preocupación por el misterio, esa sed de lo desconocido, esa íntima tristeza pensativa, que a través de toda su obra palpita, ¿no es, acaso, la influencia del blanco y silencioso cementerio de su aldea?

Esa ternura infantil, esa dulce melancolía, ese respeto religioso por los seres familiares, ese cariño entrañable por el pueblo natal de esa evocación de la niñez, saturada de melancolía en la que parece deleitarse, con amoroso afán y de la que tan acabadas muestras son los bellísimos cuentos de «El Caballero Carmelo», ¿no traducen la huella benéfica y saludable que en su alma de un niño, dejara la acción educadora del hogar?

Y esa diáfanaidad de su estilo, ese brillante colorido de su prosa, ¿no son el reflejo del cielo esplendente y del paisaje ubérrimo de Ica, de la playa anchurosa y dorada, y del mar, rumoroso y magnífico, de Pisco?

Hemos dicho que Valdelomar leía muy poco y a determinados autores. Pero era tal su poder asimilativo y su facilidad de comprensión, que bien pronto se adueñaba de las tendencias y el estilo de estos escritores preferidos, y en sus libros hallaba nuevos estímulos que excitaban su fantasía, aguzaban su inquietud y determinaban, luego, sus inmediatas producciones. De aquí que hay que hacer una dis-

tinción importantísima, en la obra de Valdelomar, entre lo que realmente fué espontáneo, intuitivo, personal, y lo que obedeció a extrañas influencias.

La obra personal de Valdelomar, está constituida por sus cuentos regionalistas del tipo de «El Caballero Carmelo», sin disputa, el más acabado y perfecto, «El Vuelo de Los Cóndores», «Los Ojos de Judas», «Yerva Santa» y otros; su hermosa e interesantísima colección de leyendas incaicas, que pensaba reunir en un tomo, intitulado «Los Hijos del Sol»; «La Mariscala», admirable ensayo monográfico revestido de cierta fantasía poética que le hace perder la seriedad e imparcialidad históricas; y, sobre todo, su obra más atrevida, aquella en que reveló su alma imponderable de artista y el vuelo genial de su inteligencia: «Belmonte el Trágico». Pertenecen a la obra que podríamos llamar «refleja», de Valdelomar, sus ensayos sobre «La Muerte», sus novelas cortas, sus cuentos exóticos, en los que se nota la influencia maeterlinckiana y edgarpoesca.

Sin embargo, aun en estas obras, Valdelomar conseguía ser original e imprimir su sello característico e inimitable; la distinción de su espíritu, la suprema aristocracia de su manera.

Si quisiéramos encontrar un parecido a Valdelomar, nos veríamos en grave aprieto, tan complejo y tan individual fué al mismo tiempo este escritor, en su vida y en su obra.

Acaso podríamos compararle a Valle-Inclán. Tenía de él, esa misma gallardía en las actitudes, esa heráldica selección de ideas y de tendencias. El mismo afán por depurar la forma y enaltecer el fondo de su producción. Pero nos aventuramos a afirmar que al egregio y magnífico Marqués de Bradomin, tan declamatorio y tan pomposo, le falta la sinceridad ingenua y la bondad cristalina del conde de Lemos.

Valdelomar fué un renovador, no porque— como ha dicho

Félix del Valle—creara una técnica nueva, sino porque prestó a nuestra caduca literatura, que a la aparición del conde de Lemos se resentía de pobreza de conceptos, de absoluta desorientación y, sobre todo, de vulgaridad de formas, la savia rica de sus juveniles entusiasmos, la alteza y reciedumbre de su inteligencia, la gama policroma de su sentimentalidad, la noble consagración de su vida al ideal artístico y la depuración del estilo, hasta hacerle prístino, rítmico, suave, aterciopelado, sugerente.

III

No sólo supo traducir Valdelomar, en hermosos cuentos, la dulce poesía del ambiente aldeano, la sencillez patriarcal de las costumbres provincianas, sino que, inspirado en más elevados ideales nacionalistas, ganado por el sugestivo prestigio de las edades pretéritas, intentó—con éxito—reconstruir, en todos sus aspectos, la esplendente civilización incaica, con alma de artista que retoca un lienzo borroso, devolviéndole todo el perdido fulgor de su colorido, y no con espíritu grave y sesudo de historiador, que subordina la libertad imaginativa a la veracidad del dato y a la exactitud de la fecha. Por eso sus leyendas incaicas carecen de valor cronológico; pero, en cambio, nadie ha revelado mejor que él la psicología de la raza indígena, nadie nos ha dado pinturas más acabadas y bellas del Imperio milenario, en sus diversas manifestaciones, nadie ha trazado con más admirable precisión y vigor los caracteres y tipos, las ceremonias y escenas de la vida de los abuelos incas. Reviven, al conjuero de su mágico estilo, en las leyendas de «Los Hijos del Sol», con asombrosa fidelidad, la fría y majestuosa figura

del Inca, la imponente austeridad del Uillac-huma, la cándida gracia de las ñustas, la rudeza de los guerreros, la casta timidez de las acllas, la austeridad del amauta, y hasta la trágica inquietud y la honda superstición del alfarero, a quien sus propias creaciones espantan. enloquecen. Y con los tipos, cobran animación, en esas evocaciones magistrales, escenas épicas, las solemnidades religiosas, las espléndidas fiestas, los torneos caballerescos, las danzas pastoriles y cosmogónicas; la *cashua*, llena de graciosa flexibilidad y sencillez; el *huayno*, alegre y sensual; aquel desfile procesional, uncioso, del Soberano y su corte, hacia el Ccoricancha; la prosternación del cortejo, frente a la imagen del Sol, en la Intipampa; las fiestas de la agricultura, en que el Inca, desde el trono pétreo del Sacsayhuamán, cavara la tierra, con su arado de oro, y bebiera la chicha sagrada que corría por los canalillos de la roca, bajo la cual se suponía dormir a los antepasados; aquellas grandes guerras exterminadoras y sangrientas que bajo Pachacuti realizara el bravo general Yupanqui; el triste, callado, humillante éxodo de los vencidos; la emigración de los mitimaes, todo esto vive, con la vida intensa que, como un soplo sagrado, imprime el artista a sus reconstrucciones.

Si don Ricardo Palma fué el creador, no de un género nuevo en la Literatura, como comúnmente se ha dicho, sino el creador del cuento americano, como ya se ha afirmado, Abraham Valdelomar fué el iniciador del cuento netamente peruano. Las *Tradiciones* son el trasunto de la época colonial, común a todos los países dependientes de España. Las leyendas de Valdelomar son la evocación más completa del remoto Imperio del Sol, de las glorias genuina y únicamente nuestras.

Este es el título más legítimo que tuvo el conde de Lemos para hacerse merecedor de la consideración y del res-

po de sus compatriotas. De sus obras, ésta ha de ser la que quede.

Desprovisto de cultura histórica, ajeno por completo a las pesadas tareas del investigador, no estuvo, sin duda, capacitado para escribir la historia nacional. Pero poseía, en cambio, todas las condiciones para hacer la novela peruana, que a nuestro juicio debe basarse en la leyenda dorada y magnífica del Tahuantinsuyu.

Por eso, es tanto más dolorosa su muerte en plena juventud, cuando más derecho teníamos a esperar de él esta obra definitiva y consagrada que había comenzado ya a esbozar en sus cuentos incaicos.

Sin pretensiones críticas, esta nota enteramente personal obedece, tan sólo, a nuestro deseo de deferir a la benévola distinción que «Mercurio Peruano» ha querido dispensarnos, brindándonos, generosamente, sus páginas prestigias por las más respetables firmas, para ofrendar en ellas nuestro modesto homenaje de admiración entusiasta y de sincero cariño, al gran artista que acaba de desaparecer.

RICARDO VEGAS GARCÍA.

Lima, diciembre de 1919.

ARTES PLASTICAS

Glosa al VI Salón de Humoristas.

Todos los años José Francés plantea a la crítica el mismo problema: ¿Hay en España humorismo? ¿Pueden considerarse humoristas los caricaturistas españoles? Y todos los años la crítica, tozuda, invariablemente contesta con rara unanimidad: «En España no hay humorismo. Los caricaturistas españoles no pueden considerarse como humoristas.»

Se diría que entre el infatigable e ilustre escritor y los demás escritores que se dedican a la crítica de arte hay entablado un duelo implacable: el primero, queriendo demostrar y convencer que en España existe humorismo; los segundos, negándolo sistemáticamente, cada vez con mayor convicción, cada vez con mayor seguridad. ¿Quién está en lo cierto?

También nosotros, dentro de nuestra modestia, en distintas ocasiones hemos abordado el tema e

intervenido en la contienda, y en nuestros alegatos y discursos nos mostramos más aproximados a las conclusiones de la crítica que convencidos por los especiosos y abundantes razonamientos de Francés. Y es que para proceder en consecuencia tuvimos más en cuenta los hechos que las buenas intenciones y las elocuentes palabras.

Todo lo que ha escrito Francés en pro de la caricatura, sus ardorosas defensas del humorismo, su incansable propaganda de palabra y de obra, lo suscribiríamos integro con la mayor de las satisfacciones; pero acertamos a separar lo que sólo es disertación documentada y brillante de aquello que pertenece al terreno de la realidad, es decir, que llegado el momento de juzgar o de opinar, no ante un tema artístico, sino ante una obra realizada, nos olvidamos por completo, en absoluto, de cuanto se ha discurrido, imaginado y fantaseado sobre la materia, y sólo ponemos la atención en el propósito y en el resultado, pues solamente ellos son los que nos interesan en tales momentos.

Por eso entendemos que Francés sigue un mal procedimiento al atacar impiadosamente a la crítica, por no querer convenir con él en que la caricatura española es admirable. No tiene en cuenta nuestro ilustre amigo algo importantísimo y de tal notoriedad que neutraliza todos sus ditirambos y todas sus magníficas y afligranadas disertaciones. Ese *algo* que olvida el eminente crítico, es lo siguiente: Seis años lleva organizando el Salón de Humo-

ristas; cada año han aumentado las obras expuestas y el número de expositores. Pues bien; cada año el Salón de Humoristas ha sido menos Salón de Humoristas, en el sentido de que han disminuido los humoristas de tal modo, que llamar a la Exposición «Salón de Humoristas» puede estimarlo cualquiera como una incongruencia.

Nosotros hemos insistido en este punto, porque lo juzgamos la piedra angular de la disputa, a veces enconada, que sostienen Francés y la crítica. Él podrá creer que el nombre, el título, no hace al caso. Creemos, sin embargo, que está equivocado y estimamos que el título lo es todo. Si no denominase «Salón de Humoristas» a la Exposición que organiza anualmente, ¿podría nadie que estuviera en su sano juicio reprochar la falta de humorismo?

Porque el caso es ese y no otro, y a él nos debemos atener: todos los años nos requiere Francés para presenciar el «Salón de Humoristas» y todos los años hemos de reconocer que el contingente más numeroso y considerable de los expositores lo dan los estampistas, los *virtuosos* del lápiz y de las anilinas, que se entregan con fruición a las florituras de los colorines y a las elegancias y exquisiteces de la línea. ¿Cómo quiere, pues, Francés que compartamos con él la opinión de que el humorismo progresa y se afianza en España, si resulta todo lo contrario, si vemos por nuestros propios ojos que no sólo no avanza, sino que retrocede y se amengua, se achabacana y se empequeñece?

Seis *Salones* de humoristas van organizados y, a menos de negar la evidencia, nadie podrá asegurar que haya salido de ellos un solo humorista que lograra conquistarse la admiración de críticos y público. Los *Salones* de humoristas no han traído ningún humorista nuevo que valga la pena, y los ya conocidos no han hecho más que repetir lo que ya sabíamos de ellos. En cambio han aportado una pléyade de estampitas e ilustradores verdaderamente notables. Ribas, Bartolozzi, Antequera Aspíri, Bujados, Ochoa, Aguirre, Alcalá del Olmo, Juan José, Larraya, Loigorri, Zamora y otros más, son nombres de artistas meritísimos que han llevado, al mal titulado «Salón de Humoristas», una distinción y un buen gusto que se desconocían en España y, como consecuencia lógica, han reformado las normas editoriales que en nuestro país se seguían, por modo tan extraordinario, que en este punto nada tenemos que envidiar hoy a las demás naciones, sino solamente lamentar que esos artistas no se hayan mostrado más originales, más hijos de su temperamento y de su inspiración y más naturales de su patria. Sin embargo, tal achaque puede disculparse en gracia al beneficio indudable que ha significado su aparición.

En este sentido, no nos cansaremos nunca de elogiar y de aplaudir el denodado esfuerzo de José Francés, que ha sacrificado su tiempo y su comodidad a una empresa generosa y altruista que le debe tener muy justamente satisfecho.

Fuera de eso, entendemos que el insigne crítico hace muy mal en incomodarse porque los compañeros le digan con toda sinceridad que en sus «Salones de Humoristas» lo que menos hay son humoristas, y peor aún en querer desvirtuar su obra queriendo defender lo indefendible y emplear para ello disertaciones que no sufren el contraste con la realidad.

El brillante prólogo que ha escrito para el catálogo de la actual Exposición—ya hemos dicho que cuanto dice acerca de la caricatura y su significado lo suscribiríamos muy honrados—no viene sino a patentizar más, a ahondar más, a remarcar más la ausencia de humoristas en el «Salón de Humoristas».

Y eso contando con que la actual Exposición ha sido la más abundante en humorismo. Y al decir humorismo conste que no hablamos con la debida propiedad y nos mantenemos en el terreno de las anfibologías, que es, también, en el que está situado José Francés. De modo que, para discutir serenamente y con base lógica, lo primero que se debía hacer es esclarecer y discernir de manera exacta lo que es humorismo para saber, en suma, hasta qué punto podríamos considerar a los caricaturistas como humoristas. A nuestro entender el hecho de hacer una caricatura no implica que se sea humorista. El humorismo no reside en la forma: está en el fondo, pues el humorismo es una gracia, un don natural del espíritu. Por lo que se deduce que

no es humorista el que quiere, sino el que puede, por disposición espontánea del carácter.

Podría darse el caso de que el «Salón de Humoristas» estuviese rebosante de caricaturas, y, sin embargo, no poder distinguir entre todas ellas una sola que pudiera estimarse como humorística.

En España tenemos dos humoristas de gran fuerza: Tovar y «K-Hito», sobre todo el primero, al cual reputamos como una de las figuras principales del humorismo europeo, por la fecundidad inagotable de su ingenio y la naturalidad admirable de su dibujo. Otro hay también, cuyo nombre recordamos ahora, y que de haber subsistido el olvido jamás nos lo hubiéramos perdonado: Bagaría. Fuera de estos tres nombres, que son los que verdaderamente hacen el humorismo en España, por ser temperamentalmente humoristas, a duras penas podríamos hallar otro. Y esta carencia de humorismo se debe, no a que nosotros creamos como artículo de fe que el humorismo sea natural de las tierras brumosas o de los países solares, sino a la falta de publicaciones humorísticas. Para que exista algo es preciso crear los medios que faciliten y procuren su manifestación y desarrollo. Por lo tanto, el mejor medio para que en España existiera el humorismo gráfico, sería que hubiese publicaciones que lo acogieran y lo fomentaran, y el propio Francés es el que con más insistencia se queja de la falta de periódicos exclusivamente humorísticos.

Ante tal falta cabría preguntar: ¿es que el públi-

co español es refractario al humorismo? Difícil de asegurar es esto si nos fijamos en el éxito que tiene el teatro cómico, y si observamos la predisposición a la eutrapelia de la idiosincrasia nacional. En otras razones debe residir la causa y el interés de todos está en averiguarlas para procurar el remedio.

BALLESTEROS DE MARTOS.

EN EL MAJESTIC-HALL DE BILBAO

El pintor Julio Romero de Torres.

Acaba de abrir sus puertas acobijadoras el nuevo Salón de Exposiciones de Bellas Artes denominado «Majestic-Hall». Su propietario, José Ribera Font, es un hombre bueno, modesto, inteligente y lleno de avidez por llevar el rango de nuestro querido Bilbao, donde florecen sus actividades desde hace un par de lustros, rehuyendo los reclamos banales que suelen servir de alimento a los que se nutren de retoricismos, de gallardetes líricos y farolillos a la veneciana.

El «Majestic-Hall», más que un lujoso establecimiento de novedades artísticas destinado a simples transacciones comerciales, es un verdadero templo de las Bellas Artes, donde éstas tendrán de aquí en adelante lugar adecuado para exhibirse con el decoro que las corresponde.

La severa ornamentación romántica de su Gran Sala de exposiciones de Pintura y Escultura, es una obra admirable de buen gusto, a la que va unido el acierto en la coloración, para que se destaquen convenientemente los cuadros y demás objetos que hayan de mostrarse a la curiosidad del visitante.

El alumbrado ha sido puesto con tal maestría, que su distribución e intensidad pueden graduarse a placer, según demanden la circunstancias de cada caso.

La entrada principal del «Majestic-Hall» no puede ser más atrayente. Su monumental vitrina, llena de curiosidades artísticas, juntamente con el encantador puesto de flores, riente y luminoso cual una alegoría de Anglada, obligan al transeunte a detener su paso, invitándole a penetrar en el Salón de Exposiciones, al que conduce un lindo vestíbulo, decorado con la elegante sobriedad del estilo español.

Para inaugurar sus tareas con la dignidad que esta gran obra requiere, José Ribera Font invitó a exponer sus últimas obras al maestro Romero de Torres, cuya personalidad tanto culmina y prepondera en el mundo del Arte.

Si hemos de fijar con alguna exactitud la importancia y valor de la pintura de tan preclaro artista, forzoso nos será hacer un apuntamiento de la evolución de los ideales estéticos en el transcurso del pasado siglo y comienzos del actual, circunscri-

biéndonos a los límites de un artículo de Revista.

En más de una ocasión hemos sostenido que el origen del actual desequilibrio artístico, su falta de orientación y de unidad espiritual son consecuencia de las doctrinas racionalistas y naturalistas del siglo XVIII francés, las cuales arraigaron entre nosotros de un modo lamentable, entregándonos en brazos de ese eclecticismo que tan donosamente satirizó Fernández de Moratín en «La feria de los discretos».

Como nadie es impunemente hijo de su padre y nieto de su abuelo, es en vano que los artistas de hoy abominen de sus antecesores inmediatos y se esfuercen por superarles. Todas sus tentativas resultan ineficaces. La falta de sentido meditador ha despertado en ellos la idolatría por lo nuevo y lo raro; por la improvisación y la arbitrariedad.

Resultado del afán de renovación inconsciente es ese *estilo abstracto* que los pintores y los críticos han adoptado, cerrando los ojos al análisis y pretendiendo abrirlos a la metafísica, obstinados en pedir teorías a su corazón, como si en éste residieran las únicas fuentes de sabiduría, encontrándonos, como consecuencia final, rodeados por todas partes de expresiones vagas, de anhelos imprecisos y caprichosas tendencias acerca del valor fundamental de la Pintura.

De tal anarquía se han salvado unos pocos hombres austeros y dueños de sí mismos; los que teniendo maneras propias e incorporando al arte el

sello de su personalidad, rechazaron las influencias exteriores, basadas en sistemas pseudo-científicos que, inútilmente, pugnan por ser adaptados a los medios expresivos de que dispone el artista para la reproducción plástica de las imágenes que le rodean.

Querer evolucionar sin métodos razonados y al alcance de las facultades comprensivas que son comunes al individuo, supone una regresión al estado anterior a los babilonios, o un vano prurito de metodizar los fenómenos naturales de la descomposición de la luz.

De toda la obra de Gauguin no se ha salvado—para los que tienen talento e independencia—más que una acendrada sensibilidad y un deseo de sentirse desligado de la época en que vino al mundo. Fué, simplemente, un visionario que llegó a creer en la posibilidad del milagro, añorando atávicamente el arte de los cazadores de renos.

Los que no han pasado—como Romero de Torres—por convicciones diversas y han permanecido fieles a la primera y liviana sugestión, serán siempre unos retrasados, poco inteligentes, llenos de rebeldías injustas, faltos de escrúpulos y obstinados en que prevalezcan sus opiniones sin respeto para las ajenas.

Desde nuestra juventud debemos aprender a amar cuanto nos rodea, pues de lo contrario, las almas se hacen estériles a la ternura.

Así es como hallaremos cada uno nuestro oloro-

so huertecillo espiritual. Así es como llegaremos al descanso de las acciones y reposaremos, al fin, bajo la sombra protectora del árbol del conocimiento, recreándonos en nuestras propias obras y seguros de nosotros mismos, según se nos muestra Romero de Torres en la plenitud de sus portentosas facultades.

* * *

El arte de Romero de Torres no es una improvisación. Tiene su origen y su raigambre en el sentimiento del pueblo donde abrió los ojos a la luz. Desde que dió sus primeros pasos en los senderos de la vida pictórica, su orientación fué clara y definida. Cuando la capacidad de reflexión no le permitía concretar sus impulsos nativos, se limitó a copiar lo externo del pueblo andaluz, su aparente alegría, su cielo, sus vistosos ropajes, teñidos de colores picantes; sus mocitas dicharacheras y sus hombres fachendosos y pintureros.

La madurez fué apartando al artista de lo vulgar. Las potencias del alma, guiadas por su sentido estético, y teniendo a sus órdenes medios expresivos de gran fuerza, plasmaron un arte en el que se recogen todas las esencias que sirvieron para la formación del tipo racial *andalús*, el cual se conserva en Córdoba con mayor pureza que en parte alguna.

El estudio psicológico de la mujer, en la que Romero de Torres quiere simbolizar con mayor insistencia que en el hombre el carácter de Andalucía,

parece impulsarnos a un largo análisis de las distintas épocas de la Historia de España, desde su fundación hasta nuestros días, labor para la que no estamos preparados documentalmente, ni—aun cuando lo estuviésemos—dedicaríamos a ella el tiempo que necesitamos para cosas más actuales y atañederas a la personalidad del artista.

Los que tienen una cultura en armonía con la capacidad comprensiva que requieren estas cosas, saben que las antiguas tribus semitas de Judea vinieron a nuestra Península cuando Adriano decretó la emigración. Se establecieron principalmente en el Sur, dejando sentir su influencia de manera tan notoria, que las autoridades eclesiásticas pusieron sus miras «en extirpar la herejía hebraica que amenazaba contaminar a la grey cristiana».

Más tarde se les impuso el bautismo, y gran número de semitas se unieron en matrimonio a las cristianas. Estas familias fueron las que ayudaron a los mulsumanes a la conquista de Andalucía, confundándose con ellos y repartiéndose la hegemonía intelectual de las ciudades. En la Academia árabe, de Córdoba, creemos recordar que los judíos estaban representados por varones de gran autoridad.

¿Os dáis, pues, cuenta de cómo se fueron transfundiendo en el espíritu de los cordobeses las cualidades de esos otros pueblos? Por eso, el arte de Julio Romero de Torres tiende a la síntesis y al conjunto. No desdeña ni excluye ninguno de los

componentes aludidos, y partiendo del estudio de los libros sagrados, del Viejo y Nuevo Testamentos, medita sobre los documentos arqueológicos, sobre la arquitectura y la escultura anteriores al siglo xv, para documentarse luego en el caudal literario de nuestros clásicos, en los que aparecen, junto a las gestas del «Romancero», las sátiras de «La Celestina», las dolientes estrofas de Jorge Manrique, las crónicas del Arcipreste de Hita sobre las guerras civiles de Granada, y todo ese haz luminoso y transparente de los pintores y escultores andaluces, estudiantes en la noble Italia renacentista, cuyas maneras trasplantan a España para dignificar con ellas su sentimiento ascético y guerrero, en cuyo fondo laten los cruzados orígenes de los antiguos romanos, de los nómadas judíos y de los islamitas.

Mezcla de fervor religioso y hechicería, el pueblo andaluz es maestro en decires. A su cancionero ha llevado la sabiduría de los «Proverbios» y la de los «Libros de los Reyes».

Para glosar el lienzo denominado «La Saeta», no se nos ocurre mejor comentario que entresacar de éstos últimos las siguientes palabras: «Cuando en la tierra hubiere hambre, o pestilencia, o tizoncillo, o niebla, o langosta o pulgón, Tú, Dios mío, oirás en los cielos mi voz y perdonarás los pecados de tus pobres siervos...»

En «El Cantar de los Cantares» viven sus mujeres desde antes que viniera el Cristo. Ellas parecen decir, sin palabras: «Morenas somos, más codicia-

bles que las cabañas de Cedor y las tiendas de Salomón. Como el lirio entre las espinas, así somos nosotras entre las otras doncellas. Nuestros ojos entre nuestras guedejas, son como palomas. Nuestros dientes, como manadas de ovejas que suben del lavadero, todas con crías mellizas y ninguna entre ellas estéril. Nuestros labios, como hilos de grana, y nuestras sienes, como cachitos de grana, a la parte adentro de los bulecillos. Nuestros cuellos, como la torre de David, edificada para muestra, y nuestras cabezas—encima de nosotras—, como el Carmelo. Panales de miel destilan nuestros labios»...

En cuanto a las formas clásicas de las obras de Julio Romero de Torres, y a la manera como están trabajadas, diremos—para terminar—que encierran todo el prestigio de sus claros orígenes latinos, purificados en el yunque de su paleta. El artifice mide, pesa, aquilata, construye y pule. Sus manos se embriagan de laboriosidad, asiduidad y constancia. Todo su «yo» lo desdobra poco a poco; lo sacrifica, lo tortura y lo exalta en el silencio del taller, hasta que los lienzos quedan ungidos de nobleza y serenidad.

El Arte, al fin y al cabo—para quienes lo producen—, no es otra cosa que sacrificio y dolor. ¡Bienaventurado sea el viejo amigo y el hacedor de tantas obras bellas!

JOSÉ IRIBARNE.

Bilbao, Noviembre 1919.

LA MODERNA POESIA FRANCESA

«Por amor»

Fantasia musical y variaciones sobre el

NOMBRE
de
PEARL WHITE

Nombre *linda-*

mente ajustado a esta exquisita heroína de la
vida americana vista a través del Cine-folletín

«Vida americana» 1919

como

«Vida parisiense» 1865.

(*Cora—Pearl—White*)

Esta: París por Triple prisma centelleante (*Meilhac-
Halévy-Offenbach*)

Aquella: rosa de lapidario tallada en facetas
y

Pearl White

nos conduce a un New-York encantado
el Tubo de Radium

y algunas cosas análogas que hacen las veces de
varita mágica

PEARL

actual acrobática

reidora entusiasta nerviosa (y de sangre fría)

bolsita sello

sueño de amor y revólver

boxeo ramilletes

joya jengibre y jiu-jitsu

PANTALLA

Pearl *aparece*

primero

Su elegancia:

divinamente calzada

irreprochablemente enguantada

(tan bien peinada: *a lo ¡qué importa!*)

bien equilibrada entre sus 2 polos magnéticos del
Verdadero—Chic:

el calzado

y el guante

puede—¡con cuánto brio!—desenfrenar con aires
 de bravura su virtuosidad vibrátil!

Miss PERL WHITE

abandona el Cine-folletín (*¿dicen?*)

¡Tanto peor para nosotros!

¡Oh! Lo sé bien—es de buen tono

(*decir*)

—Eso es insípido
en esta época de cocktails (*secos*) y cocaína
(¡*Ciertamente!*) Se necesita un cierto valor para
sostener su opinión y este diálogo (*sencillo*)

—¿Le gustan a usted los RELÁMPAGOS a la vainilla?

—¡Me vuelvo loco por ellos!

es de buen tono ese aire «PROTECCIÓN DE LA INFANCIA» hacia (y contra) LO QUE GUSTA (*sencillamente y de todo corazón!*)

¡ENCANTO!

(y esos ligeros aciertos que hacen amar la vida...»)

NOSOTROS

afortunadamente

(el tiempo no es ya donde el espectáculo suministraba cada noche prolongaciones a nuestros cuidados cotidianos. En escena (entonces) unos señores gordos comentaban sus dificultades gástricas y El Monitor de los Intereses materiales (sic) su señora vertía lágrimas heladas por sus apuros de dinero haciendo el recuento de sus amantes)

PEARL se casará

con el Guapo Mozo

(después que haya desenmascarado, acosado (apuntado con su revólver) al felón que su familia torpe le destina)

para esposo

de Pearl

ese guapo mozo

fresco como el ojo

franco como el oro
 fiel y fuerte
 que os acampaña y os ofrece su fuerte mano
 ¡Oh! ¡sí! ¡sí! ¡sí!
 ¡abrazadle! ¡casaros con él!

(al final del 35.º episodio)

Pearl

«¡Valor! Ahí de la buena Comedia.»

ENIGMAS

SIGNOS

Estáis en todas partes

<i>tan solamente</i>	nosotros	{	sabríamos leer sabríamos ver
<i>pero nosotros somos unos</i>			

lectores carnales

y unos

ciegos presuntuosos

PARÁROLAS

PEARL

escribe la destinada

(como hacemos cada uno de nosotros sin saberlo),
 en cada uno de sus gestos

—(entonces... verdaderamente... os encontráis
 tan ridículos? esos *pasos, comidas, muertes, marchas,*
continuaciones y persecuciones y trotes, esos acechos
perpetuos, esos cepos—subsuelos—raptos—esas lami-
nadoras martillos pilones—cubos—venenos, etc., etc.)

y esa FRESCURA jamás perdida

y esa AUDACIA y ese OLVIDO DE AYER)

(en cada episodio creo ver toda

LA HISTORIA

*¿Están lejos aquellos acontecimientos que nos impresionaban que nos anonadaban nos sorprendían?
¿Qué hemos hecho? Agitarnos debatirnos y vivir)
y danzábamos antes y danzamos después
y siempre con la cabeza baja caeremos en las mismas redes y saldremos de ellas—si Dios quiere—para volver a comenzar*

La vida nos enseña a vivir
no a dirigirnos

otra cosa

SONRISA DE PEARL

decís?

—un poco de azúcar cande y *¡en serio!* aquella
sonrisa

—*tal vez pero*

Se adivina lo que se hace pareciendo ser
entonces

más bien que esa

aguanieve de desconfianza y maldad para aplastarnos los brazos las piernas

(en sociedad)

más bien:

el hermoso Sol de esa Sonrisa

de

Pearl

JÚBILO

DE SER UNO

de ser comprendido

disuelto

en

la atmósfera de amor!

Don de Simpatía

Oh generosa afectuosa

impetuosa

Inspirada

PERLA!

Ritmo

hallazgos

latidos inauditos del corazón que estalla

Oh

dadnos

dad

ese

RITMO

todavía...

todavía...

.....

—Pero... ¿qué es lo que yo quería decir?... ¡Ah!
sí:

La última Cine-novela

de

MISS PEARL WHITE

se titulaba

«POR AMOR»

IRENE HILLEL-ERLANGER

CÉSAR A. COMET, *traduxit*.

PSALTERIUM

La monstruosa prodigalidad de Moamed-El-Kaira.

«Escucha, ¡oh, hassarani amigo!...

De hijos de tu raza te hablaré, de dos hermanos tuyos, de dos valientes, para cuyo recuerdo es pobre todo el esplendor de la admiración y de la gloria...»

.....

Y Sinani, mi valiente camarada y experto guía, me brinda un sitio de honor bajo el ancho dosel de su tienda de campaña, vuelve a colmar mi taza de aromático té, y ofreciéndome galante su caja de kiff, me regala con el embrujamiento de su charla, de esta manera...

«*Pajarito* y *Aragón* eran dos bizarros soldados españoles, que cayeron prisioneros de los moros una horrenda noche de combate, en las cercanías de la kábila de Menisla.

Conducidos ante Mohamed-El-Kaira, prestigioso patriarca, fanático y cruel, de la bárbara grey menisleña, ordenó que se les retuviese en rehenes, hasta que dispusiera el Gobierno de España.

Y *Pajarito* y *Aragón* fueron sepultados en lóbregos

gos departamentos, que tenían toda la trágica reminiscencia de la antigua ergástula.

Pasó el tiempo, y como nada se dispusiera en beneficio de los pobres cautivos, Mohamed-El-Kaira, con un gesto magnífico de soberano oriental, mandó sacar de su prisión a los soldados y llevarlos nuevamente a su presencia.

Una vez allí, les amonestó, suave y paternal, para que renegasen de su religión y de su patria.

Negáronse los españoles, no ya a la taimada pretensión del bárbaro dictador muslin, pero aun a contestar a sus necias palabras. Muy al contrario, le miraron altivos y serenos y se burlaron de su majestad con un desprecio olímpico.

Mohamed-El-Kaira mandóles llevar al instante junto al morabo de oro erigido a la memoria de los gloriosos Hamachas, sus parientes augustos.

De cara al Oriente, fueron terriblemente ligados a dos árboles corpulentos, los más recios y frondosos del bosque sagrado. Y allí se les abandonó a su suerte, en espera del suplicio insólito.

Cotidianamente, y a la extática y propicia hora del véspero, las más hermosas mujeres del patriarca, núbiles esclavas de irresistible belleza, danzaban gloriosamente desnudas ante la atónita mirada de los condenados, en un frenesí de tentadores giros y divinos escorzos de locura.

¡Pena del Talión horrenda la de los pobres forzados! Porque más de una vez, ellas, llegaban con el dulce veneno de sus labios hasta los labios de

ellos, secos y tremantes de acometedora fiebre.

Y nada conseguían, porque apenas posada la miel en los bordes de la roja copa, la pócima amarga de la burla dejaba sus hieles en el fondo.

Y los cautivos sentíanse morir. Un día y otro y otro...

Extenuados ya los bravos españoles, diéronse cuenta de que también el hambre los agotaba. Nada habían comido desde que fueron ligados a los árboles, junto al morabo de oro de los Hamachas.

Y un día, apartando sus miradas con horror de las hembras lascivas, iniciaron la súplica con desfallecida voz y angustiosa humildad.

Y perdiéronse sus clamores en el vacío. La más espantosa soledad les acompañó desde entonces. Nunca más vieron a las esclavas núbiles que les hacían morir...

Y un día, Mohamed El-Kaira, presentóse ante los héroes.

—«¡Pedid!»—les ofreció magnánimo y sonriente—. Ha llegado la hora de vuestra liberación.

Y clamando los bravos a un tiempo:

—¡Hambre! ¡Tenemos hambre! ¡Tenemos hambre!

Y con su misma gumía de oro recamada de fabulosas piedras, cortó el patriarca menisleño grandes trozos del cuerpo de *Pajarito* y se los ofreció a *Aragón*, diciendo:

—¡Toma! ¡Sáciate! ¡Espléndido banquete te aguarda!»

.....

Y terminó Sinani su relato:

«Mañana iremos a la *Gruta Azul*, aquí cerca, donde murió de amor, silencioso y admirable, por *Parajito*, la divina Sira... hija del cruel Mahomed-El-Kaira...

El áureo palanquín de la encantadora encantada.

En la tarde nimbada de tenues oros crepusculares, reposamos en éxtasis frente al mar...

Es una visión de maravilla, de vago encantamiento, la que se ofrece a nuestra mirada atónita.

El albo velamen de unos balandros minúsculos se siluetean en el horizonte, lejanos y confusos, como un romántico ejército de cisnes, tensas las alas triangulares, en un alocado vuelo hacia el infinito...

Un vivo rosicler de aurora boreal, refleja sus policromos arabescos—nácares, rosas y haces de rubias espigas—en la tersa lámina ondulante del mar, este mar sereno y ancho—luminosa senda azul de ensueño—por el que navega nuestro pensamiento en la intrépida carabela de nuestra Ilusión.

Y es todo paz augusta, quietud solemne, bajo el arco triunfal del infinito, en la tarde clara, tarde fragante de incienso, de azahares y de aromas de mar.

Bórranse las lejanías augustas en un tenue esplendor de apoteosis. Los largos remos de las em-

barcaciones ligeras, semejantes a finas y brillantes lanzas rendidas, choclean en el agua limpia, que se lamenta, rumorosa, en un temblor de desgarramiento.

Nuestro ensueño es como una mariposa de oro, que volase espacio arriba, hasta un encantado y prodigioso jardín lunar.

Y de pronto, un rumor confuso de muchedumbre lejana, nos ha hecho vacilar en nuestro éxtasis infame.

Un fastuoso cortejo de caballos empenachados y de corpulentos hombres desnudos, se aproxima. Pomposos abanicos de rizadas plumas, sobre delgados mástiles de oro, rubrican el aire, en graciosos y acordes abatimientos de homenaje.

Flamean por sobre las cabezas más altas, ceñidas de recamados turbantes polícromos y de hieráticas mitras fastuosas, los gloriosos banderines reales del augusto jalifa, el poderoso y el único.

En su áureo palanquín de filigrana, Leíla, la «Encantadora», duerme, encantada ella ahora, por el suave hechizo de las viejas sibilas y de las hábiles madrinas, camino de las floridas islas silenciosas, donde la aguarda el joven príncipe, enfermo de melancolía...

No de otra manera podría llegar a la augusta presencia de su señor. Delito de horrible traición sería que la «Encantadora» cruzase su divina mirada con la de algún esclavo cínico o con la impertinente de algún transeunte irrespetuoso.

Y una noche de luna, después de una infinita batalla de amor, en que al joven príncipe se le recrudció su incurable lesión medular, las centenarias hechiceras prendieron en sus estopas ungidas el purificador fuego de las liturgias infalibles; buscaron, ávidas, en las sagradas tablas legendarias la fórmula deseada... Adormeciéronse las bíblicas serpientes bajo el incendio, lento y crepitante, de los trípodes expiatorios, y al fin, Leila, la dulce, la suave, la elegida, durmióse en el encanto del hechizo insólito, largamente...

Y en la tarde propicia, bajo la tibia y rosada luz del crepúsculo, el numeroso cortejo miliunochesco, conduce a la «Encantadora» encantada, en su áureo palanquín de filigrana, hermético y ligero, como un prodigioso fanal de estrellas, hacia las floridas islas silenciosas...

Y ha pasado a lo largo de las calles, entre los clamores de la multitud jubilosa y reverente. Las mujeres han agitado sus mantos albos y han coreado con sus «huilis», fervorosos y unánimes, la aproximación de la divina...

Frente al mar se ha detenido brevemente el cortejo fastuoso: Diez esclavos negros de poderosos biceps y anchos torsos combados, desnudos hasta los muslos, han cargado sobre sus hombros el áureo palanquín y se han lanzado mar adentro...

Y se han perdido a lo lejos con la preciosa carga.

Cuando despierte la «Encantadora» de su sueño, ya en los brazos del joven príncipe enfermo, éste

ordenará que, inmediatamente, sean decapitados los diez bravos esclavos que la condujeron...

Bajo las Palmas.

Zahar sueña entre las rosas.

Zahar ama...

La sonrisa de Assaira le brindó sus mieles una tarde, bajo las palmas...

Y Zahar ama desde entonces.

Evoca las horas gloriosas, la visión augusta e inefable, aquella sonrisa...

Y ahora quiere suponer que el amor de Assaira será su amor, suya el alma de la amada, y su suerte la suerte de la ardientemente deseada...

Y sueña...

Predijole su sino Fadakar, la vieja hechicera siniestra, que sólo para él tuvo augurios felices, soñados hacía largo tiempo, cuando Zahar naciera...

El la buscaría inútilmente entre todas las mujeres, porque ella surgiría en el encanto luminoso de un véspero, como un sueño del Paraíso, mágica y alada, única, prodigiosa, como un acontecimiento definitivo en su vida inquieta y descentrada.

Y Zahar esperó, resignado, la hora del amor, aquel amor todavía insospechado que había de ser para su alma—hermético jardín estéril—como sol de primavera que reanimase sus rosas melancólicas...

Hasta que un día...

Zahar paseaba su tristeza irreparable por los anchos senderos de su ansiedad. El jardín de Fadakar, simbólico y milagroso, como encantado bajo el hechizo de sus pupilas terribles, escrutadoras pupilas de reptil demoníaco que jamás miraban frente a frente, florecía, embalsamando por todos los hálitos venenosos de la pereza y la tentación...

Las palmeras acogieron bajo sus arcos flexibles y gentiles el loco ensueño de Zahar.

Eran famosas las cuatro mil palmas del jardín de Fadakar, la centenaria adivinadora siniestra. Hacían de su vasta heredad como un trasunto prodigioso del Paraíso prometido a los hijos de la tierra...

Bajo sus palmas murió hechizado el joven príncipe Bahali.

Y el divino poeta Thadar.

Y Abahar, la excelsa lunática.

Y Sadahuma, el guerrero inmortal...

Zahar pensó morir aquella tarde. Le envenenaban las cosas con sus perfumes violentos y terribles.

Una música lejana detuvo en éxtasis su alma, haciendo saltar las lágrimas en sus ojos, cansados de mirar y no ver nada...

La sombra de Fadakar, cernióse sobre la paz del jardín, sumiéndolo en desolación.

Pero alejose a poco, para dejar paso al deslumbramiento de aurora de la visión predicha...

Y Zahar hundió su frente sobre el polvo ungido del jardín florido, lleno de la visión celeste, porque no otra sosa que un rayo de luna era Assaira, el amor que esperó su alma desde el principio de su vida...

Y Assaira sólo supo sonreír, pero fué su sonrisa como la promesa inefable de felicidad única...

Fué como si la vida de Zahar expirase, ya colmada de ventura.

Ahogó la emoción la voz en su garganta y los latidos en su corazón.

Y gimió, doliente y apasionado:

—Assaira, Assaira.

Pero como Assaira se alejase, siguiendo su eterno sendero de luz, hacia las estrellas, de donde venía. Zahar quedó en éxtasis bajo las palmas, soñando entre las rosas...

Su espíritu siguió a la ideal en el mismo rayo de luna del alma hermana, del alma luminosa de Assaira...

Y Zahar sigue soñando, soñando, dormido eternamente...

JUAN BAUTISTA SASTRE.

Por tierras de Africa.

Epoca actual.

BIBLIOGRAFIA

L'aventure aux guitares, roman par René Bizet.—
La Renaissance du Livre, Paris.

René Bizet, el poeta de *Une histoire*, *Le front aux vitres* y *Aux oiseaux des iles*, cuya técnica de novelista se afianza en los cuentos largos que forman sus últimos libros *La Sirene hurle* y *Peines de Rien*, nos ofrece en esta *Aventura de las guitarras* una novela interesante, limpia de estilo, que tiene además el ali- ciente para un público español, de que algunos de sus episodios se desarrollan en España. Notemos de paso la predilección que muestran actualmente los escritores franceses por el paisaje español: Edmond Jaloux sitúa su última novela *Au dessus de la ville*, en Granada; P. Benoit escribe su *Pour Don Carlos* inspirándose en una de nuestras guerras carlistas; René Bizet traslada también al soleado país al protagonista de su novela.

Les origines romanesques de la Morale et de la Politique romantiques, par Ernest Seilliere, membre de l'Institut.—La Renaissance du livre, Paris.

Interesantísimo volumen que requeriría un estudio más profundo, y cuyo título basta a excitar una curiosidad, no defraudada por las páginas en que el perspicaz analista M. Seilliere desarrolla un tema de eterna actualidad, ya que el romanticismo, en mayor o menor grado, informa y rige todas las evoluciones de la literatura moderna, aun las que más parecen sustraerse a su influjo. ¿No era ayer mismo cuando dijo nuestro Rubén: «en arte no hay más que los románticos y los imbéciles»?

* * *

Versos y oraciones de caminante, por León Felipe. Madrid.

Libro nacido de un anhelo de originalidad, explicito en el prólogo, no siempre logrado, y en el que muchas resonancias contemporáneas y reminiscencias empañan el timbre personal de una voz que imagina cantar en la soledad y en la aurora de un espíritu voluntariamente retraído del trato literario, pero no inmune a los influjos del momento que en una solidaridad indeseada se hacen sentir sobre todo poeta, especialmente en un primer libro, como éste. Queda, sin embargo, a salvo la sinceridad del anhelo con toda su

grandeza, como voluntad de rescatar un *yo* y mostrarle.

* * *

Los amigos de Siska, por Willy, traducción de F. González-Rigabert.—Editorial Caro Raggio, Madrid.

Novela marca Willy, muy parisina, muy moderna, modelo en su género, ese género en vano imitado por nuestros novelistas mundanos que no logran alcanzar la figura de esa blonda literaria. González-Rigabert ha hecho una traducción muy honrada.

* * *

Las estancias espirituales, versos por Manuel de Castro, prólogo de Alberto Zum Felde.—O. M. Bertani. Montevideo.

Manuel de Castro—dice el prologuista de este libro— es un poeta místico, de un misticismo laico..., pero que responde a esa onda vibratoria que desde hace algunos años cunde por la redondez terrestre, despertando de las ruinas de las viejas religiones, la nueva llama mística sin religión... Y añade: Es el primer poeta místico que haya aparecido en estas tierras. Sea cual fuere el valor literario de estas *Estan-*

cias espirituales, ellas tienen dentro de nuestras letras la indiscutible novedad de su carácter.

* * *

La Belgique violée, ephemerides de l'invasion, par Francisco Orozco Muñoz, volontaire de la Croix Rouge Belge.—Traduit de l'espagnol par J. N. Champeau.—Preface de H. Carton de Weaeret. Paris.

Patéticas páginas en que el autor, testigo de los episodios que refiere, nos cuenta la pasión dolorosa de la violada Bélgica en una serie de intensos cuadros, sólo comparables con los famosos dibujos de Raemakers. La traducción francesa reproduce el prólogo que el llorado poeta Amado Nervo escribió para la primera edición. En esas páginas dice el gran poeta mejicano: «esta es la historia de la invasión y de la conquista de la Bélgica mártir, sentida maravillosamente en Lieja por un hombre noble, lleno de inteligencia, de sensibilidad, de un amor casi místico, casi un franciscano para todo...»

* * *

El día de la ira (*Drohnenschlacht*) novela de Max Nordau, versión castellana de R. Cansinos-Assens.—V. H. de Sanz Calleja, editores. Madrid.

Con el título indicado publíquese ahora esta traduc-

ción integra de la novela de Nordau *Batalla de zánganos*, publicada en edición mutilada hace años en *La Novela Ilustrada*. Para diferenciar, sin duda, esta edición integra de la incompleta a que nos referimos, ha creído oportuno el autor o editor cambiarle el título a la obra, dándole este otro: *El día de la ira*, que también guarda estrecha relación con su argumento y tendencia social. Cada uno de los dos tomos de que consta la obra lleva una admirable portada del gran dibujante Máximo Ramos.

* * *

Y dolor, dolor, dolor, poemas de Fernando G. Ol-dini. Santiago (Chile).

Una honda melancolía, interpretada por una técnica muy personal y libre, forma el fondo lírico de este libro, cuyo principal mérito se cifra en una gran sinceridad.

* * *

El maleficio de la U, por Pedro de Répide, colección Estrella. Madrid.

Un nuevo libro, en el que Pedro de Répide, ameno narrador, evoca pasajes y escenas matritenses con el

acierto y sugerente estilo que le convierten en el cronista extraoficial y extraordinario de la Corte.

Salomé en la Literatura (Flaubert, Wilde, Mallarmé, Eugenio de Castro, Apollinaire).—Antología y Exégesis, por R. Cansinos-Assens.—Editorial América. Madrid.

En este volumen hallanse reunidas las obras maestras inspiradas en el episodio evangélico de la decapitación del Bautista. Rufino Blanco-Fombona contribuye a la antología con una primorosa versión en verso de la Salomé de Castro. Díez Canedo aporta la traducción de un curioso poema de Apollinaire. Cansinos-Assens firma las demás versiones, y ha añadido al libro la parte exegética en que establece un interesante parangón entre las diversas interpretaciones estéticas del famoso episodio y estudia con un criterio singularísimo la figura de Salomé, símbolo de la virginidad, no de la lascivia, como algunos, entre ellos Huysmans, han pretendido, y agota, estética y fisiológicamente el contenido de este mito turbador. Unas páginas de su estudio en que analiza el significado erótico de la decapitación, nos recuerda el hermetismo profundo y luminoso del autor de la *Estética y erotismo de la pena de muerte*.

Otros libros.

La indomada, novela por J. H. Rosny, traducción de N. Leyra.—Editorial Sampere. Valencia.

* * *

Demi-Monde, comedia en cinco actos, de A. Dumas, hijo.—Ilustraciones de Gravedon.—Traducción de R. Cansinos-Assens.—Editorial Estrella. Madrid.

* * *

Un enemigo del pueblo, tomo IX del Teatro Completo de Henrik Ibsen, traducción castellana de Pedro Pellicena.—Editorial Mundo Latino. Madrid.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

CERVANTES

Madrid, Abril 1920.

EN LA FIESTA DE LA DIOSA

Misterio de primavera antigua.

POR R. CANSINOS-ASSENS.

En la ciudad consagrada a la Diosa, cuyo culto ejercen jóvenes sacerdotes mutilados; en el tiempo de las fiestas que anualmente se celebran en su honor en los meses de la primavera, que marcan la exaltada pubertad del año, se desarrolla la acción de este idilio. La ciudad en este tiempo rebosa de una muchedumbre extraordinaria y juvenil, palpita con un ritmo apasionado y hervoroso, con el frenesí de todas las locuras; las claras vías están sembradas de flores; los blancos edículos tienen guirnaldas suspendidas delante de sus puertas; jóvenes de ambos sexos, vestidos de blanco, van y vienen, animados de una fiebre que no conoce el sueño, entonando canciones fervorosas y jocundas, que

son como una imitación a las más generosas locuras; van y vienen sin mezclarse, como claros ríos que marcan gentiles meandros sin unir sus raudales. Forasteros venidos de lejanas regiones caminan poseídos de una exaltación, que dura desde hace ya varias noches, y que no se aplacará hasta que se hayan consumado los ritos en honor de la Diosa, hasta que la sangre de los nuevos iniciados haya salpicado los blancos umbrales de las casas, desde los cuales mujeres piadosas les arrojarán atavíos femeniles, y nuevos adeptos, circuncidados del modo más terrible, hayan acrecido los coros de los sacerdotes inmaculados. Es ya el día de la cruel fiesta, del luctuoso y jocundo misterio de las mutilaciones inspiradas. La muchedumbre, esparcida por toda la ciudad, corona con cándidos grupos, que semejan cándidos florecimientos de almendros primaverales, todas las azoteas, todos los peristilos y aun los altozanos, que en la linde de los campos se yerguen, estremecidos por el viento nuevo. Una fiebre de ansiedad ciñe las frentes, ornadas de anémonas simbólicas. Todos se preparan para el tremendo misterio en un recogimiento de todas sus facultades; y cada uno de los jóvenes que aguardan el paso del sagrado cortejo, parece preguntarse en secreto si habrá sido predestinado por un auspicio inevitable para salpicar con la sangre de su vena más preciosa el umbral de una casa habitada por una mujer. A lo largo del tránsito que ha de recorrer el cortejo hállanse apostados los espectadores,

según su sexo y su edad; en el lugar más visible de las azoteas están las matronas, las mujeres que ya fueron madres y fijaron sus ojos en todos los secretos; las matronas, para las que ya nada hay in-mundo ni vedado, que pueden verlo todo y tocarlo todo; restañar con sus labios la herida de un hombre y lavar el cuerpo manchado de excrementos de un niño; las matronas, que con sus dedos indiferentes moldearon la inmunda liga de la fecundidad, para hacer de ella una cosa preciosa, y muchas veces se anegaron en la turbia pez que cubre el cuerpo de los recién nacidos, y otras tantas se purificaron en las tinas de los puerperios; las matronas, superiores al pudor y la inmundicia.

Detrás de ellas, que aguardan el espectáculo cruento con ojos apacibles y descarados, están las vírgenes, tímidas y ruborizadas, que aún no saben sino mirar de reojo; las vírgenes puras, sólo mancilladas en sus sueños por la imagen viril que torna cada noche como un augurio de sus entrañas y en su vigilia por la propia sangre extravasada de su más íntima viscera; las vírgenes que no fueron tocadas ni tocaron, cuyos dedos son tan puros como sus ojos; que nunca cortaron un cordón umbilical ni oyeron siquiera un sollozo fecundo; las vírgenes, curiosas de ver, pero cuyos ojos sólo han de alcanzar la plenitud de la mirada en el dolor de la noche terrible, cuando el ceñidor que oprime su cintura, se les torne estrecho. En las vías de mármol y en los pórticos, agrúpanse los jóvenes que aún no co-

nocieron la nupcia, puros y vírgenes como sus hermanas, que hasta ayer mismo reposaron en la dulzura de los sueños maternos, de sí mismo ignorantes, con los lomos ceñidos de un sudario de inocencia, embriagados todavía por el sabor insípido de las lactancias y que sólo ahora, en las vísperas de la misteriosa fiesta de la Diosa, estremecidos por el viento nuevo, se sienten desligados suavemente del abrazo de los amigos y acongojados interrogan su auspicio más secreto. Junto a ellos, sosteniéndolos, están los padres, los ancianos de barbas blancas que consumaron todo su destino viril, compartieron el tálamo con las mujeres, fueron aclamados un día como padres por las siervas que conducían en sus brazos un niño, se tachonaron de cicatrices en algunaguerra, envejecieron y, ahora, débiles y cansados, vuelven a sentir una misteriosa comunidad, muy distinta de la antigua, con las mujeres, en el culto alegórico a la Diosa. Todos aguardan, llenos de fiebre, el paso del inminente cortejo de la Dea, que gusta de ser honrada con mutilaciones y ofrendada con vísceras voluntariamente estériles, como si apiadada de los dolores femineos, quisiera redimir a las que la invocan de toda futura congoja, o como si orgullosa de su belleza, viese una amenaza a su virginidad en cada hombre válido. Cada año, ella designa por una súbita inspiración la víctima elegida y le infunde el fervor delirante que calma el dolor de la cruenta herida y conforta para llevar a cabo la mutilación que hace de un hombre

una mujer. Por eso, en este instante, todos los jóvenes están poseídos del pánico de la elección ineludible, y los amigos, cogidos de las manos, parecen querer confirmarse y retenerse en el sexo congénito. Sus conversaciones expresan este temor religioso, son entrecortadas e inspiradas; tiemblan con el anhelo y el miedo de la vocación misteriosa. Sólo los hombres maduros hablan plácidamente en estas vísperas pavorosas, y parecen conservar su cordura; como si supiesen que no han de ser elegidos, ya que no pueden ser una primicia en ningún ara: porque su suerte fué ya jugada muchas veces con idéntico albur en los lechos de la costumbre; mas sobre todos pasa el hálito de fiebre de la ciudad, en la que se han esparcido demasiadas flores y vertido demasiados cálices de vino ardiente. De pronto, un cántico lejano todavía, anuncia que la procesión de la Diosa ha salido del templo.

Un espectador.

¡Ya viene la Diosa! ¿No oís la música de los címbalos que delante de ella agitan los sacerdotes mutilados de blancos rostros y blancas vestiduras? Dijérase que un campo de esquilas viene hacia nosotros. ¿No son semejantes los blancos sacerdotes a los rebaños de cándidos vellones?

Otro espectador.

¡Sí, ya viene la Diosa! Ya se oye el clamor jubiloso de los nuevos adeptos que danzan ante la imagen frenéticos, como si la sangre escurrida de sus ingles, que ha bebido la tierra, les embriagase a ellos.

Otro espectador.

¡Terrible misterio el de este día! Los coros de las mujeres van a aumentarse de un modo súbito, con natividades inesperadas; mientras los nuestros, ¡oh, varones!, se llenaran de claros lamentables. A más de uno a quien hoy llamamos amigo, mañana no sabremos cómo llamarle, porque habrá cambiado de vestiduras y de voz.

Un joven a otro.

Cuando pase ante nosotros el coro frenético de los mutilados, que lanzan alaridos terribles como los de las plañideras, tápate los oídos con el manto, para que la locura de sus gritos no te arrastre. Afirmar bien tus plantas en la tierra, para que el delirio de sus danzas no se te comuniquen y te encuentres, sin saber cómo, en medio de ellos.

Una madre, a las hijas vírgenes.

Tened preparadas ropas de mujer para los nuevos iniciados. Que las siervas también aderecen cordiales para confortarlos en el desmayo de su sacro martirio, según es la costumbre. Ya sabéis que si alguno de ellos, sangrando todavía de su herida preciosa, llama a nuestra casa, vosotras mismas, ¡oh, hijas mías virginales!, rechazando ya un pudor inútil, habréis de salir a acogerle, prodigándole las caricias que dispensaríais a una hermana.

Una mujer del pueblo, en un recodo.

¡Oh, cómo es dulce, pues, el ser mujer! ¿Por qué nos denigran los hombres y se burlan de nosotras? He aquí que hay más de uno, arrojando al viento una anémona ensangrentada, arrancada de su propio cuerpo; la echará a nuestros pies, y con una voz humilde nos implorará una vestidura de lino, para parecerse a nosotras. ¿No es una gloria, pues, el ser mujer?

Un forastero.

¿Pero es verdad lo que nos han contado? ¿Podremos presenciar lo que hemos venido a ver? ¿Es cierto que hay hombres que se mutilan voluntaria-

mente para parecerse a la Diosa? Si es así, ¡qué costumbre tan extraña! Esta ciudad puede vanagloriarse como aquéllas que poseen un monumento de arte único en el mundo, porque posee una costumbre singular.

Otro forastero.

Pero, ¿se sabe ciertamente cuál es la Diosa festejada? Unos dicen que Afrodita, otros que Diana, y en verdad que el rito cruento con que se la venera hace más verosímil que sea la diosa lanzadora de dardos, la terrible enemiga de los hombres.

Pero también dicen que tiene cuerpo de pescado, y esta circunstancia aludiría al origen marino de Venus, la nacida de la espuma.

Un hombre viejo.

El origen de este culto es tan antiguo, que lo cubre ya una niebla de fábulas. Los que ya somos viejos lo encontramos establecido en la ciudad al adquirir la primera lucidez de la infancia, y era ya tan antiguo como la ciudad misma. Desde niños nos enseñaron a venerar a los sacerdotes mutilados que sirven a la diosa, y que con sus cándidas vestiduras de lino se asemejan a grandes corderos castrados. Y cada año, mientras somos jóvenes, asistimos a esta ceremonia con la congoja de ser

elegidos para el sacrificio y el anhelo secreto de serlo. Porque los blancos sacerdotes que renunciaron a la generación, son mirados como cosa santa. Sin duda hay en esto un misterio profundo; pero yo, que soy tan viejo, no he podido profundizarlo ni anudando, ¡oh larga sonda!, mis años numerosos.

Otro viejo.

Sin embargo, la presencia de los coribantes alude al culto de la Diosa Cibeles, de la Diosa Madre, la de la frente coronada de torres. Sin duda, este rito magnifica la generosidad de los alumbramientos, brindando a la Diosa imagen de la tierra, en retorno de las anémonas que ya tachonan nuestros campos y en pago de esa placenta siempre renovada, algo más precioso que la oscura sangre de las mujeres y que esa torta amasada con trigo que también se llama placenta.

Otro viejo más enterado.

Este rito es, sin duda, conmemoración de un suceso divino. Ya sabéis que Saturno, el viejo dios, destronado por Júpiter, se cercenó las divinas púldas y las arrojó al mar. De la espuma que allí levantaron nació Venus. Ahora, los varones piadosos, imitan el sacrificio del Dios y le ofrecen su dolor para serle gratos, a tiempo que también honran a su hija y se la tornan propicia, para no ser heridos del amor.

Otro viejo más enterado.

Me inclino a creer que lo que conmemora el rito es la muerte de Adonis, el predilecto de Afrodita, quien, como habréis oído decir, fué herido en una corva por un jabalí. Eso dicen, pero yo tengo mis razones para creer que fué herido en otro lugar más íntimo, en el mismo donde se hunden los cuchillos los adeptos de nuestra Diosa. Ahí fué donde le hirió el jabalí nefando, dejándole reducido a la condición de mujer, inútil para calmar los anhelos apasionados de la madre del amor. Por eso ahora, los jóvenes floridos y válidos, se mutilan voluntariamente, salpicando la tierra de nuevas anémonas de sangre y renunciando para siempre a las delicias de los tálamos, en señal de piedad por la mutilación del joven amado de Afrodita. Pero como éste, al morir, renació a la gloria de la inmortalidad, así también ellos, al morir como varones, renacen a la placidez inalterada de la vida femínea.

Otro viejo más enterado aún.

A mi parecer, cuantas razones se quieran dar de este rito, serán siempre absurdas. Se trata de una superstición bárbara, introducida por los orientales, que siempre fueron hábiles en el arte de halagar la molicie de las mujeres. Un siervo eunuco la inventó, sin duda, para redimirse de la servidumbre y encumbrarse a los honores sacerdotales. Esos sacerdotes blancos son unos grandes tunos, y en

días como el de hoy se valen del delirio suscitado por la música y el vino para inducir a los jóvenes a la mutilación y multiplicar el coro de los que velan envidiosos ante los tálamos, brindando a su afrenta el consuelo del número?

Un judío.

Nada de eso es así. Todas esas explicaciones se fundan en la mitología que, como sabemos bien, cada uno de los individuos de las doce tribus que forman el pueblo elegido, son pura patraña. Los que adoran a los muchos dioses no pueden lograr la verdad, aunque se acerquen a ella. La verdad es de nosotros, los judíos. Los gentiles nos copian, desfigurando nuestras tradiciones. Su Deucalión es nuestro Noah. Su Adonis es nuestro Adonai. De esta manera lo alteran todo. ¿Qué es esta ceremonia de hoy sino un remedo de nuestra circuncisión? Esos efebos armados de cuchillos me recuerdan la gran fiesta circuncidadora que Moisés celebró en el monte Horeb. Sólo se diferencia en el aparato teatral. ¡Sí, esto es un remedo de la circuncisión; sólo que un remedo bastante exagerado, por mi padre Abraham! ¡Al querernos copiar, les pierde el entusiasmo! ¡Gran Dios, tanto imitarnos para luego renegar siempre del judío!

Un filósofo.

¿A qué buscar razones para explicar la locura de los mortales? Basta que este culto sea absurdo para que se perpetúe. ¡Oh, cuán pocos son capaces de regirse por la razón! ¡Un esclavo ebrio que recite fábulas hallará siempre mejor acogida que un filósofo!

A un amigo que le acompaña:

—Ea, vámonos de aquí, si no queremos ser arrollados por las turbas de epilépticos, que ya se acercan cantando himnos cacofónicos. Salgamos fuera de la ciudad, que hoy está habitada por la locura.

Un joven enamorado, a su amigo.

Coloquémonos aquí, frente a la casa en que ella habita, frente a esa puerta siempre cerrada para mí, aun en el sueño. Mira, allí está ella, en la blanca azotea, junto a la madre, rodeada de esclavas, vírgenes como ella. Estamos debajo de su mirada, y, sin embargo, no nos ve. Es blanca, blanca más que la aurora, porque nada de rosado se une a su candidez. Y porque velos inmaculados la preservan de todo rubor. El mármol blanco que reverbera al sol y se torna traslúcido como una urna, es menos blanco y menos frío que ella. ¿Qué sentiría mi mano si se posase en su hombro? Seguramente me parecería haber tocado la frente de una montaña. Como

una montaña blanca es ella; ¿no sientes cómo su lejana presencia envía hasta nosotros un hálito de una frescura incomparable? Mirándola, yo me siento macerado en la frescura de los primeros sueños, y me parece que torno a revestirme de mi carne de niño que ella, compañera inocente de mis juegos, pellizcó y acarició tantas veces.

El amigo.

No te exaltes así, en este día. No la mires tanto a ella, no sea que la aurora dormida en el fondo de sus ojos te atraiga con demasiada fuerza, como esa otra aurora azul que hay en el fondo de las cisternas sombrías. Hay locura en mirar con tanta fijeza a una mujer lejana, cuyos pulsos no sentimos latir en nuestras manos. Tanta locura como en inclinarse sobre el mar. Porque esa mirada remota nos arrastra hasta límites de los que no sabemos si podremos volver. Presérvate, ¡oh, amigo!, contra esa mirada que te enerva. Veo desfallecer tu energía, y parece que realmente tornas, por el hechizo de esa mirada inocente, a sumergirte en la dulzura insípida de la infancia, tú que ya has cogido en sueños, frutos de un fuerte sabor.

El joven enamorado.

¡Oh, esos sueños me han separado de ella! Mientras mis sueños fueron iguales a los suyos; mientras mi cándido lecho apareció cada mañana sem-

brado de rizos diminutos, claros de color, como los suyos; mientras ninguna diferencia demasiado aparente hubo entre ambos, fuimos compañeros de juegos, bajo las miradas de las nodrizas. Nuestras vidas fluían mezcladas, unidas como las mejillas de nuestras madres al besarse. Ella, en sus ligeras vestiduras infantiles, semejantes a las mías, se me mostraba segura y descuidada, como si se sintiese velada por la inocencia de mis ojos, y nunca huía de mí. Al pie de las blancas columnas de su casa yo la he tenido abrazada tan estrechamente como para no saber cuáles eran sus brazos y cuáles eran los míos, y me he mirado en sus ojos como en un agua. Y ahora, de pronto, porque he vestido la toga pretexto, porque llevo cortados los cabellos, ¡ya no puedo acercarme a ella! Y su puerta se ha cerrado para mí como un invierno. Ella me mira como a alguien con quien no tiene la menor semejanza, como a alguien a quien nunca antes hubiera visto.

El amigo.

No te dejes atormentar así por las primeras congojas del amor y por los tradicionales ardidés de las mujeres. Ella será tuya un día, porque su misma esquivez es una promesa. Presiente que tú eres de quien ha de recibir el ambiguo dolor sagrado, quien ha de rasgar el velo nunca tocado, su velo de virgen, que alrededor de su cuerpo forma como

una nube de incienso que extravía las miradas. Presiente que tú eres quien ha de poner el yugo sobre su cuello altivo, y por eso te esquiva. Un día, joven amigo, ella tornará a ti desde el olvido de la infancia, macerada en la frescura de los primeros recuerdos, y tú la recibirás como una primicia que ya lo hubiese sido, con un júbilo no enteramente nuevo, y por eso mismo más grato. Ella será tuya un día. Su misma madre te la entregará y guiará tus pasos hacia una estancia en la que habrá jarros llenos de rosas y un lecho.

El joven enamorado.

Ella volverá a mí un día. Pero, ¿cómo aguardar hasta entonces, al pie de esa puerta cerrada? ¿Cómo contener la impaciencia que hace crujir mi corazón igual que una lámpara encendida? En la ardiente frescura de este día de primavera, yo envidio a las esclavas que se cobijan bajo la frescura de sus velos, a las esclavas que pueden mirarla y contar los matices del iris de sus ojos, como se cuentan las hojas de un trébol. En la ardiente embriaguez de este día, yo envidio a las que son sus semejantes y pueden estar a su lado y brindarle sus ojos, como espejos de mano, para que en ellos se mire complacida. Envidio a sus semejantes y lamento lo camente la posesión de lo que nos separa. ¡Oh, quisiera poder salpicar su velo cándido con la san-

gre de una herida inocente, ya que no llegan hasta él mis pensamientos, teñidos con la sangre loca de la primavera! Y, ¿a qué no renunciaría yo por estar a su lado? ¿Qué no haría yo porque se me abriese esa puerta siempre cerrada?

El amigo.

¡Cálmate, cálmate! Rechaza esa exaltación peligrosa. Ella será tuya un día; pero no volverás más a encontrarla en los sueños de la infancia, sino en el grave insomnio de la virilidad. Ella se apoyará en tu espalda como esos pájaros que anidan en el hueco de los hombros de una estatua; pero tus cabellos y los suyos no volverán a trenzarse juntos. El lino de que ella se viste, a semejanza de la madre, no te cubrirá a ti nunca. Podrás mirarla largamente, pero no podrás verte en ella con esa antigua semejanza con que os veáis los dos en las aguas que corren bajo el primer puente del tiempo. Esa semejanza antigua no la recobraréis, sino el día en que juntos os inclinéis sobre la cuna de un primogénito. Entonces tornaréis a ser iguales, como en el sueño de la infancia; ¡pero mira por qué sendas tortuosas se habrán unido vuestras vidas!

El joven enamorado.

¡Oh, suplicio del amor! ¿No debía estar alegre al

pensar en la longitud que alcanzan sus guedejas bajo los velos? ¿Y la altura a que su pecho dividido se eleva? ¿No debería alegrarme al medir la amplitud que sus caderas alcanzan, por la estrechez de mi cintura? Cada una de sus bellezas, ¿no me está prometida? ¿No he de encontrar un día dos palomas sobre su pecho y un nido en su vientre? ¿No he de hundir mi oreja entre sus rizos? Y, sin embargo, toda esa dicha esperada la daría por el júbilo tranquilo de estar ahora a su lado como en otro tiempo, cuando eran igualmente yermos su pecho y el mío. ¡Oh, suplicio del amor! ¡Oh, Diosa, que mutilas a los hombres!, ¿no serás tú quien me infundes estos pensamientos extraños? ¡Oh, amigo; siento que la locura de los coribantes se me comunica, que el frenesí de los que se mutilan jubilosamente se traspasa a mi alma! ¡Se acercan ya a nosotros, y por primera vez creo comprender el sentido de sus alaridos, a un tiempo desesperados y alegres!

El amigo.

Presérvate contra la seducción de sus cantos. Ella será tuya un día, pero para eso será preciso que te hayas conservado íntegro, que hayas traspuesto del todo, sin alterar tu imagen ni achicar tu sombra, los límites de la infancia. Ella no se dará sino a un hombre perfecto.

El joven enamorado.

Un día será mía. Pero, hasta entonces, yo no podré verla nunca más cara a cara. Y su puerta me estará cerrada inexorablemente. ¡Oh, la gran angustia de mi amor! Las manos quisieran desgarrar su velo, clavar sus uñas en mi carne, y yo siento deleite en sentir correr mi sangre como si manase de una herida suya. ¡Oh, sin duda una gran locura hay en el aire! ¡Siento el anhelo de unir mi voz a las voces débiles de los que cantan desangrándose!

(Acércase el sagrado coretjo. Vislúmbrese la imagen de la Diosa, oculta en una densa nébula de incienso, erguida en su altar, que conducen los sacerdotes apacibles, de anchos hombros y grandes ojos claros. Los coribantes la preceden, jóvenes y ágiles, poseídos del frenesí de las mutilaciones, insensibles al dolor de las voluntarias heridas, entonando cánticos con voces agudas y largas, que semejan los sobrehumanos alaridos de las parturientas, y expresan su mismo sentido jubiloso y amargo. Forman con sus cantos un clamor que apaga el tintineo de los grandes címbalos, y hiere como con finas cuchillas los oídos de los espectadores. Como una embriaguez poderosa, la locura de aquellos gritos, que dejan sembrado el suelo de sangrientas anémonas, se comunica a la muchedumbre, que los secunda, exultando y plañendo. Las mujeres, empinándose sobre las puntas de los pies

o inclinándose precipites sobre las anchas balastradas, en una actitud en que parecen ir a desprenderse de los senos, arrojan brazados de flores sobre la Diosa gemela. De cuando en cuando, un joven, enloquecido de piadoso frenesí, se destaca de entre los amigos que le retienen, y con rápido gesto, levantadas las ropas talares, se practica la incisión ritual en la carne virgen, que aún no conocía otro espasmo que el de su primer dolor. Gotas de fresca sangre salpican la tierra enjuta, y un fino alarido rasga el aire pesado. Los cantos rituales apagan este grito de espanto, y lo tornan triunfal y festivo. Manos piadosas de mujeres se tienden para restañar la purísima sangre, y las puertas de las casas donde moran vírgenes se abren para dar paso a las doncellas, portadoras de cálices de cordial y simbólicas vestiduras de lino. Y voces jubilosas cantan.)

Los sacerdotes.

¡Loor a la Diosa compasiva y clemente que nos redime de las torturas del amor y para siempre nos conserva puros, inocentes como los niños que duermen en las cunas!

Las mujeres.

¡Loor a la Diosa benigna que se apiada de los do-

lores de las mujeres, y se complace en truncar las espinas que pudieran herir aún más sus costados doloridos!

Los jóvenes mutilados.

¡Loor a la Diosa clemente que nos asegura la inocencia y hace inviolable nuestro cuerpo para las miradas de las mujeres!

¡Que nos viste con las túnicas de nuestras madres y nos restituye al coro de nuestras hermanas!

Los sacerdotes eunucos.

¿Qué es el dolor de un instante, comparado con los mil saetazos del amor? Una gota de sangre roja como una anémona, es el precio de una larga vida tranquila.

Las mujeres.

¡Oh, jóvenes piadosos! Nuestra carne traspasada exulta al escuchar vuestros agudos alaridos; ¡oh, si pudiéramos como vosotros cercenar de nuestros cuerpos lo que el amor reclama, lo que es augurio de tantas congojas!

Los jóvenes.

¡Nuestra alma está atónita ante un profundo misterio! Deberíamos lamentarnos y, sin embargo, lloramos de alegría; pero las lágrimas mismas se detienen en nuestros ojos, como si el viento más puro de la mañana nos la enjugase. ¡Nada de lo que ayer nos afligía tiene hoy ya un sentido para nosotros! ¡Oh, amigos, envidiadnos!

Todos.

¡Llor a la Diosa clemente, que quiebra las flechas del amor y restaña las heridas causadas por ellas; llor a la diosa que puebla los lechos de sueños inocentes y largos!

Un joven, esgrimiendo la cuchilla ritual.

¡Oh, Diosa! ¡En tu honor arranco la primera rosa del jardín de mi infancia y la arrojo al umbral de la que blanca como la aurora en sus velos virginales, empezaba a desvelarme de mis sueños infantiles y que en adelante, ya será para mí como una hermana! Que su puerta hasta ahora cerrada se me abra y de ella reciba yo la vestidura de lino que ha de vestir de blanco todos mis pensamientos.

Arroja la viscera cercenada contra una puerta

que al punto se abre, como si óleos oportunos la hubiesen macerado. Se adelanta una virgen portadora de un cáliz de cordial y una vestidura femenina, ofreciéndole ambas cosas.

La virgen.

¡Toma, hermano! En adelante tú vestirás siempre de blanco.

¡Yo, en cambio, siempre vestiré de negro como una viuda! ¡Pero mi alma pura te bendice!

Unas mujeres.

¡Oh, dolor! ¡Tan joven aún, apenas despierto de su primer sueño de adolescente, sacrifica la flor apenas nacida! ¡Nunca ya podrá conducir a una esposa a la estancia nupcial en la noche que alumbran las teas de larga llama!

Otras mujeres.

¡Bendito el que se sacrifica! Por él muchas mujeres tendrán sueños largos y tranquilos, y el humo del pino quemado no arrancará lágrimas a sus ojos.

Los sacerdotes eunucos.

Loor a la Diosa que nos redime de las torturas del amor: hombres y mujeres, ¡loor a la Diosa!

Una virgen.

¡Oh, Diosa compasiva! Nosotras que sufrimos de un sacrificio oculto, te arrojamos estas anémonas teñidas en la sangre de nuestros sueños inocentes y te pedimos, libres de nuevos dolores, nuestro cuerpo que sufre, intacto.

Una vieja.

Yo ya no tengo rosas; las arrojé al viento de la noche; pero siento anhelos de herirme el cuerpo con mis uñas para renovar el milagro de mi primera mañana juvenil.

El joven enamorado.

(Soltando la mano del amigo en un arranque súbito.)

¡Oh!, ¿qué frenesí se apodera de mi alma inocente? ¿Qué secreto temblor eriza el vello naciente de mis brazos? ¿Por qué toda mi sangre se agolpa

a una sola vena ávida de rebosar y fluir? ¿Por qué envidio la dulzura de las que se desangran y siento ansias de salpicar de rosas los enjutos peldaños de mármol de esta gradería matinal y sentir coagularse en mi cuerpo, finamente vendado, la frescura de una sangre nueva? Las súplicas de las mujeres, aunque dirigidas a la Diosa, se clavan en mis oídos como si me impetrasen a mí, y me los taldran como pendientes agudísimos. ¡Oh! Todo el dolor de las mujeres me pide gracia a mí, que estoy armado de una flecha destinada a clavarse en sus entrañas. Y yo, que las amo, siento que me lleno de piedad y que nunca sería capaz de acercarme a un tálamo. Y, sin embargo, una fuerza extraordinaria sube de lo más profundo de mí mismo, como el raudal de una fuente que se despierta. Y mis brazos se crispan y se retuercen como dos sierpes en celadas. Veo ante mí a la virgen que amo desde niño y su lejana mirada me atrae como un mar sereno, sobre el que flotan unos velos blancos. ¿Qué quiere decirme esa mirada? ¿Qué enorme súplica hay en ella? No acierto a interrogarla, y mi amor indeciso sube hasta mis labios como una amargura. ¡Oh! ¿De qué me sirve ser un joven perfecto y haber olvidado en las copas del vino el sabor de la infancia, si ella me rechaza en esta mañana de mi vida? ¿Será menester que vaya a ella, pisando un camino de rosas? ¿Es que ella sólo habrá de besarme al través de una venda puesta sobre una herida?

(Siguen los cantos delirantes a la Diosa. Los jóvenes recién mutilados danzan poseídos de un frenesí piadoso, y sus fémures heridos salpican el suelo enjuto de rojas anémonas. La mañana se torna roja como un crepúsculo. Los iniciados, anestesiados por las libaciones cordiales, se hieren sin piedad, sonriendo con beatitud extraña, y unos a otros se brindan la cuchilla del sacrificio, teñida como el lienzo de una primera nupcia. Uno de ellos, tierno aún como un niño, reprimiendo una mueca de dolor, grita jubiloso, como si brindase un cáliz de vino aromado.)

El niño.

¡Oh, hermanos, apenas salido del regazo de la madre, torno a él puro e intacto, para reclinar mi cabeza entre los sueños de los no nacidos! El amor terrible no ha podido herirme todavía, y niño como el mismo hijo de Afrodita, en adelante sus flechas me servirán de juego. Mi alma, libre de las inquietudes del amor, no habrá de consumirse esperando ante ninguna puerta. ¿No queréis seguirme, ¡oh hermanos!, a la mansión de la infancia perenne?

Voces de mujeres.

¡Oh, niño hermoso! Como si fueras un amor sin aljaba, a ti se tienden sin temor nuestros brazos;

los velos que debían estar cerrados para ti se te abren; nuestro pudor se desprende de nosotras como una corteza madura, y nuestras entrañas, que no tienen nada que temer de ti, quisieran acoger esa anémona que no puede multiplicarse.

El joven enamorado.

¡Oh! ¡Cómo me seducen esas voces! Diríase que la virgen que amo me llama así también. ¡Bastaría que mi sangre salpicase su puerta para que se me abriese! ¡Cómo me detengo y vacilo? ¡Niño, dame ese cáliz de inocencia!

El amigo.

¡Oh! Detente, no sueltes mi mano. ¡No te apartes de nosotros los hombres! ¡No te dejes arrebatar por la locura de los coribantes! ¡Aún no sabes la dicha que te aguarda si permaneces entre nosotros. Mil veces las alcobas se cubrirán de rosas para recibirte y gozarás el placer del acero que se hunde en heridas siempre nuevas.

El joven enamorado.

(Con rápido gesto se apodera de la cuchilla que el niño le brinda y se inflinge la mutilación irreparable. Con voz inspirada.)

¡Mi sangre corre! ¡Mi sangre corre! La blanca mañana se florece de rosas por mí y me traza un camino hasta la virgen a quien amo. ¡La puerta siempre cerrada, se me abre! Y ella misma descien- de a prisa las grandes escaleras de la casa para re- cibirme, provista de vendas finísimas! Ha desgarrado su velo para enjugar mi herida; ¡su velo finísimo beberá mi sangre, nunca hasta ahora vertida, con la misma dulzura que lo harían sus labios! ¡Adiós, amigo! ¡Corro al encuentro de ella, corro en busca de su mirada inocente!

(Desangrándose, jadeando, se dirige a la casa, cu- yas puertas al punto se abren de par en par. En el umbral aparece una virgen con el velo desgarrado y los cabellos sueltos, como en la mañana de su pri- mera nupcia. Acompañanla siervas, portadoras de pomos de ungüentos y cálices de cordiales. El jo- ven, fatigado por la carrera y la pérdida de sangre, arrójase en los brazos virginales que se le tienden. Su mirada expresa una dicha misteriosa e infinita. Las siervas se disponen a venderle.)

La virgen, inclinándose sobre el herido.

¡Oh, pobre amor mío!, ¿qué has hecho? ¿Cómo te has lacerado así? ¿Por qué veo sobre tu cuerpo la sangre que sólo debía salpicar el mío? ¿No sa- bías que te amaba, que en secreto te estaba pro- metida? ¡Oh, desgraciada de mí! ¡No supiste inter-

pretar mi silencio, no supiste interpretar mi mirada! Pero, ¿no era clara como la mañana mi mirada azul? ¿No era evidente como una confesión? ¿Soy yo culpable del recato a que las madres nos obligan, vistiéndonos velos más largos que nuestros sueños? Pero cada mirada mía hacia ti, aunque lejana, era como una promesa; estaba llena de esperanza como la mañana. Cada uno de los nudos de mi velo era una lisonja para ti, porque yo esperaba que fueses tú quien un día los desatasen todos. Ahora soy yo misma quien de dolor los rasgo para poner vendas sobre tu herida. Y debo llorar sobre ti y consolarte, cuando esperaba que tú me consolases un día. ¡Oh! Tu dolor me ha lacerado a mí también; heme ya rota y destrenzada como una mujer que conoció la nupcia. Y ningún rubor me detiene para besar tus mejillas, para recoger en mis labios tu aliento angustioso; porque tú eres ya como una hermana, y yo, viuda de ti, puedo abrazarte como un muerto. Ahora ya, mi prometido ha muerto, y yo voy a amortajarlo con esta vestidura de mujer.

(Las siervas han vendado la herida irreparable. La virgen toma de sus manos un traje de lino y se lo viste al joven.)

¡Con esta vestidura de lino, hilado por mis propias manos, de lino que fué verde a la orilla del mar y ahora es cándido por la fatiga de una virgen, cubro como con un sudario el cadáver de mi prometido y engalano la juventud inocente de una

hermana nueva!—contemplándolo—. Y al mirarte así, tan semejante a mí misma, ¡oh, amado mío, no sé en verdad, a pesar de todo mi dolor, si prorrumper en llanto o danzar de júbilo! (Lo abraza estrechamente. En este momento llega la madre del joven, seguida del amigo. La más viva piedad desfigura su rostro. Sus senos tiemblan bajo sus velos de viuda, con aletazos de dolor. Hoyos profundos márcanse en sus caderas al andar. Lágrimas pesadas cuájanse en sus mejillas y hacen suntuoso su dolor. El amigo del hijo la sostiene sin tocarla, con la sola virtud de piedad de sus brazos extendidos. Al llegar junto al hijo, vestido ya con los arreos femeniles, se abalanza a él, transida de angustia, y las palabras fluyen de su boca como un llanto.)

La madre.

¡Oh, hijo mío! ¡Oh, hijo mío! ¿Puedo llamarte así, o será preciso que te llame ya con otro nombre? Hace un momento yo tenía un hijo, hace un momento no más yo tenía un hijo, logrado a costa del más vivo dolor y al que mi pobre alma de mujer encomendaba el logro de los triunfos que le estaban vedados. Mi cuerpo dolorido, humillado tantas veces, se erguía, contemplándole, lleno de un júbilo glorioso, como si nunca hubiese desfallecido sobre su espalda lacerada. Mis ojos tímidos, acostumbrados a mirar de soslayo, se hacían osados en

su mirada viril. Mi frente se redimía del peso de la cabellera enmarañada como una crin al contemplar su monda cabeza. Mis pies escalaban con los suyos los futuros tálamos en que su juventud había de ser glorificada. Yo triunfaba con él y compartía la libre suerte del varón. Yo tenía un hijo y lograba con él el esperado desagravio, la gloria, por la cual me sometí una y tantas veces a ser hollada como los racimos de agosto. Yo era madre de un hijo: había fundido mi debilidad en su fortaleza; temprano le negué mis pechos para que mi ternura no lo volviese demasiado blando; alejado le tuve de las siervas para que no se contaminase de su servil espíritu; desde que supo andar, sin caerse, ya no le consentí sino el trato de amigos, para que tuviese delante siempre ejemplos de la fortaleza. En mis sueños lo consagraba al dominio como conviene a un hombre; sólo mujeres veladas permitía ante su vista, para que no le sedujesen; pero mi mirada astuta ya había elegido entre ellas la virgen más pura, a fin de brindársela un día, ataviada como una víctima, sobre el ara de su juventud irreprochable. Y mi alma dolorida hubiese exaltado con él en los desposorios, y él hubiera sido como flecha prodigiosa que el arco tenso de mis costillas hubiese lanzado triunfalmente hasta las entrañas de mi sexo. En otro tiempo yo tenía un hijo; mas la Diosa terrible, no contenta con el tributo de la madre, que su grave sombra salpicó tantas veces de anémonas, también de él, de sus flancos traspas-

sados, quiso recibirlas. Y me lo ha cambiado en una hija. No ya un arco, sino un huso tengo ahora en mis manos. Y no seré vengada; no será vengada mi carne tan herida, ni nunca, ya, ni aun figuradamente, podré librarme de mi sexo. ¡Oh, hijo mío o más bien hija mía! ¿Qué locura te arrebató la mente, dime? ¿Qué inspiración te poseyó? ¿Sentiste acaso envidia de la dulzura con que nuestros pechos suspiran? ¿Te hundiste acaso sin poderlo evitar en la amplitud de la mirada de nuestros ojos dilatados por el dolor continuo? ¿Quisiste acaso poseer la inmensidad de nuestro regazo, excavado tan profundamente para alejar la más grande tortura? Dime, hijo, ¿seré acaso culpable de no haberme velado demasiado ante ti? ¿Te atrajo fatalmente la nefasta seducción de nuestro sexo engañoso? ¿Debí acaso mostrarte en todo su horror la lástima de mi cuerpo, lleno de hoyos de suplicio bajo los velos? ¡Oh, hijo mío, habla! ¡Di qué misterio te impulsó a dejarme a mí privada de un hijo y a esta virgen intacta, viuda de un esposo que no llegó a conducirla a la estancia de los lechos!

El amigo.

Habla, pobre amigo; consuela al menos a la madre, y también a aquel cuyos hijos un día habrían jugado con los tuyos. ¿Qué misterio te apartó de nosotros? Te sujetaba con mi mano para que no

cedieses a la locura de los cantos; te retenía con mi mano, suplicaste y te confirmaba en nuestro sexo. Mas una fuerza irresistible te alejó de mí hacia el límite más remoto; y ahora te hallo cambiado y, siendo el mismo, me parece que tornas de un infierno donde perdiste parte de la vida.

El joven, con acento inspirado.

¡Oh madre, oh amigo! No me lamentéis. Ante mí habéis de estar como ante un misterio, porque yo ya pertenezco a la Diosa. ¿Quién era yo antes, qué deseaba yo antes, en qué fuego me consumía? Ahora siento que una gran frescura sube hasta mi garganta como si estuviese sentado sobre las hojas de la menta nueva. Un aire de frescura infinita cuaja las lágrimas en el pico de mis ojos y detiene en cada una de mis venas a mi sangre, que ya no volverá a correr. La voz se hace lejana en mi garganta como cuando era niño; vuelve a mis labios el sabor de tu vida, ¡oh madre! Te veo a ti y veo a la virgen que amo siempre, con una mirada igualmente serena, sin que una sola de mis vértebras tiemble. Así era como en otro tiempo os veía, a ti ¡oh madre! inclinada sobre mi cuna y a ella sentada junto a mí y quieta en las blancas gradas de su casa, abierta siempre entonces para mí. Os veo a las dos y parece como si ambas me pudieseis brindar la misma dulzura de vuestros pechos, la

la misma vida serena. Todas las llagas del amor helas curadas ya en mi cuerpo sólo en punto herido. Esta vestidura de lino con que ella me ha cubierto y que me asemeja a vosotras, es toda ella como una gran venda que me refrigera y restaña. Y yo estoy absorto ante un gran misterio: ¡Oh, madre, hacia qué destino del dolor me empujaban tus votos! ¡Oh, amada!, ¿hacia qué fuegos me lanzaban tus miradas furtivas? ¡Oh, amigo!, ¿qué inquieto cazador querías hacer de mí con tus consejos? Pero he aquí que, ahora mi cuerpo, macerado por su riego sangriento, conoce la dulzura de la tierra que da rosas; y mis ojos, por entre sus lágrimas, os envía una mirada serena. ¡Madre amada, amigo! ¡Abrazadme los tres con la misma indistinta ternura, semejante a una copa en la que se han exprimido tres racimos gemelos!

(Abrázanle los tres en silencio, seducidos por el misterio de su serenidad. Es la tarde. Después de la sagrada orgía, el aire vespertino y solitario está lleno de una dulzura apaciguada. Los tres permanecen unidos, atónitos, como si viviesen un sueño. Dijérase que en sus oídos se espesan óleos suavísimos. Las lágrimas que quisieran caer, están suspensas indefinidamente en sus madrigales. A lo lejos se oyen todavía las voces de los coribantes, ya apaciguadas y serenas, como sonarán ya siempre. La hora es tierna y fresca como si la condujese un coro de vírgenes. Y una gran renunciación parece brindar a la noche los cándidos velos del alba.)

La madre, con inspiración.

¡Oh, hijo mío! ¡Gloria a la Diosa! ¡Que su piedad perdone mis palabras de antes! Ahora comprendo el sentido del profundo misterio. ¡Ahora comprendo, hijo mío, la elección, que te hará para siempre el más amado! Porque detenido en la hora de tu sacrificio, tú serás siempre semejante a ese manto de lino que te cubre y ninguna mancha empañará tu blancura. Una perenne inocencia te preservará, ¡oh, hijo mío!, y las horas no podrán mancillarte ni menguarte, sino que siempre permanecerás en tu plenitud y cada uno de tus pensamientos te mecerá como una cuna. Nada veré nunca en ti que pueda sonrojarme ni me obligue a echar un velo sobre mi frente. Serás como una hija y no lo serás del todo. Como el amorcillo que en otro tiempo revoloteó sobre mi lecho virginal, así serás tú, hijo mío. Como una hora indecisa, como una suerte no aventurada serás. Y las mujeres podrán mirarte sin rubor, se sentirán consoladas en ti, te aceptarán por precio de su rescate. Tú serás para todos una aurora y la sangre de tu martirio teñirá inocentemente ese lienzo blanco con que se envuelven las mañanas.

Toda mi angustia se libera en ti, que sonríes con esa sonrisa pura de la mañana de primavera, en medio de las flores rojas que la tachonan. Mi ansia de un triunfo magnífico se cumple en ti, que ahora

te miras en los ojos de las mujeres sin ver en ellos otra cosa que tu imagen tornada pueril. Porque en los tálamos, aunque efímeramente tú hubieras sido una mujer, te hubieras hundido en la profundidad de nuestro sexo, te hubieras empapado en la sangre de nuestro vergonzoso dolor y hubieras renacido acaso en una hija, impura cada luna nueva. Ahora la suerte peligrosa queda vencida para siempre. ¡Triunfó mi más alto pensamiento y triunfa en tu forma inmutable!

FIN DEL MISTERIO DE PRIMAVERA ANTIGUA.

CUENTOS ESPAÑOLES

Incertidumbre.

Eduardo leyó y releyó la carta, escrita con trazo nervioso, por el cual se columbraba la crisis espiritual de que era víctima su autora. Y se asombraba de la inquietud que le producía la escueta y dolorosa misiva. No recordaba haber experimentado en mucho tiempo una emoción semejante, ni nunca había pasado por sus mientes la sospecha de que un papel escrito produjera en su ánimo tal efecto. En su vida gris y acompasada de hombre sujeto por las necesidades a un trabajo forzado y abrumador, solo, sin afecciones y sin tiempo para crearlas, aquel requerimiento de amistad necesariamente había de impresionarle. Pero existía en el fondo algo más que una simple impresión. Acostumbrado como estaba por predisposición natural de su carácter reflexivo, por la misma razón de su soledad y por la índole especial de la tarea que le ocupaba el

día entero, a sopesar las palabras, inquirir las intenciones y escudriñar la verdad de sus sentimientos e ideas, quería también explicarse la causa de su inquietud, a qué ignorados móviles obedecía; porque, a la postre, nada le obligaba con Emilia y su marido. Cierto que éste fué su camarada inseparable de estudios y aventuras juveniles—aún le recordaba fornido, bullicioso, exultante de fuerza y alegría—; pero los reveses de fortuna que sufrió y las mutaciones naturales del vivir, le fueron separando cada vez más, hasta que casi hubo momento en que no mantuvo con él relación alguna, y eran tan ajenos el uno al otro, como lo pueden ser dos desconocidos. Cierto, también, que siendo Emilia una muchacha coquetuela y presumidilla, sintió un afecto muy hondo por ella, que bien pudo ser amor; mas esto fué sólo cuestión de un momento, fugaz ilusión de juventud dada a los sueños y pasó pronto, sin dejar rastro en su espíritu. Sus amistades no pasaron de eso, de puras amistades entre una joven que aspira a casarse y un muchacho que sabe no puede ofrecer ningún porvenir a ninguna mujer, en el sentido que generalmente se atribuye a la palabra porvenir, en este orden de cosas. Su carrera truncada, sin dinero para poder continuarla y sin deseos, además, de continuarla; sin un destino del Estado que vaya asegurando metódicamente un progreso económico, aunque fuera modesto; desengañado de todo, porque la desgracia vino a herirle cuando más ilusiones ponía en la

vida y más necesitaba de la ayuda de los padres; no eran éstas, en verdad, las condiciones más convenientes para ser candidato a marido, máxime en una sociedad en que muy poco se aprecian las cualidades personales, y toda la atención se fija en las posibilidades pecuniarias. Tal convencimiento, sobrevenido después de la trágica muerte de su padre, que al morir aplastado por el ascensor de su casa le dejó como única herencia el cuidado de su madre consternada, le apartó para siempre de una senda amable que en España inexorablemente conduce al matrimonio. ¡Qué días tan amargos aquellos en que la necesidad le hostigó con implacable saña a que buscara un medio de ganarse la vida, hasta que una feliz coincidencia y el dominio que tenía del francés y del italiano, afirmado en el inolvidable viaje a París y Roma que hizo con su padre, aprovechando una racha de fortuna que engendró la esperanza de crear un bienestar a resguardo de cualquier artera vicisitud, le brindaron la ocasión de poderse crear esta su situación actual en que su pobre madre, abrumada por los años y el dolor, podía esperar tranquila la hora del tránsito, rodeada de ternuras y caricias! Un día se encontró, inesperadamente, a Lorenzo, en la calle, y le contó su boda con Emilia. Era el mismo de siempre: atropellado, bullicioso, guape-tón, con aires de jaque y de dominador. Con este motivo reanudaron las relaciones de amistad, pero sin intensificarlas, sin retornar a aquella camarade-

ría de otros tiempos, que ya sólo quedaba como un grato y memorable recuerdo. Rercordó después la enfermedad de Lorenzo, que al principio no parecía tener importancia y luego se fué complicando hasta revestir caracteres de verdadera gravedad. Y las iniciaciones en los secretos de aquel matrimonio. Lorenzo había llevado una vida con exceso desordenada. Era de esos hombres que al parecer no tienen otra misión que derrochar los años a manos llenas, como quien dilapida una fortuna. ¡Qué juventud la suya, tan tumultuosa, tan desorbitada! Y ese derroche le llevaba a la muerte, porque lo que le mataba ineluctablemente, era la tuberculosis. Jamás se preocupó de los que le rodeaban. Un egotismo morboso le hacía creer que todo existía para proporcionarle un placer. Si lesionaba intereses, si causaba daños, si producía dolores, no se enteraba. Gozar, gozar era su divisa.

Estuvo varias veces a verle; pero la exigencia de sus atenciones no le permitían distraer el tiempo. Amarrado a la mesa de trabajo como un galeote en las antiguas galeras, bajo la crueldad de la penca del cómitre, ni siquiera podía disponer de unas horas para dedicarlas a la amistad, y sus años languidecían lentos, inalterables, dando a su figura ese reposo y esa laxitud de las vejeces prematuras. Ni siquiera podía permitirse una escapada a la ilusión. ¡Cuánto más envidiable se le antojaba la suerte de su amigo, que moría víctima de un hartazgo de vivir! Y de pronto esta carta, que aún sostenía entre

sus dedos: «Venga usted, amigo Eduardo. Mi marido está cada vez más malo. ¡Si supiera lo que sufro! Venga a verle. Se lo agradecerá su buena amiga.—*Emilia.*»

¿Por qué le producía inquietud esta carta? ¿Tal vez la consideración de la dolorosa soledad que dejaba a su amiga la terrible enfermedad de su marido? ¿La consideración, tal vez, de la situación en que podía quedar cuando sobreviniera el inevitable fin? O ¿es que su capacidad comprensiva del dolor se estremecía al pensar en el de aquella mujer, por todos conceptos desgraciada?

* * *

Sus visitas al enfermo fueron aumentando, no sólo en asiduidad, sino también en duración. Primero fueron breves y alternas; luego diarias; después largas, hasta el punto de que su estancia en aquella casa se prolongaba indefinidamente. Llegó a velarle, con el fin de proporcionar algún descanso a la pobre mujer. La terrible dolencia, al aumentar sus estragos, iba alejando también a las amistades. La cobardía y el egoísmo humanos se ponen de manifiesto siempre en estos casos; y Emilia, además de sufrir el martirio de asistir al lento morir de su marido, tenía que soportar la soledad en que todos la dejaban. No fué feliz en su matrimonio, y encima de padecer el desvío del esposo, atraído por el barullo de la vida, ahora tenía que recogerlo

y cuidarle, cuando la vida se lo había devuelto como a uno de esos guiñapos inservibles que se arrojan a la calle para que los recoja otro ser desahuciado de la sociedad, que ha de traficar con lo que nadie quiere para procurarse un miserable sustento. No se casó enamorada, porque hay muy pocas mujeres que se casen enamoradas de su marido, y pudo soportar con relativa resignación la falta de cariño, de apego de Lorenzo. Se casó con él porque la mujer ha nacido para casarse y porque las costumbres no consienten que se busque el marido, sino que se ha de aceptar el que ofrecen las circunstancias. Malo o bueno, el azar es quien decide. Unas veces caen en brazos de un hombre porque la Naturaleza tiene impulsos tiránicos; otras, porque un somero cálculo ha dejado entrever un posible bienestar. Y Emilia notó la injusticia de las costumbres sociales, que imponen una fidelidad ciega a la mujer, mientras al esposo le concede una libertad sin límites. Pero si no se casó enamorada, sí se casó ilusionada. Tejió muchos sueños alrededor de la boda, concibió dulzuras hogareñas de un encanto irresistible y tierno. Y todo eso se frustró en la boda. Nunca la realidad responde a la ilusión, y mucho menos si se trata del matrimonio. ¡Es tan distinta la vida de casados! ¡Cambian tanto las cosas tras la segunda noche de novios! ¡Pone de relieve tantos defectos, tantas incompatibilidades, tantos desengaños la intimidad marital!

Emilia halló un consuelo en la presencia de

Eduardo, que llegó a ser para ella la única nota amable que hubo durante su matrimonio. Su apacibilidad inalterable, su bondad, sus atenciones múltiples, ganaron todo su afecto, y, sin sentirlo, sin apenas sospecharlo, la imagen de aquel hombre bueno, inteligente y comprensivo, ocupaba su imaginación más de lo conveniente y no podía ocultar la complacencia que sentía en estar junto a él y oír su palabra. A Eduardo le ocurría lo mismo. La tristeza de aquel hogar, el desamparo de aquella mujer, la silenciosa y mansa tragedia de su vida conyugal, le despertaron, primero, la compasión, y luego, el amor. No comprendía cómo Lorenzo pudo tener abandonada a su mujer, a quien juzgaba merecedora de que un hombre la consagrara sus cuidados. Y pensaba que los hombres son terriblemente injustos con las mujeres. Por lo general, olvidan que tienen un sexo y un alma, sin perjuicio de que todos busquen su alma y su sexo. La humanidad—se decía—no tiene más que un sentimiento poderoso, que absorbe los restantes: el egoísmo. Y este es el que a su antojo mueve los muñecos en la farsa que hemos inventado para crearnos la ilusión de que vivimos. Yo mismo—añadía—, si vengo a esta casa, lo hago impulsado por el egoísmo. No es la salud del amigo la que me importa. Es su mujer la que me atrae; su mujer, que él despreció y que a mí me parece adorable.

Los escrúpulos de conciencia le hicieron sufrir una atroz incertidumbre. ¿Hacía bien o hacía mal?

¿Cometía un acto inmoral y cruel, reprobable por cualquier conciencia honrada, o, por el contrario, era lícito y disculpable? No podía contestarse satisfactoriamente y, en tanto, su amor crecía y le obsesionaba. No dudaba de que la sociedad, si supiera la existencia de tal amor, lo condenaría, porque consideraba a la sociedad como un monstruo que sólo se alimenta de la desgracia y que no tiene más objeto que complicar la existencia y trastocar los fines de los hombres. Y, a pesar de esta convicción, la realidad de su amor le conturbaba. ¿Puedo aceptar—se preguntaba—los fallos de una sociedad que consiente la tragedia de esta pobre mujer y que a mí me condena a una vida yerma y desolada? Porque ahora que sentía en su espíritu este anhelo de infinito, veía la horrible frialdad de su vida mansa y monocroma y en su pecho rebullía un fiero ímpetu de rebelión.

Las campanadas de los relojes hacían más sensible el silencio nocturno.

Hablaban los dos sentados junto a la chimenea del recogido comedor. En la habitación vecina, demacrado y jadeante, dormía el enfermo. Ella sentía un morboso deseo de contarle todas las amarguras de su vida matrimonial. Y él la contestaba sinceramente conmovido, velando con teorías filosóficas el sentimiento que palpitaba en su corazón. Pero con frecuencia enmudecía y doblaba la cabeza sobre el pecho, como si una idea obsesionante

le torturase. Estaba profundamente triste. La cruel incertidumbre en que vivía le anonadaba. Durante estos continuos silencios ella le miraba angustiada, y en su mirar había una intensa curiosidad interrogadora.

—A usted le ocurre algo, Eduardo—se atrevió por fin a inquirir—. Hace días que le veo muy preocupado.

Él se obstinaba en callar. No quería dejar entrever el doloroso problema que había planteado en su espíritu. ¡Ah, si fuera libre!—pensaba—. ¡Cuándo, cuándo!...

Un esotérico poder impelía el uno hacia el otro. La afinidad de aquellas almas pugnaba por unir las y, sin embargo, un vago presentimiento cerraba los labios de él y contenía la curiosidad de ella. Los dos se adivinaban y los dos se temían; los dos pensaban y sentían lo mismo, y los dos hacían esfuerzos por ocultar sus ideas y sentimientos.

Sin saber cómo, sus manos se juntaron y vibraron sus cuerpos como por un contacto eléctrico. Y cuando sus bocas iban a sellar el pacto que tácitamente habían convenido sus almas, en la puerta frontera apareció un espectro, cuyos ojos irradiaban un irresistible fulgor de ultratumba. Emilia, aterrorizada, lanzó un grito, y el espectro cayó al suelo de pronto, abatido por una tos cavernosa y desgarradora, a cuyos accesos la sangre manaba a borbotones...

BALLESTEROS DE MARTOS.

Poetas hispanoamericanos

Mediodía

(Del libro *Gobelinos*, que acaba de publicarse en Quito con gran éxito.).

Para el Sr. Dr. José L. Tamayo.

Derrama el sol de junio, sobre la tierra, el fuego
del Trópico fecundo; y a su candente riego
derritense los tímpanos de la montaña fría
en hilos bullidores que dora el alino día,
y van a dar al surco la fuerza generosa
con que revienta el grano dentro la espiga airosa.
Se oye estallar de besos en los sotos floridos,
en la nidada hay trinos, y en el cubil, rugidos.

Es hora del trabajo: activan su tarea,
la azada rutilante, la negra chimenea;
el yunque gime al golpe terrible del martillo,
y sube de los valles la voz del caramillo.

Las náyades rosadas, con peines de cristales,
al borde de las fuentes de sonos musicales,
destrenzan las madejas de sus cabellos rubios
que esparcen en las frondas balsámicos efluvios.
Ocultos en los sauces de ramos cimbradores
suspiran sus endechas los bardos ruiñeños.
La abeja sitibunda, desplega las corolas
y chupa el néctar fresco de las humildes violas.
Los troncos se engalanan con el retoño nuevo,
las aves se estremecen para salir del huevo.

En todas las especies, simpáticas o extrañas,
para nacer, los fetos, sacuden las entrañas.
El toro lanza el aire que sus pulmones hincha,
la yegua en celo, hirsuta, por el corcel relincha.
El mar, como un gigante colérico, de cuajo
quiere zafar las rocas. Su hirviente escupitajo,
parece que lanzara contra el plafón sonoro
a deslustrar el brillo de la custodia de oro
que formidable diestra mantiene suspendida,
para bañar el mundo con su esplendor de vida.
Perdido en los follajes, el caminante busca
la senda que a la choza del labrador conduzca,
y mientras se promete beber las dulces linfas,
por el claro del bosque deslízanse las ninfas.

Arde en amor la tierra. Las fieras pavorosas
se azotan con las colas las ancas temblorosas.
Los peces en los lagos erizan sus escamas
de visos empañados por verdinegras lamas.

Las brisas no escarmanan el abundoso fleco
de las espigas blondas, y llevan sólo un eco
del canto soñoliento que entonan las cigarras
bajo el calado techo de polvorientas parras.
Es hora en que despiertan estímulos que duermen,
en que la tierra oprime con efusión al germen...
Es tu hora, madre Venus; la del pujante brío
que fluye de las cosas en desbordado río;
la en que nace la estrofa de lípidas cadencias,
hecha de ritmos puros, de colores y esencias.

F. J. FALQUEZ AMPUERO.

(Ecuatoriano.)

Ritornello.

Para vivir en el amor
basta que un alma nos sonría.
¿Qué nos importa que el dolor
con un rictus de vencedor
exhiba su máscara fría?
Para vivir en el amor
basta que un alma nos sonría.

Para luchar contra el destino
basta que una alma nos escude.
Torvo y siniestro, en el camino,
que el buho envidioso y cetrino
nos grite al paso y se demude.

Para luchar contra el destino
basta que una alma nos escude.

Para librarnos del olvido
basta que una alma nos comprenda.
¿Qué importa el ser o no haber sido
o que el destino adverso, herido,
sus iras trágicas encienda?
Para librarnos del olvido
basta que una alma nos comprenda.

ABRAHAM VALDELOMAR.

(Peruano.)

Nocturno de cristal.

Los cisnes
cobijan la luna bajo sus alas.
Quién ha sembrado el fondo negro
de anzuelos de oro?
Las hojas de los árboles
sobre el estanque sueñan
con un viaje a ultramar.
Me ha tentado el suicidio
y al mirarme al espejo
me ha espantado mi doble
ahogándose en el fondo.

Con rumbo a lo definitivo.

La Gran Hoguera desatará
sus haces de chispas por el infinito
y mis ojos se abrasarán
sentados en el horizonte
HUMO HUMO
Cegarán mis ojos.
El difumino de las sombras
me BO-RRRA-RÁ...

NADA

EL CANTO NUEVO

¡Oh, cuánto tiempo HORA NUESTRA
te hemos esperado!, ¡cuánto!
Oh, cuántas veces tendimos
el cable de nuestra mirada limpia al futuro
y aplicamos el oído extático
al viento,
ávidos de distinguir
tu música en embrión!
¡Oh, cuántas veces
el diamante de nuestro deseo
partió el cristal del horizonte
buscándote más allá de las auroras!

Y al fin te poseemos,
HORA NUESTRA;

al fin podremos mecerte en nuestros brazos
y escribir tu claro nombre en nuestras frentes.

Hermanos,
he aquí, todo cumplido;
hagamos braserillos en el hueco de nuestras manos
para esta «LLAMA ALARGADA».

El horizonte es la pauta, hermanos.
Nuestros martillos, pulidos y brillantes
como uña de mujer,
canten sobre las columnas trucas,
sobre los frisos rotos.
Tal un vendaval impetuoso
borremos todos los caminos,
arruinemos todos los puentes,
desarraiguemos todos los rosales;
sea todo liso como una laguna
para trazar después
la ciudad nueva.

Tiranos del esfuerzo,
nuestros brazos levantarán esta vieja Tierra
como en una consagración.

Un abanico de llamas
consumirá las viejas vestiduras
y triunfaremos, desnudos y blancos,
como las estrellas.

Los que hemos creado esta hora
alcanzaremos todas las audacias;
NOSOTROS EDIFICAREMOS
LAS PIRÁMIDES INVERTIDAS.

LUCIANO DE SAN-SAOR.

3 poemas

De «La múltiple canción» (*libro próximo a publicarse*).

PANTOMIME DES ÉTOILES.

Pantomima de las estrellas
hablan por gestos
 persuasión misteriosa
cuando yo miro
 el cenit ensancha
 los cuatro horizontes en círculo
no bien en el azul
los espacios nocturnos ahondan
 expresión de la luz
las celestes geometrías lejanas
tulipas resplandecientes
que callan para dejarse oír.
Las lámparas se balancean
levanta los ojos
no existe la tierra más que en un punto
bajo la bóveda altísima

gira el vértice en silencio.

Sepulto en el ángulo de la sombra

todo lo que es color

canta

delator de su forma.

Inefable concierto

lo invisible

danzas en sueño

rumores de lo impalpable

que pasa gravitando

trama inconsútil

sin color.

El viento que agita las ramas

globo cristalino

retiene al orbe en iris

luz azul muy lejana

dulce planta del sapo melancólico

en la yerba

color verde

en círculos concéntricos

canción de las ranas en la alberca

voz del líquen

arcos de cobre que voltean

brillos entre los céspedes

el cantar de los grillos

con las estrellas de la noche.

Más allá

todavía

en el centro de la consciencia

dentro de la emoción

interiormente
las alas del pensamiento
y las palpitaciones del corazón
hondo estremecimiento
 canción de lo que no tiene palabras
se perpetúa su adoración
arrodillándose en el éxtasis
Surtidor que salta sobre sí mismo
desarrolla su fin único
dinámica varilla de cristal
constante y renovada
ansia de eternidad
 sumándose al anhelo que se ama.
Y ser en lo demás
 para siempre
uno mismo y distinto.

* * *

*Diaphane lumière
hors des heures connues.*

Luz diáfana
fuera de las horas conocidas
 en torno al sol
los amores agradecidos
 y sus caricias como risas
 de improviso
colman los jarrones de rosas
 tálamos fervorosos

bajo la noche aún viva
norte ausente y preciso
hacia donde adelantan sus flechas de perfil
sirenas de bronce recostadas sobre los senos
perspectivas colgantes
se unen a cada flor
dispersa en la diadema de sus pétalos
oro amarillo girasol
los tìbores jocundos policromos
la calma estatuarìa
sin deseos
multiplica sus fases en relieve
balaustrada con hojas
y el recinto
cuadrangular
Piscina
ciñe las ramas del naranjo
la copa llena de azahar,
ráfagas transparentes que atraviesan peces dorados,
desnudos, candorosos y palpitantes
ornamentos de los jardines en fiestas
bajo las ramas
doseles iluminados por el día artificial
Kioscos elefantinos
siluetas recortadas de azul y plata
verdor silencioso de acuario.
Suspira carnaval de nieve
en los juegos de surtidores extáticos
olas de besos de la diosa alegre
bajo los arcos de mirto

ardoroso

en el tórrido mar de sus ansias

ficticia por los ámbitos

la virgen de trenzas rubias

desgranó su collar de perlas

penden sumergidas

bambalinas de nubes en grupo

redondeadas.

Flotan suspensas

de la cinta del oriflama extendido

cenefa menta y naranja

entre los bastidores perpendiculares

al fondo

farol rosa

la lánguida mirada

el sonido sin fin de un gong

metálico y solar

engarza las joyas opulentas de un otoño dorado

a la rubia cabellera que de paz se corona

los matices pálidos

marfiles del abanico

espuma

y el cortejo que pasa desde lejos

el puente giratorio

hacia la isla de perfumes, donde cantan orquestas

abrió al navío su bauprés

tierra de sueños en el mar venturoso

el vuelo de las palomas libertadas,

que retornaron a su flor tras los días

serenata y diana

tornasol

cohetes blancos en el tulipán abierto
plenas de agua rebosan las tazas de las fuentes
sobre el tumulto egregio
luminoso

sin intervalos

Sol y Luna

las ranas verdes inflan hacia el cielo
la canción de sus aros redondos
burbujas incoloras

como el agua

la batuta

trenza la espiral melodiosa

y allá arriba

la bella recostada en los cuernos de la luna
sonríe con la sonrisa de todas las estrellas
asomadas a sus palcos resplandecientes
en la noche que muestra su misterio desnudo
desde el fondo de todas las cosas
pasado y futuro

cuanto ahora vivimos

y es ya nostalgia en nuestro pecho
hasta el instante prodigioso y único
eterno en la magia de su voz resplandeciente
meciéndose en la brisa que pasa
al resbalar la cola de la reina
en la marmórea escalinata que desciende al estan-
(que
cuando los dedos invisibles recorren la cortina.

* * *

*Ombre celeste ouverte
toujours avant moi
et derrière
incisives qui m'environnent.*

Sombra celeste abierta
siempre detrás y delante de mí
incisivos que me rodean
alejándome.

Todo
en lo que pasa
me lleva consigo
solitario
vacío en el vértigo
y hueco
mi corazón volqué de pronto
plomo hirviente
pesa y se hunde
sobre el lago
ornado de burbujas que se evaporan
al desplomarse cada esperanza en su propia muerte
los reos velados
en la niebla
culminan
dominando mi ser
desde abajo
la intención del ensueño imposible
aurora en la mitad del día
el nombre que yo pronuncio a tu oído
detiene

a lo lejos
el adiós que te borra
exhumando en mi pecho sepulto
cada flor renacida en tu gloria
Rosaleda de suspiros
mis ojos
contemplando lo que resta de mí
en la cumbre donde sólo yo subo
desciendo
la nave sin velas
ante mí que lo sé
tú ignoras tu objeto
y el fin sin palabras
tan hondo
que estremeció la estrella de tu sangre y la mía
Las alas del corazón te hacen daño
y libertas al pájaro que se estremecía
sin matar el perfume que yo aspiro y recojo
la rosa deshojada cuyos pétalos uno
volando
en la calma ajena a mi sueño
más bella y más triste cada vez
sin alejarse del todo
mientras llego
donde yo mismo me espero cada instante
terrible pensamiento que limita mis pasos
linterna que tiñe al mundo
apaga los sonidos
y apenas los sollozos
sin ecos

levantan sus llamas en la sombra.

Vorágine

intención del ensueño imposible
da vueltas en torno
reconstruyendo el fin
que persigues

desconoces el camino que te rodea
tú que rompes ca la misterio
para encauzar tu vida
encerrada en su flor.

RAFAEL LASSO DE LA VEGA.

LAS GRANDES FIGURAS LITERARIAS

DON RICARDO PALMA

Con don Ricardo Palma, que a los ochenta y seis años de edad, falleció el 6 de octubre de 1919 en una pequeña casa de campo de Miraflores, junto a Lima, desaparece para el Perú el más representativo y característico de sus literatos; y para toda la América española, el último sobreviviente de la escuela romántica, que en nuestros países no llegó a difundirse y prevalecer sino hasta bien mediado el siglo xix.

Sus célebres *Tradiciones*, nutrida serie de breves y amenas leyendas en prosa, evocan, como una colección de brillantes miniaturas, toda la historia peruana, en sus más significativos aspectos y contrastes, desde el siglo xvi: son el cabal florecimiento y la artística concreción de aquel donairoso criollismo limeño que Palma supo sentir y expresar insuperablemente, y que vino a encar-

narse y condensarse, con toda perfección, en su persona y escritos.

* * *

Nació en Lima, el 7 de febrero de 1833. Durante su infancia y su primera juventud, conservaba aún su ciudad natal el ambiente singular que en América la hizo famosa: y en él se educó e impregnó don Ricardo Palma de indeleble manera. Fueron los primeros años de la República agitados y anárquicos cual ningunos; pero, por los excepcionales y externos impulsos que determinaron la independencia del Perú, dejaron subsistir casi intactos los usos y sentimientos de la época colonial. Los turbulentos mariscales y generales republicanos se codeaban y fraternizaban con los viejos marqueses y los innumerables frailes mendicantes. Al lado de los cuarteles, resonantes con la vocería de los pronunciamientos, ahumados y maltrechos por los continuos asaltos revolucionarios, se alzaban, íntegras todavía, las extensas cercas de los monasterios de monjas, sombreadas de platanares; las fachadas churriguerescas y retorcidas de las iglesias; y las de los caserones de títulos mayorazgos, cuyos balcones tallados, con caladas y voladizas celosías de madera, recordaban, por atavismo remoto, mucho más que los *miradores* españoles, los *muxarabiés* árabigos. Con mayor frecuencia que los desfiles y los *cierrapuertas* pretorianos, ocupaba las calles el despliegue de las procesiones religiosas, en que alternaban, con las andas hieráticas y recamadas, las burles-

cas comparsas populares. En las arcaicas alamedas de Abajo del Puente, rodaban las últimas carrozas doradas de la nobleza criolla; y junto a los surtidores virreinales, las *tapadas de saya y manto* perpetuaban el incitante misterio de su disfraz semiorienta. Al caer la tarde, en los ruidosos portales de la Plaza de Armas, perfumados de frutas y misturas de flores, cesaba de pronto la alegre algazara de la abigarrada muchedumbre, cuando de las torres de la Catedral descendía el pausado toque de la oración. Quitábanse los clérigos los puntiagudos sombreros de teja, los caballeros los altísimos *tarros*, las vendedoras los *jipijapas*, y los esclavos los gorros. Por unos minutos se descubrían todos; y rezaban a coro unánime y devotamente, las Avemarías del *Angelus* los pobladores de Lima, del propio modo que en las tierras islámicas suspende el bullicio vespertino la plegaria del *muezin*. Por las portadas de las murallas que erigió el duque de la Palata, penetraban soldados y montoneros de extraños y rotos trajes y armados de trabucos disformes. Aclamaban un día al taimado Gamarra, otro al apuesto y arrogante Orbegoso, otro al sanguinario Salaverry; y en nombre de tantos y tan encontrados cabeillas, iban a perturbar, con sus violencias y desmanes, la placentera paz de la capital risueña.

De entre las miserias de la cotidiana guerra civil y las ruindades del vulgar personalismo, lució de pronto una noble idea: la reconstitución del *Perú Grande*, la reunión federativa del Bajo Perú con el Alto Perú o Bolivia. El caudillo que la personificó y realizó, el mariscal don Andrés de Santa Cruz, obtuvo por un momen-

to, para este propósito de reacción nacionalista, en el mejor sentido de la palabra, el concurso, no sólo de la mayoría de las clases altas y conservadoras, sino también de buen número de liberales y de casi toda la clase media y el pueblo de Arequipa y Lima. El padre de don Ricardo Palma, modesto comerciante limeño al por menor, fué un ferviente *santacrucino*; y sus opiniones se transmitieron desde la niñez al futuro tradicionalista, el cual en su ancianidad se complacía en repetir la siguiente anécdota, que varias veces escuché de sus labios:

Corrían los postreros días de enero de 1839. La Confederación, al cabo de tres años de establecida, se deshacía al embate de sus ciegos enemigos domésticos y de sus muy perspicaces adversarios extranjeros. El protector Santa Cruz, después de recuperar Lima, a la cabeza del ejército Perú-boliviano, se había dirigido al Norte, hasta el valle denominado Callejón de Huaylas, persiguiendo en su retirada al ejército chileno, engrosado ya por varios cuerpos peruanos disidentes. Susurrábase que en esta campaña la suerte había abandonado a Santa Cruz; pero el vecindario limeño, que lo había recibido jubilosa y triunfalmente hacía dos meses, le continuaba su adhesión.

Era una noche de verano, el 24 de enero. En un largo balcón, próximo a la iglesia de San Francisco, tomaba el fresco la familia Palma, en compañía de otras honradas familias de mediana condición que habitaban departamentos de la misma casa. De repente, en el silencio y la obscuridad de la calle, apareció un pelotón de hombres montados y armados: varios militares, embozados en

capas, que apresuradamente tomaron hacia los barrios de Santo Toribio y San Pedro. El padre de don Ricardo, sin saber quiénes eran, no quiso desperdiciar la ocasión de manifestar sus predilecciones políticas, y lanzó un estentóreo: ¡*Viva Santa Cruz!* que fué coreado por su familia y vecinos. Entonces, el jinete que ocupaba el centro del grupo, y a quien al parecer obedecían los demás, volvió la cara, paró un instante el caballo, y se tocó el sombrero, como contestando a la ovación. En seguida continuó su acelerado caminar. Según pudo averiguarse después, era en efecto el propio Santa Cruz, que, rodeado de algunos leales edecanes, venía huyendo desde los aciagos campos de Yungay. Recién llegado esa noche a Lima, a los cuatro días de prestísima y fatigosísima marcha, se enderezaba a cenar y descansar un momento en la casa de su inquebrantable amigo don Juan Bautista de Lavalle, situada en la esquina de las cuadras de Melchormalo y Beytia. A las pocas horas continuaba de allí su viaje hasta Arequipa, donde acabó de malograrse y desvanecerse aquel su empeño restaurador de la unidad y supremacía de la raza peruana en el occidente de Sudamérica, y se vió obligado a dimitir el mando.

Cuando muchos años después don Ricardo Palma, consecuente con sus tradiciones paternas, fué en Europa a rendir homenaje al ilustre desterrado, que vivía en una casita de Versalles (propio lugar de extinguidas grandezas), comprobó qué bien recordaba y con qué íntima emoción había agradecido Santa Cruz aquel último aplauso que le tributó Lima en la más amarga hora de

su derrota, como espontánea y comovedora muestra de fidelidad. En esta escena de la infancia de Palma, que en sus postreros años tanto recordaba, nos place hallar un símbolo profético: el que había de ser supremo evocador histórico del Perú, tesorero y joyero de sus leyendas, encarnación de su ingenio, viva voz de su alma, aclamó, con la presciencia del niño, y más tarde con la del artista, al precursor del magno ideal patriótico que es clave de nuestro porvenir.

* * *

La ruina de la Confederación trajo para el Perú años calamitosos, de conflictos y desastres externos y de imponderable caos interior. Hubo época en que a la vez coexistieron tres Gobiernos. Al cabo renació el orden en el primer período de Castilla (1845-1851), y pudieron cultivarse los estudios y las letras, en el respiro que dejaron las destructoras contiendas civiles.

El canónigo limeño don Bartolomé Herrera, en el Colegio Mayor de San Carlos, y el profesor murciano don Sebastián Lorente, en el de Nuestra Señora de Guadalupe, reabrieron y renovaron los cursos de Filosofía y Humanidades, que habían cesado hacía largo tiempo en la vetusta Universidad. Ya desde el Gobierno de Santa Cruz, y aun algo antes, los había iniciado el que fué su secretario, el gaditano don José Joaquín de Mora, que en *El Ateneo del Perú* enseñó las teorías psicológicas y éticas de la escuela escocesa *del sentido común*, y que en literatura popularizó el nombre y las obras de Sir Walter

Scott. Pero las semillas de novedades románticas que esparció Mora no fructificaron entonces por lo áspero y revuelto de los tiempos, y fueron, un poco más tarde, otros dos españoles, el ya citado Lorente y el montañés Fernando Velarde, los verdaderos introductores del romanticismo en el Perú, y los maestros que decisivamente influyeron en Palma y sus compañeros de bohemia literaria.

Era Velarde un joven y fogoso poeta santanderino. Por el año de 1847 llevó al Perú el culto de Zorrilla y Espronceda, que impuso como modelos, juntos con sus propios versos, a sus discípulos limeños. Entre los menores de edad, pero entre los más distinguidos, se contaba ya Ricardo Palma, quien desde su adolescencia comenzó a publicar poesías y leyendas en prosa. Sus primeros versos, coleccionados en *Juvenilia*, son, en efecto, de 1848. Por entonces, igualmente, apareció su breve cuento incaico *Oderay*, muy débil e inexperto, pero que es uno de los primeros productos del romanticismo narrativo en el Perú, al propio tiempo que el *Padre Horan*, de Aréstegui (1).

También compuso e hizo representar dramas históricos, que él mismo no quería luego que se recordaran, y que en verdad no merecen serlo. Fueron obras prematuras, de sus años de efervescencia bohemia y de

(1) Novela regional cuzqueña de don Narciso Aréstegui, impresa en Lima el año 1848, y no tan desdeñable como lo dí a entender en mi *Carácter de la Literatura del Perú independiente*. Se advierte en ella muy claro el influjo de *Notre-Dame*, de Víctor Hugo.

gran melena romántica; cuando se hizo de moda en la juventud literaria limeña la ingenua copia del medioevalismo europeo; cuando Corpancho, embozado en su capa española con vueltas rojas, meditaba *El poeta cruzado* y *El caballero templario*.

Más grave influencia ejerció otro amigo suyo, el eminente neogranadino don Julio Arboleda, uno de los primeros políticos y literatos del siglo XIX en la América meridional. Proscrito de Nueva Granada por el radicalismo triunfante, vivía en Lima hacia los años de 1852 y 53. Ricardo Palma lo trató mucho; recibió de él lecciones de francés; se apartó por su consejo de la pueril imitación de los temas propios de Europa, y convirtió la atención a los asuntos de historia americana. Sobre el modelo del Gonzalo de *Oyón*, poema que a la sazón Arboleda escribía, trazó Palma su leyenda en verso *Flor de los cielos*, dedicada al mismo Julio Arboleda.

El cenáculo de los regocijados y traviesos bohemios de Lima no era ningún lóbrego subterráneo ni ninguna plebeya taberna, sino nada menos que los iluminados salones de un ministro de Estado, el político y magistrado arequipeño don Miguel del Carpio, antiguo partidario de Santa Cruz, y, como casi todos los conservadores, reconciliado con Castilla y principal colaborador de su primer Gobierno. Carpio tenía aficiones literarias y hasta había compuesto en sus años juveniles una cierta oda *Al Misti*, de la que se chanceaban sus propios contertulios. De sus frustradas pretensiones poéticas le quedó siempre vivo amor a las letras, y aprovechaba su valimiento oficial en proteger y alentar a los

principiantes. Para con los bohemios, Carpio deponía la seriedad ceremoniosa de sus altos empleos; se olvidaba de su posición y sus años, y se permitía desenfadadas bromas, chocarrerías y crudezas de expresión que superaban a las de sus jóvenes amigos románticos.

Pero no todos los dignatarios del Presidente Castilla usaban de igual llaneza y benévola familiaridad en el trato con los literatos mozos, y Palma debía experimentarlo pronto. Gracias a don Miguel del Carpio había obtenido plaza de amanuense en un Ministerio; y en tal calidad recibió el encargo de llevarle personalmente al mariscal Castilla el Mensaje destinado a la instalación de la Legislatura. Había dado la última mano a la redacción del solemne documento don Manuel Ferreyros, antiguo liberal de la Independencia y director general de Estudios en la República, y queriendo esmerarse en exquisiteces gramaticales, había escrito al principio del párrafo relativo a la amenazada paz pública: *Los falsos alarmas*.

Palma entregó respetuosamente al mariscal los dos ejemplares del Mensaje que le traía: uno para la imprenta del Estado, y otro para la lectura en el Congreso. Castilla leyó en alta voz, enterándose del texto definitivo que le sometían sus consejeros. Al llegar al pasaje de *los falsos alarmas*, se detuvo sorprendido:

—¿Eh, dijo... qué cosa? Vamos a ver, joven—preguntó dirigiéndose a Palma—; usted, que es escritor, ¿cree que esto está bien así?...

—Así debe de ser, excelentísimo señor—respondió

algo perplejo Palma—desde que el señor Ferreyros lo ha escrito...

—Diga con franqueza, ¿no le extraña?

—Sí, señor; nunca había oído esa palabra en masculino.

—Y ¿cómo la pondría usted?

—Diría *las falsas alarmas*, que es como dice todo el mundo.

—Eso es... eso es... *falsas alarmas*... lo demás son pedanterías, pedanterías...—repitió, según su costumbre, Castilla—. Vaya a decirle a Ferreyros, ahora mismo, que ponga *falsas alarmas*.

A los pocos momentos el amanuense ministerial notificaba al Director de Estudios la corrección que deseaba Castilla.

—Y ¿cómo se le ha podido ocurrir eso?—preguntó Ferreyros...—. El mariscal sabrá de milicia y gobierno, pero no de gramática... Además, la decisión de la Academia Española es formal y contundente sobre este género masculino, añadió ojeando el *Diccionario*... ¡Ah!, ya caigo... Será usted, señor literatuelo, el que ha ido a llevarle al Presidente tan buen consejo y a corregirnos la plana...

—Él me preguntó mi opinión, y yo le dije lo que me parecía—contestó Palma, que no se atrevió a negar la verdad.

Ferreyros se enojó:

—Pues valiente consultor gramatical se ha buscado su Excelencia. Ya se ve; con lo que estudian y saben estos mozos románticos, y con el lenguaje que em-

plean... Venga, venga acá, lea lo que dice el *Diccionario* de la Academia...

Y acabó de abrumar al atortolado joven con las autoridades y textos de Moratín, Quintana y Martínez de la Rosa, oráculos del clasicismo de entonces.

El final de la ronca fué, más o menos, como sigue:

—Vuélvase por donde ha venido. Yo no cambio esa concordancia, porque soy el responsable de la publicación del Mensaje, y no puedo autorizar disparates. Y otra vez, jovencito, no se ponga a corregir a quien sabe más que usted. Si no, me veré obligado a pedir su destitución en el Ministerio, por ignorante, presuntuoso y entrometido.

Palma refería que muy cabizbajo y sofocado salió de la casa de don Manuel Ferreyros; pero que a las dos horas escasas de la escena, sin haber vuelto a hablar con Castilla, saboreó el desquite, al escuchar que en la ceremonia de la lectura del Mensaje ante las Cámaras, repetía el Presidente con gran énfasis, mirando fijamente a Ferreyros:

—*Las falsas alarmas*; sí, señor... así es... *Las falsas alarmas*.

* * *

Poco después, a consecuencia de cierta aventura amorosa, Palma se vió amenazado de que una madre enérgica, con ayuda de bravos parientes, lo obligara a contraer inmediato matrimonio. En este aprieto acudió, como siempre, a su providencia, don Miguel del Car-

pio, quien, para sacarlo del lance y evitarle peligros y venganzas, lo colocó en el bergantín de guerra *Guisse*.

Al año subsiguiente, 1855, navegaba con igual empleo en la goleta a vapor *Rimac*. Naufragó con ella cerca de Acarí y Atiquipa. A punto de perecer de sed estuvo en los horribles arenales de la costa; y en una de sus *Tradiciones* ha recordado sus padecimientos y los de sus numerosos compañeros en esa travesía del desierto.

Hacia 1857 lo hallamos de revolucionario en las filas ultraconservadoras del general Vivanco. ¿Cómo don Ricardo Palma, que siempre se proclamó volteriano, y que luego fué, según hemos de ver, liberal militante, pudo hacerse en aquella temporada caluroso vivanquista, que equivalía a reaccionario extremo, desembozado partidario del poder personal y de los privilegiados fueros militar y eclesiástico?

De un lado las tradiciones santacrucinas que respiró en su hogar paterno, como ya apuntamos, y la atmósfera dominante de Lima y el Perú lo llevaba en su juventud al campo de la autoridad y de lo pasado, en cuanto lo permitía su móvil, ligera y jovial naturaleza. Y su propia complexión de artista, su romanticismo arqueológico, su culto de los recuerdos y las añoranzas, lo inclinaban sentimentalmente a aquel partido, el más directo heredero del antiguo régimen español entre nosotros; de igual modo que, mucho más tarde, ya en su ancianidad, cuando su viaje a España, simpatizó con el carlismo intransigente (hasta el extremo de que varios de sus amigos madrileños lo apellidaban *el carlistón*) por íntimas razones estéticas, no desemejantes de las que han

mantenido y avivado los *legitimismos* de Vaile-Inclán y Barbey d'Aurevilly.

Pero, más que todo, ha de decirse claramente que don Ricardo nunca tomó la política en serio; ni había nacido para apasionarse por ideas abstractas; ni se dió jamás el trabajo de ahondar en las doctrinas sociales, ni de armonizar sus sentimientos con sus principios. Era, de pies a cabeza, un literato, y no era sino eso; ora escribiendo, ora actuando, era un poeta: leve, alado, caprichoso y sensible, obediente a las sugerencias de la más amable fantasía, no a los secos corolarios de la adusta razón. Siguiendo la funesta costumbre peruana de atender meramente a la persona de los caudillos y no a los programas (cuando, por raro caso, los tienen), se prendió de Vivanco mucho más que de la reacción que simbolizaba. Como toda la juventud culta de su tiempo en el Perú, se rindió a la fascinación de aquel bizarro general, que, no sólo encabezaba la protesta conservadora (en muchas cosas tan justa y razonable que, aun vencida militarmente, logró imponer la reforma de la constitución liberal), sino que representaba la distinción y cortesía de maneras, la inteligencia y la elegancia literaria. Era Vivanco un devoto de Cervantes, un hablista exquisito, un académico. Calcúlese cuánto ascendiente ejercería sobre Palma.

Habían sido grandes amigos desde larga fecha. Cuando las circunstancias sacaron a Vivanco de su retiro y lo volvieron a poner al frente de una extensa porción del país, y cuando la escuadra se pronunció por él, Ricardo Palma, siguiendo a sus compañeros marinos, se

le plegó entusiásticamente. Estuvo en la campaña sobre Lambayeque y en el desembarco del Callao. Pero allí se enfriaron sus ardores partidatistas. Varias veces le escuché el relato de su desengaño.

Entre muchas y brillantes cualidades tenía Vivanco dos graves defectos: blandura de carácter y negligencia en la administración militar. Procuraba ocultarlos o remediar sus consecuencias con rigores intempestivos y a veces crueles, que degeneraban en terquedades deplorables. En tales pasajeros accesos de severidad, se fortalecía contra los intercesores, invocando la rigidez de sus principios ordenancistas y la necesidad trascendental y filosófica de la pena de muerte. Ya una de estas obstinaciones de implacable justicia, al mantener una sentencia de ejecución capital contra los capitanes Lastres y Verástegui, a pesar de los ruegos de todas las autoridades y de las señoras de Lima, le costó en 1843 la popularidad y el Gobierno. No escarmentado, a los catorce años hizo innecesariamente en Lambayeque someter a consejo de guerra a un oficial, y nombró por su defensor a Palma. Este, que era muy humano y compasivo, tomó la defensa con vehemencia extraordinaria, al comprender el peligro en que se hallaba la vida del reo; y abogando ante el Consejo, hizo presente la lenidad obligatoria en las luchas intestinas, la barbarie absurda de la estricta y rigurosa penalidad política en un país donde no podía haber acusador ni juez exento de la tacha de conspiración, los contraproducentes efectos que la desmedida severidad había acarreado a Salaverry, Santa Cruz y al mismo Vivanco; y aludiendo en velados tér-

minos a la anterior historia de éste, añadió que era indispensable que el vivanquismo no se salpicara más con sangre. Tanto calor y eficacia puso Palma en sus palabras, que salvó a su defendido de lo que el general en jefe concibió notable desabrimiento, por juzgar con la sentencia quebrantada la disciplina de sus tropas.

A las pocas semanas, la escuadra revolucionarias expedicionaba sobre el Callao, y Palma se escandalizaba grandemente cuando, después del sangriento y frustrado asalto, oyó que Vivanco decía—con la frialdad del militar avezado a las matanzas, o con culpable frivolidad de *dilettante*—, al contemplar el cadáver de un capitán mulato muerto en su servicio: «Tan feo está muerto como vivo».

Estos síntomas de insensibilidad y egoísmo, lo desencantaron de su caudillo; y cuando acabó la revolución, permaneció en la marina del Gobierno, muy curado de sus fanatismos facciosos.

Reconciliados los partidos del Perú ante el conflicto con el Ecuador, asistió Palma al bloqueo y desembarco de Guayaquil en 1859.—Creo que poco antes estuvo, por primera vez en Europa, y residió algunos meses del 58 en París.

De vuelta al Perú, en 1860, su actividad literaria tomó mayor vuelo con la fundación de la *Revista de Lima*. Colaboró en ella con los dos Pardos, padre e hijo (don Felipe y don Manuel), José Antonio de Lavalle, el General Mendiburu, Casimiro Ulloa, el ingenioso venezolano Juan Vicente Camacho, Carlos Augusto Salaverry, Manuel Adolfo García, el economista Masías y algunos

otros, que significaban lo mejor y más selecto de la cultura peruana. Ya por esa fecha comprendía Palma que en el verso y en la prosa elevada podía tener émulos entre sus contemporáneos; pero que no los tenía en la prosa finamente burlesca, en la leyenda histórica, corta y festiva. Orientándose cada vez más en el sentido de su definitiva vocación, comenzó a descuidar la poesía por las picarescas *tradiciones* que, en competencia con Juan Vicente Camacho, publicaba en la mencionada *Revista*.

La política volvió a distraerlo. Con la inestabilidad de su natulaleza, se hizo liberal, siguiendo las corrientes de la época; la reacción extremista contra el Mariscal Castilla, y más que todo la influencia de José Gálvez, joven catedrático a quien Palma quería y veneraba entrañablemente. Comprometido por él, entró en la conjuración de 1860. Fué el encargado por Gálvez de llevar a los conjurados del Callao las noticias del ataque contra la casa de Castilla, y de comunicarles la contraorden del movimiento en el puerto, cuando fracasó el golpe en Lima.

A consecuencia de estos sucesos tuvo que emigrar a Chile con don Manuel Toribio Ureta y otros prohombres del liberalismo. En Valparaíso vivió con el General Echenique, y le redactó un extenso manifiesto, a pesar de su reciente disconformidad de ideas con este derrocado presidente conservador. En Santiago intimó mucho con los hermanos Amunáteguis y otros literatos chilenos, discípulos de Bello. Durante su permanencia en Chile, publicó varios artículos críticos, entre otros uno sobre el *Salterio Peruano* de Valdés.

Un día, en Valparaíso o Santiago, asistía aun mitin internacional que se celebraba en un teatro, en honor de Méjico o los Estados Unidos. Ocupaba un palco en compañía de otros desterrados peruanos, entre los cuales era el más notable Ureta. Hubo un orador chileno que, en el fuego de su peroración sobre los *tiranos de América*, mencionó al Mariscal Castilla, equiparándole al Dr. Francia y a Rosas. Herido Palma en su patriotismo, le dijo a voz baja a Ureta:

—Usted, que ha sido ministro de Castilla, debe protestar de lo que aquí se afirma.

—No tiene importancia—le contestó Ureta.

—¿Cómo no ha de tener importancia que pinten al Perú como un país esclavizado? Pues si usted no habla, yo, aunque no soy orador, voy a pedir la palabra.

Y acto continuo se levantó, diciendo que un emigrado peruano deseaba hacer una rectificación; y, entre la sorpresa del auditorio, expresó que, aunque adversario político de Castilla y proscripto por él, no podía permitir, en su calidad de peruano, que al mandatario de su patria se le describiera como a un monstruo exterminador, comparable con los que el orador había recordado; que el Perú no producía monstruos semejantes, y que tenía orgullo al declararlo, por lo mismo que nada tenía que hacer ni nada deseaba con aquel gobernante cuyos errores había combatido con las armas en la mano.

Estas palabras tuvieron eco en Lima, y cuando se las refirieron a Castilla, exclamó en su tertulia:

—Ese muchacho tiene talento y patriotismo... Yo lo quiero mucho... Pero él no me quiere... no me quiere...

Con numerosas *tradiciones* suyas desmintió después don Ricardo este aserto del viejo Mariscal.

Debió Palma de regresar al Perú cuando la presidencia de San Román. En 1863 publicó la primera edición de su estudio histórico *Anales de la Inquisición de Lima*. Hecho con los escasos documentos del archivo inquisitorial que aún se conservaban en nuestra patria, este folleto es deficiente como obra de erudición. Hay en él, como en cuanto Palma escribió, levedad, soltura, desembarazo, epigramas a la manera del siglo XVIII; pero no da, ni por asomo, la verdadera impresión del asunto, la sensación de aquella formidable máquina de Gobierno; de los móviles, tanto religiosos como políticos que la guiaron, y de las desviaciones y vicios que la estragaron y perdieron. Don Ricardo en una ocasión me reprochó, con afectuosas quejas, que yo hubiera dado a entender la tenuidad de este su libro alabando exclusivamente el de José Toribio Medina. Pero es que no se puede ni se debe disimular la verdad; y el gran erudito del país rival, al escudriñar la historia de nuestra Inquisición, sin esfuerzos de ingenio, sin primores de estilo, por la sola virtud de la masa de documentos que compulsó, acierta a hacer lo que no hizo Palma con todas las gracias de su pluma: a revivir ante nuestros ojos la tenebrosidad de las cárceles y la fiereza de los tormentos; los misterios de iniquidad y de hipocresía depravada que se ocultaban en los senos de la primitiva sociedad colonial; las demoníacas figuras del hereje Fray Francisco de la Cruz, especie de andaluz Rasputine, que con su misticismo erótico infamó las estirpes de los más orgullosos

conquistadores; y el terrible inquisidor Gutiérrez de Ulloa, pendenciero, malvado, feroz y sacrílego, que puede servir para acreditar la fidelidad de su contemporáneo arquetipo literario don Juan Tenorio; y que, después de haber dominado por el terror al Perú entero de las postrimerías del siglo xvi, vino a morir al fin deshonrado y desesperado. La índole artística de Palma, tan mesurada y fina, no era para inspirarse en tales caracteres ni para deleitarse en tan espeluznante escenario.

A poco fué nombrado Palma cónsul peruano en una ciudad del Norte del Brasil; no recuerdo si en San Luis del Marañón o en Pará. Los excesivos calores, las lluvias ecuatoriales, el exuberante pero monótono y agobiador paisaje de las selvas, el aparato y la pompa del Imperio brasileño; todo lo que era antitético de su recalcitante limeñismo, le cansaron y enfadaron hasta el punto de que enfermó gravemente y tuvo que dejar el Consulado. Para disipar el tedio se dirigió a Francia; me parece que por segunda vez. En París fué a ofrecer su tributo de admiración al gran Lamartine, anciano, pobre y decepcionado, a quien halló para su gusto en el trato personal (sin duda a causa de la melancólica situación en que lo vió), harto estirado y ceñudo. Y como muestra de la extraña heterogeneidad de sus devociones literarias, conviene saber que casi tanto como su visita al egregio Lamartine, se complacía Palma en recordar su casual encuentro con Alfonso Karr en una calle parisiense. Se hizo muy amigo del colombiano don Rafael Núñez, que fué después insigne estadista y escritor, y

que por entonces era cónsul de su país en uno de los puertos franceses del Atlántico. Viajó Palma por Italia, llegó a Venecia, sometida aún al yugo austriaco, y cuyo excepcional hechizo, galante, marino y barroco, evocaba con delicias hasta en la vejez. El espectáculo de su esclavitud le dictó una de las mejores composiciones del libro de versos *Harmonías* (I). Al pasar por las Antillas, en este viaje, cumplió con otro de los obligatorios ritos del romanticismo hispanoamericano: visitar al *sublime vate* Abigail Lozano. Era éste un poeta muy obeso, natural de Venezuela, que residía en una de las islas inmediatas a su patria, y que producía a destajo endecasílabos y alejandrinos tan fofos y abultados como su persona física. Venerábanlo como a excelso maestro de los bohemios limeños, por inexplicable error de gusto; y con el indestructible arraigo de las primeras aficiones, don Ricardo Palma, luego tan delicado y perspicaz en sus juicios, siguió, no obstante, reputando de muy buena fe, hasta el fin de sus días, como autores eximios, a dicho Abigail Lozano y a los peruanos Manuel Adolfo García y Arnaldo Márquez. Y no toleraba burlas sobre estas sus idolatrías, tan respetables y simpáticas, por ser generosas ceguedades de sus afectos y entusiasmos juveniles.

Creo que fué en su regreso al Perú cuando trató en Panamá al célebre mejicano Porfirio Díaz, en una corta ausencia a que éste se vió obligado durante las campa-

(I) Impreso en París el año 1865.

ñas del Sur de Méjico. En esta misma ocasión fué cuando vió por última vez a García Moreno.

Hacía mucho tiempo que lo conocía, desde que sus primeros viajes como contador de marina lo había llevado al triste puerto de Payta, donde García Moreno pasaba una de sus expatriaciones, encerrado en una casita de madera en aquellos ardientes arenales, y devorando día y noche, no obstante tener enferma la vista, tomos de ciencias naturales y de teología y filosofía escolástica. Palma, que con frecuencia iba a darle conversación, le propuso una tarde, para distraer los ocios de aquel destierro, emprender juntos el asedio amoroso de dos agraciadas viudas que residían allí de temporada. El austero García Moreno le respondió, mirándolo de arriba abajo severamente:

—No acostumbro esos que usted llama *trapicheos*, y hágame el favor de no volverme a hablar en semejante tono.

A pesar de esta áspera lección de ascetismo, no se interrumpió la buena amistad entre García Moreno y Palma, que charlaban en aquellas semanas todas las tardes sobre literatura castellana y francesa.

Ahora, en vísperas del rompimiento del Perú con España, lo volvía a ver en Guayaquil y en condición muy distinta. Estaba de Presidente del Ecuador. Acababa de llegar de Quito, con celeridad maravillosa, sin comer ni dormir en todo el largo camino, para sorprender y debelar una insurrección liberal guayaquilena. Ya tenía vencidos a los revolucionarios, a quienes se disponía a fusilar. Subió a visitar el buque en que Palma venía. Vestía

un frac azul abrochado y empuñaba una lanza en la mano.

—Usted va, sin duda, a entrar en la revolución contra Pezet—le dijo a su amigo peruano.

—No es imposible—le contestó éste—. También usted, don Gabriel, tiene a su Ecuador movido.

—¡Oh! Lo que es aquí, no hay cuidado. Los expedicionarios de Jambeli no me asustan. Mañana mismo habré dado cuenta de ellos.

Me refería Palma que al oírle estas palabras le pareció reconocer en los claros ojos de su amigo el incansable lector de Payta, la mirada fría e implacable, de acero pavonado, de los retratos de Felipe II. Tenía delante de sí a un inquisidor, hermano tardío de aquellos cuyos hechos estudiaba en los papeles viejos de Lima.

* * *

Como lo preveía García Moreno, Palma, apenas llegado al Perú, se adhirió a la revolución contra el Gobierno de Pezet, cuyo primer ministro era su antiguo caudillo el general Vivanco. Sirvió a las inmediatas órdenes de don José Gálvez; fué empleado en el Ministerio de éste, cuando, triunfante el movimiento revolucionario, se constituyó la dictadura y se declaró la guerra a España, y estuvo en el combate del 2 de mayo en el Callao. La siguiente revolución, contra Prado, lo contó también entre sus voluntarios; y fué secretario privado y persona de la mayor confianza del jefe vencedor en ella, el coronel Balta, en los sucesivos períodos eleccionario y presidencial. Estuvo, por consiguiente, muy mezclado en todos los acontecimientos de aquella administración. Él fué quien

por primera vez puso en contacto al joven escritor don Nicolás de Piérola con Balta, cuyo ministro de Hacienda debía ser en breve, pues fué Palma quien solicitó de Piérola, poco conocido entonces, la redacción del programa electoral de Balta. Perteneció al Senado, aunque era muy poco afecto a la elocuencia parlamentaria. Hasta la víspera del pronunciamiento de los Gutiérrez se empeñaba en convencer a Balta de la necesidad de no impedir la ascensión presidencial de Manuel Pardo, y creyó haberlo conseguido.

Después del asesinato de Balta y de la matanza de los Gutiérrez, se retiró al pueblecito de Miraflores, que fué su lugar preferido, y se entregó con ahinco a sus tareas literarias. Don Ricardo fué feliz en todas las épocas de su vida, y aun puede decirse que cuanto es posible en la suerte humana; tuvo ingenio, renombre, salud, buen humor, la holgura indispensable, familia cariñosa y vida larga; pero sus más dichosos años fueron, a no dudarlo, los que pasó en Miraflores de 1872 a 1880. Estaba recién casado; había adquirido una casita de campo, en la que nacieron sus primeros hijos, y se hallaba en la plena fuerza y madurez de su talento. Las *tradiciones* que entonces escribió (de la *Serie Tercera* a la *Octava*) resaltan como las más sazonadas y primorosas. Muchas aparecieron en la *Revista Peruana*, dirigida por don Mariano Felipe Paz Soldán.

La desastrosa guerra contra Chile vino a afligirlo y a hacerle perder el fruto de largos trabajos: su biblioteca y sus manuscritos, entre otros su novela histórica, lista para la imprenta, *Lós Marañoses*. Ya en 1880 había suspen-

dido voluntariamente la polémica continental que suscitó con un estudio sobre el asesinato de Monteagudo, por consideración a Venezuela, que en aquella oportunidad nos ofrecía ayuda diplomática y pertrechos militares. Cuando las tropas chilenas se aproximaron a Lima, algunos amigos de Palma, entre ellos varios oficiales, le exhortaron a que pusiera en seguridad sus libros y papeles, pues Miraflores quedaba en la segunda línea de defensas de la capital. Ricardo Palma rechazó el consejo.

—Parecería—dijo—que desespero de la victoria en la línea de San Juan y Chorrillos, y en estos momentos las excesivas precauciones son desmoralizadoras y de pésimo efecto.

A los cuatro días parecían totalmente en el saqueo e incendio de Miraflores por el ejército chileno, la biblioteca que había reunido con tanto afán y los originales inéditos de varios ensayos históricos y de su mencionada novela *Los Maraños*, cuyo argumento eran las andanzas y fechorías del famoso Lope de Aguirre en los bosques americanos del siglo xvi.

Tras las amarguras y estrecheces que padeció en la ocupación chilena, estaba a punto, en los primeros días del Gobierno de Iglesias, de partir para Buenos Aires, donde le ofrecían en el periodismo lucrativa colocación, cuando su fraternal amigo el ministro de Relaciones Exteriores, don José Antonio de Lavalle, lo persuadió a que se encargara de la dirección y reconstitución de la Biblioteca Nacional, enteramente destruída por las tropas chilenas.

Sin más interrupción que su corto viaje a España en

1892 (cuando fué a representar, con gran lucimiento literario, al Perú en las fiestas del cuarto centenario del descubrimiento de América), estuvo Palma al frente de la Biblioteca Nacional por más de veintiocho años. La principió a rehacer sin mayores gastos para el Estado, gracias a sus relaciones con autores extranjeros, y la dirigió hasta 1912, en que fué separado, bajo el primer Gobierno de Leguía, con las circunstancias que todos deben recordar en el Perú.

Volvió a pasar sus últimos años en Miraflores. A la salita de su modesto *rancho*, pieza que le servía a la vez de recibimiento, escritorio y biblioteca, acudían en peregrinación todos los viajeros cultos que pasaban por Lima. Era, en efecto, don Ricardo la mejor reliquia de la vieja ciudad virreinal, la imagen de lo pasado, la personificación del Perú histórico. Delgado, con la cara completamente afeitada, la boca burlona y los ojos risueños, a pesar de la senectud y la extrema miopía, se parecía ahora muchísimo a su amado Voltaire, cuyas obras completas y cuyo irónico busto le hacían siempre compañía, colocados a manera de altar en un estante frontero a su sillón de anciano valetudinario. Lo rodeaban sus hijas ejemplares, la mayor de las cuales, Angélica, distinguidísima literata, le servía de lectora y secretaria. Así se ha extinguido dulcemente, en quietud envidiable, el gran tradicionista peruano.

Hace catorce años, en mi primer libro, que cimentó mi cariñosísima amistad con él, dije que *Palma era nuestro Walter Scott en pequeño*. No me desdigo. Discípulo de Walter Scott fué, lejano si se quiere, pero in-

dudable, por la inspiración arcaica, la efusión de leyendista anticuario, la vena juguetona y optimista, y hasta por las leves inexactitudes de color local y las floridas afectaciones de estilo que, a fuer de romántico, a veces se permite. Pero agregaré (porque de otro modo la descripción peca de incompleta) que, si en nuestra literatura regional peruana alcanza Palma la significación que en el pasado siglo obtuvieron en las europeas Walter Scott y sus imitadores inmediatos, si es un *Walter Scott criollo*, o sea reducido y abreviado, menos formal y compuesto, y en cambio muchísimo más libre, zumbón y satírico que el escocés, empapado—rica y compleja mistión—de españolismo y volterianismo, es también el Boccacio del Perú, inferior como artista, sin duda alguna, al italiano, pero tan vario, picaresco y deleitable narrador como él; y las *Tradiciones Peruanas* es el *Decamerón* luminoso y ágil de la antigua Lima.

J. DE LA RIVA-AGÜERO.

Biarritz, 15 de noviembre de 1919.

Divagación sobre el lenguaje

I

Concepto.

Ocurre muchas veces (principalmente y más a menudo en las grandes capitales), que, al ir por la calle, a lo largo de ella, solemos encontrar a un individuo que, parado en una esquina y mirando al cielo, mueve los brazos inopinadamente, gesticula, se ríe y hace con las manos extraños ademanes.

Al pronto lo tachamos de loco o de tonto y sonreímos un poco burlones de aquella extravagancia. Pero, a medida que nos acercamos, precisamos más nuestra primera observación, y notamos que el hombre a que nos referimos dirige sus miradas, sus absurdas actitudes hacia un elevado balcón sobre el que se inclina una elegante y bella damisela que se ríe también, y repite idénticos ademanes y posturas.

De modo que, los movimientos que a nosotros nada nos decían, servían, sin embargo, para que aquéllos dos seres se comunicaran...

En otras ocasiones, en el tranvía, en el café, en la calle, oímos a algunos extranjeros que, al hablar entre sí, y en su idioma, que no conocemos, nos producen rarísima y extraña impresión de hombres que debaten en una jerga cuyo sentido no se nos alcanza. Pero, en cambio, si alguno de ellos prorrumpe de pronto en lastimera expresión de dolor, acudimos presurosos en su auxilio; y si se volvieran furibunda, amenazadoramente hacia nosotros, con avieso propósito de atropellarnos, pondríamos en seguida, a buen recaudo, nuestra pobre humanidad, apercibiéndonos a la defensa.

Si un perro nos ladra en el camino, sabemos positivamente si lo hace con dañina intención de acometernos o en réplica de mimos y de halagos. Y si al cruzar en nocturno paseo (en plácida noche de luna), por una plazoleta abandonada y solitaria en la que hay un jardín desierto y un farol triste que no alumbra; de un balcón, cuyas vidrieras adviértense iluminadas por pálida y mortecina luz, oímos teclar un piano, nos paramos a escuchar, y, dominados por el encanto sentimental de aquella hora lírica, fragante y suave como cariño de hermana, escuchamos con deleitación las melodías que tal vez producen unas bellas manecitas femeniles y sentimos que aquéllo se apodera de nosotros y nos embarga. Sabemos más aún; sabemos si el trozo

ejecutado es gozoso o triste o descriptivo; si es una marcha fúnebre o triunfal, si una sinfonía, una danza o una rapsodia... Y, además, un poco emocionados y excitados en nuestro impenitente romanticismo, decimos que nos llegan, que nos hablan al alma aquellas armonías. Como también hablan al alma, y por cierto que muy intensamente, muy dulcemente, las miradas tranquilas y serenas de nuestra madre, las vivarachas e inquietas de nuestra hermanita y las penetrantes, clarísimas y sugeridoras de la bien amada...

Pero todo ello y más ejemplos análogos que pudiéramos traer a colación, ¿qué son en definitiva? Descontada la ridiculez, vulgaridad o poesía que en cada caso pueda reconocerse, no constituyen más que diversas formas de lenguaje, que podría definirse como todo movimiento realizado con explicito deseo de manifestar algo a alguien. O, como dice Benot: «el cómputo de signos que un ser produce expresamente por movimientos de su organismo para patentizar sus modificaciones interiores a otro u a otros seres. Más claramente: lenguaje es el conjunto de medios en cuya virtud los pensamientos y, en general, las modificaciones de un sér dotado de entendimiento, son transmitidas a otro entendimiento» (1).

Como añade el mismo Benot (2): «lo que pasa en

(1) Págs. 22 y 23 del tomo I de su *Arquitectura de las lenguas*.

(2) Pág. 22 de la misma obra.

nuestro interior no se puede ver ni oír; pero sus signos pueden ser visibles y audibles; *visibles*, cuando hablamos por escrito; *audibles*, cuando hablamos por remedos. Así, atendiendo a los medios solamente, hablar es hacer audible o visible lo que pasa en nuestro ser».

Por lo tanto, resulta claro que, lo esencial en el lenguaje, es el ser signo, representación de algo. Pero los signos son de varias clases. Hay signos naturales, como el humo respecto al fuego; el grito, respecto al dolor, etc.; hay signos artificiales; hay, también, como indica Leroy, signos-perceptivos, signos-imágenes y signos-sentimiento. Como expresa Taine: «un signo es una experiencia presente que sugiere la idea de una experiencia posible» (1), es decir, que un signo es, en definitiva, una manifestación, una señal, una indicación de algo. Pero esto no es el signo de lenguaje, que necesita para ser tal, de una importantísima cualidad: la intención.

Porque, «para que una cosa sea signo de otra, basta que un sér inteligente perciba la relación entre lo significante y lo significado. Mas para que una cosa sea signo de lenguaje, es preciso que un sér inteligente lo estime como signo de algo interior que comunica a otro sér inteligente con el fin de que lo entienda» (2).

(1) Taine: Pág. 23 de *La inteligencia*. París, 1886.

(2) Benot. Obra citada, pág. 22.

Pero, ¿cómo se establece esta relación para que llegue a ser voluntaria y fija? Pues sencillamente, por la costumbre y por la imitación. He aquí cómo, y refiriéndose al lenguaje mímico, lo explica Wundt (1): «Un instinto irresistible nos empuja a dar libre impulso a los movimientos de la sensibilidad, y, al mismo tiempo, como para toda manifestación instintiva el movimiento aparece, afecta una relación más o menos fácil de reconocer con la impresión excitadora. Así, la representación es expresada por gentes, sin que, primitivamente, una intención particular de comunicarla tenga necesidad de ponerse en juego. Pero, desde el principio, el hombre se encuentra entre otros hombres. El gesto, que es una pura manifestación de la emoción, es comprendido por los seres que son de la misma especie y se convierte también en un auxiliar de comunicación *intencional*. El movimiento, instintivo al principio, deviene un movimiento involuntario, que es producido con el objeto de comunicar las representaciones y sentimientos a otros individuos.» La imitación interviene luego haciendo reproducir y repetir el gesto que, por la costumbre, se convierte en signo convencional de la representación; por la intervención de la voluntad, resulta el lenguaje de gestos, que es universal.

Y lo mismo que el gesto, *el sonido articulado* proviene también del instinto, que lleva al hombre a

(1) Pág. 487 del tomo II de su *Psychologie Psychologique*. París, 1886.

acompañar sus sentimientos y emociones con movimientos que tienen una relación directa con las impresiones, excitando los sentimientos y reforzándolos por sensaciones análogas, subjetivamente engendradas. Este proceso es análogo al anterior, y por la importancia que adquiere en él el sonido, llega a aparecer primitivamente, al hombre, que habla como signo natural de representación.

Sin embargo, los gestos de sonido no constituyen propiamente el lenguaje. Este «nace en el momento en que el gesto de sonido, acompañado de otros gestos, que contribuyen a su comprensión, es empleado con la intención de comunicar a otras personas representaciones subjetivas y emocionantes, en el momento, por consecuencia, en que el movimiento instintivo se convierte en acción *voluntaria*.

La intención del individuo aislado quedaría sin resultado si no encontrara ante ella un desenvolvimiento correspondiente de los instintos y de la voluntad de los otros miembros de la sociedad y si aquí mismo el instinto de imitación ligado a la tendencia hacia la comprensión no contribuyera esencialmente a fijar los signos de los sonidos articulados que han una vez tomado nacimiento. En el desenvolvimiento del lenguaje distinguiremos, pues, tres etapas: 1.^a La de los *movimientos de expresión instintivos*; 2.^a La *utilización voluntaria* de estos movimientos con un propósito de comunicación, y 3.^a La *propagación de estos movimientos* por

la imitación instintiva primero, y, en seguida, voluntaria» (Wundt).

El lenguaje, por tanto, es un signo, un medio de relación, y en él hay que considerar: 1.º El signo; 2.º La cosa significada; 3.º La relación entre el signo y la cosa significada, y 4.º Una inteligencia capaz de precisar esa relación. Y tan estrecha es, además, la relación entre el pensamiento y el lenguaje que alguien ha dicho con toda precisión que pensar es hablar para nosotros mismos, y hablar, pensar para los demás...

II

División.

Por lo dicho se advierten ya las varias clases de lenguaje que hay y cómo pueden ordenarse o dividirse. Y así el lenguaje es:

- «De acción.
- »De sonidos inarticulados.
- »De sonidos articulados o palabra.
- »El lenguaje de acción y de sonidos inarticulados, es casi siempre natural y espontáneo.
- »El lenguaje de la palabra es artificial y hay que aprenderlo» (1).

El lenguaje natural ofrece dos formas: interjecti-

(1) Benot: Obra citada, págs. 24 y 25.

vo o mímico y de movimientos. El interjectivo expresa siempre la pasión, el movimiento espontáneo, el sentimiento, nunca ideas ni juicios, sino estados puramente afectivos. Se produce generalmente mediante gritos, exclamaciones o expresiones exageradas de alegría o de dolor, y las palabras de que se sirve constituyen lo que en Gramática se llaman las interjecciones.

Se debe considerar como lenguaje mímico todo sistema de gestos o movimientos voluntariamente dirigidos para representar y comunicar ciertas ideas o estados de alma. A este lenguaje pertenecen los *ideonímicos*, que expresan directamente las ideas por los gestos (como en el lenguaje natural de los sordomudos); el dactilológico, que es siempre literal, y los movimientos de los labios correspondientes a la emisión de la palabra. Sobre esto último hay que indicar que la vista de los movimientos de la cara que se producen al emitir la palabra, ha sido, probablemente, observada en todo tiempo, y utilizada de una manera más o menos rudimentaria por los semisordos y por las personas atacadas de sordera adquirida.

Wund distingue dos especies de signos de gestos: 1.º, *Demostrativos*, directamente indicadores, y *figurativos*, que imitan el objeto en sus más salientes caracteres. Estos últimos comprenden, además, otros secundarios: a), directamente designativos; b), codesignativos, y c), simbólicos.

Como transición entre el lenguaje natural y el ar-

tificial, podemos indicar el articulado, que es natural en lo que se refiere al sonido, porque todos los hombres tienen la facultad de producirlo mediante un aparato (cuya fisiología, por sobrado conocida, no describo), y artificial, porque ya interviene aquí la voluntad, modificando el sonido de diversas maneras, dando así origen a la constitución de las lenguas.

El lenguaje artificial divídese, a su vez, en oral y gráfico. El oral puede ser inarticulado—gritos, la mímica, etc.—, y articulado, que lo constituye la palabra considerada como signo de la idea. En un estudio más detenido tendríamos que considerar, a más de sus elementos fonéticos constitutivos—letras, raíces, derivación, etc.—, su parte física o externa—intensidad, tono, timbre, variedad, excelencia y extensión de la voz—, y la interna o espiritual, reveladora del estado mental que con ella se exterioriza, y que va motivada, no sólo con el tono intelectual, sino también con el sentimental o afectivo.

El lenguaje de figuras o gráfico es más plenamente artificial que el anterior, es por completo convencional, y sólo sirve para la época que lo crea y para el pueblo que lo usa. Su manifestación más principal es la escritura, que representa no ya ideas, sino sonidos y sus combinaciones, que, a su vez, son representativos de la idea.

«La escritura es un conjunto de signos secundarios e indirectos representativos de los sonidos, los

cuales, a su vez, son signos primitivos y directos de las modificaciones internas. Las letras son signos para los ojos, como los sonidos son signos para los oídos» (1). Y se ha dicho, por tanto, que así como el lenguaje fonético es la palabra en el espacio, el lenguaje gráfico es la palabra en el tiempo. La escritura puede ser ideográfica, fonética, gero-glífica, cuneiforme, etc.

Y, además, hay otros lenguajes artificiales más convencionales aún, como el de banderas, el de las flores, etc.; hay lenguajes simbólicos, hay lenguajes gustativo y olfativo, táctil, auditivo, visual y kinestésico; y, en fin, como expresa Leroy, existen tantas formas de lenguaje como de sensaciones, y hasta en alguna de aquellas formas todavía también variaciones y subdivisiones.

III

Anomalías.

Según Grasset (2), «el aparato del lenguaje, presidiendo a una función centrípeto-centrífuga, es necesariamente complicado, y debe comprender: 1.º *Vías aferentes*, que conducen a los centros las impresiones venidas del oído (palabra) o de la vis-

(1) Benot: Obra citada, página 26.

(2) Página 603 del tomo III de su *Fisiopatología clínica*.

ta (escritura, gestos); 2.º *Centros*, en los que estas impresiones se transforman en pensamientos; 3.º *Centros*, en los que se elabora la respuesta a una cuestión dada; 4.º *Centros*, en los que este pensamiento de la respuesta se transforma en palabra o signo; 5.º *Vías aferentes*, que conducen estas palabras a los aparatos de expresión exterior: manos para la escritura; aparato de la fonación y de la articulación de las palabras (lengua, labios, laringe) para la palabra; los miembros superiores y todo el cuerpo para la mímica».

No describo ahora—por no hacer interminable este pequeño trabajo de divulgación—el funcionamiento de estos centros ni las respectivas localizaciones; pero ya se comprende que las perturbaciones del lenguaje han de estar con ellos relacionadas y provendrán de lesiones en los mismos. Y aun de estas perturbaciones no me ocuparé de todas, sólo me voy a referir a algunas, considerándolas sólo en su aspecto psicofisiológico y según la exposición de Leroy en su admirable obra *Le Langage*, a la que me remito para más detalles y ampliación.

En la *ceguera psíquica* los sonidos no representan nada; se oye el ruido de una campana, sin poder precisar el objeto que lo produce. No se distingue tampoco el sentido de las palabras.

La *ceguera verbal* pone al sujeto que la padece en la imposibilidad de leer las letras, sílabas, palabras; los signos colocados ante sus ojos, aun dis-

tinguiendo en ellos la silueta, la posición relativa, su colocación.

La *sordera verbal* es la imposibilidad de comprender la significación de la palabra oída y aun la de todos los sonidos convencionalmente admitidos como representaciones de ideas... la pérdida o la alteración más o menos completa de la memoria de la significación de los sonidos.

La ceguera y la sordera verbales no provienen de la desaparición de las imágenes verbales auditivas, sino que, en ambas perturbaciones, «lo que resulta alterado, turbado, es la asociación entre la percepción—visual en un caso, auditiva en otro—de la palabra y el sistema de imágenes que debía evocar. Uno y otro término subsisten; pero la cadena que los une está rota y la aparición del primero no entraña la del segundo» (1).

Frente a estos fenómenos que pudiéramos llamar de *afasia sensoria*, hay también los de la *afasia motriz*, descubierta por Bronillana en 1825, y más perfectamente y aun localizada, por Brocca en 1861. El individuo que la padece no puede hablar, a pesar de conservar la inteligencia y la integridad motriz de los órganos fonadores. El sujeto oye, ve, entiende; pero no puede hablar. «Esta abolición de la palabra—dice Brocca—en individuos que no son ni paralíticos ni idiotas, constituye un sistema bastante singular que me parece conveniente de-

(1) Leroy. Pág. 24 de su citada obra.

signar con su nombre especial. Así le llamaré *afemia*, porque lo que falta a estos enfermos es la facultad de articular las palabras.» Lo que Brocca llamó *afemia*, es la *afasia* a que antes aludía y que Miraille define como «la imposibilidad de traducir el pensamiento por la palabra, aunque todos los órganos necesarios para la producción y emisión de los sonidos—labios, lengua, velo del paladar, laringe—conserven la integridad perfecta de su motilidad».

El afásico pierde la facultad de emitir espontáneamente los sonidos articulados correspondientes a sus ideas. Pero esto, no de una manera absoluta, completa; hay casos notables de *afasias* parciales en políglotas que olvidan completamente algún idioma, generalmente el más difícil o menos empleado. Se pierde también la facultad de leer y repetir la palabra oída en voz alta, aunque se puedan tararear ciertos cantos y hasta pronunciar la letra de los mismos.

Según Charcot, parece que no hay en la *afasia* motriz desórdenes en la escritura, porque para que ésta se produzca, no es indispensable la articulación interior cuya pérdida origina la *afasia*. Eso casi está comprobado (a pesar de la contraria opinión de Dejerine) por razones teóricas y por hechos clínicos. Y solamente en los sujetos se hizo verbo-motor; la pérdida de la articulación interior supondría la de la escritura, como la de la lectura y otras funciones. Pero, en general, la *afasia* mo-

triz (que como ya indicaba antes obedece a la pérdida de la articulación interior) no trastorna la escritura.

Este último trastorno o *agrafia* es también causa de discusión y confusiones. Pero podemos, sin embargo, concluir con Charcot, que «la agramia es como una especie de *afasia motriz de la mano*, es decir, que sería para la mano lo que para los órganos visuales es la afasia motriz. Todos los movimientos de la mano serían perfectamente conservados; pero los sistemas de imágenes correspondientes a los movimientos precisos para escribir, no serían evocables, como no lo son en la afasia motriz los sistemas de imágenes que constituyen la articulación interior». La debilidad intelectual, los desórdenes de la atención, etc., son o pueden ser también causa de la agramia.

Y concluyamos afirmando, que las falsas percepciones verbales desempeñan un gran papel también en ciertas alucinaciones morbosas y en algunas perturbaciones nerviosas, como el delirio y la manía persecutoria, entre otras.

IV

Evolución e importancia.

«Así como una lengua no es absolutamente igual para todos los que la hablan, tampoco es una cosa

constante, fija, invariable. La forma que, poco a poco, adquiere en los individuos y que, por algún tiempo, es, a pesar de todo, concordante, no la conserva siempre. Vive y se desenvuelve como la vida de los que la hablan. Según sus destinos, evoluciona más o menos rápidamente hacia formas siempre nuevas. Y esto en los dos elementos cuya reunión constituye su esencia. Las palabras, sus flexiones, sus combinaciones, que sirven para designar ciertas cosas, ciertas relaciones y ciertos hechos, se transforman poco a poco. Y a la vez se modifican también las numerosas modificaciones que damos a ciertos nombres» (1).

De este modo el lenguaje se va lentamente elaborando mediante continuas transformaciones; su aparición constituye como un período de nacimiento; después va adelantándose perfeccionándose; brilla, puede tener un gran valor social, y decae. Vive, pues, siguiendo un proceso biológico, aunque, en realidad, no son las lenguas, sino la humanidad la que vive y perdura. Es decir, que las lenguas nacen, crecen, decaen y mueren como los seres vivos; todas pasan por un período embrionario, se constituyen, se fortalecen, llegan a pleno desarrollo y terminan por una fase regresiva.

Una vez nacidas, las lenguas entran de lleno en la vida universal, donde, sin variar en lo esencial, en lo orgánico, sufren toda clase de influencias,

(1) Ebbinghaus: Pág. 190 de su *Precis de Psychologie*. París, 1912.

dándose también, entre ellas, el caso de la lucha por la existencia, dominando unas a otras, y hasta desapareciendo algunas por selección natural, y modificando otras, paulatina y progresivamente, su fonética y composición, por lo que puede reconocerse también en ellas la ley de variabilidad de la especie bajo las naturales fases de crecimiento, plenitud y decadencia.

En el lenguaje hay una continua renovación—dialectal o bárbara—que le mantiene siempre flexible y apto para toda perfección. Y evoluciona con sujeción a determinadas leyes que la lingüística estudia. Así, una misma palabra, significa sucesivamente en el tiempo cosas distintas, pues las exigencias de la evolución la hicieron adaptarse a nuevas necesidades. El vocabulario del niño es muy exíguo al principio; pero va aumentando, ampliándose y afirmándose con la edad. Igual el de los pueblos. Y aunque las lenguas, para la actualidad de cada época, tengan ya sus moldes precisos, marcadas sus expresiones, sus modos de hacer determinados, esto, en ellas, no es estructural, definitivo, sino que, por el contrario, se hallan constantemente sometidas a incesantes progresos que favorecen la admisión de nuevos vocablos y el empleo de los viejos con distintos significados.

Si el lenguaje es medio de expresión del pensamiento, a medida que éste progresa, aquella expresión se aquilatará, purificará y perfeccionará más. Así, frente a la dicción ruda, grosera y torpe

del individuo inculto e ineducado, forma contraste el hablar sencillo, refinado y grácil del sabio, del artista. La gimnasia espiritual que toda meditación supone, trae consigo el dominio del lenguaje, que de este modo avanza indefinidamente. Observando los adelantos del lenguaje en las diferentes edades de la vida del hombre, se comprueba ésto, pues como escribió Haeckel: «Nada ha debido elevar y transformar tanto las facultades y el cerebro del hombre como la adquisición del lenguaje. La diferenciación más completa del cerebro, su perfeccionamiento y el de sus más nobles funciones, es decir, el de las facultades intelectuales, marchan a la par que la manifestación hablada e influenciándose recíprocamente.»

Con los pueblos ocurre lo mismo. La grandeza y decadencia de las naciones, sus maneras y modos de producirse, su civilización, su cultura, todo, en suma, se refleja en el lenguaje, que revela bien la característica de cada país y de cada época. Y tanto nos sirve el lenguaje para conocer el estado de progreso en cada localidad y periodo histórico, que a fuerza de método y estudio perseverante en los investigadores, ha llegado a utilizarse para reconstruir la vida de los pueblos primitivos; por las palabras, por las expresiones particulares de cada pueblo, ha llegado a deducirse su cultura y estado general de desarrollo, la influencia que los demás ejercieran sobre él y hasta por el estudio del lenguaje que alguien consideró como el espejo de una

sociedad, se llegó a determinar el origen y evolución del espíritu del pensamiento humano.

El lenguaje, según Humbolt, es lo que propiamente constituye la nacionalidad, que se pierde al desaparecer la lengua, pues, al decir de Rüdiger así como los individuos se diferencian y distinguen por sus nombres, los pueblos se conocen por sus lenguas.

Y al aprender nosotros, en los albores de nuestra vida, el idioma, recibimos con él un admirable y vasto legado intelectual, sin comprender bien los trabajos y los siglos que fueron precisos a nuestros ascendientes para la formación de aquellas palabras que tan fáciles y claras nos parecen y que con tan poco esfuerzo nos apropiamos. De este modo, con la lengua, recibimos una formidable herencia cultural pacientemente acumulada por nuestros antecesores; pues como expresa Wihtney, «nuestros predecesores en la tierra emplearon sus fuerzas intelectuales en observar, deducir, clasificar; y nosotros heredamos en el lenguaje y por medio del lenguaje los resultados de sus trabajos».

De todo lo cual se deduce, en seguida, la importancia y necesidad del lenguaje. Tan evidentes resultan, en efecto, que parecería nimio, pueril el insistir sobre ellas y tratar de demostrarlas. Y si lo dicho no bastara, resultaría, en todo caso, que la diaria experiencia probaría su utilidad y, por ende, su importancia. El lenguaje es prenda de sociabilidad, sirve de lazo moral entre los hombres, hace

posible la objetividad, lleva a la meditación y contribuye grandemente a la formación y fijación del ideal.

Y, además, es un gran elemento para la vida interior, pues como dice Ebbinghaus (pág. 194 de su *Precis de Psychologie*, París, 1912), «hace posible el lenguaje la ascensión del pensamiento abstracto hasta las más grandes alturas accesibles, el análisis más completo de las percepciones, ideas y sentimientos hasta en sus últimos elementos y la formación de combinaciones nuevas, parecidas, en principio, a los datos primitivos, pero construídas en vista de los más diversos fines».

Y, ciertamente, tan excepcional es la importancia del lenguaje, tan esencial y preciso ha sido éste en la vida y para la vida, que hasta la *Biblia*, al explicar, según la divina teoría, el origen del mundo, en el *Génesis*, empieza así: «en el principio era el Verbo...»

ALFREDO JARA URBANO.

ARTES PLASTICAS

«Artistas españoles contemporáneos.»

Ballesteros de Martos, el culto y ponderado escritor, ha publicado un nuevo libro. Su título, que es el que encabeza estas líneas, expresa claramente el objeto del mismo. Se trata de una obra de crítica vulgarizadora, hecha con el fin de que los lectores españoles y americanos, algo desorientados por el exceso de producción de estos últimos años y por el elogio a caño libre usado por la Prensa, sepan a qué atenerse sobre los verdaderos valores que en pintura y escultura han aparecido últimamente. Es, pues, a modo de una guía a los aficionados a estas Artes, y por ende, una publicación de verdadera utilidad.

La empresa, aunque muy atrayente, estaba erizada de dificultades. Se juzga con relativa facilidad el Arte de otros tiempos, porque la moda y la pasión no enturbian nuestra vista, y porque la distancia coloca las cosas en su punto, borra lo efímero y circunstancial, acentuando, en cambio, lo de sólido y positivo valor; pero juzgar las obras de nues-

tros coetáneos, entre el estrépito de los falsos éxitos y los prejuicios nacidos del conocimiento y trato personal, es tarea muy ardua y espinosa.

El crítico de mayor altura que España ha producido, D. Marcelino Menéndez Pelayo, dejó sin terminar su obra maestra «La historia de las ideas estéticas en España», por no atreverse a correr el riesgo antedicho. Clarín sufrió mil sinsabores y en más de una ocasión pecó de injusto y apasionado. Este era el escollo de la empresa llevada a cabo por Ballesteros de Martos, y preciso es confesar que, salvo leves momentos de desconsideración para ciertos artistas del siglo pasado, que si bien no llegaron a crear valores eternos fueron por su cultura y fe en el trabajo dignos de respetuosa recordación, lo ha salvado muy felizmente.

El libro, en líneas generales, abarca la historia de la Pintura y la Escultura españolas durante todo el siglo pasado y lo que va del presente. Lleva una introducción en la que se analizan con lucidez y tino las causas de la decadencia de nuestro arte pictórico a partir de Goya. La triste verdad es que el puesto que el genio aragonés dejara vacante no ha sido ocupado todavía. Ni Fortuny, ni Rosales, ni Zuloaga, ni Sorolla, ni Anglada, ni ninguno de los jóvenes maestros del día, pueden sufrir la comparación con el maravilloso creador de «Los Caprichos». Y he citado de propósito estos cinco nombres, que son, indudablemente, los primeros en el arte español moderno, y de los cuales, sin que se

sepa a punto fijo por qué, no trata Ballesteros en su libro más que de pasada. Unos son sólo del siglo anterior, los otros pertenecen también al nuestro y necesariamente han de figurar en un libro de la índole del que analizamos. Y tan es así, que sin dedicarles trabajos especiales tropieza a cada momento con ellos y se ve obligado a juzgarlos de modo indirecto y como entre líneas. Este es quizá el único defecto de la obra, que queda en cierto modo incompleta y acéfala. Si hubiese llevado al principio sendos estudios de los referidos artistas, hubiese podido aspirar al título de historia del Arte español moderno.

Pero no deja de ser impertinente enmendarle la plana a un escritor, exigiéndole algo distinto de lo que quiso hacer, sobre todo cuando lo que se echa de menos se halla en la obra de un modo indirecto y como diluído de la totalidad.

En cuanto a los artistas que estudia con más o menos detención, son casi todos nombres conocidos del gran público, por haber obtenido éxitos ruidosos y recompensas en Exposiciones nacionales y extranjeras. Algunos, sin embargo, como Javier de Winthuysen, o Cristóbal Ruiz, permanecen aún en la penumbra de los talentos ignorados, por obra del azar, que ejerce su dictadura en todas las cosas humanas.

El tono general de la crítica es afirmativo, hecha con entusiasmo y verdadero amor por las obras juzgadas, llena de orientaciones modernas, libres

por completo de todo prejuicio académico, pero contenidas en un justo medio sano y equilibrado.

Cuando critica negativamente, como lo hace en el caso de Iturrino, critica en nombre de principios que por su elevación y generalidad filosófica son incontrovertibles. Porque para Ballesteros de Martos, como para toda persona ducha en estos menesteres, la personalidad es el quid del asunto; pero ha de estar sujeta, como es lógico, a las leyes eternas de la Belleza.

De todos los antedichos estudios, el que considero superior, por su doctrina y su clara y rotunda expresión, es el dedicado a Victorio Macho. Sin que esto reste valor a los otros, pues se distinguen todos por la exquisita comprensión de las obras analizadas y una forma fácil, inspirada y serena.

Y doy aquí por terminada esta breve impresión, recomendado de todas veras a los lectores que deseen orientarse rápida y seguramente sobre el arte español moderno, la adquisición del libro de Ballesteros. Libro encomiable por todos conceptos, impreso con sencillez y elegancia, y profusamente ilustrado.

JUAN HÉCTOR PICABIA.

Abril, 1920.

DEL MOMENTO LITERARIO

LETRAS AMERICANAS

(Libros últimamente publicados y recibidos)

BIBLIOTECA ARIEL.—Luis G. Urbina.—*Estampas de Viaje*. (España en los días de la guerra.)

Conoce ya el público nuestro propósito de completar la labor cultural que viene realizando la revista hispanoamericana CERVANTES, con la fundación de la *Biblioteca Ariel*, que publicará obras de escritores de lengua española pertenecientes a las nuevas generaciones intelectuales, y de aquéllos otros de ilustre historia que más contacto guarden con la juventud.

Este empeño nuestro ha comenzado a tener cumplida realización con un éxito que ha superado a nuestras esperanzas.

Y no podía ser de otra manera, ya que como para consagrar la iniciación de nuestra empresa habíamos tenido la fortuna de que un autor ilustre, uno de los más grandes maestros de América, nos

prestara su generoso apoyo haciéndonos el don principesco de un original precioso.

Con un libro inédito de Luis G. Urbina hemos inaugurado la *Biblioteca Ariel*; y esto puede considerarse la mejor prenda de la bondad artística y de los alcances culturales que puede obtener nuestra labor.

Estampas de Viaje es un libro cautivante y emotivo, como todo lo que brota de la pluma maga del insigne poeta y mágico prosador. España inmortal y múltiple, en sus facetas más bellas e interesantes, vive en este libro, abrillantado por una fantasía creadora, que es como un reflector de luz maravillosa que lanzara destellos de amor y de poesía sobre las personas y las cosas que evoca, las cuales vuelven a vivir ante el lector la suprema vida del arte. Y ahora es Barcelona opulenta y fabulosa, antigua y moderna, legendaria y avanzada, emporio de trabajo y de civilización, Babel orgullosa que se alza en la hegemonía del Mediterráneo; luego es Madrid, este Madrid inenarrable, castizo, alegre, burlón, pícaro, decidor; la ciudad de las verbenas y de las tradiciones, de los mendigos y de las guitarras, de los toros y de la farándula; viene después Toledo, la urbe única que, engastada como un diamante en una roca, duerme su sueño milenario, arrullada por el padre Tajo y protegida por la sombra tutelar de aquel soñador atormentado y genial que se llamó Dominico Teotocópuli; después se despliega, como una visión infinita, la llanura

castellana, ascética y severa, parda y meditativa, tierra de cantos guerreros, de soñadores y de locos. También en esas páginas, como en medallones troquelados para la eternidad, contemplamos las efigies venerandas y sugestivas de los más grandes maestros del pensamiento español contemporáneo, todos amigos y estimadores de Urbina. Asistimos al desenlace trágico de la vida de novelista de un novelista trágico: Felipe Trigo. Presenciamos una corrida de toros y las luchas entre aliadófilos y germanófilos; vamos a verbenas, fiestas y bailes populares, y contemplamos también cómo se levanta arrollador y amenazante el tremendo problema social que está haciendo temblar en sus cimientos a Europa y al mundo entero. Todo lo vió Urbina, todo lo contempló, todo lo observó con amor de artista y perspicacia de sociólogo; para todo tuvo una mirada cariñosa, una amplia comprensión humana, una bella frase de gran poeta. Y es que nada miró sin emoción. Así nos lo dice él mismo en el leve y sincero prólogo, que nos da la génesis del libro y que merece ser copiado íntegramente:

«Al comenzar el año de 1916 pisé, por primera vez, tierra española.

»Desde la orilla del Mediterráneo, todo yo me volví ojos para ver y corazón para sentir.

»Vine como redactor corresponsal de *El Heraldo de Cuba*, y para ese periódico escribí mis impresiones de viaje. Las escribí poniendo en ellas amorosa sinceridad.

» Así, tan de pronto, no era posible que penetrase yo en el alma de este pueblo, a pesar de las afinidades que tiene con el mío, y que en mí mismo percibí al penetrar en el ambiente ibérico.

» Mas las obscuras herencias que despertaron en mi espíritu sirvieron de acicate a mi curiosidad y de obsesión instintiva a mis observaciones.

» Nada miré sin interés o sin emoción, y aunque recién venido, acerqué cuanto pude la oreja al pecho enojado de España.

» Formé este libro con algunas de las notas y apuntes que rápidamente fuí tomando entonces, en horas de angustia y asombro para la humanidad.

» Después, este gran pueblo, que seduce desde luego la vista con el espectáculo de sus costumbres y de su naturaleza, y aviva la imaginación y la estimula a las evocaciones ante sus viejas maravillas de arte, fué, poco a poco, revelándome cuanto encierra su seno de calladas y profundas virtudes.

» Y la ilusión con que en él soñé, se ha convertido en admiración y la devoción con que ahora lo quiero. Y tanto como me deslumbró la magnificencia de su pasado, me llena de fe el presentimiento de su porvenir.

» En las páginas que siguen hay, seguramente, más de adivinación que de análisis.

» Me queda el anhelo de lograr algún día—mejor poseído por el creciente encanto de esta tierra de sol y de leyenda—rendir a la raza, en verdad y en belleza, el filial tributo que le debo en nombre de mi patria americana, que al otro lado del Atlántico es como una dulce prolongación, como un fresco brote de esta España, en cuyo suelo está germinando todavía una primavera de libertad.»

Tal es, en síntesis, este libro singular y bello por lo ameno, atractivo y generoso de su fondo, como por la exquisitez y ternura de la forma, cuya magia peregrina es tan característica del inspirado autor de *Puestas de sol*, *Lámparas en agonía*, *Glosario de*

la vida vulgar, Bajo el sol y frente al mar, y tantas otras obras inspiradas.

Enviamos, pues, nuestra efusiva enhorabuena, junto con la reiterada expresión de nuestro reconocimiento, a su ilustre autor, y nosotros mismos no podemos menos que felicitarnos por el triunfador comienzo que ha tenido nuestra *Biblioteca Ariel* con una obra que enriquece y honra a la literatura hispanoamericana.

La buena fortuna con que hemos empezado nos alienta a seguir en nuestra labor con mayor entusiasmo; y así podemos anunciar al público, para muy pronto, una obra sensacional, cuya sola enunciación despierta ya el mayor interés, tanto por su título: *El libro de los plagios*, como por su autor, D. Luis Astrana Marín, uno de los espíritus más inquietos, más perspicaces, más desenfadados y valientes de la crítica española contemporánea. A esta obra seguirán otras de Ventura García Calderón, Manuel Ugarte, Roberto Levillier, Cansinos-Assens, Ballesteros de Martos. De estos autores contamos ya con los originales, y pronto esperamos respuesta de Gabriela Mistral, Gonzalo Zaldumbide, Alcides Arguedas, Núñez y Domínguez y otros escritores a quienes nos hemos dirigido para el desarrollo de la *Biblioteca Ariel*.

* * *

Guillermo Jiménez.—*La de los ojos oblicuos (Emociones)*.—México.—Librería Española.

De los representantes de la novísima generación literaria, tanto de España como de América, casi todos son poetas, mejor dicho, versificadores, de los cuales, excepción hecha del grupo ultraísta, que es el único verdaderamente original e innovador, todos los demás siguen empeñados en dar vueltas y más vueltas a los temas y motivos que, agotados ya por Darío y los novecentistas, no debieran ser tocados. Y entregados a esa estéril labor, esos jóvenes, entre los que hay muchos que muestran aptitudes sobresalientes, aunque les falta lo primero de lo primero, esto es, personalidad, se llaman modernistas y revolucionarios, cuando su escuela ya ha pasado, y Rubén, eterno, universal y único, es ya un clásico. Con el modernismo y el parnasianismo ha pasado exactamente lo mismo que lo que pasó con el romanticismo, que, cuando ya estaba muerto y bien muerto en Europa, en América constituía una audacia que escandalizaba; y así como nuestros padres tuvieron a destiempo y hasta la saciedad aquellos cantos lúgubres y desesperados en que se maldecía de la vida y se blasfemaba de Dios en cuartetas y octavas reales, así nosotros tenemos para rato todavía con las princezas pálidas, las marquesitas pompadour, los cisnes, los centauros, los lagos azules, las caravanas de ensueño, las Thulés ignotas... Todo esto en verso, naturalmente, presentando combinaciones métricas y rítmicas que a sus autores les parecen novísimas y atrevidas, sólo por el desconocimiento que tie-

nen de la riquísima variedad de nuestras formas poéticas, sobre todo de la época clásica. Prosadores se presentan, como decimos, muy pocos, en las novísimas generaciones literarias hispanoamericanas. Y es que hacer buena prosa es mucho más difícil que hacer versos.

Entre los contados prosadores que ahora empiezan a levantarse en América, aparece gallardamente, con todos los dones del espíritu y con todas las gracias del estilo, Guillermo Jiménez, que no tiene arriba de veinticinco años y ya se ha manifestado como un verdadero artista de la palabra con sus libros: *Almas inquietas* (cuentos) y *Del pasado* (frases de amor).

Ahora se nos presenta con un nuevo libro, que es una filigrana por donde se lo abra y se lo lea, y hasta por su presentación; pues está impreso a todo lujo, en rico papel de Holanda y del Japón, lo cual en los tiempos que corremos supondría un verdadero derroche si el contenido no lo justificara, como lo justifica, y ampliamente. Es un libro pequeño, de esos que se regalan a las mujeres y se leen lentamente y a media voz, a la hora del té, mientras una cabecita femenina se apoya en nuestro hombro como un cabezal. Son leves y frágiles historietas de amor aromadas de ensueño y de poesía y elegantizadas por un refinado mundanismo de buen gusto. Por todas ellas pasa, como un *leit motiv* evocador, la silueta extraña y obsesionante de la mujer de los *ojos oblicuos*.

Estas deliciosas páginas en las que tanto se ha cuidado el detalle, están pulidas, miniadas por un artista que recuerda a los pacientes monjes renacentistas. Junto al cuento frágil y lindo hay algunas páginas de Memorias, cuyo acento sereno y elegante evoca las de más ilustre prosapia literaria. Se realiza en este libro el poema en prosa, breve, intenso, lapidario y musical al mismo tiempo. Diríanse pequeños esmaltes o más bien camafeos, que unidos por invisibles engarces de oro forman un brazalete digno de ceñir un ebúrneo brazo ducal. Como una muestra de esta prosa tenue, copiamos, al azar, la siguiente página:

«Rubia, de largas pestañas, las pupilas glaucas, como dos piedras preciosas que se hicieran líquidas; la nariz un poquito reman-gada, y la boca en forma de un pequeño corazón; menudita cual una muñeca de Sévres, y sus manos pálidas, tersas y afiladas, como las manos de las vírgenes pintadas en los retablos de los viejos claustros, que apenas sostienen entre el pulgar y el índice el embeleso de una azucena hecha de lágrimas de luna... Así era María Luisa.

»Nunca la dije nada, éramos niños; yo todavía no leía novelas, tenía los codos de la blusa y mis zapatos rotos, y ella llevaba el dedo en la boca y las pantorrillas al viento...

»Cuando cumplí quince años, Berta me besó a hurtadillas en plena boca; esa noche no dormí; asustado bajo las sábanas recordaba con ansiedad sus labios jugosos y el madrigal de sus ojos astrales.

»Después, en la soledad del huerto, junto a una gran fuente que cantaba, Berta amorosa me brindó su madurez espléndida...

»Concha tenía la arrogancia de una marquesa, y el mágico atractivo de la fruta prohibida.

»Han pasado los años y, sin embargo, recuerdo cuando inclinó en mi hombro su cabecita orlada de rizos negros, entornó los ojos y sus pupilas brillaron como dos estrellas mojadas al través de la rejita de sus pestañas, y me dijo:

»—Ya vete, van a despertar mis hijas...

»Y sigo soñando con los ojos abiertos, mientras la más querida, «la de los ojos oblicuos», sensibiliza una página de *magazine* haciendo una, dos, tres pajaritas de papel.»

Este tono amable, melodioso y galante domina en todo el libro de este artista que se llama Guillermo Jiménez, entrañable camarada nuestro, a quien, sin duda, le están reservados amplios destinos en las Letras. Ahora mismo su nombre pasea con honor en las mejores publicaciones de lengua castellana. Si se decidiera a venir a Madrid, seguramente triunfaría.

Miguel A. Urquieta.—*Linterna Mágica*.—Caramelos.—Parábolas.—Cuentos.—Lima, 1920.

Es un librito como el anterior, por lo bien escrito y lo primoroso de la edición; pero lo que en el joven escritor mexicano es puro afán de artista, en el joven escritor peruano es concepción de ideólogo, esfuerzo de luchador y hasta invectiva de panfletario. La prosa de Miguel Angel Urquieta es una prosa de acero, brillante, fuerte, tersa, bruñida, con la cual diríase que su autor ha forjado adamasquinadas espadas de Toledo, agudos estiletes florentinos, bien templados puñales de Dalmacia, ar-

mas blancas con las que arremete contra todas las tiranías, todos los abusos, todas las farsas de que está llena la sociedad actual, contra la que este autor, caballero del ideal, se enfrenta a pecho descubierto y levantada la visera.

Tiene un lema de verdad y de justicia y rinde culto idolátrico a Nuestra Señora la Belleza: Urquieta es, ante todo y sobre todo, un artista apasionado. Al través de su escepticismo desconsolador, de su ironía acerba, de su implacable sentido crítico, hay visiones de soñador, fantasía de poeta, ternuras de sentimental. Leyendo algunos cuentos suyos, delicados y tiernos, nadie diría que están escritos por la misma pluma que se ha esgrimido como lanza, buscando el corazón corroído de la sociedad contemporánea. En Urquieta hay, pues, dos personalidades completamente definidas: el artista y el luchador. Estas dos personalidades se desarrollarán paralelamente y, a no dudarlo, llegarán a obtener grandes conquistas espirituales. Como una muestra de una de las fases de este escritor, transcribimos algunos pensamientos suyos, publicados en este libro bajo el dulce y humorístico epígrafe de *Caramelos*:

«Así, al sol, este pedazo de fósforo es un guijarro opaco, turbio, insignificante. Pero en el rincón más oscuro de una habitación a oscuras, es un pequeño sol, todo un sol en miniatura, da luz, da calor y hasta puede dar vida. Le ocurre exactamente igual que a la religión en los cerebros en sombra.»

«Un tipógrafo es, a menudo, como un ciego a quien se le pusiera una luz en la mano, diciéndole:

»¡Ve por ese camino y alumbra!

»Y el ciego, dócil, va por el camino y alumbra, y camina también él, pero sin ver, o viendo apenas.»

* * *

«¿Hay algo más lleno de gracia que una madre jugando con su hijo pequeño?

»Dios está allí todo entero.»

* * *

«Un pedazo de jamón es un ideal perfectamente respetable.»

* * *

«Un buen bastón. He aquí un argumento decisivo, definitivo.»

* * *

«Antes que abandonar a un hijo, mejor es matarlo.

»Así se le mata sólo una vez y no todos los días.»

* * *

«Una mujer intacta, no es una mujer completa. Es una sombra de mujer.»

* * *

«Si de las tablas de los confesonarios se hiciesen discos para fonógrafos, qué cosas más maravillosas oyéramos.

»Y cómo resultarían luego estrechas las cárceles y los manicmios para los padres, los maridos, los hermanos.»

* * *

«No hay escritor que no sea superior a su obra. Nunca la obra puede encerrar toda la vida del hombre o lo único que haya en ella capaz de perpetuarse.

»Un bosque, una selva, no caben en un parterre.»

Como se ve, *Linterna Mágica* es un libro original, ingenioso, sutil, en el que se contiene un género atraído indiscutiblemente a nuestra literatura con el nombre de *Greguerías*, por uno de los escritores españoles más personales, innovadores e intensos, por el joven maestro Ramón Gómez de la Serna, al que en el instante y legendario Perú le ha salido un brillante discípulo.

* * *

F. J. Falquez Ampuero: *Gobelinos*.—Quito, 1919.

Entre la juventud literaria, no sólo de su patria, el Ecuador, sino de la América toda, ha logrado destacar su pujante personalidad Francisco J. Falquez Ampuero, uno de los espíritus más selectos y refinados, uno de los artistas más puros, heredero directo y continuador de la gloria del grande e inolvidable César Borja, de quien tiene el arranque soberbio, el fuego ecuatorial, volcánico y la aristocracia del estro, el amor por el verso cincelado y musical, junto con la cultura técnica y la sabiduría para modelar la estrofa, imprimiéndole contornos eurítmicos, blancuras y perennidad marmóreas.

Gobelinos titula su autor a su último volumen editado en Quito, y que, quizá por este motivo no tenga la resonancia que le es debida en el presente momento poético, en el cual, sin temor a equivocarnos, diríamos que un libro como éste, tan rico, tan vario, tan pleno, constituye un avance

considerable en el campo de las realizaciones poéticas. Como un condigno heraldo precede a las gentiles rimas de este libro un magnífico y acabado estudio acerca de José María de Heredia y los Parnasianos, en el que, en una prosa rítmica, colorista, admirablemente forjada, se hace un estudio sintético de la evolución poética, desde sus orígenes hasta la aparición en Francia de la escuela parnasiana. Al llegar a este punto y detenerse ante la personalidad egregia de José María de Heredia, cuyo procedimiento ideológico se estudia con sutil perspicacia, el autor muestra una afinidad tan íntima, una comprensión tan honda, una compenetración tan plena con su maestro y arquetipo, que hace dudar que en América, y en este momento, haya otro autor joven que haya penetrado tan hondo en el espíritu supremo y la magistral manera del maravilloso orfebre cincelador de *Los Trofeos*: la musa de Falquez, como la de Heredia, «aunque profundamente francesa, tiene sabores de la tierra castellana y fuegos del trópico». Preciso es, pues, que dediquemos unos momentos a examinar esta valiosa colección de *Gobelinos*, aunque la profusión de los ejemplares no nos permita mayor detenimiento ante cada uno de ellos.

Pasamos bajo el egregio frontis de este libro, en el que fulguran amenamente los soberbios versos de Valencia:

«¡Quiero el soneto cual león de Nuvia
de ancha cabeza y resonante cola!»

Penetramos en esta galería de arte, y lo primero que se nos ofrece a la vista son los *gobelinos*, no pendientes de las paredes, como en un museo, sino tejiéndose maravillosamente en la fiebre de los telares.

*«En los telares de crujir sonoro,
con hábiles esguinces de culebra,
avanza, por doquier, la sutil hebra,
bajo la acción de los dedos de oro.
Los carretes agotan su tesoro,
mientras la mano infatigable enhebra
las rítmicas agujas, que celebra,
por su labor el universo en coro.
Y salen los espléndidos tapices,
con sus varias escenas de matices
bordados por los clásicos pespuntos
que sirven combates de métopas,
pájaros, fieras, y doradas popas
en las aguas de Chipres y Amatuntes.»*

Luego contemplamos asuntos de Grecia y Roma, sonetos que diríanse pieza de museo, joyas arqueológicas, en las que el mármol muestra el divino encanto de lo trunco y la seductora pátina de los siglos. Vemos después cuadros y bocetos firmes y vigorosos de dibujo, ricos de color, impecables de factura. Hay una vitrina con viñetas policromas pintadas sobre hojas de vitela, delicados y traslúcidos esmaltes, primorosos camafeos trabajados sobre ágatas, ónix, madreperlas y corales. En otra galería hay sonetos, que son pasteles antiguos, en

los que se evocan en armoniosa sucesión las épocas muertas con sus atributos más característicos. Por las ventanas abiertas se contemplan los más varios y sugestivos paisajes. *El poema de la mujer* es la exaltación de la eterna *fémima* en diversos y peregrinos avatares; y allí es la dama gótica:

*«En fondo de crepúsculo muriente
una mujer de rectilínea cara,
entre el calado de viñeta rara,
yergue su forma clásica imponente.»*

.....

Y allí es la venus negra:

*«Alta, fornida, cual gallarda encina,
de ébano tiene el resplandor tu seno,
eres un vaso de febril veneno
con sabores de miel luciferina.»*

.....

Y allí es la Salomé inquietante de Wilde:

*«La gitana maligna, seda y velos
rasga danzando en la anchurosa nave,
donde circula la fragancia suave
de su carne que afiebran los anhelos.»*

.....

Y son también otras mujeres, una santas y otras perversas, unas bendecidas y otras fatídicas; pero todas hermosas.

Luego, pasan en desfile augusto y emocionante,

las sombras insignes de Prometeo, Job, Hamlet, Fausto, Manfredo..

Como ronda de canéfores, hay un desfile suave y luminoso de mujeres bíblicas, que pasan en lenta teoría armoniosa con sus largas túnicas y sus amplios mantos flotantes.

En fin, las más egregias figuras de la historia o las más sugestivas figuras de la leyenda están líricamente retratadas en este libro, que más que una galería de tapices es un verdadero museo creado por este artista hijo del trópico, cuya alma ardiente y dúctil ha sido modelada al beso de todas las civilizaciones.



Luis T. Paz y Miño.—*Los Aventureros*.—Drama premiado con medalla de oro en el concurso internacional promovido por la Sociedad de Autores de Colombia, con motivo del Centenario de la batalla de Boyacá.—Quito, 1919.

D. Luis T. Paz y Miño es un bizarro Teniente Coronel del ejército ecuatoriano, que maneja gallardamente, ora la espada, ora la pluma, y que, sin ser un profesional, propiamente dicho, de la literatura, obtuvo el año pasado, en Bogotá, un triunfo merecido y resonante con su hermoso drama *Los Aventureros*, premiado con medalla de oro en el concurso internacional que arriba se menciona.

Los Aventureros es una pieza dramática en cua-

tro actos, original y en verso, en la que se consigue reproducir episodios culminantes de la magna epopeya de la conquista del imperio de los Incas por el portentoso Francisco Pizarro, Diego de Almagro y el puñado de capitanes y soldados españoles que en la realización de la descomunal empresa acompañaron a tan esforzados y valerosos caudillos.

El asunto de esta obra, el mismo que ha despertado el numen de altos poetas y dramaturgos, no podría ser más grande, memorable y trascendental. Es el choque formidable de dos civilizaciones, de dos razas, de dos almas, en el que después de hacer prodigios de valor, de audacia, de temeridad, un vasto imperio queda sojuzgado, arrasado, vencido por unos cuantos héroes que, luchando uno contra diez mil, lograron, al fin, plantar triunfantes en la tierra de los hijos del sol la cruz de Cristo y el pendón de España. *Los aventureros* son, pues, los conquistadores españoles, que por un ideal confuso, al mismo tiempo guerrero y místico, y espoleados por una sed de oro inextinguible, realizan una empresa digna de la epopeya, logrando cambiar la faz de un mundo y multiplicando fabulosamente los dominios de la Corona de Castilla y de la civilización cristiana.

Claro que una acción que sólo cabe en la épica, no puede ser encerrada en la dramática, sino fragmentariamente; y el talento y la ciencia del autor han de consistir aquí en saber escoger los episo-

dios principales que más se presten a ser dramatizados. En el caso de esta obra, el autor ha acertado; pues, como queda dicho, son momentos culminantes y muy dramáticos de la conquista los que él ha conseguido enfocar para llevar a la escena.

La reconstrucción de la época, empeño arduo y difícilísimo, no creemos que se haya conseguido aquí por completo, como no se consigue en casi ninguna de estas obras de imaginación; pero lo principal, que es el espíritu de los personajes que intervienen en el drama, está allí. En esta obra se exalta el valor heroico, la fe religiosa, la audacia indomable, la temeridad sin ejemplo de los conquistadores, que fueron los que verdaderamente fundaron las actuales nacionalidades americanas, después de haber hecho tabla rasa de las civilizaciones aborígenes; y, al mismo tiempo, se admira la fiera resistencia, el doloroso sacrificio y la rebeldía inextinguible de la raza vencida, que al repeler con violencia la invasión extranjera, no hacía otra cosa que defender lo suyo. En esta contienda sobrehumana, el autor se coloca en el justo medio, que es, precisamente, el sitio donde, al tratarse de este magno asunto, se colocan hoy todos los hombres de pensamiento que proclaman que la conquista española de América, buena o mala, de ella arranca nuestra nacionalidad presente, que hay solución de continuidad entre la civilización aborígen y nuestra civilización, siendo, por tanto, nosotros so-

lidarios con España, a la que debemos todo lo que somos y todo lo que seremos.

Dijimos que este drama estaba escrito en verso; pues sí, en versos fáciles, pero casi no hay en ellos momentos de verdadera inspiración, prestándose como se prestaba el asunto. Además, los personajes todos no hablan el lenguaje del siglo XVI, sino el actual, como que ahí era nada, reconstruir nuestra habla poética de ese entonces.

A pesar de ésto, como intento generoso, como obra de hispanoamericanismo, la obra del Sr. Paz y Miño era merecedora del triunfo que ha alcanzado, por el cual le enviamos nuestra sincera enhorabuena.

Colonia Escolar de Santo Domingo

(Verdadera residencia de estudiantes)

Záncara (Ciudad Real)

En pleno campo y con los mejores adelantos pedagógicos y excelente Profesorado, está llamada a cumplir una misión educativa verdaderamente formidable.

Explotación Agrícola en la misma finca, que permite enseñanzas especialmente prácticas, que difícilmente pueden conseguirse.

Director propietario:

J. Fernando Fraile

Dirijase la correspondencia al Secretario de la Colonia,

D. Angel Dotor
Záncara (Ciudad Real)

EDITORIAL "MUNDO LATINO"

APARTADO 502.— MADRID

CATALOGO PROVISIONAL

(EXTRACTO DEL CATÁLOGO GENERAL)

OBRA S COMPLETAS

DE RUBÉN DARÍO

(Ilustraciones de Ochoa.)

	<u>Pesetas</u>
I.—La caravana pasa.....	3,50
II.—Prosas profanas.....	3,50
III.—Tierras solares.....	3,50
IV.—Azul.....	3,50
V.—Parisiana.....	3,50
VI.—Los raros.....	3,50
VII.—Cantos de vida y esperanza.....	35,0
VIII.—Letras.....	3,50
IX.—Canto a la Argentina.....	3,50
X.—Opiniones.....	3,50
XI.—Poema del otoño y otros poemas.....	3,50

	<u>Pesetas</u>
XII.—Peregrinaciones.....	3,50
XIII.—Prosas políticas.....	3,50
XIV.—Cuentos y crónicas.....	3,50
XV.—Autobiografía.....	3,50
XVI.—El canto errante.....	3,50
XVII.—Viaje a Nicaragua e Historia de mis libros..	3,50
XVIII.—Todo al vuelo.....	3,50
XIV.—España contemporánea.....	3,50
XX.—Prosa dispersa.....	3,50
XXI.—Lira póstuma.....	3,50
XXII.—Cabezas.....	3,50

Ediciones especiales de lujo, con decoraciones a mano de Enrique Ochoa.

DE FRANCISCO VILLAESPESA

I.—Intimidades.—Flores de Almendro.....	3,00
II.—Luchas.—Confidencias.....	3,00
III.—La copa del Rey de Thule.—La musa enferma.	3,00
IV.—El alto de los Bohemios.—Rapsodias.....	3,00
V.—Las horas que pasan (Veladas de amor).....	3,00
VI.—Las joyas de Margarita: Breviario de amor.— La tela de Penélope.—El milagro del vaso de agua.....	3,00
VII.—Doña María de Padilla.—La cena de los car- denales.....	3,00
VIII.—El milagro de las rosas.—Resurrección.— Amigas viejas.....	3,00

Pesetas

IX.—Las granadas de rubíes.—Las pupilas de Almotadid.—Las garras de la pantera.—El último Abderramán.....	3,00
X.— <i>Tristitiæ rerum</i>	3,00
XI.—La leona de Castilla.—En el desierto.....	3,00
XII.—El Rey Galaor.—El triunfo del amor.....	3,00

DE GÓMEZ CARRILLO

I.—El libro de las mujeres.....	4,00
II.—Jerusalén.....	4,00
III.—Vida errante.....	4,00
IV.—Vistas de Europa.....	4,00
V.—Japón heroico y galante.....	4,00
VI.—Literaturas extranjeras.....	4,00
VII.—Grecia.....	4,00
VIII.—Cultos profanos.....	4,00

Seguirá toda la labor del gran literato.

DE EMILIO CARRERE

Esta colección contendrá varios tomos inéditos.

I.—El caballero de la muerte.....	3,50
II.—La cofradía de la pirueta.....	3,50
III.—Dietario sentimental.....	3,50
IV.—Elvira la espiritual.....	3,50
V.—Los ojos de los fantasmas.....	3,50
VI.—El dolor de la literatura.....	3 50
VII.—El divino amor humano.....	3,50
VIII.—Las ventanas del misterio.....	3,50

HENRIK IBSEN

TEATRO COMPLETO

I.—Catilina. La tumba del guerrero. La castellana de Ostrat,.....	3,50
II.—La fiesta de Solhaug. Olaf Liliekrans. Los guerreros en Helgeland.....	3,50
III.—Los pretendientes a la corona y La comedia del amor.....	3,50
IV.—Brand.....	3,50
V.—Peer Gynt.....	3,50
VI.—La unión de la juventud. Las columnas de la sociedad.....	3,50
VII.—Emperador y Galileo.....	3,50
VIII.—La casa de una muñeca. Espectros.....	3,50
IX.—Un enemigo del pueblo. El pato silvestre.....	3,50
X.—La casa de Rosmer. La dama del mar.....	3,50
XI.—Hedda Gabler. El constructor Solness. El niño Eyolf.....	3,50
XII.—Juan Gabriel Borkman y Al despertar de nuestra muerte.....	3,50

JOSÉ FRANCÉS

El año artístico 1915.....	6,00
» » » tela.....	8,00
El año artístico 1916 (con 250 grabados).....	10,00
» » » » tela.....	12,00

	Pesetas
El año artístico 1917 (con 250 grabados).....	11,50
» » » » » tela.....	13,00
» » 1918 » » 	11,50
» » » » » tela.....	13,00
En preparación 1919.....	

COLECCIÓN DE AUTORES ESPAÑOLES

NOVELAS

<i>Edmundo González Blanco.</i> —Jesús de Nazaret...	3,00
<i>José Francés.</i> —La estatua de carne.....	3,00
— El alma viajera.....	3,50
— Cuentos del mar y de la tierra....	3,50
<i>López de Saá.</i> —Los indianos vuelven.....	3,50
— Bruja de amor.....	3,50
— Por un milagro de amor.....	3,50
— La nube roja.....	3,50
<i>W. Fernández Flórez.</i> — La procesión de los días	3,00
<i>Elías Cerdá.</i> —Don Quijote en la guerra.....	2,00
<i>V. García Martí.</i> —Don Severo Carvallo.....	2,50
<i>María Luisa Latil.</i> —Según labremos.....	3,00
— Genoveva.....	2,50
<i>Eugenio Noel.</i> —El allegretto de la Sinfonía VII...	3,00
<i>Rafael Cansinos-Assens.</i> —Las cuatro gracias....	3,50
» » La madona del Carrosel	3,50
<i>Francisco Delicado.</i> —La lozana andaluza.....	3,00
<i>J. de Lucas Acevedo.</i> —La caja de Pandora.	3,00
<i>Martín de la Cámara.</i> —Vidas llameantes.....	3,00

	Pesetas
<i>Mañara</i> .—Historia en camisa.....	3,00

ESTUDIOS Y CRÓNICAS

<i>Emiliano Ramírez Angel</i> .—Bombilla-Sol-Ventas..	3,00
<i>J. M. Carretero</i> .—Lo que sé por mí (dos series)...	3,00
<i>J. Costa</i> .—Alemania contra España.....	3,00
<i>Pedro Pellicena</i> .—Los cosacos.....	2,00
<i>Margarita de la Torre</i> .—Jardín de damas curiosas	3,50
<i>Fola Igurbide</i> .—El actor.....	3,50
<i>Alberto Ghiraldo</i> .—Los nuevos caminos.....	3,50
<i>Enciso</i> .—El soneto en España.....	3,00
<i>Zaldumbide</i> .—Enri Barbouse (estudio).....	1,00

POESÍAS

<i>José Montero</i> .—Yelmo florido (con ilustraciones).	4,00
<i>Zurita</i> .—Pícaros y donosos.....	3,00
<i>Mauricio Bacarisse</i> .—El esfuerzo.....	3,00
<i>Eliodoro Puche</i> .—Libro de los elogios galantes y de los crepúsculos de otoño..	2,50
— Corazón de la noche.....	2,50
— Motivos líricos.....	2,50

TEATRO

<i>Muñoz Seca y López Núñez</i> .—.....El Rayo	3,00
<i>H. Ibsen</i> .—Dramas líricos.....	2,00
— La castellana de Ostrat.....	2,00
— Espectros.....	2,00
<i>López de Saa y Cantó</i> .—El Cristo de la luz.....	1,00

LAS GRANDES FIGURAS DE LA GUERRA EUROPEA

- Biografías de los generales: **Alberto I de Bélgica.**—**Joffre.**—**Sir Jhon French.**—**Lord Kitchener.** Con preciosas fototipias, a..... 3,00

COLECCIÓN DE AUTORES EXTRANJEROS

- Traducidas por *Felipe Trigo, Rafael Cansinos, Pedro de Répide, Ballesteros de Martos, Pedro Pellicena y otros.*
- Victoriano de Saussay.*—La ciencia del beso..... 3,50
- René Emery.*—Santa María Magdalena..... 3,50
- Maquiavelo.*—Obras festivas: La Mandrágora.—
El P. Alberico.—La Celestina.—
El archidiablo Belfegor..... 3,50
- Claudia Lemaître.*—Juegos de Damas..... 3,50
- Jean Bertheroy.*—Sybaris (novela)..... 3,50
- Maurice Mareil.*—Mytilena (novela)..... 3,50
- Marcel de Langre.*—El crepúsculo de los viejos
(novela)..... 3,50
- Charles Chabault.*—El triunfo de Afrodita (no-
vela)..... 3,50

Pesetas

CELEBRIDADES ESPAÑOLAS

I.—Bécquer.....	(Encuadernados en tela ...	3,50
II.—Zorrilla.....	(Idem) ...	3,50
III.—Espronceda...	(Idem) ...	3,50

COLECCION SELECTA

<i>Tomás de Quincey.</i> —Los últimos días de Kant....	1,00
<i>Kalidasa.</i> —El reconocimiento de Sakuntala.....	1,00
<i>Rousseau.</i> —Discurso sobre las artes y las ciencias.....	1,00
<i>Luciano de Samosata.</i> —La diosa de Siria.....	1,00
<i>L. Sterne.</i> —Viaje sentimental de un inglés a — Francia.....	1,00
<i>F. Alvarado.</i> —El filósofo rancio (Cartas).....	1,50

COLECCION CIENCIA Y ARTE

<i>Ricardo Yesares.</i> —¿Qué quieres aprender? Electricidad. Encuadernado en tela.....	3,50
— ¿Qué quieres ser? Automovilista. Encuadernado en tela.....	3,50
— ¿Qué quieres ser? Aviador.	4,00

Pesetas.

OBRAS VARIAS

<i>Sthendal</i> .—Del amor.....	6,00
<i>E. M. Segovia</i> (Oficial del Banco de España).— Los documentos de crédito....	5,00
<i>Rivero</i> .—Legislación de Clases pasivas. Volumen de 500 páginas, encuadernado en tela..	10,00
<i>R. Yesares</i> .—Ayuda - Memoria del mecánico elec- tricista. Un volumen, encuadernado en tela.....	1 50

LIBROS DE CARTAS

El arte de escribir cartas.....	1,00
Manual epistolar (encuadernado en tela).....	2,00
Cartas amorosas.....	0,60
Epistolario de amor (encuadernado).....	2,00



COLECCIONES POPULARES

COLECCIÓN «MAC-BULL»

Obras sensacionales, originales del conocido escritor señor *Bedoya*, cuya maestría es esta literatura es universal:

	Pesetas
El millonario detective.....	1,50
El secreto del Kaiser.....	1,50
La bola de sangre	2,00
El alma de las brujas	2,00

COLECCIÓN PICARESCA

Tomos de 130 páginas, de amena lectura, de índole burlesca y galante, con bonitas portadas en bicolor. Van publicados:

Voluptuosidad y perversión.....	0,50
En camino de la mala vida.....	0,50

Corazón de piedra.....	0,50						
Memorias galantes de un abate del siglo xviii....	<table><tr><td>Juventud.....</td><td>0,50</td></tr><tr><td>Mis amores en París.....</td><td>0,50</td></tr><tr><td>Amores de otoño....</td><td>0,50</td></tr></table>	Juventud.....	0,50	Mis amores en París.....	0,50	Amores de otoño....	0,50
Juventud.....	0,50						
Mis amores en París.....	0,50						
Amores de otoño....	0,50						
Lágrimas de amor.....	0,50						
De flor en flor (Historia de un cínico).....	0,50						
El maldito dinero (Historia de amor y de maldad).....	0,50						

COLECCIÓN FOLLETÍN

Esta colección contendrá las obras más famosas de la Literatura Universal, en elegantes volúmenes de 150 a 200 páginas, con primorosas cubiertas en color.—Van publicados:

El último mohicano	0,50
El misterio de los apaches.....	0,50
Amor salvaje.....	0,50
La Dama de las Camelias.....	0,50
El Capitán rojo.....	0,50
Werther.....	0,50
El Espía de las rocas.....	0,50
Mignón.....	0,50

COLECCIÓN MARAVILLAS DE LA GUERRA

Pesetas.

Narraciones sensacionales del conocido periodista señor *López Moya*, cuya fantasía corre parejas con su amenidad. Van publicados:

Hazañas de Vedrines.....	0,50
Proezas de un submarino inglés.....	0,50
Tragedia en los aires.....	0,50
El misterio de los Zeppelines.....	0,50
El fantasma del mar del Norte.....	0,50
Buzo heroico.....	0,50

COLECCIÓN MEFISTOFELES

Primorosos volúmenes de sugestiva lectura.

Van publicados:

La magia negra.....	0,50
El A B C del hipnotismo.....	0,50

	<u>Pesetas</u>
Los misterios del sonambulismo.....	0,50
Ocultismo experimental	0,50
Los misterios de las piedras preciosas.....	0,50
Las plantas en las habitaciones.....	0,50

LIBROS TAURINOS

<i>El Caballero Audaz.</i> — El libro de los toreros: epílogo de José Francés (Bomba, Joselito, Gallo, Belmonte, Pastor, Gaona, Carpio). Con fotografías. Libro de éxito enorme.....	2,00
Los amores de los toreros. Cuadernos de gran tamaño y muy interesante para la afición a toros. Van publicados: Belmonte.—Pastor.—Gallo. Gallito.— Gaona.— Los crímenes del gallismo. Cada cuaderno.....	0,20

COLECCIÓN «VARIA»

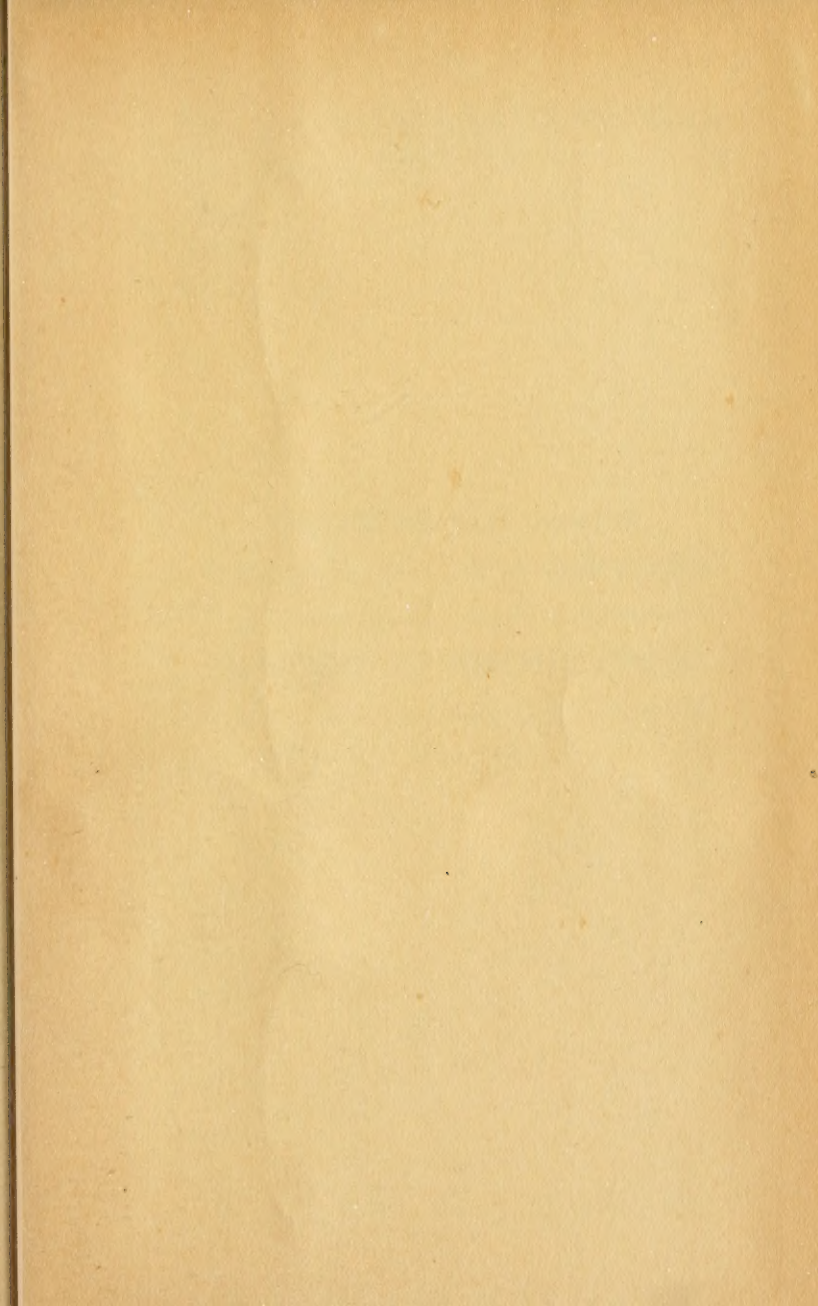
En esta colección se irán publicando conocimientos útiles, ciencia popular y esparcimiento, en elegantes folletos de 32 páginas, con cubierta a todo color. Van publicados:

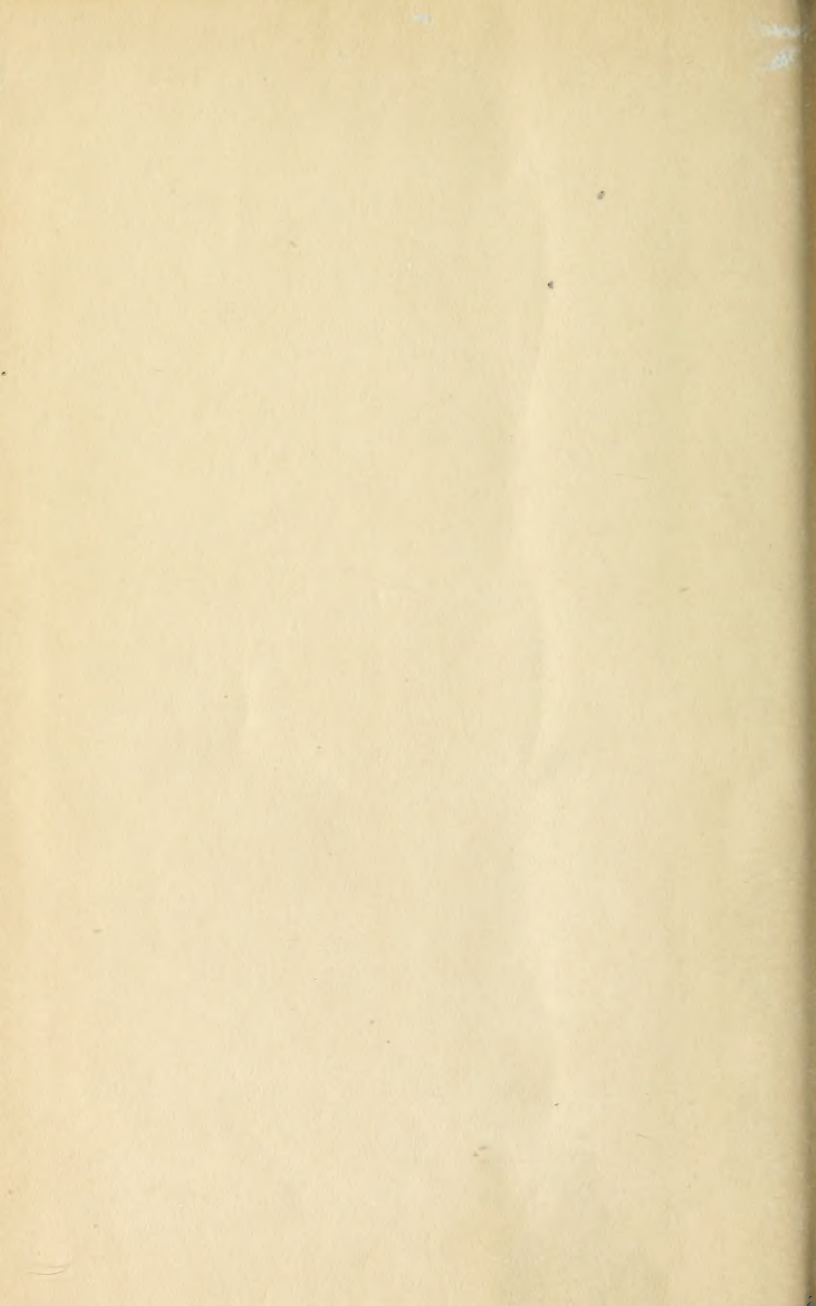
Juegos de prendas.....	0,20
Versos para retratos y postales.....	0,20

Pesetas

La Buenaaventura, o el destino por las lineas de la mano.....	0,20
El auxiliar de los novios.....	0,20
Cuentos de soldados.....	0,20
Cuentos galantes.....	0,20
Felicitaciones en prosa y en verso.....	0,20
Los sueños.....	0,20
Juegos de manos.....	0,20
Gente de coleta: Chistes taurinos.....	0,20







AP
60
C4
1920
enero-
abr.

Cervantes; revista hispano-
americana

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY
